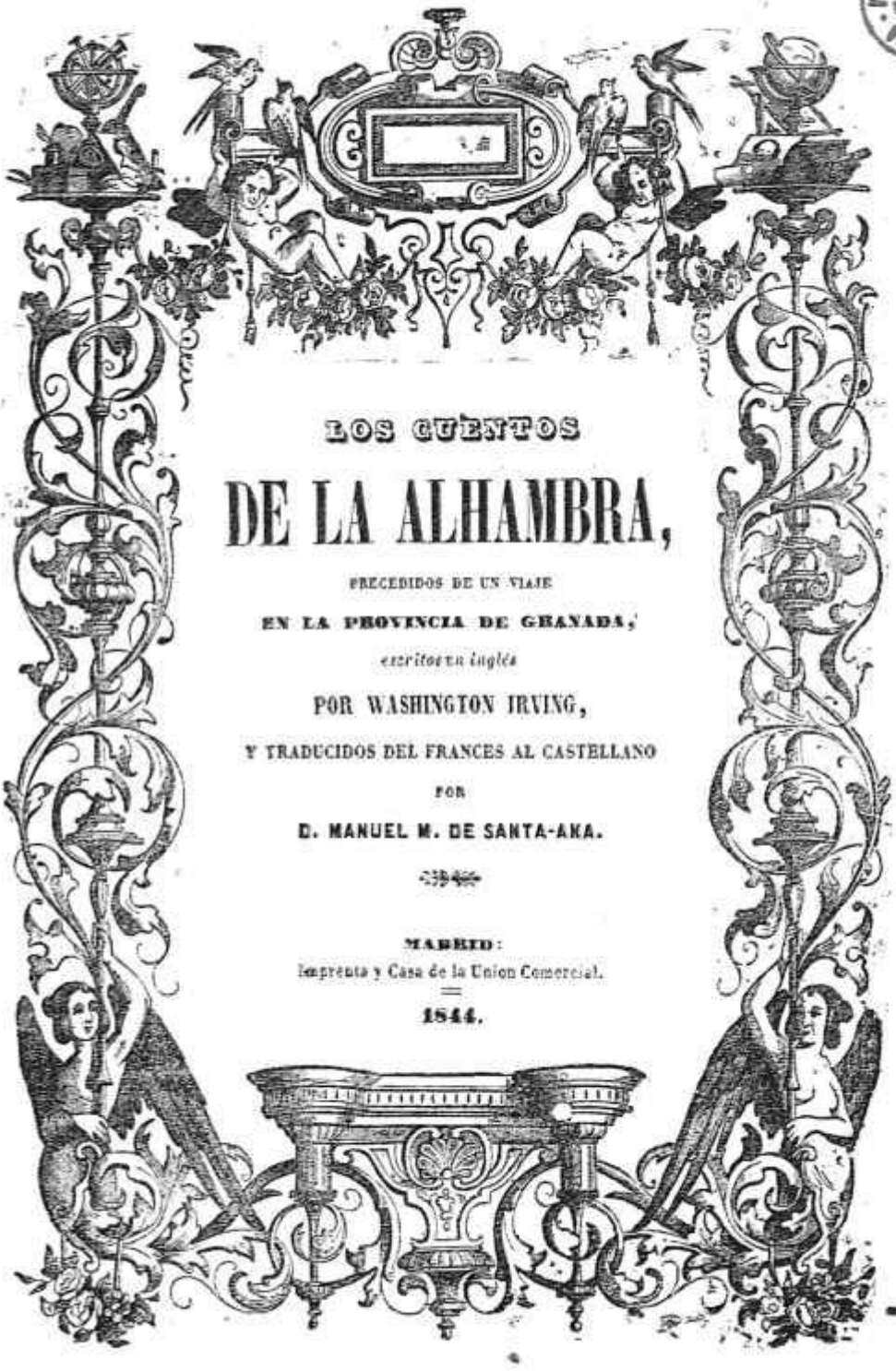
LOS CUENTOS
DE LA
ALHAMBRA.

24 cms.
R.70566



# LOS CUENTOS
# DE LA ALHAMBRA,

PRECEDIDOS DE UN VIAJE

**EN LA PROVINCIA DE GRANADA,**

*escritos en inglés*

POR WASHINGTON IRVING,

Y TRADUCIDOS DEL FRANCES AL CASTELLANO

POR

**D. MANUEL M. DE SANTA-ANA.**

**MADRID:**
Imprenta y Casa de la Union Comercial.
=
**1844.**

# PROLOGO.

Hemos tenido á la vista para la traduccion de la presente obra el original inglés, escrito por Washington Irving, la version al francés de Mr. Cristian y la hecha posteriormente por Mlle. A. Sobry.

Las tres nos han sido necesarias. Mr. Cristian, abusando demasiadamente de la libertad de traductor ha desfigurado la obra, suprimiendo capítulos, añadiendo otros y dando un giro diverso en muchos pasajes á la narracion. Mlle. Sobry por el contrario ha conservado perfectamente la originalidad del testo, y su obra nos ha servido en su mayor parte para la traduccion que presentamos al público.

Hacemos estas observaciones necesarias para que no se nos crea hemos abusado como Mr. Cristian de la produccion de Washington Irving, escrita con entero conocimiento de las costumbres de nuestro pais, aunque no convengamos muchas veces con él en ciertos pasajes relativos al estado de nuestra civilizacion y modo de presentarlos al público.

La buena acogida que está obra mereció en Inglaterra á su publicacion, y posteriormente en Francia, creemos será la recomendacion suficiente para la traslacion que de ella hemos hecho á nuestro idioma.

# LOS CUENTOS DE LA ALHAMBRA.

## CAPITULO PRIMERO.

### DE SEVILLA Á GRANADA.

En la primavera de 182... aprovechando una ocasion que se me presentaba, y escitado por la curiosidad, emprendí el viaje de Sevilla á Granada, acompañado de un amigo, secretario de la embajada rusa en Madrid. Las pintorescas sierras de la Andalucía ofrecian ricas emociones á dos almas entusiastas por la poesía, y que el destino reunia en un pais estrangero para separarlas luego, y acaso para siempre, por los acontecimientos de la vida.

Si estas líneas escritas de prisa, bajo un árbol del camino, llaman algun dia su atencion en cualquier sitio, que su suerte ó el deber le hayan colocado, ójala le recuerden con placer esta correría aventurera, en la que pusimos á medias penalidades y placeres con una cordialidad, cuyo recuerdo no le borrará jamás.

Pero antes de empezar mi narracion, te debo, querido lector, y á tí tambien, bella lectora, dar algunos detalles sobre el aspecto del suelo español, y sobre el modo de viajar con mas ó menos comodidad.

Todos pintan esta célebre península como la tierra de promision, coronada siempre por un cielo sereno y embalsamada con perfumes como la coqueta Italia. ¡Ay! cuán

pronto se pierde esta ilusion. La España, esceptuando algunas provincias marítimas, presenta un aspecto árido, ardiente y estéril: es un vasto desierto coronado de montañas desnudas de vegetacion; los pocos árboles que produce son raquíticos, y á donde quiera que alcanza la vista, solo halla silencio y soledad. Cegado el estrecho de Gibraltrar, la España es el prólogo del Africa, es casi el umbral de la zona torrida. Careciendo de los bosques frondosos y enramados amenos que abundan en nuestro pais, no ha oido nunca el canto halagüeño de esos pájaros, que aun en el Norte hechizan á sus habitantes. El águila y el buitre atraviesan solo alguna que otra vez sus áridas llanuras para pasar de un monte á otro. Algunas abutardas en bandadas fugitivas surcan rara vez sus campos de retama: pero esa multitud de pájaros que animan con sus gorgeos nuestras praderas, nuestras florestas, solo se encuentra en tal cual jardin. Estos pájaros quieren mas la lujosa sombra artificial de un jardin. que el clima de los campos.

Si de las provincias limítrofes ó marítimas se penetra en las centrales por medio de campos cubiertos de trigo, en cuya estension se pierde la vista al ver sus espigas inclinadas por el peso de su fruto, se llega á nuevas llanuras áridas é incultas, donde no hay la menor huella de vegetacion. A veces la vista fatigada de estos desiertos, entreve en lotananza una miserable aldea construida sobre las ruinas de alguna fortaleza mora: otras ya es una antiquísima torre, despojo salvado de las guerras civiles, y cuya fecha data desde la invasion de los árabes. Los españoles han heredado de sus padres la costumbre de reunirse contra el peligro comun: en la tierra clásica de los bandidos, la necesidad de fortificarse contra sus ataques, hace olvidar las bellezas de la naturaleza.

De esta misma tristeza que caracteriza el aspecto de su territorio, resulta en los paisajes de España una grandiosidad, una fuerza de colorido que recompensan al viajero de sus muchas privaciones. La fisonomía del pais es la de sus naturales. La fiereza, la independencia, la fragalidad, son sus virtudes, hijas de la austeridad de su suelo. El aspecto grave de los paisajes españoles produce un efecto sublimente poético. Las llanuras de las dos Castillas y la Mancha que parecen limitadas solo por el cielo, ofrecen los efectos magestuosos del Occeano en tiempo de calma. El estrangero que las atraviesa, y cuyo horizonte parece huir á cada instante de su vista, encuentra alguna que otra vez un rebaño guardado por un pastor inmóvil, apoyado sobre un cayado: ya es una récua de mulas que caminando á paso lento y seguro, se asemejan á las carabanas de camellos que recorren los desiertos del Oriente; ya es en un viajero que camina solo montado en su caballo, de cuyo arzon pende la escopeta. Paisajes, costumbres naturales, todo tiene aun el sello de su orígen árabe. La costumbre de viajar armados es una de las causas acaso de la poca seguridad de los caminos.

El pastor en las praderas, el labrador en los campos llevan siempre su escopeta, y el rico arrendador que va á la feria no se olvida nunca del trabuco, y á veces le acompaña un criado armado. El viaje mas corto es un negocio sírio para cualquier español: hace tantos preparativos como las antiguas tribus árabes en sus correrías nómadas. Los

peligros que se corre con los ladrones ha hecho inventar una especie de escolta que reune todas las distracciones de lo pintoresco á la seguridad del viaje. Los arrieros salen en dia fijo, en crecido número y bien armados. Esta pequeña carabana se aumenta por el camino con los viajeros de los pueblos del tránsito; así es como se ejecutan y protejen las relaciones comerciales de ciudad á ciudad y de provincia á provincia. Las líneas de arrieros se cruzan por toda la España desde los Pirineos á Cádiz, de Asturias á las Alpujarrar, de las montañas de Ronda hasta las puertas de Gibraltar.

Esta clase de gente vive con poco: pan y cebollas es su alimento, y una bota colgada del arzon que contiene la racion de vino ó de agua completan sus provisiones, y con ellas recorren las montañas y los valles. Duermen en el suelo arropados en sus capas y descansan la cabeza en las jalmas de sus bestias. Robustos y bien formados, de mediana estatura y la tez tostada, la mirada fija cuando estan serenos, pero fulminante cuando se irritan; estos hombres francos y marciales no encuentran á un solo viajero sin dejar de decirle con su voz grave: «Dios guarde á V.» Estas palabras tan elocuentes en sus labios, es en todas partes la palabra de órden de la hospitalidad española. Como llevan siempre su carga sobre las mulas, sus armas estan siempre prontas para cualquier evento; pero su número los hace respetables, y el bandolero que los observa desde un escondrijo viene á olfatear alguna vez su pólvora, como el pirata del Mediterráneo que amenaza de lejos los barcos mercantes, sin atreverse á emprender un ataque desigual. Nada mas original que sus cantares. La memoria de un hombre no podria contener las canciones y romances con que mitigan el fastidio del viaje. El tono en que cantan consiste en una cadencia simple y que tiene pocas variaciones; su acentuacion es fuerte, y segun el tono es vivo ó pausado las mulas apretan ó aflojan el paso. El argumento de sus canciones es de tradiciones árabes ó de leyendas de santos, algunas veces amorosas ó refiriendo los hechos de los bandidos en que la España ha abundado. Otras veces improvisa, y entonces el menor incidente del viaje da márgen á su musa para componer algunas coplas que no carecen de originalidad. Se encuentra algo de suave y que conmueve el alma en estos cantos, cuya armonía natural y primitiva interrumpe de vez en cuando la monotonía del camino, y se adecua al tañido argentino de los cascabeles y campanillas que las mulas hacen resonar en su marcha. En los caminos estrechos por medio de los montes, es en donde ofrecen un aspecto pintoresco estos arrieros. Se oye á lo lejos el ruido del cencerro de la primera mula que sirve de guia mezclado á los gritos de un arriero que riñe á alguna bestia remolona ó que entona en alta voz su romance favorito. Las mulas con sus mantas de diferentes colores, las jalmas adornadas con flecos y borlas, y todo esto formando una sola línea que marcha con paso igual, que sigue las sinuosidades del terreno, que sube á las cimas de los montes teniendo á sus pies profundos precipicios, ó anda con trabajo en el lecho pedregoso de un torrente seco; todo esto ofrece un contraste que la vista no deja de admirar. Es una confusion de colores brillantes que se destacan del verde oscuro del musgo de los montes, y sobre la carga de cada bestia la escopeta, como salvo conducto del viaje.

El terreno de la provincia de Granada es uno de los mas ásperos de España. Largas cordilleras de rocas áridas, fragmentos de granito y mármol amontonados y escalonados se reflejan en el azul oscuro de un cielo ardiente. Pero en medio de estas rocas desiertas se encubre tal cual huerto fresco y bien cultivado, valles y praderas cultivadas que disputan el espacio á la soledad; el naranjo, la higuera, el limonero crecen al lado del mirto y del rosal, cuyas flores nacen en las hendiduras de las rocas. En lo mas profundo de estas montañas se aparecen de repente villorrios fortificados, coronando la cima de precipicios salvajes, ó bien castillos medio arruinados edificados sobre una roca aislada; fantasmas de piedra, ante los cuales

nadie pasa sin rezar un Ave; sepulcros de la caballería cristiana que guarda en su seno el recuerdo de esas guerras ilustres que se han disputado á Granada, la ciudad árabe y cristiana, tan gloriosa bajo el imperio de la media luna como el de la cruz.

El viajero metido en estos desfiladeros se ve obligado á cada momento á bajar de su caballería y llevarla del ramal, porque las sendas por donde camina son inaccesibles á causa de estar sobre torrentes que han trabajado en el granito, y coronadas de rocas calcáreas y de peñas puntiagudas y cortantes hacen tan peligroso como difícil el paso de estos senderos colocados sobre abismos. Aquí el camino roto por zanjas serpentea como un reptil por medio de estos peñascos; mas adelante se esconde bajo los pies de las mulas y parece andarse en espiral; otras veces salva barrancos por lo general mansion de bandoleros. De vez en cuando, al fin de la senda, se ve una cruz de siniestro agüero puesta allí como para atestiguar el robo ó la muerte, cuya huella está allí marcada, y que puede ser que la carabina del bandolero apunte en este momento á la cabeza del infeliz á quien su mala estrella estravia de dia ó de noche por estos sitios peligrosos; otras al volver una roca el pasajero se admira de oir sobre su cabeza mugir séres invisibles, su vista inquieta trata de descubrir en este desierto huellas de criaturas vivientes, y apercibe de repente grupos de jóvenes toros que pacen

la yerva salvaje aguardando las *corridas* famosas que atraen de las provincias mas distantes millares de espectadores. Estos toros de Andalucía forman una raza de cuadrúpedos indómitos que sufren con trabajo se acerque el pastor que los guarda. Sus roncos mugidos, su actitud hostil cuando su vista ardiente mira á alguno que pasa por los valles, contribuyen mucho á dar á este sitio un tinte de fantástica poesía.

La pluma quisiera escribir largas páginas sobre estos detalles variados de los paisajes españoles, porque sus recuerdos quedan vívamente grabados en la imaginacion del artista ó del viajero que tiene la felicidad de contemplarlos. Las grandes escenas de la naturaleza nos dominan á pesar nuestro, y dejan en nuestras almas impresiones que la menor circunstancia reanima y adorna con colores de nuevo reflejo.

Dejé á Sevilla con mi amigo el dia 1.º de mayo, tomamos bastantes conocimientos del camino que íbamos á seguir hasta Granada: se nos habia contado con énfasis los caminos difíciles y los peligros del viaje: por lo mismo, para viajar sin obstáculo, habiamos despachado de antemano con los arrieros la mayor parte de nuestro equipaje, reservándonos algunos efectos de poco valor y el dinero indispensable para nuestras necesidades. Ademas nos habian advertido que las posadas españolas nos ofrecerian pocos recursos, y que por otra parte están situadas á largas distancias del camino: fue pues necesario proveerse con todas las provisiones que reclaman las comodidades de un viaje: tres caballos de alquiler tomados para nosotros y nuestras maletas, compusieron nuestra caravana bajo la direccion de un mozo vizcaino que debia reunir á las funciones de guia las de palafrenero para nuestras caballerías, y si era necesario, el criado armado para nuestra escolta. Este robusto ganapan, de edad apenas de 20 años, se habia proveido de una enorme cachiporra que manejaba con un aire fanfarron, contando á cada momento las aventuras probablemente imaginarias de que su genio cobarde le hacia héroe: ademas, á juzgar por sus modales francos y libres, parecia un compañero fiel, listo y de buen humor, capaz de resucitar al célebre escudero de D. Quijote por su inagotable erudicion en materia de refranes y dichos populares: español, de sangre pura, en sus horas de la mas loca alegría

guardaba un decoro no menos cómico que sus bufonas chanzas, y á pesar del tono familiar con que le tratábamos, supo constantemente mantenerse en los límites de una reserva personal.

Dios sabe con qué ardiente entusiasmo habiamos emprendido el viaje: cada uno de nosotros habia formado su plan para sacar del viaje la mayor diversion posible: se hubiese dicho al vernos, que un mundo encantado iba á ofrecerse á nuestra vista: cada posada nos prometia mas aventuras que un palacio feudal. Dejamos á los aficionados á la moda los caminos tirados á cordel, enarenados y adornados con árboles regularmente alineados cortados con barreras: las fondas y los paises de la llanura á cualquiera que tema los peligros y las privaciones; pero para nosotros la España con todas sus rarezas, con todas sus curiosidades, con sus salvajes costumbres de los tiempos antiguos; la España con sus costumbres nacionales, cuya huella desaparece de dia en dia; para nosotros la España con sus bandoleros que arruinan la decoracion de sus paisajes y sus guerrilleros siempre alerta para hacer la guerra en la montaña ó para robar á los pasajeros, era un pais encantador.

Una escena bastante singular nos estaba reservada para la primera noche de nuestra peregrinacion. El sol se habia puesto: sus últimos rayos moribundos iluminaban nuestra entrada en una aldea de bastante humilde apariencia, pero verdadero paraiso para viajeros fatigados de una jornada por medio de matorrales que habian sufrido el ardor de la canícula, ó habian sido azotados por el aire y el agua. Un destacamento de carabineros enviado en persecucion de una banda de ladrones que infestaban las cercanías, estaba alojado en la posada en donde entramos. Estrangeros, viajeros y sobre todo ingleses, ofrecian en aquel pais un espectáculo bastante raro para ocupar los ánimos de los tontos. Mientras que el tabernero ayudado de algunos hombres embozados en sus capas pardas deletreaba en un rincon nuestros pasaportes, un hombre bajito que por su cara y su trage negro todo raido creimos fuese un escribano, redactaba no sé qué documento á la claridad de una lámpara agonizante. Nuestros pasaportes en idioma inglés parecia hebreo á estas buenas gentes: nos miraban por lo bajo con una desconfianza que ya nos parecia de mal agüero para la continuacion de nuestro viaje: afortunadamente nuestro criado vino en nuestro auxilio, y con el énfasis fanfarron de sus discursos supo darnos á la vista de nuestros Argos una importancia casi de reyes: algunos cigarrillos ofrecidos á tiempo acabaron de conciliarnos los ánimos, y establecieron nuestra calidad de hombres acaudalados. El señor corregidor vino en persona á visitarnos: la única silla de la casa fue llevada cerca del fuego por la estimable Maritornes en honor del magistrado campesino. El gefe de los carabineros quiso cenar con nosotros: era un buen bebedor qne pagó su escote con mil anécdotas de una campaña que decia habia hecho en la América del Sur: nada hay comparable al aplomo de este embustero, á sus gestos homéricos que desplegaba para hacer dramáticas sus relaciones, y á las contorsiones de sus pupilas que hacia girar en los episodios patéticos. Este modelo de esbirros pretendia saber por la punta de los dedos los nombres y las señas de todos los ladrones de todo el pais: al oirle no tenia mas que tomar un poco de incomodidad para cogerlos en sus cavernas sin tirar un solo tiro: al marchar nos ofreció para escolta uno de sus carabineros, asegurando que la sola vista de su uniforme limpiaria la sierra de todo peligro: nos apresuramos á darle gracias por su ofrecimiento, pues que deseábamos separarnos de él, y por otra parte nuestro mozo vizcaino nos parecia mas que suficiente para sostener con nosotros dos el ataque de los peligros fantásticos con que podria poetizarse nuestra escursion.

Hácia el fin de nuestra cena, los sonidos *agri-dulces* de una mala guitarra acompañados de castañuelas, hicieron oir el preludio de un canto nacional, cuyo refran repitieron en coro las voces de todos los presentes. Este concierto, un poco salvaje, era sin

embargo un obsequio del posadero que habia llamado á sus vecinos para que contribuyesen á aumentar la fiesta con que nos obsequiaba. Con gana ó sin ella, y por mucha que fuese nuestra necesidad de acostarnos, fue preciso sentarse en el portal de la posada con el dueño, su muger fresca y rabicortona, y el señor comandante de los carabineros. La guitarra suficientemente atormentada por cada aficionado, pasó fatigada ya á las manos un poco negras de un alegre zapatero de viejo, que se ponia con gracia como un Apolo: este remendon era un hombre de bastante corpulencia, con facciones regulares, adornadas de un bigote negro coquetamente rizado, y cuyos brazos nerviosos descubiertos hasta el codo, manifestaban claramente mas capacidades atléticas que músicas: no obstante, tocaba la guitarra con una familiaridad, que no estaba falta de gracia: cantaba al mismo tiempo canciones un poco verdes que acompañaba con miradas espresivas de las que las mugeres que hacian parte de su auditorio no parecian conmovidas. Pero ninguna de estas mugeres igualaba en atractivos á la pizpereta Pepita, la hija del posadero: dos momentos habian sido suficientes para improvisar un baile y adornarse con rosas menos frescas que ella: el mejor mozo de los carabineros le ofreció la mano para bailar el bolero. El vino hacia el papel de los refrescos, y con todo, es menester decirlo en honor de la sobriedad española, ni arrieros, ni soldados, ni aldeanos, se separaron un punto de la galantería española. Esta pequeña fiesta hubiese sido digna del pincel de nuestros mas célebres artistas: todo era chistoso, hasta el escribano de justicia, cuyo perfil escesivamente delgado, se dibujaba de un modo grotesco sobre la pared ennegrecida por el humo y á favor de la luz fabulosa de un velon colosal que no dejaba distinguir mas que las tinieblas del fondo de la posada.

La aurora del dia siguiente nos encontró caminando: andábamos como verdaderos vagabundos, dejando á la casualidad el cuidado de guiarnos, aceptando las aventuras sin temerlas de antemano, y no nos pese, porque este es verdaderamente el mejor medio de caminar en España para divertirse: nuestro espolista, el vizcaino, habia religiosamente desempeñado su encargo de velar sobre las provisiones de boca: nuestra comida se componia de bastantes fiambres: cada uno de nosotros llevaba en el arzon de su silla una bota de Valdepeñas, á la cual dábamos frecuentes ataques, y como para viajar con gusto estimábamos mas la compañía del buen vino que la proteccion del trabuco, nuestro guia tenia órden de velar activamente sobre esta parte de nuestra vitualla, y debo añadir en loor suyo, que siempre se manifestó irreprochable. Qué alegres ratos pasábamos cuando el antojo ó la necesidad nos obligaba á detenernos á orillas de un riachuelo bajo la sombra espesa de un árbol, aun húmedo del rocío, para tomar un bocado!

Seguia á esto la siesta con todos sus encantos, la siesta española al sol sobre la yerba, y cubiertos con nuestras capas. Cierto dia, á las doce, hicimos alto para refrijerar nuestros estómagos en una pradera rodeada de colinas cubiertas de olivos. Tendimos nuestras capas en la yerba espesa y blanda cerca de un arrollito que corria en medio de un lecho de flores, atamos nuestros caballos á un árbol, y el mozo estendió las provisiones: estas se habian aumentado con los restos de una copiosa cena que habiamos pagado muy cara en una posada de Antequera. La primer cosa que apareció sobre el mantel, fue un cuarto de cabrito que estaba convidando á comerse, siguió una soberbia tajada de bacalao, y los restos de un jamon y de un pollo digno de pasar por gallo: despues una bizarra torta, y naranjas, uvas, higos y nueces. Nuestas botas este dia rebosaban con el mejor Málaga: en los trasportes de nuestra borrachera confirmamos á nuestro vizcaino con el nombre de Sancho-Panza, cuya copia inteligente parecia; el pobre muchacho se alegró infinito de este testimonio de nuestra satisfaccion, porque participaba como todos los españoles de su condicion, de la creencia firme de la existencia del célebre loco de la Mancha.

—Esta historia es verdadera, me decia un dia con un acento en que la interrogacion causaba el deseo de una respuesta afirmativa.

—Ya se ve que sí, le contesté, pero hace muchísimos años.

—Mas de mil, puede ser, me contestó.

—Asi lo creo, respondí yo.

Mi hombre satisfecho no preguntó ya mas.

Mientras que haciamos honor á nuestro espléndido banquete, se acercó un mendigo, cuyo esterior miserable aparentaba un peregrino: era viejo y cascado, sus pesados pasos se apoyaban sobre un grueso palo, su barba canosa caia en desórden sobre sus andrajos; pero se adivinaba á pesar de su edad que en su juventud habria sido buen mozo. El *calañés* de los andaluces cubria su cabeza, unos calzones y abarcas sujetas con unos mimbres á las piernas, componian su trage: con todo, á pesar de su vejez y los remiendos numerosos que atestiguaban la pobreza del propietario, su ropa tenia un aire de limpieza entre los mendigos de todos los paises. Este hombre se nos acercó con la dignidad séria y política que tiene el sello de las costumbres del español en todas las clases. La hora de la comida, sobre todo en el campo, favorece el desarrollo de los instintos generosos, y añadimos á la limosna de algunas pesetas una tajada de jamon y un gran vaso de nuestro Málaga. El mendigo recibió nuestros dones con soltura sin agradecimientos serviles, pero con una gratitud que esplicaba completamente su mirada; cuando hubo probado con sus labios el vaso de vino, le levantó para examinar el licor, se le escapó una señal de ligera sorpresa, y vaciándole despues de un solo trago, le dejó sobre la yerba manifestando en su cara su satisfaccion, y añadió: «Ya hace muchos años que el pobre viejo no habia gustado semejante cordial.» Partió en seguida el pedazo de pan diciendo: «Bendito sea este pan delicado, y que Dios proteja á los que me le han dado!» Viendo que le guardaba en su alforja, le invitamos á que le comiera delante de nosotros sin cortedad. «No, buenos caballeros, contestó, he bebido el vino porque no tenia vasija en que llevármelo, y me era preciso beberlo ó dejarlo: ese vino generoso ha reanimado mis fuerzas, pero me llevo este pan para dividirlo con mi familia.» Nuestro vizcaino habiéndonos consultado con la vista, se apresuró á llenar la alforja del mendigo con los restos de nuestro festin, con condicion que comeria su parte. El pobre fue á sentarse á algunos pasos enfrente de nosotros, y comió con lentitud y como con pesar. Habia evidentemente en la existencia de este hombre algo de grande y de curioso, todo en él manifestaba que habia debido pasar dias mas felices; me atreví á hacerle algunas preguntas; sus respuestas desvanecieron toda la curiosidad que esperaba satisfacer. Aquel hombre no habia tenido en su vida miserable un solo acontecimiento digno de recuerdo; era tan ignorado como pobre; su aire cortés no era el fruto de una buena educacion ni de una posicion social naufragada, no habia en él mas que un tipo del carácter nacional y de esta poesía indefinible que se refleja en el lenguaje y las costumbres del pueblo español. Este hombre nos contó que habia tenido una posada durante cincuenta años de su vida, y que de resultas de unas pérdidas se habia visto con su familia reducido á la mendicidad. «Antiguamente, añadió, era muy alegre y gozaba la mejor salud, y ahora que tengo ochenta años, tengo que mendigar, y esto á mi edad es cruel, y conozco que las fuerzas van á abandonarme.»

Sin embargo, este infeliz no estaba aun acostumbrado á las humillantes necesidades de su dolorosa posicion; hacia poco tiempo que faltándole sus últimos recursos, se habia visto obligado á mendigar la caridad de los viajeros en los caminos; nos contó en términos dramáticos la historia de las luchas ardientes de su orgullo contra el hambre que devoraba á su vista los seres que amaba. Cuando nos encontró volvia penosamente de Málaga sin haber podido recoger la menor limosna, y desde la víspera no habia probado nada, ofreciéndose para aliviar su cansancio vastas y áridas llanuras que aca-

bábamos de pasar con tanto trabajo y bajo un cielo abrasador. Al pasar por delante de una posada de rica apariencia habia pedido á uno limosna, y le habian contestado con esta

fórmula irónica de que el pueblo español se sirve para negarla: «Perdone por Dios, hermano.» Al contarnos esto, copiosas lágrimas surcaban sus mejillas: «Me alejé de aquel corazon de piedra, nos decia con mas confusion que dolor, porque el orgullo de mi alma viene á ayudar al desfallecimiento de mi pobre cuerpo. Encontrando un rio profundamente encajonado entre unas altas montañas, tuve muchas veces la intencion de precipitarme para concluir de una vez mi miseria. Ay de mí! decia golpeando mi pecho, qué tiene que hacer entre los hombres un desgraciado é inútil viejo? Pero cuando iba á cumplir mi fatal pensamiento, una idea religiosa me detuvo, y continué mi viaje hasta un cortijo situado á corta distancia del camino real. Entré en el patio, no habia nadie; las puertas estaban cerradas; solo ví dos jóvenes asomadas á una ventana, les espuse humildemente mi miseria, me contestaron lo mismo que en la posada, y al instante se retiraron de la ventana; las saludé con el corazon desgarrado, y me alejé desfallecido del recinto maldito donde aun siquiera tenia el derecho de descansar: mis piernas se doblaban bajo mi peso, una nube cubrió mis ojos; creí que iba á morir, y doblando las rodillas me tapé la cabeza con mi capa, encomendando mi alma y mi familia á la santísima Vírgen. En aquel momento el dueño del cortijo volvia, y viendo á un pobre medio muerto en su puerta, se lastimó de mis dolores, y me hizo llevar á la cocina, donde me dieron de comer: asi es como he podido continuar hasta aqui mi triste viaje, y esto os prueba, mis buenos señores, que siempre es bueno tener confianza en nuestra Señora la madre de Dios.»

La relacion del anciano nos interesaba vivamente; nos dijo ademas que se iba á su pueblo, la aldea de Archidona, que se veia á poca distancia sobre la falda de un monte escarpado. De lejos se ven los restos desmantelados de un antiguo castillo moro, mansion de un rey árabe en la época de las guerras de Granada. La famosa reina Isabel de Castilla sitió este castillo á la cabeza de un ejército numeroso; pero el gefe musulman tenia compasion de los caballeros cristianos desde el alto de sus torres inaccesibles. Una noche la Vírgen se apareció á la reina y condujo un destacamento de guerreros escogidos por un sendero misterioso que despues no se ha podido encontrar: el rey moro se asustó tanto con este prodigio, que se precipitó con su caballo desde las murallas, estrellándose en la caida. La huella del casco del caballo estaba aun grabada en la roca. El viajero á lo lejos apercibe distintamente el camino de la reina Isabel que se eleva serpenteando por el flanco de la montaña; pero por otro prodigio no menos inesplicable, á medida que uno se acerca á las ruinas de la fortaleza, la senda desaparece. Yo creo que este camino milagroso no es otra cosa sino una raya arenisca cuyo tinte se destaca de lejos á cierta hora del dia por algun efecto de óptica, y se confunde en el aspecto general de la roca á medida que la distancia, disminuyéndose, coloca cada objeto en su lugar.

Animado por un segundo vaso de Málaga nuestro mendigo, nos contó otras varias cosas: por eso nos refirió una antigua crónica perteneciente á un rey moro que habia escondido un tesoro bajo una piedra de su castillo. La cabaña de este infeliz estaba pegada á las ruinas; el cura y el escribano del pueblo, habiendo tenido algunos sueños del tesoro, habian cavado en diferentes si-

tios del pavimento; pero la fatiga y el ningun éxito desanimaban á estos emprendedores. Muchas veces el ruido sordo del azadon habia dispertado por la noche á la familia del mendigo. Un dia nadie sabe lo que sucedió á nuestros descubridores de tesoros; pero lo cierto es que de pronto aparecieron mas ricos que antes, y guardaron su secreto con un misterio impenetrable. El anciano al decirnos esto estaba un poco conmovido, habia venido á vivir al lado de la fortuna; pero ésta se habia burlado de él como de otros muchos.

Es digno de observar que en España es una opinion generalmente admitida la de estos tesoros enterrados por los moros. Es el árbol de Tántalo, es la sombra de la felicidad de aquellos á quienes la Providencia no se la destina en esta vida. El hombre sediento sueña con cascadas y fuentes; el hambriento asiste en sueños á los banquetes de los reyes; el pobre sueña con tesoros: búsquese en cualquier parte una imaginacion que la del que no tiene un cuento.

Nuestro viaje, al cual será razon volver, se acabó por aquel dia durmiendo en la ciudad de Loja: Loja, antigua fortaleza de los moros que detuvo bajo sus muros á Fernando de Aragon, es al presente la mas miserable mansion de facinerosos. En tiempos antiguos el anciano rey Aliabac, suegro del famoso Boabdil, salió de sus murallas para aquella funesta espedicion, que costó la libertad á aquel momarca. Loja está situada en uno de los mejores parajes, en medio de un desfiladero cuyo pie baña el Genil; sus casas tienen hermosos jardines, y rocas pintorescamente situadas forman el conjunto de aquel cuadro. La única posada del lugar está asistida por una bonita criada andaluza, que sabia á las mil maravillas aprovecharse en favor de su posada de las coquetas seducciones de la basquiña negra y la mantilla, que dan un atractivo tan vivo á las gracias de las andaluzas. Su talle esbelto y deliciosamente flexible, su pupila de fuego bajo sus largas cejas de ébano, unido al efecto mágico de su adorno nacional, hubieran hecho latir un corazon el mas frio del norte. Nuestra patrona tenia un hermano de su misma edad, y ambos formaban el tipo mas gracioso del majo y de la maja; su estatura anunciaba la fuerza, sin quitar nada á la elegancia de sus formas bien marcadas; su tez morena prestaba á su fisonomía regular algo de espresivo; sus ojos despedian un fuego orgulloso, y su barba negra y cerrada completaba el adorno de su rostro. Un *marsellés* de terciopelo verde cuajado de botones de plata, y un calzon de la misma tela guarnecido de los mismos botones y un pañuelo de seda colorado atado con negligencia en el cuello y que caia sobre una camisa mas blanca que la nieve, formaban su trage. Una faja de lana, unos botines de cuero atezado y unos zapatos de lo mismo concluian aquel vestido.

Hallándose en el umbral de la puerta mirando á los que pasaban con direccion a camino, se le acercó un hombre á caballo, que llamándole aparte, entabló con él una conversacion que parecia interesarles. El trage del recien venido se diferenciaba poco del de nuestro huésped; era un hombre de edad de treinta años, rechoncho, su nariz aguileña, y su rostro ligeramente señalado de la viruela, no dejaba de tener gracia; toda su persona anunciaba firmeza, resolucion y aun alguna cosa mas. Su caballo, negro como el ébano que piafaba delante de la puerta, anunciaba por sus arreos la riqueza de su amo. Dos carabinas de ancho calibre colgaban del arzon; en suma, en el conjunto del caballo y del ginete me daban la idea de uno de los famosos contrabandistas que esplotan la Serranía de Ronda. Me pareció que este se hallaba en buena posicion para con la viuda, y Dios me perdone esta sospecha, creí que esta no le miraba con malos ojos. Cuanto mas examinaba la posada, me parecia descubrir señales mas ó menos vagas del oficio de contrabandista; la escopeta colgada en la pared en un rincon, y al lado de la guitarra, no estaba allí seguramente por casualidad. Sea lo que quiera, el recien venido pasó la noche en la posada; en la cena cantó sin la menor pretension, pero con un acento de esquisita poesía, varias

canciones serranas. Durante nuestra cena vinieron dos pobres asturianos que pedian un poco de pan y una cama en el pajar por aquella noche. Algunos ladrones, segun decian, los habian sorprendido en un desfiladero y los habian robado cuanto llevaban: mi amigo, conmovido de su desgracia, pagó generosamente por ellos los gastos de casa y cama, y ademas añadió á esta liberalidad una pequeña cantidad para que pudiesen llegar á su tierra.

El número de los pasajeros se aumentaba á medida que pasaban las horas. Entre otros llegó uno que bien podria tener 60 años, y que sin cumplimiento se puso á hablar con la posadera: á juzgar por su trage, idéntico al de su provincia, parecia un andaluz. El aspecto de este hombre daba motivos para reflexionar; enormes bigotes prestaban á su

rostro, naturalmente grave, una especie de aire militar que se realzaba mas al ver el enorme sable que pendia de su cintura. Todos los que se hallaban en la posada acogieron su entrada con señales mudas de un respeto muy notable.

Nuestro vizcaino, que observaba nuestra curiosidad, nos dijo misteriosamente que este individuo se llamaba D. Ventura Rodriguez, que era muy conocido en la provincia y muy temido por su fuerza prodigiosa, y las pruebas convincentes que habia dado de ella. En la época de la invasion francesa, habiendo sorprendido seis soldados dormidos detrás de un seto, los habia atacado él solo, habia muerto y hecho prisioneros á los demas; el rey le habia ennoblecido con el título de *Don*, y señaládole una pension de una peseta diaria.

Este hombre era verdaderamente digno de observarse y estudiarse; de raza pura andaluza, tan fanfarron como valiente, su gran sable que llevaba siempre arrastrando, y que le seguia á todas partes como su sombra, era, decia él, su fiel compañero, á quien segun las circunstancias tenia, ó debajo del brazo, ó en la mano, y le llamaba su *santa Teresa*: «Cuando lo blando, esclamaba, el mundo tiembla!» Sin duda que habia algo d D. Quijote en aquella cabeza.

El tiempo corria escuchando los coloquios de todos estos personajes, verdadero mosáico de usos, costumbres é idiomas. Nada mas estraño que la libertad natural que reina entre los pasajeros en las posadas españolas; aquello es una confusion: uno canta, otro cuenta historias de ladrones, otro anécdotas de contrabandistas y leyendas árabes; todas estas voces, todos estos acentos, todas estas cadencias se mezclan en una cacofonía infernal. Nuestra bella posadera hizo cesar aquel ruido prometiendo cantar la leyenda de las regiones infernales de Loja. Para la inteligencia de esta leyenda es necesario saber que todo aquel terreno está minado por inmensas cavernas por donde corren riachuelos tenebrosos, cuyo ruido se oye distintamente á ciertas horas de la noche. El pueblo, siempre supersticioso, cuenta que estos subterráneos estaban antiguamente habitados por monederos falsos y que los reyes moros habian escondido tesoros que no le es dado á nadie encontrar.

Pero dejando estos incidentes, lleguemos al fin de nuestro viaje; se multiplican, y la impaciencia de llegar aumenta con ellos. Al salir de las montañas se presentó á nuestra vista la magnífica vega de Granada: nuestras miradas avanzaban con emocion hácia aquella antigua capital, último pueblo de la dominacion de los moros en España. A nuestro frente se levantaba la Alhambra, monumento tan rico por su propia grandeza y por los recuerdos que trae; en el fondo de la esce-

na la Sierra Nevada cierra el horizonte como una inmensa cortina sobre la cual se dibujan los edificios de Granada: ni siquiera una nube empañaba el azul de aquel bello cielo, y las brisas de las montañas templaban con un céfiro embalsamado de perfumes el calor abrasador del medio dia. Despues de una siesta, en la que pasaron las horas del sol, terminamos nuestra peregrinacion, entregando nuestras almas á las mas suaves emociones inspiradas por los lugares que nos rodeaban.

Las cercanías de Granada forman una deliciosa avenida entre alamedas de aloes y bananos, el camino pasa por medio de campos cultivados con la mayor belleza; no se ve mas que jardines, vergeles, sombras voluptuosas, perfumes, flores y frutas hasta las puertas de Granada, á donde llegamos á puestas del sol.

La vista de la Alhambra produce sobre el pasajero poeta el mismo efecto de veneracion que los monumentos sagrados del islamismo sobre los peregrinos del Oriente. Quién podria contar todos los recuerdos históricos, todas las fábulas maravillosas de que este palacio de la gloria árabe ha sido el argumento ó cuyas señales ha guardado á pesar del tiempo destructor?

Dejo al lector se imagine todo lo que debimos sentir cuando despues de haber visto nuestros pasaportes y documentos, el gobernador de la Alhambra nos ofreció una de sus habitaciones en el recinto de este palacio de los reyes moros. He tenido un cuidado casi religioso en recoger las principales tradiciones que encierra ese sepulcro de los tiempos antiguos. Cada línea de mis apuntes fue escrita sobre el pavimento de mármol que cubre á tantos grandes hombres.

La primera noche que pasamos en esta soledad real, la sombra de los Abencerrajes anduvieron errantes sin duda á nuestro alrededor, porque vimos amanecer el dia siguiente sin haber dormido y penetrados de emocion y respeto.

Tres sitios hay en el mundo ante los cuales cualquiera hombre de nuestros dias debe doblar la rodilla: Jerusalen, Santa Helena, la Alhambra!....

# CAPITULO II.

## ASPECTO DE LA ALHAMBRA.

El primer orígen del palacio de la Alhambra fue una fortaleza donde los reyes moros paseaban sus miradas tan lejos como la vista puede estenderse sobre aquel suelo querido del cielo que la conquista bárbara les habia dado y una cristiana les quitó. El palacio actual no ocupa mas que una plaza del antiguo castillo, cuyas murallas almenadas siguen serpenteando las sinuosidades de una colina que por un lado domina á Granada y por el otro se une á los montes de Sierra Nevada.

En tiempo de los árabes, la Alhambra podia recibir dentro de sus murallas cuarenta mil soldados: su recinto fue muchas veces el asilo de los reyes moros contra las revueltas de los súbditos. Cuando la provincia de Granada fue devuelta por la guerra á la España cristiana, la Alhambra continuó siendo la morada de los reyes, y los príncipes de Castilla gozaron con su estancia allí. Cárlos V puso en sus murallas los cimientos de un magnífico palacio; pero varios temblores de tierra le hicieron renunciar á su proyecto. Felipe V y la bella Isabel de Parma fueron los últimos soberanos que habitaron la Alhambra. Tomaron posesion de ella al principio del siglo XVIII con todo el aparato y pompa de la magestad; inmensos trabajos de reparacion se ejecutaron en ella; el palacio y los jardines fueron compuestos á toda costa, y de órden de Felipe V vinieron artistas de Italia para emplearse en el adorno de los nuevos edificios que queria hacer; pero cuando este príncipe la abandonó volvió á su triste soledad: los adornos pasajeros que el lujo de la corte habia puesto se marchitaron pronto bajo la ocupacion militar, primero y último destino de este monumento. Un gobernador nombrado por el rey vino á residir allí: su autoridad, independiente de la capitanía general de Granada, se estendia hasta los arrabales de la ciudad. Los cuartos que forman la fachada del viejo palacio eran su habitacion; en torno suyo habia una estancia formidable, y nunca iba á Granada sin una guardia de honor imponente. El fuerte castillo de la Alhambra ofrecia en el interior el aspecto de una pequeña ciudad con sus murallas, plaza de armas, con su convento é iglesia. El haber retirado Isabel de Parma su corte de

allí, fue el golpe de muerte para las magnificencias de la Alhambra. Sus espléndidos salones, corroidos por el tiempo, cayeron poco á poco en escombros, y sus jardines mágicos fueron destrozados por la brutal soldadesca; los surtidores fueron destruidos, las fuentes de alabastro dejaron de correr. A todas estas miserias, hijas del abandono, añadid la irrupcion de un populacho compuesto de gente sin alma que bajo mil pretestos concluyeron por invadir y apropiarse poco á poco las estremidades desiertas de los edificios. El mal, semejante á la gangrena, ganó terreno; los contrabandistas que se escapaban de la justicia de Granada buscaron allí un asilo seguro para proteger sus maniobras y salvar el botin de sus espediciones; los malhechores de todas clases ayudados por el tiempo formaron su *cuartel general*, de donde sus agentes seguros de un refugio salian á infestar las cercanías de Granada. Fue pues necesario que un dia la fuerza pública viniese á barrer esta cloaca de atrevidos bandidos. Cercado el recinto de la Alhambra, fue registrado hasta los mas pequeños escondrijos, y todos los presos fueron obligados á dar cuenta de sus acciones y palabras; el derecho de residencia fue concedido solo á personas útiles para el servicio de esta propiedad del Estado, y las habitaciones supérfluas fueron demolidas; no quedó mas que una parte que tenia destino fijo y el convento y la iglesia de que he hablado mas arriba.

En las últimas guerras de la Península, el ejército francés ocupó á Granada y alojó tropas en la Alhambra. El comandante militar de la provincia residia en el palacio, y al gusto ilustrado que distingue tan eminentemente el pueblo francés, es al que debe dar la España gracias por la conservacion de todo lo que recuerda hoy dia el esplendor de los reyes moros. Se hizo mas que respetarlo; se reparó la techumbre, se compuso una parte de los salones que pedia un pronto socorro, y las galerías fueron puestas al abrigo de las injurias del tiempo y del vandalismo de los ignorantes por ventanas que se hicieron; los soldados arreglaron los jardines y compusieron las cañerías de las fuentes, y la ocupacion francesa mereció gozar un resto del espectáculo de las magnificencias del siglo árabe. Si existe aun la Alhambra, la España se lo debe á la Francia.

Al retirarse el ejército, los generales de Napoleon tenian órden de desmantelar todas las fortalezas de las plazas que abandonaban. Los ingenieros hicieron saltar varias torres unidas á la muralla; desde aquella época la Alhambra no tiene valor militar; su guardia se compone de un destacamento de inválidos, cuya vigilancia inerte se limita solo á algunas torrecillas que aun subsisten y que sirven algunas veces, pero pocas, de prisiones de estado. *Otro tiempo, otras costumbres*: el gobernador actual de la Alhambra no reside en ella mas que durante la buena estacion; prefiere vivir en Granada, donde sus relaciones son mas fáciles y sobre todo mas agradables. No debo concluir estas anotaciones sin dar un testimonio honorífico de las cualidades preciosas de este gobernador, D. Francisco de Serma. Este funcionario, hombre de talento, consagra todos los recursos de que puede disponer para detener en cuanto le es posible la decadencia de este monumento, cuya custodia le está confiada. Si todos los gobernadores que le han precedido en este destino hubiesen tenido el mismo celo que él en una obra tan honrosa, la Alhambra hubiera conservado casi enteramente su primitiva magestad; pero es verdaderamente deplorable que en un pais civilizado el gobierno tenga tan poco cuidado en la conservacion de sus antigüedades nacionales; llegará dia en que la España será el punto de reunion general de los viajeros, de los hombres de mundo, sábios y artistas de todos los puntos de la Europa. Su historia es bastante gloriosa para que se adorne con orgullo con los monumentos que la atestiguan.

No se crea que voy á hacer una descripcion minuciosa de la Alhambra. Este palacio ha sido tantas veces objeto de detalles históricos hechos por los mas ilustres escritores, que me limitaré á recordarlo al lector

por medio de un bosquejo muy sucinto.

La mañana del siguiente dia de nuestra llegada salimos de la posada de la Espada, y atravesando los barrios de *Vivarrambla* y *Zacatin*, antiguo bazar de los árabes y la plaza en que está situada la capitanía general, subimos una calle estrecha y pendiente, y cuyo nombre data de los dias florecientes del antiguo reino de Granada. La calle de los *Gomeles* (nombre de una tribu árabe, célebre en los romanceros), da á una gran portada de estilo griego, y que sirve de entrada á las dependencia de la Alhambra.

En lugar de los Zegríes y Abencerrajes que nos habrian acogido algunos siglos antes, encontramos dos ó tres soldados viejos, de cara séria, sentados sobre un banco de piedra: un hombre, cuyas trazas eran las de un mozo de cordel, cubierto apenas de miserables andrajos, y que estaba hablando con un soldado, vino á nuestro encuentro, y se ofreció á conducirnos por todos aquellos sitios que mereciesen la curiosidad de ser visitados.

Nunca he podido vencer la repugnancia instintiva que tengo á todos los que sirven de *Ciceroni* mercenarios, y el esterior de esto me afirmaba mas en mi prevencion.

—Amigo mio, le dije, conoceis perfectamente todas las partes de este edificio?

—A la verdad, señor, me contestó, que ninguno podria mejor que yo esplicaros todo lo que quereis ver, porque tal como me veis soy *hijo* de la Alhambra.

A estas palabras, pronunciadas con un énfasis singular, me puse á mirar de nuevo el trage del hombre que asi me hablaba: no sé lo que pasó en mi interior; pero los andrajos que apercibí me parecieron de repente respetables; no ví en este personaje mas que la librea de la desgracia; la pobreza del vestido era digna de la grandeza de las ruinas que le cobijaban. Le hice hábilmente algunas preguntas, y sus respuestas me ilustraron sobre el derecho que se abrogaba bastante legítimamente. Su familia, me contestó, habitaba de padres á hijos las cavernas de la Alhambra desde la época de la conquista de los reyes Católicos; se llamaba Mateo Jimenez.

—Serias por casualidad descendiente del famoso cardenal?

—Sábelo Dios, señor, me contestó, y por otra parte no veo que sea cosa imposible. Soy descendiente de una familia de cristianos viejos, pero de los mas viejos que hayan vivido en la Alhambra. En nuestras venas no corre sangre infiel. Me acuerdo que desciendo de una grande familia antigua, pero cuyo nombre he olvidado. Mi padre podria deciros mas sobre este punto si lo deseais, porque conserva preciosamente el blason de nuestros antepasados colgado en la chimenea.

Me admiró aquella sangre fria; pero reflexionando no debia sorprenderme, porque desafio que se encuentre á un español por mas pobre que sea, que no pretenda descender de alcurnia noble. Sin embargo, como el aire caballeresco de mi desconocido me habia seducido á primera vista, invité al hijo de la Alhambra á que nos hiciese los honores del paseo.

Una alameda algun tanto pendiente sembrada de arbustos del verde mas encantador atraviesa desde luego un profundo riachuelo; senderos serpenteando de mil maneras caprichosas adornados con fuentes secas en el dia recorren este riachuelo en todas direcciones y mueren en la alameda despues de mil ramificaciones. Las torres esteriores de la Alhambra se elevaban á la izquierda sobre nuestras cabezas, á la derecha enfrente del riachuelo las *torres bermejas* se elevaban entre las rocas á iguales distancias; estas torres se llaman asi á causa de su color rojizo; su orígen se pierde en la noche de los tiempos: se cree son anteriores á la fundacion de la Alhambra.

Algunos historiadores atribuyen esta obra á los romanos, y otros suponen han sido fundadas por alguna colonia nómada de fenicios.

A la estremidad de la alameda que acabábamos de pasar se eleva una torre cuadrada; es la entrada principal del palacio. Un inválido estaba gravemente de centinela, mien-

tras que sus compañeros, recostados sobre los bancos de piedra, dormian embozados en sus capas. Esta entrada se llama la *Puerta de la justicia*, porque sobre los bancos que la rodean se sentaba otras veces el magistrado que llevaba entre los moros las funciones análogas á las de juez de paz; esta vieja costumbre de los paises del Oriente se remonta á la mayor antigüedad; se encuentran noticias de ella en la *Biblia*.

Un inmenso arco construido en figura de herradura, y que se eleva casi á la mitad de la torre Cuadrada, sirve de vestíbulo. Se distingue una mano esculpida sobre la llave de la bóveda esterior, y la piedra que corresponde al interior conserva la huella de una llave de igual dimension. Los sábios que se creen iniciados en los secretos de los símbolos musulmanes hallan en esta mano el emblema de la doctrina y la llave les parece el de la fé; pretenden que esta señal estaba grabada en las banderas de los moros que sometieron la Andalucía. Sea de esto lo que quiera, Mateo Jimenez nos ofreció otra esplicacion.

Segun una tradicion oral trasmitida de padres á hijos en su familia desde tiempo inmemorial, la mano y la llave le parecian, nos dijo, dos figuras cabalísticas que guardaban el secreto de los destinos futuros de la Alhambra. El rey moro que fundó este edificio se habia colocado bajo la proteccion de un poder mágico que le preservó por espacio de siglos enteros de los temblores de tierra, tan frecuentes en el pais meridional de la España. El pueblo cree hoy dia que el encanto que guarda la Alhambra perderá su virtud cuando la mano de piedra descienda hasta tocar la llave, todo el edificio debe entonces demolerse con estrépito, y sus ruinas dejarán al descubierto los ricos tesoros que los reyes moros han escondido en ella.

A despecho de esta prediccion terrible que se agrababa con el aire siniestro de nuestro guia, pasamos atrevidamente bajo la bóveda encantada defendidos contra los ataques del diablo por el aspecto protector de una estatua de la Vírgen, groseramente esculpida encima del marco de la puerta.

Un paso estrecho practicado entre dos paredes nos condujo por varios rodeos hasta un patio interior llamado *Plaza de las Cisternas*, á causa de los vastos receptáculos tajados en el granito, encima de los cuales está este patio. Se ve en el centro un pozo de una inmensa profundidad y cuya agua es de la pureza mas admirable. Todo el mundo sabe con qué voluptuosidad miraban los árabes este elemento.

Enfrente de la *Plaza de las Cisternas* se ve el palacio emprendido por Cárlos V, y cuyas magnificencias debian, segun él, sobrepujar las mas bellas concepciones de las obras de los árabes; pero las muestras que subsisten aun estan lejos de corresponder á los planes ambiciosos del fundador, nada detiene ni fija las miradas delante de este palacio en la cuna, y al pasar por delante de él sin siquiera mirarle nos apresuramos á salvar el portal de una maciza simplicidad que conduce á las habitaciones de la antigua Alhambra.

Nos pareció de repente que detrás de nosotros habia desaparecido un incendio; lo presente desapareció como un relámpago, y los siglos pasados saliendo del polvo nos convidaban como por encanto á ver las grandes escenas de la historia árabe.

Acabábamos de entrar en un vasto patio

cubierto de losas de mármol y adornado á cada estremidad con un gracioso peristilo árabe. Este patio, llamado la *Alberca (patio del estanque grande)* estaba ocupado en el centro por un estanque de ciento treinta pies de largo lleno de pescados de colores y rodeado de rosales que forman su balaustrada. La estremidad superior de la *Alberca* termina con la torre de *Comares*.

Un pasadizo embovedado al opuesto lado de esta torre nos introdujo en el patio de los *Leones*: esta parte del palacio es la que ha sufrido menos los estragos del tiempo. Aun se eleva en medio de él la famosa fuente cuyo nombre ha conservado la historia y las tradiciones populares. Sus doce leones no han cesado de echar su agua cristalina en sus conchas de alabastro como en tiempo del rey Boabdil. El patio, dispuesto á manera de *parterre* florido, está rodeado de una galería formada de arcos esbeltos esculpidos y calados, deliciosa crestería de piedra que parece caprichosamente enlazada con columnitas de mármol blanco. El órden de la arquitectura árabe ofrece en general mas elegancia que grandiosidad, pinta los gustos de su época por las delicadezas refinadas de la vida voluptuosa de los harenes, y en nuestros dias cuando se fija la vista en estos arabescos dibujos tan atrevidos, tan maravillosos que los cree uno obras de mágicos, se pregunta cómo tan preciosos recuerdos del arte oriental han podido resistir por espacio de tantos siglos á las convulsiones de un suelo volcánico, á los estragos del tiempo y sobre todo á las últimas guerras de nuestra historia, al saqueo de los soldados y á la curiosidad no menos desastrosa de los que la visitan; ciertamente en presencia de un destino tan protegido, la leyenda de la mano y de la llave tomase en nuestra imaginacion una autoridad casi positiva.

Una puerta admirablemente cincelada conduce del patio de los *Leones* á un hermoso salon cuyo pavimento es de mármol blanco; esta es la *Sala de las dos Hermanas*. Un artesonado abierto comunica sin cesar un aire puro y el reflejo de una débil luz: los zócalos á la altura de apoyo estan incrustados con hermosas piedras árabes, en cada una de las cuales se admiran los blasones de un rey moro: la parte superior está cubierta de estuco de Damasco cortado con festones de mil formas, que sirven de marcos á los versículos del *Coran*. Los adornos de las paredes y del artesonado estan revestidos de oro y los huecos del dorado llenos de lápiz-lazuli; alrededor del salon hay practicados unos nichos destinados sin duda á recibir los lechos de reposo. Sobre un vestíbulo interior hay un corredor que comunica á las habitaciones de las mugeres; se encuentran aun varias de estas ventanas caladas llamadas *celosías*, que permitian á las habitantas del serrallo contemplar sin ser vistas las fiestas brillantes que se daban en la *Sala de las dos Hermanas*. En presencia de estos restos tan elocuentes la imaginacion sueña con fantásticas apariciones. Las voluptuosas habitaciones de las bellezas orientales aun subsisten allí; pero qué se han hecho las Zoraidas, las Lindarajas? preguntádselo á la tierra, á este Saturno eterno que devora sin cesar á sus hijas.....

A la otra estremidad del patio de los *Leones* se presenta la sala de los Abencerrajes. Este nombre recuerda á la memoria de una familia de nobles caballeros que fueron decapitados en una de las tazas de marmol que se ve aun en medio de este recinto. Algunos historiadores han puesto en duda y revocado la autenticidad de esta espantosa ejecucion. Nuestro guia al vernos conmovidos nos hizo notar como pieza justificativa la pequeña puerta de hierro por donde los

desgraciados Abencerrajes fueron llevados al lugar de su suplicio; ademas se ven aun

en el pavimento ciertas manchas de un rojo negro indeleble que se supone ser huellas de su sangre. Quiero que reflexiones, querido lector, si en semejante momento y á vista de tales recuerdos no es permitido tener un poco de credulidad: nuestro hombre, aprovechándose de la impresion que nos habia causado, se apresuró á añadir á sus narraciones cuentos sobrenaturales. «Esta es la causa, nos decia con una fisonomía de las mas cómicas, de que se oigan algunas veces por la noche gemidos sordos que se prolongan como un eco confuso de voces humanas, á los cuales se mezclan por intervalos sonidos mas agudos, parecidos al choque de las cadenas contra las piedras.» A la verdad esta especie de fenómenos se esplica por el paso subterráneo de las corrientes de agua que surten las fuentes; pero el pueblo, siempre ávido de lo maravilloso, cree que los espectros de los Abencerrajes vuelven en ciertas épocas á visitar la Alhambra y á execrar á sus asesinos.

Despues de haber pasado de nuevo el *Patio* de los *Leones* y de la *Alberca*, visitamos la *torre* de *Comares*, asi llamada del nombre del artista árabe que la edificó. Es una construccion maciza y de bastante elevacion: desde su cumbre se ven las orillas del Darro, por el lado mas escarpado de la colina, en cuya cima se asienta la Alhambra. Una galería abovedada conduce en el interior de la torre á un salon magnífico que los reyes granadinos tenian destinado para el recibimiento solemne de los embajadores, de cuyo orígen tomó el nombre de *Sala de Embajadores*. Aun se distinguen en ella restos medio borrados del antiguo esplendor de aquellos tiempos caballerescos; sus zócalos han conservado una parte de los adornos de estuco que los hermoseaba; el artesonado es de cedro enriquecido con dorados y arabescos de los mas riquísimos colores; altas ventanas á estilo oriental practicadas en los tres lados de la sala, por medio sus paredes de granito, proyectan sus balcones de mármol encima del floreciente valle del Darro, desde los cuales se ven las calles y los conventos del *Albaicin* y los plantíos deliciosos de la Vega de Granada.

Toda esta parte del palacio de la Alhambra contiene aun restos interesantes; nuestro guia nos hizo reparar un pabellon construido sobre la plataforma de un torreon donde la reina Isabel solia ir sola á ciertas horas del dia á respirar con libertad las brisas de las montañas y reposar sus miradas sobre las magníficas vistas que rodean al palacio. Vimos tambien el *Pensil* de Lindaraja, cuya fuente de alabastro derramaba sus líquidas ondas sobre un grupo de rosales entre bosques de limoneros y mirtos; despues vimos las salas de baños, voluptuosos asilos donde la luz del dia cede su lugar á un claro-oscuro de una dulzura inefable, y donde el calor del clima desciende al grado de una templada y suave atmósfera; pero me apresuro á concluir para libertarme de este encantador atractivo, que á pesar mio me seduce y me arrastra al placer de describir: he ofrecido al lector narraciones ó cuentos de tiempos antiguos, y debo limitarme á ofrecerle un aspecto general de los lugares á donde su imaginacion va á seguirme en mis recuerdos.

Cuando se ha sufrido largo tiempo los ardientes colores de los paises meridionales, se gustan con delicia los placeres de un retiro donde los vientos frescos de las montañas vecinas mantengan sin cesar la fecundidad y la vida en el seno de los mas risueños valles. Numerosos acueductos construidos por los moros distribuyen en todas las habitaciones del palacio el agua que circula por conductos practicados bajo los pavimentos de mármol, y que mantiene los estanques, las cisternas, las fuentes y los surtidores. Despues á la salida del palacio, habiendo regado los jardines, el agua se filtra y baja á la ciudad por mil pequeños canales, que conservan en estos lugares encantadores una vegetacion la mas rica y sombras siempre verdes.

Las salas abiertas de la Alhambra dan paso á todas las brisas que vienen de las cimas de la Sierra Nevada impregnadas con los perfumes de la llanura, mientras que la

ciudad se abrasa por el sol ardiente que la abruma, se gusta en las alturas del palacio de Boabdil esa sensacion de calma perfecta, de reposo reflexivo que forma el mejor placer de los paises meridionales; todo parece convidar allí á cerrar á medias los ojos en un apacible éxtasis que hace pasar por la imaginacion todas las maravillas de las *Mil y una noches*, y que adormece entre las suaves exhalaciones de la tierra los ruidos fantásticos del follaje y el murmullo de las fuentes solitarias.

# CAPITULO III.

## LA TORRE DE COMARES.

Las cercanías de la Alhambra se han de ver á los primeros rayos del sol de una mañana pura y sin nubes cuando saliendo del Oriente no ha aspirado aun el rocío de la noche. La plataforma de *la Torre de Comares* presenta al observador puntos de vista interesantísimos: desde alli se ve desarrollarse en toda su estension el panorama de Granada y las campiñas que le rodean.

Abrase á mano izquierda en un peristilo adornado con elegantes esculturas que comunica á la *Sala de Embajadores* esa puerta baja y cubierta de hierro, súbase la escalera de caracol sin quejarse de su oscuridad y de su penosa subida, porque estos escalones de granito han sido á menudo hollados por los fieros dominadores de Granada; los reyes y los sultanes árabes se servian de ella para contemplar desde el Belvedere de Comares la aproximacion de los ejércitos cristianos, ó las batallas sangrientas que asolaban la llanura: el terrado de la torre domina á lo lejos las cimas de los montes, los valles sombríos y los cultivos que rodean este paraiso terrenal cuyo centro es Granada.

Por debajo de las almenas la vista se dirige oblicuamente sobre los edificios de la Alhambra, sus patios de mármol y sus jardines. Al pie de la torre está la *Alberca* de que ya se ha hablado, mas lejos está el *Patio de los Leones* con su fuente de sangre, y en medio del jardin se esconde como un nido de amor el delicioso *parterre de Lindarajas*, brillante esmeralda engarzada en arabescos.

Una muralla que la rodea construida de piedras rojizas, revestida en el esterior de torrecillas cuadradas colocadas en intervalos de poca distancia, corona la cima de la colina, y recorre sus caprichosas sinuosidades: este es el límite del territorio de la Alhambra. Varias de estas torrecillas estan arruinadas y sus escombros esparcidos por el suelo; por el norte el castillo se alza á pico sobre alturas enormes: un largo barranco que circuye la roca marca los vestigios de los terremotos que en diversas épocas han asolado á Granada; todo presagia que algun dia una catástrofe postrera destruirá para siempre ese viejo testigo de tantos siglos de poder.

El valle del Darro, que se ve desde el alto de la torre, aparece como un profundo hueco que va ensanchándose á medida que abandona las montañas. El rio que le da nombre recorre caprichosamente una cordillera pintoresca de colinas cubiertas de árboles frutales y de jardines de placer; la tradicion afirma que antiguamente el Darro tenia las arenas de oro, y de vez en cuando algunas personas demasiadamente cré-

dulas pasan por un cedazo la arena que recogen para buscar algunos granos del codiciado metal. Se ven esparcidos pabellones campestres con sus blancas paredes, que servian antiguamente de retiros y asilos voluptuosos á los ricos propietarios árabes.

Enfrente de la Alhambra y del seno de estas vastas sombras se eleva un palacio aéreo flanqueado con altas torres y decorado de elegantes pórticos de una arquitectu-

ra deliciosa: es el *Generalife*. La antigua habitacion de verano de los reyes moros está dominada por una montaña árida y estéril llena de ruinas que van convirtiéndose en polvo. Los aldeanos de los cercanías llaman á esta cima la *Silla del moro*; se cree que el desgraciado Boabdil se refugió allí durante una revuelta, y que desde ella sus miradas tristes se fijaban mientras sus horas de angustia sobre su capital presa de la guerra civil.

De vez en cuando las brisas del valle del Darro llevan sobre sus alas sonidos regulares como el murmullo de una cascada; estos ruidos suben del acueducto de un molino, pasado el cual se estiende al pie de la colina la avenida de la *Alameda*, lugar de las citas de los amantes durante las hermosas noches del estío brillantes de estrellas y embalsamadas de perfumes.

Hácia el poniente las montañas que limitan la vega se estienden hasta perderse de vista; esta era la frontera que antiguamente separaba la conquista de los moros de la España cristiana. Aun se ven sobre algunas de sus altas cimas castillos almenados que parecen puestos como centinelas para observar la llanura: los desfiladeros de estas montañas dieron paso en tiempos antiguos á millares de caballeros cristianos que venian á banderas desplegadas á poner el sitio á Granada.

Hoy dia la soledad de estos lugares salvajes no es alterada nunca. Los arrieros conducen en paz sus recuas de mulos por medio de los senderos que gimieron antiguamente bajo el peso de las armaduras; alli está el puente de los *Pinos*, que vió detenerse á Colon á la voz de un correo de Isabel de Castilla, que le traia á nombre de esta princesa palabras de confianza y promesas de apoyo, cuando fatigado del desprecio de los cortesanos iba á ofrecer á la Francia el descubrimiento del Nuevo Mundo. En medio de la vega la ciudad de *Santa Fé* edificada por los cristianos durante el sitio de Granada, recuerda aun la memoria de Colon; alli es donde el ilustre aventurero cuyo genio habia desconocido su patria firmó el tratado que hizo la fortuna de la España.

La parte meridional de la Alhambra ofrece á la vista el aspecto de un inmenso jardin donde corre el Genil serpenteando, y cuyas ondas reflejan el azul del cielo: se ven esparcidos en esta llanura, ricamente cultivada, muchos edificios de procedencia árabe, antiguos palacios donde reinaba la opulencia convertidos en cortijos y chozas por las vicisitudes de la conquista. El horizonte se limita al pie de Sierra Nevada, cuya vecindad, procurando á Granada la fresca y lasciva vegetacion que la rodea, templa los ardores del sol de los trópicos por una mezcla de la atmósfera del Norte. La disolucion anual de las nieves provee los receptáculos de donde salen los rios, que pasando á las Alpujarras, vienen á esparcir por todas partes la fecundidad y la vida. Estas

montañas, que dominan toda la Andalacía, dan al pais granadino el aspecto mas rico y pintoresco del mundo. El arriero saluda de lejos, sus picos cubiertos de nieve y que marcan el término de su jornada; y mas lejos aun, los marineros españoles que los descubren desde las costas del Mediterráneo, sienten nacer mas vivos los recuerdos de la patria, y para calmar la tristeza de la ausencia cantan á media voz algun romance antiguo aprendido en el lugar paterno.

Pero ya, querido lector, el calor del sol, que se hace sentir cada vez mas, y que inunda el terrado de Comares con sus rayos, y que caen á plomo sobre nuestras cabezas, me obligan á bajar y á buscar un asilo fresco en las galerías que ofrecen una hermosa sombra de la fuente de los *Leones*.

Algunas horas mas tarde no hay cosa mas hermosa que asomarse al balcon de la *Sala de Embajadores*. Cuando se pone el sol con su sudario encarnado detrás de las cimas de la Alhambra, el valle del Darro semeja una arena de fuego, y las aguas de su rio parecen inflamadas; la Vega de Granada se vela con una nube de oro ligeramente agitada por los céfiros perfumados que turban solos el silencio de los aires. Luego en lontananza se escuchan las alegres armonías de las risas y del *fandango*, baile nacional de la España; pero mientras que los amores se desarrollan bajo el follaje de los valles, la Alhambra y el Generalife quedan sumidos en su melancólica soledad. Con todo, este carácter de tristeza no impone como la sombría arquitectura de los edificios góticos: el arabesco oriental que se presenta en voluptuosos detalles, ofrece un perfecto contraste con el estilo ojival, tan grandioso y tan puro en su mística simplicidad.

El genio árabe y el cristiano han tenido combates encarnizados sobre el suelo de la vieja España. La fortuna ha favorecido inconstantemente á los dos partidos, y estas luchas han dejado recuerdos en la historia para que se admiren los desastres y los triunfos. Los moros de España tienen entre las naciones una existencia aparte: á pesar de la estension de su dominio y el número de siglos que han reinado, nadie podria calificar con un término exacto su orígen político. La invasion árabe estendió su conquista sobre el mediodia de la Europa, desde el promontorio de Gibraltar hasta los Pirineos, con una rapidez igual á la que sometia en otras playas la Siria al Egipto. Sin la dérrota de estos feroces vencedores en las llanuras de Hours, la Francia y en seguida la Europa hubieran sucumbido tan pronto como el imperio de Oriente, y puede ser que Lóndres y París fuesen en el dia de hoy ciudades mahometanas. Perseguidos hasta los Pirineos estos ejércitos de invasores, renunciaron al gusto de conquista para fundar en España un estado pacífico. Atraidos por una invasion, dulcificaron por su contacto la civilizacion de los pueblos que habian sometido; dueños de una tierra feliz, procuraron enriquecerla con todo lo que puede aumentar el bienestar humano.

Leyes severas, pero justas, artes útiles, porque creaban goces, la agricultura animada y considerada como el primer estado que ennoblece al hombre, las relaciones de comercio fundadas ó estendidas, produjeron con la ayuda del tiempo una prosperidad que debia hacerla envidiable á varios paises cristianos. Al rodearse con todo el lujo oriental, los moros de España, contribuyeron á desarrollar en la Europa, todavía incivilizada, los gustos de la vida cómoda y el instinto de la felicidad material que puede realizar la opulencia. Los artistas cristianos venian á aprender cosas maravillosas en el seno de las ciudades musulmanas: los estudiantes de todos los paises iban tambien en gran número á las universidades de Toledo, Córdoba, Sevilla y Granada para iniciarse en los tesoros de la ciencia que encerraban estas ciudades célebres. La poesía del Oriente tenia en Córdoba y Granada tribunales de amor, y los guerreros del Norte se formaban en su escuela en la cortesía y brillantes virtudes de los tiempos caballerescos.

No es, pues, un vano orgullo el que animó á los árabes de España á cubrir con inscripciones de su gloria los monumentos

de su pais adoptivo. La mezquita de Córdoba, el alcázar de Sevilla, la Alhambra de Granada, presentan el testimonio mas cierto de todas las magnificencias pasadas. La dominacion de los árabes no ha durado menos en España que la ocupacion de la Inglaterra por los normandos; los hijos de Muza y Tarif se creian tan libres del revés que los espulsó de su conquista, como los descendientes de Rollon y Guillermo se creen en nuestros dias, y que sin embargo podrian ser arrojados del pais que ocupan. A pesar de todo este esplendor, el imperio de los moros no era mas que un gran monumento edificado sobre arena y cuyos destinos no llegarian á fijarse. La religion y las costumbres de este pueblo oponian un obstáculo invencible á la fusion con los reinos vecinos; su poder, privado de alianzas, vivió siempre en hostilidad ó sobre la defensiva; su existencia entera fue una larga lucha cuyo campo debia quedar con la última victoria á su primer poseedor. La España mora formaba en Europa la vanguardia del mahometanismo: el brillante valor de los hombres de Oriente hizo prodigios en cien batallas; pero despues de una larga lucha á brazo partido, el coloso de hierro de los pueblos del Norte rompió su cimitarra bajo su pesada armadura. Qué se han hecho los moros de España? Vanamente se buscan sobre la costa africana algunos vestigios indistintos de este bello tipo destruido: las hordas bárbaras que se ven en ella son indignas de llevar un nombre consagrado por ocho siglos de gloria. La España actual trata á los antiguos moros de usurpadores arrojados, desposeidos y apenas se encuentran algunos monumentos medio destruidos y que existen de pie para atestiguar las grandezas de lo pasado, á semejanza de las rocas escarpadas que se elevan en las costas del Occéano, testigo viejo como el mundo de las inundaciones que han fecundizado la tierra. Tal es la Alambra entre los edificios góticos que se han agrupado á sus pies.

# CAPITULO IV.

## TIA ANTONIA.

El resto del palacio está confiado al cuidado de una señora anciana. Doña Antonia de Molina, asi se llama, conocida por el nombre de Tia Antonia, tiene á su cargo velar por la conservacion de los salones interiores y de los jardines; á su favor se debe el que los curiosos puedan visitarlo todo; la generosidad de estos forma para ella una pequeña renta, que se aumenta con las producciones de los jardines, sobre los cuales cobra un tributo de flores y frutas, cuya perpetuidad la tiene asegurada por la proteccion del gobierno. Esta buena señora se ha instalado con su familia en algunas piezas medianamente habitables; sus dos sobrinos, hijos de dos de sus hermanos, componen su parentela: el sobrino Manuel de Molina me pareció un jóven de una gravedad enteramente española; habia pasado algunos años en el servicio militar en América; pero disgustado, lo abandonó por estudiar la medicina: toda su ambicion se reduce á ser un dia médico de la Alhambra, destino que puede valer muy bien ciento cincuenta pesos al año. La sobrina, que se llama Dolores, es una chica y hermosa andaluza de tez morenita, ojos negros, siempre contenta, y tan risueña como bonita, y jamás carácter alguno ha desmentido mejor á un nombre tan melancólico. Esta jóven heredará todos los bienes de la tia, que equivalen poco mas ó menos á los futuros emolumentos del destino que sonríe á los deseos del sobrino. Un amor ardiente unia los corazones de los dos jóvenes, que no se incomodaron para ocultármelo; es verdad que su union solo tardaba en efectuarse por no haber llegado aun la dispensa del papa, necesaria entre primos que se casan, y el grado de doctor que debia conceder á Manuel el modesto destino que aseguraria su dicha.

Me ajusté con la anciana señora por mi habitacion y mesa mientras habitase la Alhambra. La hermosa Dolores quedó encargada del cuidado de mi habitacion, y ademas se puso á mis órdenes una especie de jardinero, que de buena gana se hubiera hecho mi criado sin la concurrencia temible de Mateo Jimenez. No sé cómo el orgulloso hijo de la Alhambra habia olvidado el blason de sus abuelos hasta el punto de unirse á mí como la sombra al cuerpo; este oficioso personaje entraba á medias en todos mis planes; á todas horas se encontraba en él un *Cicerone*, un criado, un guia, un guardian, un escudero y casi siempre un archivero para recoger y conservar fielmente todos los hechos que mi curiosidad de viajero deseaba notar. Es verdad que por un reconocimiento instintivo, y para hacer á este honrado Gil Blas un poco mas digno del amo cuya fortuna adulaba, habia yo singularmente mejorado su vestimenta. Despoja-

do de su vieja y mala capa parda, que no hacia mas que acusar su miseria, se presentaba con orgullo á sus antiguos camaradas vestido de pies á cabeza á costa de mi guardarropa. Mateo me parecia perfecto bajo todos los puntos de vista, y á veces su celo por serme útil y para hacerse necesario se convertia ya en importunidad: como conocia muy bien que mis simples costumbres y mis pocas necesidades harian de su destino de criado una plaza inútil, mi pobre hombre se atormentaba la imaginacion por adquirir á mi vista el valor de un ser indispensable del cual no debia pensar en separarme; y bien reflexionado, en lugar de ser yo el amo, me convertia en esclavo de Mateo; no podia salir un poco de mi cuarto sin encontrarle á mi lado como el genio de Aladin en las *Mil y una noches* para esplicarme, á pesar mio, toda especie de curiosidades de las que no me importaba enterarme y que pasaban desapercibidas. Si por acaso salia del palacio para ir á reflexionar solitariamente bajo la sombra de los árboles que pueblan aquellos amenos pensiles, se presentaba á mi vista como por encanto armado hasta las uñas, bajo pretesto de servirme de escolta, aunque estuviera yo firmemente persuadido que confiaria mas bien su salvacion á la ligereza de sus piernas que al vigor de sus puños. Por lo demas, es preciso hacerle justicia: no he visto en ninguna parte en todo el curso de mis viajes un mozo mas divertido, mas naturalote, siempre de igual humor, complaciente hasta el estremo, hablador mas allá de toda espresion, verdadera gaceta ambulante de todo el pais circunvecino. Lo que justificaba sobre todo la importancia que queria darse era su inmensa erudicion fantástica; leyendas, crónicas, cuentos maravillosos, tradiciones de todas clases y de todos siglos las podia contar con una exactitud imperturbable; no existe tal vez una piedra en toda la Alhambra, un tallo de yerva en todo el pais de Granada que no hubiese podido en caso necesario servirle de testo para una narracion maravillosa, y la credulidad manifiesta con que sazonaba sus cuentos era la gracia mas interesante; la mayor parte de estos que forman su biblioteca poética, eran, decia él, la única herencia que le dejó su abuelo, pobre sastre; que vivió cerca de un siglo en una casucha pegada á las murallas del viejo palacio, de la cual no se separó dos veces en su vida. Su taller habia sido la cita perpetua de todas las respetables comadres que iban todas

las noches á tener su sesion, y pasaban una parte de ella amenizando su trabajo con relaciones de toda especie, sobre las cuales añadian cada vez nuevos detalles: asi es como las tradiciones populares pasan de boca en boca y de pais en pais; hé aquí el solo orígen de la historia escrita de mas de un pueblo. Los recuerdos de la Alhambra deben tal vez en parte su conservacion á las veladas del pobre sastre y á la admirable memoria de su nieto; maese Mateo no se ha descuidado en perder uno solo de estos cuentos famosos; su cabeza se ha convertido en un libro donde todo este tesoro de maravillas está clasificado con mas cuidado que en los estantes de un anticuario; este mozo hubiera hecho la fortuna de un librero y de varios novelistas.

Como se ve, me hallaba favorecido para sacar fruto de mi peregrinacion á la Alhambra, y á fe mia que dudo si habrá habido algun soberano en el mundo que haya sido mas festejado, mejor servido, y tratado con tanta fidelidad y celo en su real palacio, como lo fuí yo en aquella época, yo pobre viajero, amigo de ver y de saber, cuidado

por mi buena huéspeda en el mas ilustre palacio de la edad media. Todas las mañanas cuando dispertaba el jardinero, venia á ofrecerme ramos de flores que la hermosa Dolores arreglaba en seguida con coquetería en los vasos de cristal que adornaban mi aposento. Unas veces almorzaba en los salones célebres de las fiestas de los reyes moros: otras en las galerías que circuyen la fuente de los *Leones*; cada dia emprendia una nueva correría por la campiña: cada dia un nuevo objeto me atraia; un *Cicerone* que no me abandonaba y tenia siempre á mano algun nuevo cuento con que distraerme. No obstante mi aficion por la soledad, me gustaba de vez en cuando romper la uniformidad de mis horas tomando parte en las conversaciones de familia de la Tia Antonia, que me recibia en un salon moro que servia de cocina y de sala. Una chimenea groseramente construida en un rincon de la habitacion ha deteriorado los adornos, ennegrecido las molduras, y casi borrado con el humo las inscripciones árabes; pero en desquite, una ventana que cae sobre el valle del Darro aspira las suaves emanaciones de la noche, y cenaba con delicia cerca de estas gentes, cuya conversacion chispea con las gracias de un talento natural que poseen los españoles de todas las condiciones.

La Tia Antonia es una muger de buen sentido, de quien solo la instruccion hubiera hecho una persona distinguida; la amable Dolores me sorprendia sin cesar por los rasgos ingeniosos de su viva imaginacion. Si la conversacion decaia, algunas veces Manuel nos leia con cierto gusto encantador algunas páginas de Calderon ó de Lope de Vega, que producian sobre su querida prima el efecto del mas fuerte narcótico. El círculo de familia se ensanchaba en favor de algunas mugeres de los inválidos que componian la guarnicion, que manifestaban un profundo respeto á la *señora mayordoma* del palacio, y que para hacerla la corte venian á referirla todas las anécdotas de la ciudad: mas de una vez he adquirido en esta tertulia sin etiqueta noticias curiosas de hechos que me han ilustrado sobre diversas particularidades de las costumbres españolas, especialmente de las del reino de Granada.

Perdona, lector ó lectora, estas largas digresiones á que me dejo arrastrar; te debo referir cuentos, y te detengo largo tiempo en medio de las realidades pacíficas de una reducida familia, ó en presencia de sitios deliciosos, pero que con mis débiles descripciones no lograrán animar tu alma con el entusiasmo que la agita; perdóname estas distracciones en que gozo; pero piso un suelo célebre por tantos recuerdos que no pueden satisfacer á mis emociones.

Me acuerdo que en la adolescencia leia un dia á las orillas del Hudson una historia antigua de la conquista de Granada. Me seria imposible decirte las ilusiones, los deseos, los proyectos irrealizables que me produjo esta lectura. Granada se convirtió para mí desde entonces en una ciudad santa hácia la cual se dirigian todos mis votos; desde aquel momento mi imaginacion no se separaba de la Alhambra que habia yo soñado; y hoy, que este sueño se ha realizado, que ya no es á mis ojos una ficcion novelesca, ahora que la veo, que la toco, que los ecos reproducen mi voz, que mi aliento se mezcla y se identifica con el aire que se respira, me pregunto algunas veces si todo esto es un sueño de brujas, ó si estoy despierto.....

¿Es ese verdaderamente el palacio de Boabdil, estoy á la vista de Granada, esas fuentes cuyos murmullos parecen llorar á sus antiguos poseedores, esos jardines floridos, esos árboles centenarios cuya sombra me cubren, esa atmósfera impregnada de perfumes que dilatan mi pecho ardiente, es todo eso la Alhambra, ó mas bien no es este el suelo de aquel eden prometido por Mahoma á los fieles creyentes, y la hermosa Dolores no es una hermana de las huríes celestes enviada á este mundo para adquirir prosélitos al profeta?

# CAPITULO V.

## DOLORES.

Á poco tiempo de mi llegada á la Alhambra, un accidente desgraciado turbó la vida feliz de sus pacíficos habitantes. Dolores amaba en estremo á los pájaros; habia poblado todos los patios del castillo, y su mayor gozo era alimentar y cuidar á sus pensionistas. Habia de todas especies; pero la predileccion de la jóven se fijaba sobre dos pichones, macho y embra, que le habian hecho olvidar hasta su gata favorita. Dolores habia preparado para alojar esta pareja un gabinetito cercano á la cocina; los dos pichones se amaban con un amor tierno y confiado, y no sospechaban al parecer que pudiese existir otra felicidad fuera del cuarto que le servia de asilo. Pronto dos huevos blancos como la nieve fueron el fruto de su union bendecida por el cielo. Júzguese cuál seria la alegría de Dolores cuando vió una mañana á los esposos estrechados uno contra otro y calentando con solicitud su querida progenitura. Mientras que los tiernos pichones tuvieron necesidad de sus cuidados, la hembra estaba en el nido en tanto que el macho iba á buscar la comida. Era cosa digna de verse; mas hete aqui que una mañana dando Dolores su provision al palomo, se le antojó llevarlo á pasear por medio del jardin, abriendo la ventana del cuarto que daba sobre el valle bañado por el Darro, soltó á su huésped entre los perfumes que las brisas matutinas estraian del rocío. El pájaro quedó al principio aturdido, miraba meneando las alas hácia el fondo del valle, y de repente, sintiendo crecer sus fuerzas con el instinto de la libertad, se lanzó como una flecha hasta las nubes. Todo el dia el caprichoso palomo, olvidando familia y patria, gozó todo lo que pudo, y visitó con grande inconstancia todos los árboles de las cercanías. Dolores empleó todas las seducciones de la golosina para atraerle, cubrió con semillas escogidas la cornisa y la balaustrada del balcon; pero el pichon, olvidándose de todo lo que amaba, no parecia dispuesto á volver. Para colmo de desgracia trabó amistad con dos pichones de otra especie que se llaman *ladrones*, y que tienen el instinto raro de llevarse con ellos á los pichones que hacen novillos. Estos señores le hicieron visitar todos los tejados y campanarios de Granada. Vino una tempestad, aceptó un abrigo en el palomar de sus nuevos amigos, y cuando llegó la noche no se acordó ya de volver á su casa, ó no pudo encontrar el camino. Su pobre hembra habia salido para ir á buscarle, y su ausencia fue tan larga, que los pichoncitos, que no tenian aun plumas ni cañones, murieron de frio en el nido abandonado: Dolores se desconsolaba: bastante entrada la noche, uno de los soldados de guardia vino á decir que se habia visto al pichon fugitivo sobre las torres del

Generalife. Hubo consejo de familia, porque la jurisdiccion de este palacio, siendo enteramente diferente de la Alhambra, los habitantes de estas dos residencias vivian en rivalidad de amor propio, y se disputaban los límites jurisdiccionales. Con todo, resolvieron enviar al jardinero á que se avistase con el intendente del Generalife para rogarle políticamente devolviese á sus vecinos al desertor palomo si se le cogia en sus dominios; pero la comision del embajador no tuvo resultado: el palomo criminal no pudo ser habido, y Dolores desconsolada, afligida y llorosa, pasó una noche en un insomnio cruel y agitado llorando al ingrato á quien no habia dejado de amar.

Cuando uno se acuesta triste, dice un antiguo refran, se levanta alegre; y yo me habia acostado afligido á fe mia del disgusto de la hermosa Dolores. Cuál fue mi sorpresa al dia siguiente! El primer objeto que encontré fue Dolores alegre y contenta como nunca la habia visto, llevando en sus brazos al pájaro vagabundo, á quien cubria de besos. La hermosa niña le echaba en cara su ingratitud en términos severos que desmentian sus caricias: me rifirió que á la aurora el fugitivo habia venido humildemente á llamar con su pico en los cristales del gabinetito, y que habia entrado como avergonzado y confuso de su escapatoria. Pero no se le podia perdonar, pues que evidentemente su vuelta no era un acto de arrepentimiento. La glotonería con que habia almorzado probaba á las claras que solo el hambre le habia obligado á volver. Dolores como muchacha prudente le cortó las alas. Conozco volátiles de mas de una especie á quien Dios en su misericordia infinita, y para desgracia de las mugeres, no ha dado alas, como ni á estas tijeras.....

# CAPITULO VI.

## LA CAMARA DE ISABEL.

La habitacion que yo ocupaba en la Alhambra formaba parte de las habitaciones modernas, y que servian en verano para el gobernador; enfrente tenia la fachada del viejo palacio que mira á la esplanada; cerca de mí se alojaba la familia de doña Antonia en un salon de arquitectura árabe que debia haber sido magnífica en tiempo de los moros, y se juzgaba por ciertos restos de adorno que el humo no habia deteriorado completamente; un corredor oscuro conducia de este salon á una escalera de caracol practicada en un ángulo de la torre de Comares. Al pie de esta escalera se abria una puerta escusada en el vestíbulo de la Sala de Embajadores.

Como estaba poco satisfecho del aspecto prosáico del cuarto que me habian dado, busqué todo el dia otro mas pintoresco: registrando de ruina en ruina, apercibí de pronto una puertecilla que hasta entonces no habia visto: esta puertecilla comunicaba á una parte del palacio cerrada para los visitadores. Cuál podia ser este misterio? Ana Radelidff hubiera creido desde luego que los espíritus de la Alhambra habian querido reservarse para sí aquel recinto: sin embargo mi huéspeda no tuvo dificultad en darme la llave de la puertecilla.

Pasé unos cuantos salones á estilo europeo, aunque construidos sobre un pórtico árabe que circuye el pensil de Lindaraja, á la estremidad hay dos salas bastante grandes cuyos techos son de cedro esculpido representando flores y frutas entrelazadas, y muchas figuras fantásticas en estado de conservacion, y muy poco estropeadas por algunas grietas. Las paredes parecian haber estado cubiertas de telas preciosas; pero ya no se veia mas que los nombres ignorados de una multitud de viajeros vanidosos. Las ventanas se hallaban en muy mal estado, y cedian al mas ligero soplo de aire, y carcomidas por el agua, dejaban penetrar en el salon los ramos de los naranjos del jardin. A estas dos salas seguian dos piezas de menor estension, que daban tambien al jardin de Lindaraja: una mano hábil habia cuidado de adornarlas con todo el prestigio del arte italiano: los techos estaban recargados de pinturas al fresco; pero los adornos de las paredes habian casi desaparecido. Las habitaciones que acababa de visitar daban á una galería abierta con balaustres que seguian en ángulo recto los lados del jardin: la elegancia que parecia haber reinado en estos lugares, me inspiró el deseo de saber su historia: mi inseparable *Cicerone* me

contó que su antiguo esplendor databa de principios del siglo cuando Felipe V é Isabel de Parma habian venido á habitar la Alhambra. Esta parte del palacio fue ocupada por la hermosa reina y por las damas de su séquito: uno de los dos salones era la cámara de Isabel; una pequeña escalera hoy tapiada conducia desde esta pieza á la superior ó Gabinete de las sultanas que se llamó despues *Mirador* ó tocador de la reina; desde él la vista abrazaba por un lado los terrados y jardines del Generalife, y por el otro la fuente con surtidores que adornaba

el jardin de Lindaraja. Aun se ve en él una divisa mora que dice asi: «Cuán admirable es este jardin secreto cuyas flores disputan su esmalte á las estrellas! qué cosa mas bella que esta fuente de alabastro eternamente pura? no hay mas que la luna llena en una noche de estío!»

Tal es la feliz disposicion de estos retiros deliciosos que despues de varios siglos su magnificencia, compuesta de adornos tan frágiles, parece haber triunfado del tiempo. El jardin de Lindaraja produce sin cesar flores nuevas; su fuente echa siempre agua; el alabastro estaba empañado; el tanon se halla invadido por las zarzas y las ortigas y sirve de asilo á los lagartos; pero el agua corre pura y limpia como en los mas bellos dias de la Alhambra, y este contraste de esplendor y de ruina despierta en el alma una idea melancólica al aspecto de las obras del hombre, que sobreviven á su destino para probar por su grandeza la debilidad del que las edificó. El abandono de este asilo de los reales amores de Isabel, le da hoy dia no sé qué encanto lleno de recuerdos que ninguna palabra, ninguna poesía podria esplicar.

Pensé establecer el cuartel general de mis ilusiones en esta parte de la Alhambra; esta proposicion causó en la familia de la Tia Antonia la mas singular admiracion. No podian comprender que tuviese tan poco juicio para preferir á las comodidades de la vecindad una habitacion solitaria y lejana de toda comunicacion. La buena señora se apresuró á manifestarme los peligros que debian distraerme de mi propósito de mudarme. Las cercanías del palacio, me decia, estaban infestadas de malhechores; cuadrillas de gitanos habitaban en las cavernas de los montes vecinos; la muralla arruinada en varios sitios podia facilitarles la entrada, y la noticia de un rico estrangero que vivia allí solo en un desierto, donde sus gritos en caso de ataque no serian oidos, podria atraerme alguna visita funesta. La linda Dolores participaba con toda su alma de los temores de su tia, y me hablaba con un miedo cómico de los murciélagos y aves nocturnas que frecuentan los salones desiertos de la Alhambra, y que todas las tardes al ponerse el sol se reunen en gran número y vuelan por los árboles del jardin. Con todo, nada me hizo mudar mi resolucion. Con ayuda de mi fiel Mateo y de un artesano de la ciudad, las ventanas y las puertas se compusieron lo suficiente para la seguridad del lugar, y á pocos dias me instalé en él. Confieso francamente que á pesar de mi deseo, la primera noche fue de prueba. A puestas de sol toda la familia me acompañó hasta mi cuarto encantado; nuestra separacion se efectuó en medio de adioses y votos capaces de hacer erizar los cabellos á cualquier hombre mas tímido. Cuando me quedé solo me pareció que me habia trasportado y que vivia en el tiempo antiguo, en el que los héroes de las novelas se quedaban á cierta hora misteriosa de centinela en alguna almena solitaria para llevar á cabo alguna gigantesca y formidable aventura. Los brillantes recuerdos de la corte de una hermosa reina, lejos de inspirarme ideas risueñas me rodeaban de memorias fúnebres. Aquellas paredes, testigos de tantas fiestas, que habian visto tantas bellezas, habian escu-

chado tantos secretos amorosos, me parecian las paredes de una tumba, y el silencio de la noche hacia poblar el aire de fantasmas que creia distinguir. Un sentimiento vago de miedo se apoderó poco á poco de mis sentidos: hice algunos esfuerzos para distraerme, atribuyéndolo al temor de los malhechores, contra los cuales me resguardaban mis escelentes armas; pero conocí que á pesar de mis razonamientos, temores los mas fantásticos y terrores sobrenaturales atacaban mi imaginacion. Pronto todos los objetos que me rodeaban parecieron animarse, y el sonido del viento nocturno en el ramaje de los limoneros me pareció el gemido de un moribundo. Eché una mirada insegura sobre los jardines de Lindaraja, y creí ver que los arbustos se revestian con formas amenazadoras; me apresuré á cerrar la ventana. Un murciélago que revoloteaba en mi cuarto me fastidiaba completamente con el ruido de sus alas cuando chocaba en las vidrieras; me ví pues obligado á renunciar por aquella noche al sueño. En fin, despues de una larga lucha, avergonzado de mi cobardía, y puede ser animado de la ausencia de todo peligro real, cogí mi luz para hacer una escursion alrededor de mi nueva habitacion. Proyecto vano! Mi luz, agitada por la brisa de la noche, no alumbraba á diez pasos de distancia, y la llama atormentada vacilaba é iba pronto á apagarse. Los corredores abovedados me parecian cavernas, los techos de los salones se perdian en la oscuridad, y ademas temia que cualquier enemigo me sorprendiese á cada paso por detrás, por delante ó por los costados. Mi perfil dibujado en la pared y el crugido del piso que cedia bajo mis pies me hacian temblar, y cuando atravesaba la Sala de Embajadores para volver á mi cuarto, sonidos reales vinieron á añadir quilates á mis temores sobrenaturales; creí percibir un eco de vagos gemidos, acentos de voces indistintas que parecian salir de las galerías superiores; mis trémulos pasos se detuvieron, presté el oido, y parecia que estos gemidos se oian fuera de la torre. Tan pronto eran los gritos roncos de un animal herido, tan pronto imprecaciones agudas cuyas palabras no podia comprender. Ilusion ó realidad este ruido á una hora avanzada de la noche en este lugar desierto, me sumieron en una turbacion inesplicable. Corrí á encerrarme en mi cuarto, cuyo cerrojo eché con escrupulosidad; un profundo letargo cerró al fin mis párpados. Cuando me desperté, los rayos del sol bañaban alegremente mi pacífica habitacion. Las apariciones de la noche no me parecieron ya mas que fantasmas vanas, hijas de mi imaginacion exaltada por los grandes recuerdos de aquellos lugares famosos, y me admiré yo mismo de la debilidad de espíritu que me habia atacado un momento.

No tardó Dolores en venir á verme, y sus primeras palabras me esplicaron al instante el motivo que habia causado mis temores nocturnos. Era un pobre loco pariente de doña Antonia que se hallaba acometido de accesos de furioso delirio, y que por las noches era encerrado para guardarse de él en

un gabinete abovedado situado debajo de la Sala de Embajadores.

Pocos dias se necesitaron para atraer á mi alma al estado de perfecta calma y para disponerme á gozar de las distracciones poéticas de mi nueva habitacion. Pronto la luna vino á hermosear con sus mágicos rayos mis noches de meditacion; sus ondas puras de brillante luz alumbrando los patios y las

galerías del viejo edificio, iluminaban con una admirable media luz los bosquecillos embalsamados del jardin de Lindaraja. El follaje de los naranjos se impregnaba con tintas plateadas, y la fuente de alabastro reproducia en su cristal las trémulas imágenes de los objetos cercanos.

Asi pasaron para mí horas de inefable felicidad, cuando recostado sobre la alfagía de la ventana dejaba vagar mi alma cada noche por las melancolías, evocando en torno mio los recuerdos de todos aquellos que ya no existen mas que en la memoria de los pueblos por las ruinas de los siglos pasados. Muchas veces, cuando todos dormian sumidos en un profundo reposo, me paseaba solo por entre soledades de mármol aspirando con enagenamiento las tibias brisas del bello clima de Andalucía. Me parecia que tomaba alas y volaba por encima de los vapores de la tierra, y que mi alma huia á las regiones etéreas buscando maravillosas bellezas que me atraian en el espacio sin que pudiese alcanzarlas. La Alhambra vista á la claridad del crepúsculo se despoja de sus ruinas como de un manto, renace su esplendor como un sueño, sus salones de fiesta se iluminan, sus antiguos habitantes vuelven á pasearse bajo sus galerías; todo se encanta, se idealiza, se cree asistir á los prodigios operados por las hadas de oriente.

Una de aquellas noches habia ido á sentarme en el *Mirador* ó tocador de la reina. De este gabinete antiguo no queda ya mas que el punto de vista soberbio que abarca desde su elevacion. Las cimas de Sierra Nevada se amontonaban á mi derecha como olas plateadas, cuyas indecisas curvas desaparecian en el cielo: á mis pies en una profundidad inmensa aparecia Granada como un lago sobre el cual los campanarios y las torres de sus altos edificios se presentaban inmóviles como navíos anclados. El sonido de las castañuelas, que se estinguia poco á poco á lo lejos, anunciaba que se retiraban las alegres parejas que se reunen por la tarde bajo las espesas sombras de la alameda, y que la hora era avanzada; el silencio iba subiendo desde la llanura derramando en el espacio el beleño del sueño. Mis párpados se cerraron soñando, y el frio del alba me despertó; aquella noche y otras semejantes que las siguieron, recostado en la misma posicion, mi frente apoyada en las manos, el cuerpo oprimido de fatiga, el alma ausente, estraviada hasta la llegada del dia en regiones incógnitas, fueron las mas deliciosas de mi vida y su recuerdo hace latir aun mi corazon.

# CAPITULO VII.

## HABITANTES DE LA ALHAMBRA.

Es digno de observarse que las habitaciones que en sus dias de gloria han sido habitadas por los mas ilustres huéspedes, son abandonadas en su estado ruinoso á los mas humildes. Los palacios de los reyes concluyen por convertirse en el asilo de los mendigos, como si la Providencia quisiera manifestar su justicia haciendo que los habiten aquellos con cuya sangre se han edificado y que son de derecho sus señores.

La Alhambra se aproxima á este período de decadencia. Cada vez que una torre amenaza ruina, una ó mas familias de pobres se apoderan de ella, y se convierten, con los murciélagos y buhos, en los únicos inquilinos de sus doradas salas, y los andrajos, tristes pero poéticos estandartes de la miseria, ondean colgados en las ventanas y barbacanas como anunciando el triunfo del pueblo sobre sus opresores.

Me divertia en observar algunos de estos personajes que han invadido la antigua residencia de los reyes, y parecen estar colocados alli para terminar con una parodia el drama del orgullo humano. Uno de ellos es el principal y tiene título soberano. Es una viejecita llamada Maria Antonia Sabouca, pero que es mas conocida con el mote de *Reina coquina*. Es tan diminuta que podria pasar por una hada, y tal vez lo sea, pues que nadie sabe de dónde vino. Habita en un cuartucho debajo de la primera escalera del palacio, y todo el dia está sentada sobre la fria piedra del vestíbulo, hablando ó cantando, y encontrando siempre un dicho gracioso para cualquiera que por alli pase; porque aunque es muy pobre, es lo mas alegre que he conocido. Su principal mérito consiste en el don que tiene para contar cuentos, y creo que sabe tantos como la inagotable Schehérazade. He tenido el gusto de oirle algunos en la tertulia de doña Antonia, á la que algunas veces asiste.

Es dificil no suponer en esta buena muger algo de sobrenatural cuando se considera su dicha estraordinaria, pues siendo enana, muy fea y muy pobre, ha tenido, segun su propio cálculo, cinco maridos y medio, contando por medio marido á un jóven dragon que murió mientras la hacia el amor. El otro personaje que rivaliza en importancia con esta reina de las hadas es un anciano, de cabeza erguida y nariz arremangada, que lleva un vestido grasiento y raido, el sombrero remendado y adornado con una escarapela encarnada. Tambien es hijo legítimo de la Alhambra, donde ha pasado su vida entera, ocupando diversos empleos, ya de alguacil, ya de pertiguero, ó ya de mozo de un

juego de bolos establecido al pie de una de las torres. Es mas pobre que un raton, pero mas orgulloso que pobre, y se vanagloría sin cesar de descender de la casa de Aguilar, á la cual pertenecia Gonzalo de Córdoba, el Gran Capitan. Efectivamente se llama Alonso de Aguilar, nombre célebre en la historia de la conquista, aunque los burlones de la fortaleza le hayan condecorado con el título de *Santo padre* que hasta entonces habia creido demasiado venerable á los ojos de los verdaderos católicos para darlo á cualquiera en mote. Es un raro capricho de la fortuna presentar en la persona de este pobre miserable un *homonimo* y un descendiente del valiente Alonso de Aguilar, flor y nata de los caballeros de Andalucía, mendigando su pan en medio de esta fortaleza, otras veces tan famosa y que su antepasado ayudó á conquistar. Tal hubiera sido la suerte de los descendientes de Agamenon y de Aquiles si se hubiesen quedado en las ruinas de Troya.

En esta poblacion heterogénea, la familia de mi locuaz escudero Mateo Jimenez es importante á lo menos por su número. Con justo título se lisonjea de ser hijo de la Alhambra, porque sus antepasados poseen la habitacion desde la conquista, y han hecho pasar de generacion en generacion una pobreza hereditaria á sus hijos; no habiendo tenido ninguno de ellos, segun el dicho de los contemporáneos, un solo maravedí. El padre de Mateo, cintero de oficio, ha sucedido á su padre como gefe de nombre y armas; al presente tiene setenta años, y vivia en una cabaña de cañas y adobes que ha construido él mismo encima de la puerta de hierro. Sus muebles consisten en un mal gergon, una mesa, dos ó tres sillas y una arca en donde guarda sus ropas y los archivos de la familia; es decir, ciertos papeles pertenecientes á unos pleitos que le seria imposible descifrar; pero el orgullo de su cabaña, el blason de sus armas brillantemente iluminadas colocado en un cuadro en la pared, manifiesta por sus numerosos cuarteles de cuantas nobles casas aquella miseria puede reclamar parentesco.

Por lo que toca á Mateo, ha hecho cuanto ha podido para que su línea no se estinga, porque tiene su muger y una numerosa familia que habitan en una choza de aquel palacio. Cómo viven, solo lo podrá decir el que conoce los misterios mas ocultos del universo. La existencia de una familia española de esta clase es un enigma para mí: sin embargo viven, y lo que es mas, parecen contentos de vivir. La muger va el domingo á pasearse á Granada con un hijo en los brazos y una media docena mas; y la hija mayor, que se acerca á la edad nuvil, adorna de flores sus cabellos y baila alegremente al son de las castañuelas. Hay dos clases de gentes para quienes la vida es un largo dia de fiesta, son los muy ricos y los muy pobres; los unos porque no necesitan de nada, los otros porque nada tienen que hacer. Pero en ninguna parte se entiende mejor el arte de no hacer nada y mantenerse sin bienes de fortuna como entre el pueblo bajo español. El clima hace la mitad de esta feliz disposicion, su genio el resto. Dad á un español sombra en verano, sol en invierno, un poco de pan, ajos, aceite y garbanzos, una mala capa parda y una guitarra, y que gire el mundo como quiera. La pobreza no le trae la vergüenza, cae sobre él un estilo grandioso como su capa rota: es un hidalgo aun debajo de aquellos andrajos.

Los hijos de la Alhambra son ejemplos admirables de esta filosofía práctica. Casi estoy tentado á creer, segun la opinion de los moros, que el Paraiso está situado sobre esta tierra favorecida: parece en efecto que un rayo de sol del siglo de oro brilla aun sobre sus habitantes desidiosos; nada poseen, nada hacen, ni nada les importa. Con todo, aunque parezcan desocupados toda la semana, observan escrupulosamente los domingos y los dias festivos como los artesanos mas laboriosos. Siguen los bailes y las fiestas patronales de Granada y las cercanías, encienden hogueras en las colinas la víspera de san Juan, y últimamente los he visto pasar bailando la noche á la luz de la luna para celebrar la cosecha de un pe-

queño campo que rodea la fortaleza, y que produce tres ó cuatro fanegas de grano.

Antes de terminar estas noticias, debo hacer mencion de una de las diversiones que tienen que me han estrañado particularmente. Habia observado á menudo que un jóven asomado en la plataforma de una torre meneaba dos cañas como si hubiese querido pescar las estrellas; por algun tiempo las evoluciones de este pescador aéreo que no podia comprender me hicieron cavilar; mi perplejidad se aumentó cuando ví á otras muchas personas ocupadas del mismo modo sobre las almenas y baluartes; al fin penetré el misterio consultando á Mateo Jimenez.

La pureza del aire atrae á la Alhambra infinidad de golondrinas que revolotean en círculos prolongados encima de las torres y se burlan de la liga que les ponen los chiquillos para cogerlas. Pero la gente mas esperimentada caza estos pájaros en su vuelo circular con anzuelos cubiertos de moscas; es una de las diversiones favoritas de los hijos de la Alhambra, que en su ociosidad siempre ingeniosa para las cosas inútiles, han inventado el arte de pescar en el aire.

# CAPITULO VIII.

## EL PATIO DE LOS LEONES.

El encanto particular de este antiguo palacio fantástico es el poderío que ejerce para escitar vagas emociones y gratos recuerdos de los pasados tiempos, que hacen aparecer como efectivas las ilusiones que la memoria se representa.

Como yo me complazco en gran manera en vagar aquí y allá por él, dirijo mis pasos á menudo hácia las partes de la Alhambra mas favorables al objeto. El patio de los *Leones* es particularmente uno de estos sitios. En él es donde la mano del tiempo ha pasado con mas ligereza, dejando que la elegancia y esplendor arabesco se muestren

aun en su primitivo esplendor. Varios terremotos han conmovido los cimientos del edificio y desmoronado sus torres, y ni una de las esbeltas columnas ni de los frágiles arcos que rodean el patio de los *Leones* ha sido atacada ni sufrido la menor alteracion, y todo el trabajo de hadas que adorna sus arcadas, y que semeja en lo débil y elegante á las caprichosas cristalizaciones que forma el hielo, existen despues de tantos siglos como si acabasen de salir de las manos del artista musulman. Yo escribo estas líneas durante las frescas horas de la madrugada en la sala fatal de los Abencerrajes. La fuente manchada de sangre en el momento de su degollacion se presenta á mis ojos, y las menudas perlas que saltan de su surtidor empapan el papel. ¡Cuán difícil me parece conciliar esta sangrienta historia con la pacífica escena que me rodea! Las delicadas y graciosas formas, los colores alegres y hasta la dulce luz que desciende por una ventana pintada y esculpida como por la mano de los genios, todo parece calculado para inspirar sentimientos de benevolencia y felicidad. A través de las deliciosas arcadas contemplo el patio de los *Leones*, cuya columnata y fuentes brillan bajo los rayos del sol naciente. Las ligeras golondrinas abaten su vuelo hasta el patio, elevándose despues sobre los techos. La laboriosa abeja recoge susurrando el dulce nectar de las flores, y las mariposas ostentan sus variados colores volando de mata en mata y columpiándose en el embalsamado ambiente. La imaginacion no necesita grandes esfuerzos para representarse una de las pensativas bellezas del haren errante en medio de este retiro ador-

nado aun con todo el lujo oriental.

Sin embargo, si se quiere contemplar esta escena bajo el aspecto mas conforme á sus recuerdos históricos, es preciso visitarla cuando las sombras de la noche templan el brillo de sus pórticos é inundan de una oscuridad misteriosa los aposentos cercanos. Entonces es cuando la espresion dulcemente melancólica de estos sitios está en armonía con las ideas del pasado esplendor que recuerdan.

A estas horas torno mis pasos hácia la sala de la Justicia, cuyos arcos profundos y oscuros se estienden á lo largo del patio. Allí se efectuó en presencia de Fernando, de Isabel y de su esplendorosa corte la sagrada ceremonia de una misa en accion de gracias por haber tomado posesion de la Alhambra. Vése aun sobre la muralla, y en el sitio donde estaba colocado el altar, la cruz delante de la que ofició el gran cardenal de España y otros dignatarios eclesiásticos del pais. Figúrome ocupado este sitio por una multitud compuesta de guerreros cubiertos de acero, prelados con sus mitras, frailes tonsurados y cortesanos vestidos de seda; veo las cruces y las banderas religiosas mezcladas con los guiones de los orgullosos grandes de España, ondear en triunfo en las moriscas salas. Distingo allí mismo aquel Colon destinado posteriormente á descubrir el Nuevo-Mundo colocarse con humildad en un rincon entre los mas vulgares espectadores; contemplo á los Reyes Católicos prosternándose delante del símbolo de la fe, dando gracias al Todopoderoso por su victoria, en tanto que las bóvedas retumban con la música grave y solemne del *Te-Deum*.

Pero la ilusion pasajera se disipa en el instante, y todo desaparece; monarcas, sacerdotes y guerreros se confunden en el olvido lo mismo que los desgraciados musulmanes á quienes vencieron. La sala donde se celebraban sus triunfos está devastada y desierta; los murciélagos revolotean por entre sus arcos, y no se escucha mas que el siniestro grito de la corneja sobre la vecina torre de Comares.

Entrando una noche en el patio de los *Leones*, sorprendíme sobremanera al ver un árabe cubierto con su turbante y sentado cerca de la fuente. Creí por un momento ver realizada una de las supersticiones populares, y que algun antiguo habitante de la Alhambra, saliendo de la tumba donde dormia tantos tiempos ha, se complacia en visitar su morada. Vísin embargo que no era mas que un simple mortal natural de Tetuan, y dueño de una tiendecita situada en el Zacatin, en la cual vendia ruibarbo, quincalla y perfumes. Como hablaba correctamente el español, pude trabar conversacion con él, y me pareció discreto é inteligente. Díjóme que durante el estío se venia á menudo á pasar una parte del dia en la Alhambra, que le recordaba los antiguos palacios de su pais, construidos y adornados por el mismo estilo, aun cuando no con tanta magnificencia.

«Oh, señor, decia, cuando los moros dominaban en Granada, eran muy diferentes de lo que son en la actualidad; no pensaban en cosa alguna mas que en el amor, la poesía y la música. Componian versos deliciosos que cantaban con perfeccion, y aquel que poseia este talento, ó bien una voz sonora, era feliz; si alguna vez tenia necesidad de pan, se le decia haz una cancion, y el pobre mendigo, si imploraba la caridad en verso, era recompensado á menudo con una pieza de oro.

—Y este gusto popular por la poesía se ha perdido entre vosotros?

—De ningun modo, señor mio; los moros de Berbería, aun los de la clase mas baja, hacen canciones demasiado buenas para su talento, no es recompensado como otras veces, y el rico prefiere el sonido del oro á los dulces acentos de la poesía.

En tanto que hablaba, fijó la vista en una de las inscripciones que han sobrevivido á la dominacion que predijeron. Movió la cabeza y se encogió de hombros esclamando: «Asi hubiera sucedido, y los musulmanes reinarian aun en la Alhambra, si el traidor Boabdil no hubiera entregado su capital á los cristianos.»

Traté de justificar la memoria del desdichado rey, haciéndole ver que las disensiones que acarrearon la caida del islamismo en Granada eran debidas al corazon de tigre de Muley-Hasen; pero el moro no quiso admitir escusa alguna en favor del rey Chico.

«Muley-Hasen, dijo, seria cruel; pero era activo, bravo y patriota. Si hubiera sido secundado, aun estaria Granada en nuestro poder; pero su hijo Boabdil entorpecia todos sus designios, quebrantaba su autoridad sembrando la division en su ejército y la traicion en su palacio: ojalá la maldicion del Todopoderoso caiga sobre su alma!» Al acabar estas palabras se alejó de mí con muestras de tristeza y descontento.

La indignacion de este mahometano coincide con una anécdota que me refirió un amigo mio, el cual tuvo una entrevista en Berbería con el pachá de Tetuan. Este gobernador le hizo muchas preguntas sobre la España, y en particular de las felices regiones de Andalucía. Sus respuestas hicieron renacer en el corazon del pachá recuerdos que los moros conservan con una fidelidad religiosa. Consolábase con la firme persuasion de que yendo en decadencia el poder de los españoles, no estaba lejos el dia en que los moros volverian á entrar en sus dominios, y restableciendo la religion de Mahoma en la mezquita de Córdoba, un príncipe musulman se sentaria en el trono de Granada.

Tal es la firme creencia de los moros por lo que toca á España, y en particular sobre Andalucía, á la que miran como una legítima herencia, de la que fueron despojados por la violencia y el fraude. Estas ideas se conservan y perpetúan de padres á hijos entre los descendientes de los moros granadinos dispersos en las posesiones de Berbería. Muchos de ellos estan establecidos en Tetuan, y conservan sus antiguos nombres de Paez y Medinas etc. Evitan con sumo cuidado efectuar alianzas con las familias que no sean de su orígen, y el pueblo considera estos vástagos de casas poderosas en otro tiempo con un respeto que los árabes demuestran raramente á las distinciones hereditarias, escepto cuando se trata de sangre real.

Se dice que estas familias suspiran sin cesar por el paraiso terrenal de sus antecesores, y todos los viernes en las mezquitas ruegan á Alá apresure la época en que Granada vuelva á entrar bajo el yugo de los mahometanos.

Creen tan firmemente que esto llegará á suceder, que algunos conservan los planos de los jardines que poseian sus antepasados en la ciudad, y hasta las llaves de las puertas como prueba de sus derechos, y cuyas pruebas producirán en el dia tan deseado de la restauracion.

El patio de los *Leones* posee tambien una gran parte de leyendas maravillosas. Ya hemos hablado del murmullo de voces y el ruido de cadenas que el alma de los Abencerrages asesinados hacen oir durante la noche; pero el otro dia en casa de la señora Antonia, Mateo Jimenez nos contó un lance mas estraordinario que pasó en tiempo de su abuelo el sastre.

Habia entonces un inválido que estaba

encargado de enseñar la Alhambra á los estrangeros. Una noche que se paseaba por el patio de los *Leones* oyó ruido de pasos en la sala de los Abencerrages, y creyendo que seria alguno de los viajeros que no habria podido encontrar la salida, trató de acercarse para ofrecerle sus servicios. Pero cuál fue su sorpresa al ver cuatro moros ricamente vestidos con corazas, alfanges y puñales adornados de piedras preciosas y que

marchaban con un paso grave y mesurado, hasta que parándose delante de él le hicieron señal de que se acercara; pero él apretó á correr, salió del palacio, y no hubo fuerzas humanas que lo volvieran á hacer entrar. Asi es como los hombres vuelven la espalda á la fortuna, pues que Mateo está plenamente convencido que los moros tenian intencion de revelar el sitio donde estaban escondidos sus tesoros. A pesar de esto, uno de los sucesores del inválido fue mas valiente, segun parece, pues habiendo venido pobre á la Alhambra, al cabo de un año se marchó á Málaga, donde compró una porcion de fincas y echó coche, siendo en la actualidad uno de los mas ricos y mas ancianos habitantes de aquella poblacion. Mateo sospecha, y no sin motivo, que todas estas riquezas provienen del secreto que le revelaron los fantasmas.

# CAPITULO IX.

## BOABDIL EL CHICO.

Mi conversacion con el moro del patio de los *Leones* me hizo reflexionar sobre el singular destino de Boabdil. Jamás sobrenombre fue mejor aplicado que el de *Zogoibi* ó el desgraciado que le fue dado por sus vasallos. Sus infortunios empezaron desde su cuna. En su mas tierna juventud fue encerrado en una prision y amenazado de muerte por un padre inhumano, de cuya venganza solo pudo escapar por una estratagema de su madre. Mas tarde su vida fue una cadena continua de peligros que le atraian la ambicion de su tio, las invasiones estrangeras y las discordias intestinas. Enemigo, prisionero y amigo de Fernando el Católico, pero siempre víctima de sus astucias, concluyó por ceder su trono á este monarca. Desterrado de su patria y refugiado en el Africa, murió ignorado combatiendo por la causa de un estrangero. Pero sus desgracias no finalizaron ni aun despues de su muerte; si el desdichado monarca alimentó alguna vez la esperanza de dejar tras de sí un nombre glorioso, cuán fallidos han sido sus deseos! ¿Quién ha leido las románticas páginas de la historia de los árabes en España sin horrorizarse al ver las atrocidades atribuidas á Boabdil? ¿quién no ha derramado lágrimas de dolor por su bella y amable sultana, á quien sometió á un proceso criminal fundado en una acusacion falsa de infidelidad? ¿quién no ha sentido un movimiento de indignacion al ver la muerte de su hermana y de sus dos sobrinos, y sobre todo el asesinato de los bravos Abencerrages, que segun la crónica fueron decapitados en número de treinta y seis en el patio de los *Leones*? Todas estas acusaciones han sido repetidas bajo diversas formas y se han perpetuado en las valadas, en los dramas, en las novelas y en la creencia del pueblo, de tal modo, que es absolutamente imposible desarraigarlas. No hay estrangero alguno que no pregunte al visitar la Alhambra por la fuente donde fueron degollados los Abencerrages, y que no mire con horror la galería enrejada que sirvió de prision á la reina; y no hay habitante de la vega y de la sierra que no cante esta historia en versos populares, acompañándose con una guitarra, mientras que sus oyentes maldicen el nombre de Boabdil.

A pesar de todo esto, jamás hombre alguno fue mas injustamente calumniado. He examinado todas las crónicas dignas de fe y las cartas escritas por autores españoles contemporáneos, muchos de los cuales poseian la confianza de los Reyes Católicos y se

encontraban en su campo durante la guerra de Granada. He leido tradiciones árabes, y nada he hallado que pueda justificar tan negras acusaciones. Todos estos cuentos tienen su orígen de una obra titulada *Guerras civiles de Granada*, y que encierra la pretendida historia de las querellas de los Zegríes y Abencerrages durante la última lucha del imperio musulman en España. Esta obra pareció primeramente como tomada del árabe por un cierto Guies Perez de Hita, vecino de Murcia; despues se tradujo á diversos idiomas, y Florian sacó de sus páginas la mayor parte de su fábula de Gonzalo de Córdoba. Por la continuacion del tiempo, esta historia evidentemente ficticia, ha usurpado la autoridad de una verdadera crónica, y el pueblo sobre todo la da una fe completa. Pero este libro no es mas que un monton de falsedades mezcladas de un número corto de verdades desfiguradas que dan crédito al resto. En todo él las costumbres y usos de los moros estan descritas del modo mas estravagante, pintando escenas incompatibles con ellas y con su religion. Errores tan crasos no deben ser atribuidos á un escritor mahometano.

Confieso francamente que se me figura un crímen el modo con que esta obra desfigura los hechos: sin duda un autor puede permitirse alguna licencia, pero bajo ciertos límites que nunca deben ser traspasados, y los nombres de los muertos célebres que pertenecen á la historia no se deben deherir con los tiros de la calumnia. Por otra parte, el desgraciado Boabdil fue harto castigado con la pérdida de su reino, y no era necesario ennegrecer su memoria y erigirle como un padron de ignominia en su misma patria y en el palacio de sus padres.

No es mi intencion sin embargo afirmar siempre que los hechos atribuidos á Boabdil esten totalmente desprovistos de fundamentos históricos; pero mas bien pertenecen todos á su padre Aben-Hasan, á quien las crónicas árabes y españolas pintan de comun acuerdo como un hombre cruel y feroz. Este fue el que hizo asesinar la ilustre familia de los Abencerrages tan solo porque tenia sospechas de que hubiesen tomado parte en una conspiracion para destronarle.

Tambien se puede reconocer la historia de la acusacion de la muger de Boabdil en uno de los incidentes de la vida de su tirano padre. Aben-Hasan se casó en su ancianidad con una cautiva cristiana de ilustre orígen, de la que tuvo dos hijos. Esta muger ambiciosa, deseando asegurarles el trono, escitaba sin cesar las sospechas del rey contra los hijos qne este habia tenido de otras mugeres, acusándoles de que conspiraban contra su corona y su vida. La mayor parte de estos príncipes fueron muertos por órden de su bárbaro padre. Aixa la Horra, madre de Boabdil, que en otro tiempo habia sido la favorita del anciano rey, fue á la vez el objeto de sus sospechas. Mandóla encerrar con su hijo en la torre de Comares, en donde este último hubiera sido sacrificado á su furor si su madre no le hubiera hecho descolgar durante la noche por una ventana de la torre, facilitándole asi el medio de refugiarse en Cádiz.

Hé aqui todo lo que he podido encontrar que tenga un viso de semejanza con la historia de la acusada reina, resultando de lo que acabo de referir que Boabdil fue el perseguido y no el perseguidor.

Durante el período de un reinado tan corto como desastroso, Boabdil dió grandes pruebas de bondad y dulzura. A su advenimiento al trono se grangeó el amor del pueblo por la amabilidad de sus modales y porque fue siempre clemente, no castigando con severidad mas que los rebeldes. Su valor personal fue incontestable, y solo en los tiempos dificiles lo que le perdió fue su poca resolucion. Esta debilidad de carácter apresuró su caida, y le impidió sufrir los reveses de la suerte con aquel heroismo que hubiera podido ennoblecerlos, haciéndole al mismo tiempo digno de terminar el brillante drama de la dominacion de los árabes en España.

# CAPITULO X.

## RECUERDOS DE BOABDIL.

Mientras que me encontraba con el ánimo predispuesto en favor de aquel desdichado monarca, traté de buscar todos sus recuerdos posibles, y en la galería de pinturas del Generalife hallé un retrato. Sus facciones son muy regulares, y una espresion dulce y melancólica anima su semblante blanco y delicado, al que adorna una rubia cabellera.

Si este retrato es de una semejanza completa, aquel á quien representa pudo ser débil é irresoluto; pero nada se halla en su fisonomía que pueda dar una idea de la malignidad, y mucho menos de la crueldad.

He visto últimamente la prision en que estuvo encerrado durante su juventud, cuando su indigno padre meditaba su muerte. Consiste en una pieza abovedada, sita en la torre de Comares, debajo de la sala de Embajadores, y en otra pieza igual, separada de la primera por un pasadizo estrecho, fue encerrada su madre Aixa la Horra. Los muros de estas dos piezas son de un grosor prodigioso, y sus estrechas ventanas guarnecidas de barras de hierro. Una galería de piedra con un parapeto bastante bajo circunda por tres partes la torre y rodea por debajo estas ventanas, estando no obstante bastante elevado del suelo. Es probable que por aqui fue por donde la reina hizo bajar á su hijo durante la noche del lado de la colina, al pie de la cual le esperaba un criado con un caballo para conducirle á la montaña.

Al recorrer esta galería se me figuraba ver á la reina inquieta y desasosegada apoyándose sobre el antepecho para escuchar con la ansiedad de un corazon de madre los pasos del caballo que se alejaba llevándose á su hijo á través de la vega.

Traté en seguida de buscar la puerta por la donde salió para entregar á los Reyes Católicos las llaves de su capital, por la cual impulsado de una triste fantasía rogó á aquellos no permitiesen volviese á salir persona alguna. Fuéle acordada esta demanda por reina Isabel que compadecia su desgracia, y la puerta se mandó tapiar. Largo tiempo fueron mis diligencias infructuosas, hasta que mi confidente Mateo averiguó que efectivamente existia un arco cerrado, por el cual era fama habia salido el rey Chico, y que este portillo jamás se habia vuelto á abrir.

Con arreglo á estas noticias me condujo al espresado sitio. La puerta está en el centro de lo que fue en otro tiempo una fortísima torre, llamada de los Siete Suelos, lugar de gran fama entre los naturales por la multitud de historias maravillosas que de él se refieren.

Esta torre, entonces poderosa, no es en la actualidad mas que un monton de ruinas, por ser una de las que los franceses hicie-

ron volar á su salida de la ciudadela. Pedazos inmensos de muralla yacen por el suelo medio cubierto de plantas parásitas, y el arco que forma la puerta, roto por el sacudimiento de la voladura, existe aun, y el último deseo de Boabdil ha sido satisfecho, pues habiendo los escombros cerrado la abertura imposibilitan el paso de todo punto.

Siguiendo el camino del monarca mahometano tal como nos le indican los anales, atravesé á caballo la colina de los Mártires bordeando el jardin del convento de este nombre, y bajando en seguida á una quebrada cubierta de aloes y bananeros, la cual está sembrada de cuevas que habitan una tribu de gitanos. Este fue el camino que tomó Boabdil á fin de evitar su paso por Granada. La bajada es tan difícil y ágria, que me ví precisado á echar pie á tierra y conducir mi caballo del diestro.

Al concluir la quebrada, pasando por la puerta de los Molinos, me hallé en el paseo público, llamado el Prado, á las mismas orillas del Genil, donde encontré una mezquita convertida en capilla, dedicada á san Sebastian. Sobre una tabla fija en una de sus paredes se lee ser aquel el sitio donde el último rey de Granada entregó las llaves de su ciudad á los Reyes Católicos. Desde aqui me fuí paso á paso atravesando la vega á un pueblecillo donde despues de la rendicion esperaban al vencido monarca su familia y criados. La víspera de su partida los habia hecho salir de la Alhambra á fin de evitar á su madre y hermana estar espuestas á la vista de los vencedores. Continué el itinerario de estos desterrados, y llegué hasta el pie de una cadena de montañas áridas y altísimas que dan principio á las famosas Alpujarras: de una de sus cúspides, á la cual se da el espresivo nombre de Cuesta de las Lágrimas, es donde el destronado monarca dirigió su postrer mirada á la ciudad. Mas allá serpentea una arenosa senda á través de una inmensa y árida soledad, cuya tristeza debió parecer sin límites al desgraciado príncipe, puesto que le conducia al destierro.

Hice subir á mi caballo hasta la cima de la roca donde Boabdil exhaló amargas lágrimas despues de dar el último adios á su patria. Esta roca lleva el nombre del *Ultimo suspiro del moro*. ¿Cuán intenso seria su dolor al verse arrojado de tan hermoso dominio y de morada tan deliciosa? Con la Alhambra perdió todos los honores de su raza y toda la gloria, toda la felicidad de su vida. Allí su afliccion se acreció todavía mas con las reconvenciones de su madre Aixa, que le ayudó tantas veces en sus adversidades, aunque jamás pudo inculcarle su firmeza de ánimo. «Llora, le dijo, pues razon es que llore por lo que pierde, como una muger, el que no ha sabido defenderlo con la constancia de un hombre.»

Cuando el obispo Guevara refirió esta anécdota al emperador Cárlos V, este manifestó hácia Boabdil el mismo menosprecio que Aixa. «Si yo hubiera estado en su lugar, dijo el fiero conquistador, la Alhambra hubiera sido mi sepulcro, y jamás hubiera salido destronado del recinto de la Alpujarra.»

¡Cuán fácil es predicar heroismo á los vencidos cuando se está en el apogeo del poder! ¡Y cuán poco se piensa que la vida es tanto mas amable al desgraciado cuanto es el único bien que le resta!!

# CAPITULO XI.

## EL BALCON.

Ya he hablado diversas veces del balcon central de la Sala de Embajadores; él se dibuja como una jaula colgada de la torre, se eleva en la media region del aire dominando la cima de los árboles que crecen sobre el costado de la colina. Este balcon es para mí una especie de observatorio, desde el cual no solamente puedo contemplar el cielo, sino tambien la tierra. Ademas del magnífico pais que se descubre á lo lejos, una escena animada de la vida humana se ofrece á mi inspeccion inmediata; vése al pie de la montaña una alameda ó paseo público menos de moda que el nuevo Prado de Granada, sobre las orillas del Genil, pero frecuentado por numerosos paseantes, cuyos variados trages ofrece el golpe de vista mas encantador. Allí concurren los habitantes del arrabal; los sacerdotes y los frailes que se pasean para hacer gana de comer; los majos y majas; los contrabandistas fanfarrones, y de vez en cuando algun personaje de un rango mas elevado cubriéndose el rostro, lo que parece significar se encuentran alli atraidos para alguna aventura amorosa.

Curioso yo, como siempre, en el estado de las costumbres y del carácter español, del mismo modo que el naturalista usa de un microscopio para examinar los objetos de sus pesquisas, me he provisto de un telescopio que aproxima de tal modo los grupos esparcidos acá y allá, que creo poder adivinar hasta lo que dicen solamente observando el movimiento de sus facciones. He aqui como represento el papel de un observador invisible, y sin abandonar mi retiro me encuentro trasportado en medio de la sociedad, ventaja rarísima en un amigo de la quietud, y que se complace como yo en observar el drama de la vida sin hacer papel alguno.

Debajo de la Alhambra un dilatado arrabal ocupa la estrecha garganta del valle y se estiende sobre la colina del Albaicin. La mayor parte de sus casas, construidas á la morisca, tienen patios adornados de fresquísimas fuentes; y como los habitantes pasan la mayor parte del tiempo, bien sea en estos patios ó bien sobre los terrados, mi puesto aéreo me permite abarcar mas de una minuciosidad de los variados caractéres de su vida doméstica.

Asi, pues, gozo de las ventajas que el *Diablo Cojuelo* concede al licenciado su compañero en la famosa novela de este

nombre, y un hablador escudero hace el oficio de Asmodeo, contándome las anécdotas que sabe sobre las diferentes familias que se presentan á mi vista.

Sin embargo, prefiero yo mismo en general forjar á mi sabor las historias por conjeturas, y permanezco sentado en este sitio durante horas enteras ocupado en componer sobre las indicaciones que pasan bajo mi vista el hilo de las intrigas que ocupan á los seres que se agitan en la hondonada. No existe apenas una linda cara ó unas facciones notables entre las que puedo observar todos los dias de este modo que no me haya dado pie para formar una novela. Verdaderamente mis personajes obran en sentido inverso del papel que les he asignado, desarreglando asi todo el plan económico de mi drama; pero me desquito volviéndole á principiar bajo diferente aspecto. Uno de estos dias, dirigiendo mi anteojo hácia las calles del Albaicin, observé ya cerca de un convento una procesion, la cual servia de cortejo á una jóven que iba á tomar el hábito; noté en ella diversas circunstancias que me hicieron sentir la mas viva simpatía hácia aquella jóven, á quien iban, por decirlo asi, á encerrar viva en una tumba. Encontréla hermosa, y la palidez de sus mejillas me hizo concebir que era una víctima de agena voluntad, y que no daba aquel paso arrastrada por su devocion. Iba la infeliz adornada como para una boda: una corona de flores blancas rodeaba sus sienes; pero su corazon se resistia evidentemente contra la farsa de esta union espiritual y suspiraba por un amante mas terrestre. Un hombre alto y de un aspecto mesurado la acompañaba, de lo cual colegí ser su padre, y que por algun motivo de fanatismo ó de avaricia la forzaba á cumplir este sacrificio. En medio de la multitud, un jóven de negros cabellos y vestido á la andaluza, fijaba sobre la víctima miradas de desesperacion. Ah! sin duda este era el amante de quien no deseaba separarse. Mi indignacion no tenia límites al notar la sardónica sonrisa que se pintaba en la cara de los frailes. Llegó por fin la procesion á la iglesia, y el sol lanzó por última vez sus rayos sobre la cándida corona de la novicia, mientras pasaba el umbral de aquellas puertas que iban á cerrarse sobre ella para siempre. El amante se detuvo un momento; pero en seguida sobreponiéndose á la emocion que le agitaba, penetró en la iglesia.

Hubo un largo rato durante el cual me representó la escena que pasaba en lo interior de aquellas murallas; la pobre novicia desnuda de sus trages de boda, su linda cabeza privada para siempre de la rubia cabellera, la oia murmurar con voz apagada sus irrevocables votos; la veia tendida sobre el ataud cubierta del paño fúnebre, y escuchaba al mismo tiempo el grave sonido del órgano y el pausado y monotono oficio de difuntos. El padre miraba todo esto con una impasibilidad glacial. El amante..... pero no, mi imaginacion se resiste á pintarle; y su figura quedó en blanco en el cuadro que yo me habia trazado.

Al cabo de algun tiempo la multitud salió de la iglesia, y se dispersó en diferentes direcciones, apresurándose todos á continuar las escenas animadas de la vida. Los últimos que salieron del convento eran el padre y el amante: parecia que conversaban con vehemencia, y por la apasionada pantomima del jóven me esperé algun desenlace sangriento para mi drama; pero el ángulo de una casa los ocultó á mi vista, del mismo modo que cuando cae el telon, desaparecen á la del público la escena y los actores.

Desde este instante mis miradas se fijaron muchas veces con un piadoso interés sobre este convento, y al notar á deshora de la noche una luz en una ventana de la torre del monasterio. «Alli, esclamaba, la desgraciada monja llora en su celda solitaria, en tanto que su amante vaga alrededor entregado á inútiles esperanzas.»

El oficioso Mateo interrumpió un dia mis meditaciones, y destruyó en un instante el ligero tejido de mi ficcion. Con su acostumbrado celo se habia apresurado á recoger todas las noticias posibles sobre la escena que acabo de describir, y que tan vivamente habia afectado mi corazon; la heroina de mi novela ni era jóven ni bella, no tenia amante; habia entrado en el convento por su propia voluntad, y únicamente para encontrar un asilo decoroso, siendo en la actualidad una de las mas felices que habitaban el convento.

Pasóse largo tiempo antes que yo pudiese perdonar á la religion el agravio que me habia hecho, encontrándose feliz y satisfecha en su celda contra todas las reglas novelescas. Sin embargo, traté de disipar mi mal humor, ocupándome uno ó dos dias en observar el coquetismo de una morenita que desde su balcon, adornado de jazmines, entretenia una misteriosa correspondencia con un gallardo mancebo que pasaba y repasaba continuamente bajo sus ventanas. Complacíame en observarle con qué ligereza se esquivaba á mis ojos, cubriéndose casi toda la cara con el embozo de su capa: otras veces, oculto en una esquina bajo diferentes disfraces, esperaba sin duda la señal convenida para entrar en casa de su amada. Durante la noche se oia el sonar de una guitarra, y una linterna aparecia tan pronto á un lado del balcon como á otro. Figuréme alguna intriga como la de Almaviva; pero tambien esta vez fueron inciertas todas mis conjeturas, y supe para colmo de mi confusion que el pretendido amante era el marido de la dama, famoso contrabandista que hacia todas estas señales y movimientos misteriosos á fin de burlar los empleados del resguardo.

Entreteníame muchas veces en notar desde mi balcon el cambio que las diferentes horas del dia operaban en el aspecto de las costumbres que observaba.

Apenas la línea blanquizca del crepúsculo se mezclaba en el horizonte saludada por el vigilante gallo, cuando ya los arrabales daban señales de existencia, porque las frescas horas de la madrugada son de un valor inestimable en estos abrasadores climas. El arriero hacia salir su recua cargada, el viajero preparaba su escopeta y montaba á la puerta de su mansion, y el hortelano apresuraba el paso de su asno, y el suyo al mismo tiempo, que se encaminaban al mercado porcion diversa de vendedores de toda clase.

El sol principia su ascension, ilumina la vega y dora las hojas de los árboles; las campanas que llaman á los fieles á la oracion resuenan melodiosamente esparciendo por la atmósfera sus variados sonidos. El arriero detiene sus bestias cargadas delante de la iglesia, coloca su vara en el cinto, y entra con su sombrero en la mano dispuesto á oir una misa para obtener del Omnipotente un feliz viaje. En seguida las airosas andaluzas salen cubiertas de una elegante mantilla, y sin dar un momento de reposo al abanico, que con una coquetería inimitable colocan delante de sus ojos, lanzando rayos de ellos al través de las varillas. Buscan sin duda alguna iglesia en voga para hacer sus oraciones matutinales; pero su linda apostura, sus zapatos pequeños y ajustados, sus medias tan finas como las telas de una

araña, y las trenzas negras de sus cabellos ajustadas con una precision esquisita, y en medio de las cuales brilla una rosa recien cogida, demuestran bien á las claras que la tierra disputa al cielo la posesion de aquel corazon.

A medida que la mañana se adelanta, el ruido de los trabajos se aumenta por todas partes. Atraviesan las calles multitud de hombres, de caballos y de todas especies de bestias de carga; un mujido semejante al de las olas del mar llega hasta mis oidos; pero cuando el sol se aproxima al meridiano cesa la agitacion por grados, y á medio dia todo entra en calma: la ciudad cede á la fatiga y al cansancio, y durante muchas horas un reposo general reina dentro de sus muros: las ventanas estan cerradas, las cortinas corridas y los habitantes dormitan en las mas frescas alcobas de sus casas: los frailes roncan en sus celdas y los vigorosos mozos de esquina reposan al lado de sus fardos mientras los aldeanos duermen bajo los árboles de la Alameda arrullados por el canto monotono de la cigarra que personifica tan bien el estío: las calles estan abandonadas, y solamente los aguadores refrescan el oido proclamando el mérito de su cristalina mercancía, mas fria que la nieve de las montañas.

Cuando el sol se pone, la ciudad se anima progresivamente, y la campana que toca á la oracion parece que llama á toda la naturaleza para que se regocije de la huida del tirano del dia. Entonces principia el movimiento y los placeres; los habitantes de Granada salen para respirar el aire puro de la noche y gozar de los deliciosos instantes del crepúsculo en los jardines que riegan el Darro y el Genil.

En cuanto anochece, la escena cambia de aspecto: principian á aparecer luces en las ventanas y se encienden las lámparas delante de las imágenes que adornan las encrucijadas. La ciudad sale gradualmente de sus tinieblas iluminada por chispas esparcidas del mismo modo que las estrellas sobre el firmamento. Entonces es cuando se oye en todos los patios y jardines, calles y callejuelas el sonido de innumerables guitarras y el chasquido de las castañuelas; gozar de la ocasion es uno de los artículos de fe del amoroso y jovial andaluz, y jamás lo practica con mas celo que durante las embalsamadas noches del estío, tratando de agradar á su querida por medio de las apasionadas serenatas.

# CAPITULO XII.

## AVENTURA DEL ALBAÑIL.

abia un pobre albañil en Granada, religioso observador de todas las fiestas y que hubiera creido pecar gravemente si hubiera trabajado un lunes; pero á pesar de su devocion, cada dia era mas pobre, y á duras penas podia dar un pedazo de pan á su numerosa familia. Una noche que tranquilamente dormia fue despertado por un golpe que sonó á su puerta: abrióla, y halló un sacerdote alto y seco, y de cara pálida y cadavérica.

«Amigo, prorumpió el desconocido, he notado que sois buen cristiano y que como tal se puede confiar en vos: ¿quereis trabajar esta noche?

—Con todo mi corazon, padre mio, con tal que se me pague razonablemente.

—Lo sereis, pero antes habeis de permitir que os vende los ojos.»

El albañil consintió y se dejó conducir por el sacerdote al través de muchas calles estraviadas hasta la puerta de una casa, donde se detuvieron ambos. El sacerdote sacó una llave que daba dificilmente la vuelta en su cerradura, y empujando la puerta entraron, cuidando aquel de volver á cerrar asegurándose por dentro por un cerrojo. Hecho esto, descubrió los ojos al albañil y se halló en un patio débilmente alumbrado por una lámpara. En medio se veia el estanque seco de una antigua fuente morisca, bajo la cual el sacerdote ordenó que construyese una escavacion. Trabajó en ella toda la noche, pero no pudo concluir la obra. Un poco antes de amanecer recibió una pieza de oro del sacerdote, y volviéndole á vendar los ojos le condujo asi á su casa.

«¿Estais dispuesto á volver para concluir vuestra obra?

—Seguramente, padre mio, con tal que se me pague tan bien como hoy.

—Entonces, hasta mañana por la noche que vendré á buscaros.»

El desconocido fue exacto y concluyeron la escavacion.

«Al presente es necesario, dijo el sacerdote, que me ayudeis á traer los cuerpos que han de ser aqui enterrados.»

Los cabellos del albañil se erizaron sobre su cabeza al oir estas terribles palabras; siguió á su conductor temblando hasta un cuartucho oscuro de la casa, esperando sin duda ver algun espectáculo horroroso; pero consolóse en gran manera al ver cuatro tinajitas colocadas en un rincon y que estaban sin duda llenas de oro. Con gran trabajo pu-

dieron entre él y el sacerdote levantarlas para colocarlas en su tumba: la bóveda fue cerrada; las piedras colocodas encima, no dejando señal alguna de lo que se habia trabajado. El albañil fue conducido á su casa, siempre con los ojos vendados, pero por un camino diferente de aquel que habia tomado otras veces: al llegar su guia le detuvo y dándole dos piezas de oro le dijo:

«Esperad aqui hasta que oigais tocar á maitines en la catedral, y si teneis el atrevimiento de antes quitaros la venda, os sucederá una gran desgracia.»

Y dicho esto le dejó solo.

El albañil se conformó fielmente á sus órdenes y pasó el tiempo volviendo y revolviendo el oro entre sus manos. A la primer campanada de maitines se quitó el pañuelo de los ojos entrando apresuradamente en su casa, donde se regaló durante quince dias con el producto de su trabajo, quedando despues de los cuales tan pobre como antes.

De este modo continuó trabajando poco, rezando mucho y festejando á los santos muy regularmente durante un gran número de años. Sus hijos crecian en tanto parecidos á una banda de gitanos, segun estaban de secos y desarropados. Una tarde que tomaba el fresco sentado á la puerta de su casa, se le aproximó un rico propietario de la ciudad conocido por su sórdida avaricia, el cual fijando sobre él sus penetrantes ojos le habló en estos términos:

«Me han dicho, amigo mio, que eres muy pobre.

—No puedo negarlo, amigo mio.

—En este caso, creo que querrás trabajar y no serás carero.

—Por el contrario, mi buen señor, os llevaré mas barato que cualquier otro albañil.

—Esto es lo que me hace falta; tengo una casa que se está arruinando, y que me cuesta en reparaciones mas de lo que vale, supuesto que nadie quiere habitar en ella; asi trato de componerla muy por cima, con solo el objeto de que no se arruine del todo, pero gastando en ella poquísimo dinero.»

Llevó pues al albañil á una casa grandísima y deshabitada, en la que despues de haber examinado muchas salas y alcobas vacías, entraron en un patio interior donde el albañil quedó sorprendido á la vista de una fuente morisca: miróla un instante tratando de recordar una de las señales que en otro tiempo notara, preguntando al mismo tiempo quién habia habitado en la casa últimamente.

«Que el cielo confunda al que la ocupó, respondió el propietario; era un sacerdote, viejo, egoista y avaro, de quien se decia poseer inmensas riquezas, las que no teniendo parientes dejaria á la iglesia. Murió repentinamente, y cuando los frailes acudieron á tomar posesion de sus bienes, solo encontraron unos cuantos reales en una bolsa de cuero; entretanto, la mayor de las desgracias ha caido sobre mí, porque e maldito hombre continúa viviendo en mi casa sin pagarla, y no hay medio alguno humano de alejarle de ella. Asegúrase que se oye toda la noche un ruido en la alcoba donde él dormia, como si aun estuviese contando su dinero. Que esto sea falso ó no, ello es que ha impedido el que mi casa se alquile.

—Escuchad, respondió el albañil con aire decidido, dejadme habitar gratuitamente esta casa hasta que encontreis un mejor inquilino; yo os doy mi palabra de repararla y calmar los ruidos que se escuchan: soy un buen cristiano y un pobre hombre, y el mismo diablo no me causaria miedo aun cuando se me apareciera en persona.»

Aceptó el propietario la oferta, y habitando la casa el albañil y su familia, cumplió todas sus promesas. Poco á poco la fue reparando, y el ruido del oro no se volvió á sentir en la alcoba del difunto, pero sí comenzó á abultar en los bolsillos del vivo. En una palabra, su fortuna se aumentó tan rápidamente, que todo el mundo estaba admirado al verle llegar á ser uno de los mas ricos particulares de Granada. La iglesia recibió del mismo cuantiosas limosnas, sin duda en pago de su conciencia, y el secreto de la bóveda no fue revelado mas que á su última hora, en que lo hizo á su hijo y heredero.

# CAPITULO XIII.

## UN PASEO POR LAS MONTAÑAS.

Muchas veces al declinar el dia, y cuando el calor principia á amortiguarse, doy largos paseos á través de las colinas y de los profundos valles acompañado de mi escudero Mateo. En estas ocasiones le permito dar rienda suelta á su verbosidad, y no sé si existirá una fuente arruinada ó un peñasco solitario sobre el cual no me haya referido una historia maravillosa. Pero las leyendas doradas dominan sobre todo en sus narraciones, pues creo imposible que en toda la redondez de la tierra se encuentre pobre diablo mas pródigo de tesoros que él.

Ultimamente hicimos juntos una escursion de esta clase, durante la cual estuvo mas comunicativo aun que de costumbre. El sol comenzaba á descender cuando salimos por la puerta de la Justicia, y al subir por una cuestecilla plantada de árboles, Mateo se detuvo al pie de unas ruinas llamadas la torre de los Siete Pisos; allí, señalándome un arco de los cimientos, me manifestó que un espíritu, una fantasma horrible velaba en esta torre desde el tiempo mismo de los moros, y guardaba las riquezas de sus reyes. Algunas veces, continuó, sale á la media noche y recorre las avenidas de la Alhambra y las calles de Granada bajo la forma de un caballo sin cabeza, á quien seis

perros persiguen con ladridos espantosos.

«¿Y vos la habeis hallado alguna vez? pregunté yo á Mateo.

—No señor, á Dios gracias; pero mi abuelo el sastre ha conocido muchas personas que la habian visto efectivamente, puesto que en aquel tiempo salia mas á menudo, tan pronto bajo una forma como bajo de otra; y no hay hijo alguno de Granada que no haya oido hablar del Belludo, cuyo nombre sirve á las niñeras y nodrizas para acallar los chiquillos. Muchos dicen que este Belludo es el alma de un mal rey moro que hizo degollar á seis de sus hijos enterrándolos bajo estas bóvedas, de donde salen persiguiéndole por la noche para vengarse de su crueldad.»

Abstendréme ahora de entrar en los detalles minuciosos que me dió Mateo sobre es-

te formidable fantasma, que desde tiempo inmemorial es el tema favorito de las tradiciones misteriosas de Granada, y de la cual un grave historiador topográfico de esta ciudad hace honorífica mencion: yo únicamente recordaré que en esta misma torre está situada la puerta por la que el desdichado Boabdil salió de su palacio la última vez.

Dejando estas ponderadas ruinas, continuamos nuestro paseo costeando los hermosos vergeles del Generalife, en los cuales dos ó tres ruiseñores hacian oir su dulce melodía. Detrás de estos jardines se encuentran porcion de estanques moriscos, júnto á los que hay una puerta hecha á pico en la roca, pero cuya entrada se ha cegado con los escombros. Mateo me contó que siendo niño se habia bañado en compañía de sus camaradas varias veces en estos estanques; mas que habia dejado de hacerlo cuando supieron solia salir de la roca un moro encantado que cogia á los bañadores.

Seguimos despues un camino de herradura que da vuelta á la colina, y bien pronto nos encontramos en medio de salvajes montañas cubiertas solamente de una débil verdura. Nada veíamos al rededor nuestro sino una naturaleza áspera y estéril, en medio de la que apenas me podia persuadir estuviésemos al lado del Generalife, de sus magníficos cármenes y en las cercanías al fin de la encantadora Granada. Empero la España agreste y severa cuando carece de cultura, se presta fértil y agradecida al trabajo de sus hijos.

El desfiladero que acabábamos de pasar se llama el barranco de la Tinaja, porque en otro tiempo se halló en él una vasija de barro llena de monedas de plata.

«¿Qué denota aquella cruz que se ve sobre esa piedra en la parte mas estrecha del camino? pregunté yo á Mateo.

—Nada, señor, un arriero á quien asesinaron hace algunos años en ese sitio.

—¿Con que segun eso los ladrones y asesinos llegan hasta las puertas de Granada?

—No, señor: eso era en otro tiempo que la fortaleza estaba llena de vagamundos; pero se ha hecho una limpia general, aunque á pesar de todo los gitanos que habitan en las cuevas de la colina no valen mucho mas que aquellos; sin embargo ya hace mucho tiempo que no se ha oido muerte alguna, y el que mató al arriero fue ahorcado en la Alhambra.»

Seguimos dejando á nuestra izquierda la altura pedregosa llamada Silla del Moro, porque segun la tradicion ya mencionada, el infeliz Boabdil se refugió en ella durante una insurreccion popular, y pasaba los dias enteros mirando tristemente su ciudad rebelde.

Llegamos al fin á la parte mas alta del promontorio que domina á Granada, y que se llama Monte del Sol.

La noche se acercaba, y las mas altas cimas de los peñascos recibian los últimos rayos del sol en su ocaso. Aquí se veia un pastor solitario conduciendo su rebaño por entre los desfiladeros. Allá un arriero precipitando la marcha de su cargada recua para poder entrar en Granada antes que anocheciese.

El lejano sonido de la campana de la catedral subia hasta nosotros anunciando la oracion. Las demas campanas de las otras iglesias y de los conventos de la montaña contestaban pausadamente. El pastor y el arriero se detuvieron á un tiempo mismo, y quitándose sus sombreros permanecieron un corto rato sumidos en un piadoso recogimiento recitando en voz baja la plegaria de la noche. Yo encuentro siempre un no sé qué de imponente en esta señal armoniosa que llama á los habitantes de este pais para que ofrezcan todos reunidos sus acciones de gracias al Criador por los beneficios que les ha dispensado durante el dia. Una beatitud pasajera se reparte por toda la naturaleza, y el sol desapareciendo en toda su gloria, añade aun mas solemnidad á este instante.

La salvaje soledad de la árida montaña sobre la que nos hallábamos, hacia en mí un efecto prodigioso. Las ruinas que se veian esparcidas aquí y allá denotaban que esta solitaria comarca habia estado en otro tiempo cubierta de habitantes.

Mientras vagábamos entre los restos de los pasados siglos, Mateo me mostró un agujero circular que parecia penetrar profundamente en el seno de la montaña, el que era sin duda alguna un pozo construido en otro tiempo por los moros, infatigables en sus trabajos, cuando estos tenian por objeto el proporcionarles agua fresca y pura. Mi escudero sin embargo lo juzgaba bajo otro aspecto, suponiendo que este pozo servia de respiradero á las cavernas de la montaña en donde yacian encantados Boabdil y sus ministros, saliendo de cuando en cuando á visitar sus antiguos estados.

El crepúsculo, que en estos climas es de tan corta duracion, nos advertia ya que era tiempo de abandonar estos lugares. Al descender de la altura no encontramos ni arrieros ni pastores, y el silencio era interrumpido por el canto de los grillos. Las sombras crecian prodigiosamente, y todo se oscurecia en nuestro derredor, solo la altísima cima de Sierra Nevada conservaba aun un rayo de luz, y se veian brillar junto al azul de los cielos los picachos cubiertos de nieve, que la pureza del aire hacia aparecer casi junto á nosotros.

«Cuán cerca se ve la sierra, señor, dijo Mateo; parece que se puede agarrar con la mano, y sin embargo estamos algunas leguas de distancia.» En tanto que hablaba, una estrella asomó sobre lo mas alto de la montaña; esta estrella, única que se veia en los cielos entonces, era tan pura, tan bella y radiosa, que Mateo esclamó entusiasmado: «Oh! qué linda estrella, qué pura y limpia, creo es imposible que haya otra alguna que la iguale!»

Muchas veces he notado la estrema sensibilidad de los españoles por las bellezas de la naturaleza. El brillo de una estrella, el perfume de una flor, el cristal purísimo de una fuente les hacen esperimentar una especie de delicia poética, y todas las palabras cacofónicas de su magestuoso idioma se emplean en esplicar sus trasportes.

«Pero qué luces son aquellas que veo brillar sobre la Sierra Nevada, justamente sobre la region de las nieves? Parecerian estrellas si su claridad no fuese tan rojiza y no se las viese pegadas al negro costado de la montaña.

—Son hogueras encendidas por los trabajadores que sacan nieve y hielo para Granada. Salen de la ciudad todas las tardes con asnos y mulos, llenan sus serones de hielo y arriban otra vez antes de anochecer. Esa sierra, señor, es un hermoso pedazo de carámbano colocado en el centro de la andalucía para entretener el fresco durante el estío.»

La oscuridad era ya completa cuando atravesamos la quebrada donde se encuentra la cruz del arriero asesinado, cuando di-

visé un gran número de luces que parecian acercarse hácia nosotros. Aproximábanse en efecto, y vimos eran unas hachas traidas por varias personas vestidas de negro. Esta vista, propia á causar en todo tiempo una especie de espanto, era sorprendente en sumo grado en un sitio tan salvaje y solitario y en semejante hora.

Mateo se guareció á mi lado, y me dijo quedito que aquello era un muerto que conducian al cementerio situado á la falda de la montaña.

A medida que la procesion pasaba á nuestro lado, la luz amarillenta de las antorchas al caer sobre las groseras facciones y los fúnebres trages de los que seguian el cuerpo producia un efecto fantástico. Pero este efecto se tornaba horrible cuando la claridad vacilante iluminaba el pálido cadáver que era conducido en un ataud abierto segun la costumbre española; permanecí algun tiempo inmóvil despues que el convoy hubo desaparecido en el sombrío desfiladero. Este es-

pectáculo me habia recordado el antiguo cuento de una procesion de demonios llevándose el cuerpo de un pescador sobre el crater de Stromboli.

«Ah! señor, esclamó Mateo, podria contaros la historia de una estraordinaria procesion que se vió una vez en estas montañas; pero os mofariais de mí, y me diriais que era aun uno de los cuentos de mi abuelo el sastre.

—No temas nada, Mateo. Nada me gusta mas, como sabes, que una historia maravillosa.

—Pues bien: la que voy á referiros versa sobre uno de esos de quien acabamos de hablar, y que recogen hielo sobre Sierra Nevada.

Hace muchos años, y en tiempo de mí abuelo, se conocia en Granada un viejo llamado Nicolás: una tarde bajaba este de la montaña despues de haber llenado sus serones de nieve; le asaltó un profundísimo sueño, montó sobre su bestia y se quedó profundamente dormido, moviendo la cabeza á todos lados, en tanto que su mula caminaba sobre el borde de los precipicios con un paso tan seguro como si caminara por una sala. En fin el tio Nicolás despertó, y se estregó los ojos para ver si distinguia los objetos con claridad. La luna era tan clara como el dia, y debajo de sus plantas se descubria la ciudad tan llana como la palma de la mano, con sus blancos edificios resplandecientes como la plata. Pero ¡ay señor! no era la misma ciudad que habia dejado algunas horas antes. En lugar de la catedral con su cúpula y torrecillas de las iglesias y sus campanarios todos coronados de la santa cruz, no vió mas que mezquitas, minaretes y cúpulas moriscas coronadas de la media luna, lo mismo que las que veis en los pabellones berberiscos: sorprendido quedó el tio Nicolás al apercibir todo esto; mas en tanto que miraba á la ciudad, un grande ejército subia á la montaña, tan pronto alumbrado por la luna, como escondido en la oscuridad, segun las sinuosidades y asperezas del camino. Cuando llegaron á su lado, vió que se componia de infantes y caballos armados á la morisca. El pobre hombre trató de alejarse; pero su obstinada mula no quiso moverse un solo paso, y permaneció pegada á la tierra temblando como si tuviera azogue, porque las bestias se asustan tambien de las apariciones del mismo modo que nosotros, pobres y desgraciados humanos. En fin, señor, el ejército fantástico se aproximó, y se distinguian los hombres que tocaban los címbalos y añafiles; pero no se oia el ruido de estos instrumentos, ni tampoco en manera alguna el de los pasos de hombres y corceles, y mas bien parecian los ejércitos pintados que se ven en la linterna mágica que personas vivas. Detrás de la vanguardia iba el inquisidor general de Granada sobre una mula blanca, cuya rienda conducian dos moros negros como el azabache. El tio Nicolás se sorprendió estraordinariamente de verle entre semejante compañía, puesto que el inquisidor era conocido por el horror que alimentaba contra los judíos, moros y demas especies de hereges, á los que perseguia con el hierro y con el fuego. A pesar de todo, el tio Nicolás se tranquilizó un poco al ver cerca de sí un sacerdote; hizo la señal de la cruz, y le pidió su santa bendicion, cuando ¡cosa estraña! el inquisidor, en vez de bendecirle le pegó tan fuerte puñada, que le hizo rodar en compañía de su mula hasta lo mas profundo del precipicio. El tio Nicolás no volvió en sí sino largo tiempo despues de haber salido el sol, y se encontró en el fondo de una quebrada profundísima, teniendo la mula á su lado y que pacia tranquilamente la yerba. Arrastróse cojeando hasta Granada, en donde felizmente encontró las iglesias y las cruces del mismo modo que las habia dejado. Cuando contó su aventura todos se le reian en las barbas, diciéndole los unos que habia soñado, y los otros que habia inventado todas estas cosas; pero lo mas estraordinario del asunto es que aquel mismo año murió el inquisidor, cosa que dió mucho que pensar á todas las gentes. Yo mismo he oido decir á mi abuelo el sastre que habia un segundo sentido en la vista de un ejército diabólico, llevándose la sombra de este sacerdote.

—¿Supondreis pues, amigo Mateo, que existe en el seno de estas escarpadas montañas una especie de purgatorio, al cual haya sido conducido el susodicho padre inquisidor?

—Dios me libre de pensar semejante cosa; nada puedo decir sobre este particular, limitándome á contar lo que tantas veces oí á mi abuelo.»

Cuando el buen Mateo concluyó este cuento, que yo he procurado narrar sucintamente, y que él habia alargado con numerosos detalles, nos encontramos en las puertas de la Alhambra.

# CAPITULO XIV.

## TRADICIONES LOCALES.

Tiene el pueblo español una pasion enteramente oriental por los cuentos, y sobre todo por los cuentos maravillosos. Comunmente se les ve reunidos en círculo delante de las puertas de sus casuchas en el estío, ó bien bajo la inmensa campana de sus chimeneas en el invierno; allí escuchan con una ansiedad prodigiosa las milagrosas leyendas de los santos, las aventuras azarosas de los viajeros y las atrevidas empresas de los contrabandistas y ladrones. El carácter salvaje de la comarca, la ignorancia, la escasez de asuntos sobre que conversar, y la vida aventurera que se lleva en un pais donde se viaja aun á la manera que se hacia en los tiempos mas remotos, todo contribuye á conservar la aficion de las narraciones orales, y predispone el ánimo á creer las cosas mas inverosímiles y estravagantes. Por lo regular el lema favorito de estas historias son los tesoros ocultos por los moros. Al atravesar las sierras desiertas, teatro en otro tiempo de brillantes hechos de armas, no se encontrará una sola atalaya colocada sobre la cima de un peñasco, ó dominando un pueblecillo, sin que al preguntar al guia el orígen de tal edificio no refiera este, suspendiendo por un momento el aspirar el humo de su cigarro, algunos sucesos acaecidos sobre descubrimiento de tesoros árabes enterrados en las cercanías del decrépito torreon. No se hallará un solo alcázar en las ciudades que no tenga igualmente su tradicion perpetuada de padres á hijos por los habitantes de sus alrededores.

Estas tradiciones, del mismo modo que la mayor parte de las ficciones populares, deben su orígen á sucesos que efectivamente han acaecido. Durante las guerras que por tan largo tiempo afligieron este pais entre moros y cristianos, los castillos y las poblaciones estaban sujetas á cambiar con frecuencia de poseedores; motivo por el cual los habitantes á la proximidad del enemigo se apresuraban á soterrar sus alhajas y dinero en cuevas y pozos, segun se practica aun en las guerreras regiones de oriente. Asimismo al tiempo de la general espulsion de los árabes en la Península, muchos entre ellos ocultaron sus tesoros con la esperanza de volver bien pronto á su pais natal y hallar entonces sus bienes. De esto resultó que al hacer algunas escavaciones en las ruinas, ó en las cercanías de los palacios moriscos, se hallaron cofres llenos de moneda que sa-

BIBLIOTECA PROVINCIAL Granada

lian á la luz del sol despues de haber estado bajo la tierra durante algunos siglos; de manera que no bastó un pequeño número de estos hallazgos para servir de base á una gran porcion de narraciones fabulosas.

Esta especie de historias ofrece siempre una mezcla de gótico y oriental, en donde se pueden distinguir todos los rasgos mas esenciales de las costumbres españolas, sobre todo de las provincias del mediodía. El tesoro oculto está siempre colocado bajo la influencia de un encanto. Tan pronto está guardado por un terrible dragon, como por moros encantados que al cabo de muchos siglos permanecen armados y con el alfange desnudo é inmóviles como estatuas cerca del lugar donde soterraron sus riquezas.

Es muy natural que el Alhambra, en razon á las circunstancias particulares de su historia, suministre una materia mas ámplia á estas ficciones que cualquier otro lugar célebre en las crónicas. Varias reliquias halladas de tiempo en tiempo entre sus ruinas han acreditado las maravillosas tradiciones que se cuentan sobre ellas. Tan pronto se encontraba una vasija llena de oro y el esqueleto de un gallo, el cual, segun el parecer de los mas inteligentes en la materia, habia sido enterrado vivo, como otra vez una caja cubierta de inscripciones árabes, miradas como palabras mágicas de gran poderío. En fin, los talentos mas novelescos de la andrajosa poblacion que vejeta en la Alhambra se han dado tal priesa á cavilar, que no existe una sola torre, una sala ni una cueva de la venerable fortaleza que no tenga su historia milagrosa. Asi, pues, como yo creo haber familiarizado á mis lectores en los capítulos que anteceden con las localidades de este palacio, voy á lanzarme ahora en el vasto campo de sus sorprendentes leyendas, reuniendo los fragmentos que he podido recoger en varias épocas y de diferentes personas, del mismo modo que un sabio anticuario forma muchas veces un documento histórico con algunas letras desprendidas de una inscripcion medio borrada por el tiempo.

Si el lector encontrase en el trascurso de mi narracion alguna cosa increible, dígnese pensar que en el paraje en que me hallo nadie sabria estar sometido á las leyes de probabilidad que rigen las escenas de la vida: el suelo que actualmente piso está encantado, y los lances mas sencillos toman en él un colorido sobrenatural.

# CAPITULO XV.

## LA CASA DEL GALLO DE VIENTO.

Sobre la cúspide de la colina del Albaicin, que es el cuartel mas elevado de la ciudad de Granada, existen los restos de un palacio real, fundado poco tiempo despues de la conquista de España por los árabes. En la actualidad se ha establecido en ellos una manufactura, y ha caido en tal olvido, que solo con un trabajo inmenso he logrado descubrirlos á pesar del socorro que me prestaban las juiciosas noticias del sabio Mateo. Este edificio, que en otro tiempo encerraba grandes riquezas, y como sucede á todas las obras hechas por la mano del hombre, ha dejado de llamar la atencion, lleva aun el nombre bajo el cual se le ha conocido durante un inmenso número de años, el de la Casa del Gallo de Viento, ó Casa de la Veleta, porque la que coronaba su torre representaba un guerrero á caballo armado de lanza y escudo; leyéndose en la misma veleta unos versos árabes cuya traduccion es la siguiente:

«Dice el sabio Aben Habuz
Que asi se defiende el andaluz.»

Este Aben Habuz, segun las crónicas árabes, fue uno de los capitanes de Tarif, quien le hizo alcaide de Granada, y es muy probable que mandó construir esta efigie guerrera para recordar á los habitantes musulmanes del pais, que rodeados como estaban de enemigos, exigia su seguridad que estuviesen siempre aparejados para el combate.

Las tradiciones populares esplican de un modo diverso todo lo que concierne á Haben Habuz y su palacio, asegurando que el guerrero de bronce era en su orígen un talisman dotado de gran virtud, pero que por el trascurso de los tiempos ha perdido su poder mágico, quedando reducido á una simple veleta.

Yo he consignado esta tradicion en el siguiente capítulo.

# CAPITULO XVI.

## LEYENDA DEL ASTROLOGO.

ABIA en otro tiempo, muchos siglos há, un rey moro llamado Aben Habuz, el cual reinaba en Granada. Era un conquistador que despues de haber pasado su juventud en continuas hostilidades y depredaciones de toda especie, al ver que la ancianidad le tornaba débil y enfermo, trató de retirarse á buen vivir, permaneciendo tranquilo con todo el mundo á fin de gozar en paz los dominios que habia arrebatado á sus vecinos.

Acaeció sin embargo que este monarca, tan razonable y pacífico, tuvo que habérselas con rivales llenos de todo el ardor de la juventud, anhelosos de combatir y de gloria, los cuales estaban resueltos á pedirle cuentas de lo que habia arrancado á sus padres. Algunos de sus mas lejanos dominios que en los dias de su vigor juvenil no osaban moverse bajo su férrea mano, trataron en la actualidad que le vieron aspirar al reposo de sublevarse, y hasta concibieron el pensamiento de invadir la capital. Atacado de este modo por enemigos propios y estraños, el desgraciado Aben Habuz vivia en medio de las montañas que circundan á Granada en una continua alarma, no sabiendo por qué parte comenzarian las hostilidades.

En vano fue que hiciese construir torres de observacion sobre las montañas, y que guardase con tropas estacionarias todos los desfiladeros: estas tropas tenian órden de avisar la proximidad del enemigo por medio de hogueras si acaecia de noche, y de grandes humaredas si lo verificaban de dia; pero Aben Habuz tenia que lidiar con gentes mas activas y despiertas que él, y que á pesar de todas sus precauciones, hallaban siempre un medio de penetrar en sus tierras, asolándolas y llevándose consigo infinidad de prisioneros. ¿Ha habido jamás en este mundo conquistador pacífico y jubilado á quien se haya atormentado mas que al pobre Aben Habuz?

En tanto pues que vivia asi, sirviendo de blanco á tantas tribulaciones, llegó á su corte un médico árabe, de aspecto mesurado y venerable; una pobladísima y blanca barba le llegaba hasta la cintura, y tenia todas las señales de una vejez estremada, sin embargo de la cual habia hecho un viaje á Egipto á pie y solo, ayudado de un baston, cuya corteza estaba cubierta de caractéres geroglíficos; su fama le precedia por todas partes, y se sabia que su nombre era Ibrahim Abou Agib; decíase que era contemporáneo de Mahoma, y que su padre habia sido uno

de los compañeros de este profeta. En su juventud, Abou Agib siguió el ejército victorioso de Amrou en Egipto, pais en el que permaneció durante muchos años con el objeto de estudiar las ciencias abstractas, y en particular la magia, con los sacerdotes egipcios.

Decíase tambien que habia hallado el secreto de prolongar la vida, por cuyo medio contaba ya mas de dos siglos; pero que desgraciadamente cuando aprendió tal secreto era ya demasiado viejo, por lo que no habia podido prolongar sino su piel arrugada y sus canosos cabellos.

Este sorprendente viejo fue acogido con grande aplauso por el rey, que como la mayor parte de los monarcas ya entrados en dias, comenzaba á apreciar en sumo grado á los médicos y á los astrólogos: ordenó pues que se le alojase en su palacio; mas el sabio prefirió una caverna situada precisamente en la misma colina donde despues se edificó la Alhambra: hízose al efecto ensanchar esta cueva, desde la que por medio de una abertura circular practicada en el techo se veian como desde el fondo de un pozo las estrellas en lleno dia. Las paredes de este centro estaban cubiertas de signos cabalísticos y de figuras enigmáticas; una porcion de instrumentos fabricados por los mas inteligentes artífices de Granada bajo la direccion de Ibrahim, y cuya virtud y uso solo él conocia, se hallaban colocados acá y allá por todas partes.

En breve tiempo llegó Ibrahim á ser el consejero íntimo del rey, que no hacia nada sin consultarle de antemano. Aben Habuz se lamentaba amargamente á su amigo de la injusticia de sus vecinos y de la continua vigilancia que estaba obligado á observar para precaver y evitar sus algaradas. Acabadas que fueron las quejas del rey, miróle el astrólogo, y despues de un momento de silencio le habló en estos términos: «Has de saber ¡oh rey! que cuando yo estuve en Egipto alcancé á ver una grande maravilla, la cual era obra de una princesa pagana que vivió en siglos muy remotos. Consistia la maravilla en la figura de un carnero sobre el cual estaba un gallo, construidos ambos de bronce y colocados sobre un ege en la cúspide de una montaña que domina el pais. Cada vez que cualquier enemigo amenazaba sus dominios, el carnero se volvia hácia el lado por donde habia de aparecer el peligro, y el gallo cantaba, con lo que se advertia á los habitantes de la ciudad que estaban en riesgo, y se les indicaba asimismo á qué punto debian dirigirse para la comun defensa.—Dios es grande, esclamó el pacífico Aben Habuz: ¡qué tesoro seria para mí una maravilla de esa especie, que mirase sin cesar á las montañas y me advirtiese con su canto el momento del peligro! ¡Cuán tranquilo dormiria en mi palacio si tales centinelas vigilasen mis estados!»

El astrólogo dejó pasar los primeros trasportes del rey, y despues prosiguió en estos términos:

«Despues que el victorioso Amrou hubo concluido la conquista del Egipto, yo permanecí entre los ancianos sacerdotes de aquella comarca para estudiar los ritos y ceremonias de su idolatría, buscando sobre todo el conocimiento de las ciencias ocultas por las que aquellos han adquirido tanto renombre. Un dia que estaba en conversacion con uno de sus mas venerados profesores, sentados ambos á la orilla del caudaloso Nilo, me mostró las poderosas pirámides que se elevan como montañas sobre las arenosas sábanas del desierto. «Todo lo que yo puedo enseñarte, me dijo, es nada en comparacion de los secretos que encierran esas gigantescas masas. En el centro de la mayor hay un monumento sepulcral que contiene la momia del gran sacerdote que ayudó á edificar tan estraordinario edificio; con esta momia yace enterrado un libro maravilloso, el cual encierra todos los secretos de la magia. Este libro, que el Señor dió á Adan antes de su pecado, pasó de padres á hijos hasta el sabio rey Salomon, siéndole de una grande utilidad para la construccion del templo de Jerusalen. El cómo vino despues á manos del arquitecto de las pirámides, únicamente podria decirlo aquel para quien nada hay oculto sobre el haz de la tierra.»

«Desde el momento que hube oido al sacerdote egipcio estas palabras, se apoderó de mi alma el mas ardiente deseo de poseer aquel precioso libro. Yo podia disponer de una parte del ejército, á la que, habiendo reunido algunos egipcios, hice emprendiesen el ímprobo trabajo de horadar la pirámide. Despues de larguísimas fatigas, logramos por fin hallar uno de los pasadizos interiores del edificio; entréme en él, y arrastrándome á través de un laberinto tan horrible como sombrío, llegué por fin á la sala sepulcral del centro, la misma donde el cadáver del gran sacerdote reposaba hacia infinitos años. Rompí la cubierta esterior, y desenvolviendo la momia de todos sus vendajes de lienzo, encontré al fin el ansiado volúmen: asíle con tembloresa mano, y me apresuré á salir de la pirámide, dejando la momia del gran sacerdote esperar el dia de la justicia final en el silencio y la oscuridad del sepulcro.

—Hijo de Abou Agib, esclamó Aben Habuz, tú eres un gran viajero, y has visto cosas asombrosas; empero ¿qué me importa á mí el secreto de la pirámide y el libro de la ciencia del sabio Salomon?

—Ahora te lo diré ¡oh rey! Por el constante estudio de este libro me he instruido en todos los secretos de la magia, y puedo mandar á los genios que me auxilien en la ejecucion de mis planes; el misterio del talisman del Gallo no me es desconocido, y haré uno semejante, dándole aun propiedades mas sorprendentes.

—¡Oh sábio hijo de Abou Agib! esclamó Aben Habuz loco de alegría: semejante talisman es mucho mejor que mis altas atalayas y mis vigilantes centinelas; dame esa bienaventurada salvaguardia, y dispon de mis riquezas y tesoros.»

El astrólogo se dedicó en el momento á su obra á fin de satisfacer los deseos del monarca. Hizo elevar una torre altísima sobre la cima del palacio frente á la colina del Albaicin, y aun se asegura que las piedras de que se construyó procedian de las pirámides egipcias. Una sala redonda con ventanas á todos los vientos ocupaba la parte superior de la torre. Delante de cada ventana habia una mesa sobre la cual estaban arreglados, como las piezas de un agedrez, una porcion de soldados de caballería é infantería con un rey á su cabeza, todo hecho de talla. Cerca de cada mesa fijó una lanza sobre cuya asta habia grabado ciertos caractéres caldeos. La rotonda estaba siempre cerrada por una puerta de bronce con una cerradura de acero, cuya llave conservaba el rey en su poder.

Sobre la cúpula de la torre colocó un moro, tambien de bronce, que tenia en una mano un escudo y en la otra su lanza, la cara vuelta hácia la ciudad como para velar sobre ella; pero si algun enemigo se aproximaba, en el momento se tornaba cara á él y ponia su lanza en ristre.

Al instante que el talisman estuvo concluido, Aben-Habuz, impaciente por probar su virtud, deseó tan ardientemente una invasion como antes la habia temido; mas sus deseos fueron bien pronto satisfechos. Una mañana al amanecer el centinela de la torre bajó á avisarle que la cara del caballero estaba mirando hácia Elvira, y que su lanza se hallaba en el ristre.

«Que toquen los añafiles á alarma en Granada, esclamó el rey, y que todos tomen las armas.

—Aben, dijo el astrólogo, no turbes el reposo de tu capital, no llames á las armas tus guerreros; la fuerza no te es ya necesaria para librarte de tus enemigos; haz alejar tu servidumbre, y subamos solos á la sala secreta de la torre.»

El viejo Aben-Habuz subió la escalera apoyado sobre el brazo de Ibrahim, aun mas anciano que él; abrieron la puerta de bronce y entraron en la rotonda. La ventana que miraba hácia Elvira estaba abierta.

«Por esta parte amenaza el peligro, dijo el astrólogo; aproxímate ¡oh rey! y contempla las maravillas de la mesa.»

El rey Aben-Habuz se arrimó efectivamente, y mirando el tablero sobre el cual yacian las figuritas de madera, vió con gran sorpresa que todas estaban en movimiento.

Los caballos caracoleaban y hacian escar-

ceos, los guerreros blandian sus lanzas, y se escuchaba, aunque muy confuso, el ruido de los atambores y trompetas, el crugir de las armaduras y el relinchar de los corceles; pero todo este ruido no equivalia al susurro de una abeja.

«Hé aqui ¡oh gran rey! dijo Ibrahim, la prueba de que tus enemigos estan ya en campaña, y que deben de avanzar por el lado de Elvira. ¿Quieres sembrar en ellos la confusion por medio de un terror pánico, y forzarles á retirarse sin efusion de sangre? Pues toca las figuras con el cuento de la lanza mágica; mas si quieres, al contrario, que haya una horrorosa carnicería, hiere con la punta.»

Un color lívido se repartió por un instante sobre la venerable faz del rey; el movimiento de su barba gris demostraba el furor de que se hallaba poseido, asió la lanza, y temblando de agitacion esclamó:

«Hijo de Abou-Hagib, me parece que derramaremos un poco de sangre.»

Al hablar de este modo hirió algunas de las figurillas con la punta de la lanza, tocando despues con el cuento las demas. En el mismo instante los primeros guerreros cayeron como muertos sobre el tablero, y los restantes comenzaron un combate entre ellos mismos, cuyo suceso fue casi insignificante.

Con harto trabajo pudo el astrólogo detener la mano del mas pacífico de los monarcas, impidiéndole que esterminase hasta el último de sus enemigos: logrólo al fin, y haciéndole bajar, enviaron inmediatamente espías hácia las montañas para saber toda la certeza del suceso.

Volvieron estos, y refirieron al rey que un ejército cristiano habia avanzado por la sierra, pero que repentinamente se habia suscitado una querella entre ellos mismos, y que despues de un combate bastante sangriento habia retornado á sus fronteras.

Aben-Habuz estaba loco de contento viendo la eficacia de su talisman.

«Gracias á Alá, dijo, que voy por fin á pasar una vida tranquila teniendo la suerte de todos mis enemigos entre las manos. Sabio hijo de Abou-Hagib, ¿qué recompensa podré ofrecerte por tan grande beneficio?

—Las necesidades de un viejo y de un filósofo son simples y limitadas: asi, pues, rey mio, dadme el medio de hacer de mi caverna una soledad agradable, y quedo contento.

—Hé aqui la modestia de un verdadero sabio, esclamó Aben-Habuz interiormente, satisfecho con demanda tan moderada.»

Hizo llamar á su tesorero, mandando le entregase á Ibrahim toda las sumas que pudiese exigir, sea para acabar de construir su ermita, sea para amueblarla.»

El astrólogo hizo socavar en la roca muchas habitaciones, que formaron una completa contigua á su salon astrológico. En seguida las adornó de divanes y ricas otomanas, y entapizó los muros con soberbias colgaduras de Damasco.

«Yo soy viejo, decia él para sí, y no puedo reposar mis huesos sobre una cama de piedra, y estas húmedas murallas tienen necesidad de estar cubiertas.»

Tambien mandó construir baños, provistos de toda clase de perfumes y de aceites aromáticos, porque segun él, los baños son necesarios para combatir la sequedad de la vejez, y vuelven la elasticidad y frescura á un cuerpo fatigado por el estudio.

Hizo colgar en todas las salas una cantidad prodigiosa de lámparas de plata y de cristal, en las cuales ardia un aceite odorífero, cuya receta habia encontrado en las tumbas egipcias; porque la luz del sol, segun él mismo, es demasiado viva y ardiente para los ojos de un anciano, y únicamente la de

lámpara es la que conviene á los estudios de un filósofo.

En tanto el tesorero de Aben-Habuz daba el dinero muy á *regañadientes*, y concluyó al fin por quejarse al rey de tantos gastos.

«He empeñado mi real palabra, contestó Habuz encogiéndose de hombros, y es preciso tener paciencia.»

Este viejo quiere imitar en su retiro filosófico todo lo que ha visto en el interior de las pirámides y demas suntuosos edificios del Egipto; pero todo concluye en este mundo, y el amueblar la caverna concluirá tambien sin duda.

El rey no se engañaba: la ermita se acabó, quedando trasformada en un palacio subterráneo de una magnificencia inaudita.

«Al presente estoy contento, dijo Ibrahim al tesorero; voy á encerrarme en mi celda y á consagrarme enteramente al estudio: nada deseo ya sino es una bagatela. Un pequeño recreo para llenar los intervalos de mis trabajos abstractos.

—¡Oh sabio Ibrahim! pide lo que quieras; tengo órden de proveerte de todo lo que te sea necesario en tu soledad.

—Entonces, dijo el filósofo, desearia me proporcionases unas bailarinas.

—¡Bailarinas! dijo el tesorero con sorpresa.

—Sí, replicó el sabio; con unas cuantas tendré bastante, porque soy un filósofo, mis costumbres son sencillas, y me contento con facilidad. Sin embargo deseo que sean jóvenes y lindas, porque la vista de la juventud y de la belleza regocijan la vejez.»

En tanto que el filósofo Ibrahim pasaba asi sabiamente su tiempo, el pacífico Aben-Habuz lograba prodigiosas victorias sin salir de su gabinete; cosa bien dulce era para un rey de su edad y de su carácter poseer un talisman con el cual podia, como por via de entretenimiento, ahuyentar los ejércitos de sus enemigos como si fueran emjambres de moscas.

Gozó durante algun tiempo de este placer, insultando varias veces á sus vecinos para escitarlos á que le atacasen; mas los reiterados descalabros que sufrian los hicieron prudentes, y ninguno de ellos osó invadir en lo sucesivo el territorio granadino. Durante muchos meses la figura de bronce permaneció en pie de paz conservando perpendicular su lanza, y el buen rey comenzaba á echar de menos su diversion acostumbrada, y á cansarse demasiado de tan monotona tranquilidad.

En fin, el caballero mágico dió una vuelta súbita sobre su ege, y puso la lanza en ristre dirigiéndola á las montañas de Cádiz. Apresuróse Aben-Habuz para subir á la torre; mas ¡cuál fue su sorpresa al no ver movimiento alguno en la mesa colocada en aquella direccion, y que todas las figuras estaban inmóviles! Esta circunstancia inquietó al rey de tal modo, que envió unos cuantos caballos á las montañas con órden de reconocer el terreno y volver con la noticia de lo que hubiesen descubierto. Al cabo de tres dias tornaron efectivamente, y dijeron al rey:

«Hemos recorrido todos los desfiladeros de las montañas sin descubrir la menor señal de gente armada; y lo único que hemos visto es una linda cristiana que dormia

junto á una fuente, y á la cual hemos conducido cautiva.

—¡Una hermosa jóven cristiana! esclamó Aben-Habuz, cuyos ojos lanzaban rayos de alegría: que la traigan á mi presencia.»

Presentáronla efectivamente al rey, que al verla quedó sorprendido. Los vestidos de la jóven estaban adornados con todo el lujo que distinguia á las godas en la época de la invasion árabe. Una sarta de perlas de una pureza estraordinaria entrelazaban las trenzas de sus cabellos, negros como el ala de un cuervo. Los diamantes que brillaban sobre su frente rivalizaban en brillantez con sus ojos; una cadena de oro al rededor de su cuello sostenia una lira de plata que la colgaba al costado.

Los rayos que lanzaban sus ojos negros

cayeron como chispas eléctricas sobre el corazon de Aben-Habuz, que á pesar de su vejez, era aun inflamable.

Contemplábala con éstasis, no pudiendo apartar la vista de tanta hermosura.

«¡Oh la mas bella de las mugeres! esclamó: ¿quién eres tú, cuál es tu nombre?

—Soy la hija de uno de los príncipes godos que dominaban este pais en otro tiempo. Los ejércitos de mi padre han sido destruidos como por encanto en estas montañas, por lo cual ha sido arrojado de su trono, y yo al presente me encuentro cautiva.

—Cuidado ¡oh rey! dijo Ibrahim á Aben acercándose al oido: esta jóven podria ser bien una de las encantadoras del Norte que revistiéndose de las formas mas seductoras hacen caer en sus redes á los imprudentes que se fian de ellas. Yo mismo creo leer cierta cosa sobrenatural en sus ojos y en todos sus movimientos; sin duda alguna este es el enemigo que señalaba el talisman.

—Hijo de Abou-Hagib, respondió el rey, tú eres un gran filósofo y un sapientísimo mágico; pero en cuanto á mugeres, no entiendes una palabra. En este punto son mis conocimientos tan inmensos, que á nadie cedo la palma aun cuando fuese el gran Salomon, que debia estar versado en la materia, segun el número prodigioso de mugeres y concubinas que poseyó. En cuanto á esta jóven, yo no encuentro en sus ojos nada de temible, y toda su persona me agrada singularmente.

—¡Oh rey! contestó el astrólogo, escúchame: yo te he procurado un gran número de victorias, gracias á mi talisman, sin que me haya tocado la menor parte de sus despojos; concédeme esta cautiva para que consuele mi soledad con su lira: si en efecto es encantadora, yo tengo varios preservativos que contrarestarán sus maleficios.

—¿Aun necesitas otra muger? dijo Aben indignado. ¿No tienes bastante para consuelo de tu soledad con las bailarinas que te he concedido?

—Efectivamente tengo bailarinas; mas ninguna de ellas canta, y me seria necesario un poco de música para refrescar mi espíritu cuando está fatigado por el estudio.

—Suspende tan impertinentes demandas; esta doncella está destinada á mi harem, y consolará mi ancianidad, del mismo modo que la jóven salamita Abisag consoló la de David.»

Por mas que replicó el astrólogo, nada pudo obtener sino nuevas réplicas de parte del monarca, y se separaron llenos de arrojo uno contra otro. El sabio fue á encerrarse á su soledad para soportar su afrenta: sin embargo, antes de marchar aconsejó por última vez al rey que desconfiase de su cautiva; ¿pero qué viejo enamorado ha escuchado jamás la voz de la prudencia? Aben-Habuz se entregó sin resistencia á su pasion, su único anhelo era hacerse amable á los ojos de la cristiana. No podia ciertamente agradarla por su juventud; pero era rico, y los amantes entrados en dias son ordinariamente muy generosos. Agotóse el Zacatin de Granada para poner sus mas preciosas mercancías á los pies de la cautiva: las telas de seda, los diamantes, los perfumes mas esquisitos, todo lo que el Asia y el África ofrecian de mas raro, era prodigado á la princesa: inventáronse para entretenerla toda clase de espectáculos: torneos, danzas, conciertos, corridas de toros; en fin, Granada se tornó en un paraiso. La princesa miraba todo con indiferencia, y como una persona acostumbrada á toda clase de obsequios: recibia las atenciones y homenajes del rey como cosas que de derecho le pertenecian por su belleza, porque el orgullo de la hermosura sobrepuja al de la nobleza. Tenia un placer en inducir al fascinado monarca á fin de que hiciese gastos que agotasen su tesoro, y miraba su estravagante profusion como una cosa muy sencilla. A pesar de tantos cuidados y tanta magnificencia, el venerable amante no podia lisongearse de haber hecho la menor impresion sobre el corazon de su amada. Jamás le recibia con frente serena, ni se dignaba concederle una sonrisa. Cuando principiaba á hablarla de su amor, ella se ponia á pulsar la lira, cuyos sonidos esparcian un

misterioso encanto, y en cuanto herian los oidos del anciano monarca le hacian caer en un profundo sueño, del cual despertaba en seguida fresco y gallardo, y libre momentáneamente de su pasion. Los efectos de la lira eran fatales para el logro de sus galanterías; pero como agradables ensueños encantaban su espíritu mientras dormia, continuó sumergido en tal estupor, en tanto que toda Granada se mofaba de su infatuacion y murmuraba al ver sus tesoros cambiados por canciones.

Entre tanto un daño sobre el cual su talisman no podia darle noticia alguna amenazaba á Aben-Habuz. Acaeció una insurreccion en su capital, y el palacio fue circunvalado por el pueblo, que pedia á voces su vida y la de su amante cristiana. Una chispa del antiguo valor del rey se reanimó en su corazon. Arrojóse á la cabeza de un puñado de soldados, puso á los rebeldes en huida y apagó la revolucion con la sangre de sus motores.

Despues de haber restablecido la tranquilidad, dirigióse á ver su astrólogo, que permanecia encerrado en su soledad tascando el freno y alimentando el resentimiento mas amargo contra el rey.

Llegóse á él Aben-Habuz con aire conciliador:

«Sabio hijo de Abou-Hagib, le dijo, me predijiste que la cautiva traeria sobre mí daños inmensos, y tus vaticinios han salido ciertos; ruégote que del mismo modo que pronosticaste mis males me aconsejes lo que debo hacer para evitarlos.

—Alejar de tí la infiel que causa el daño.

—Mejor quisiera perder un reino, esclamó Aben-Habuz con fuego.

—Te espones á perder la una y el otro, replicó el astrólogo.

—No seas tan brusco y desanimador ¡oh el mas profundo de los filósofos! ten piedad de la desgracia de un monarca enamorado y búscame algun medio para garantirme de los infortunios que me amenazan. No quiero grandezas ni poderío, solo anhelo tranquilidad y reposo. ¿No podria yo encontrar un asilo donde lejos del mundo consagrase el resto de mi vida á la paz y al amor?»

El astrólogo le miró atentamente frunciendo las cejas.

«¿Y qué me concederias, le dijo al fin, si yo te proporcionase un asilo semejante?»

—Tú mismo indicarias la recompensa, y si está en mi poder el concedértela, por mi alma te juro que ya puedes mirarla como tuya.

—¿Has oido hablar alguna vez del jardin de Hiram, uno de los prodigios de la Arabia feliz?

—Varias veces he oido hablar de este jardin, el cual se cita en el *Alcoran* en el capítulo titulado la Aurora del dia. Ademas he oido hablar cosas maravillosas de él por los peregrinos de la Meca; pero yo las consideraba como fábulas de aquellas que los viajeros tienen costumbre de contar.

—No desprecies ¡oh rey! las narraciones de los viajeros, replicó el astrólogo con tono mesurado. Ellas encierran rarísimos conocimientos traidos de todos los puntos de la tierra; en cuanto al palacio y jardin de Hiram, todo lo que se dice es cierto: yo lo he visto con mis propios ojos. Escucha bien lo que voy á referirte, porque mi aventura está en contacto con el objeto de tu demanda.

»En mi juventud, cuando yo no era mas que un simple árabe del Desierto, sacaba á pastar los camellos de mi padre; un dia en que atravesaba el desierto de Edem, uno de estos animales se estravió. Busquéle muchos dias; mas en vano: uno de ellos, fatigado y sin poder echar el aliento, arrojéme bajo una palma á los bordes de un pozo seco y me quedé profundamente dormido: al despertar me encontré á la puerta de una ciudad, entré en ella, y ví hermosas calles, grandes plazas y magníficos mercados; pero todo estaba silencioso como un sepulcro, la ciudad parecia despoblada: vagué por un lado y por otro hasta que descubrí al fin un palacio rodeado de un jardin adornado de fuentes, de bosquetes cubiertos de flores y de árboles cargados de frutos: sin embargo ningun ser viviente se mostró á mis ojos, y horrorizado de mi soledad en medio de

tantas delicias me apresuré á salir del palacio y de la ciudad: despues de haberme alejado algunos pasos me volví á mirar, y no ví mas que el desierto, que se estendia sin límites bajo el horizonte.

»Halléme poco tiempo despues un anciano *Derviche* muy versado en las tradiciones del pais, y al cual conté mi aventura.

—Lo que acabas de ver, me dijo, es el célebre jardin de Hiram, una de las maravillas del Desierto. Aparécese de tiempo en tiempo á los viajeros estraviados como tú, y les alegra la vista con sus jardines y murallas y sus hermosos frutos. Poco despues desaparece, y solo queda en su lugar un horrible páramo. Voy á referirte la historia de este jardin. Antiguamente, cuando el pais estaba habitado por los Additas, el rey Sheddah, hijo de Ad, último nieto de Noé, fundó una soberbia ciudad: cuando la concluyó, engreido con su belleza, intentó edificar un palacio y unos jardines que igualasen á lo que se cuenta en el *Alcoran* de las bellezas del Paraiso; pero su presuncion atrajo sobre él la maldicion celeste, desapareció de la tierra con todo su pueblo, y sus palacios y jardines fueron colocados bajo el poder de un encanto, que los oculta á la vista humana, escepto en algunos momentos en que aparecen para perpetuar la memoria de su pecado.

—Esta historia de las maravillas que he visto no se ha borrado jamás de mi imaginacion, y cuando andando los tiempos me encontré en el Egipto y poseedor del libro de Salomon, resolví volver á ver el jardin de Hiram: encontréle en efecto, tomé posesion de él, y pasé muchos dias en un sitio tan delicioso. Los genios que le guardan, obedientes á mi poder mágico, me revelaban los encantos que se operaron para construirle y los que le hacen invisible. Yo puedo ¡oh rey! construirte un palacio en todo igual sobre la colina que domina Granada; conozco todos los secretos mágicos, y nada es imposible á mi poderío.

—¡Oh hijo de Abou-Hagib, el mas sabio de los hombres! dijo Aben-Habuz temblando de deseo; tú eres un gran viajero, has visto y aprendido cosas maravillosísimas; débate yo un retiro semejante, y pide la recompensa que quieras, aun cuando sea la mitad de mi reino, que yo te la concedo.

—¡Ay de mí, contestó el astrólogo, bien sabes que no soy mas que un pobre viejo, filósofo bien fácil de satisfacer! No te pido mas que la primer bestia de carga que pase bajo la puerta del palacio encantado con todo lo que lleve sobre sí.»

El monarca aceptó esta condicion modesta y el astrólogo se puso á trabajar: hizo erigir en lo alto de la colina una gran puerta

que daba entrada á una fortísima torre.

Sobre la piedra que hacia clave en el arco grabó el mismo mágico una mano gigantesca y sobre la del otro arco interior una gran llave. Estas figuras eran poderosísimos talismanes, sobre los cuales pronunció muchas palabras misteriosas en una lengua desconocida.

Esto terminado, se encerró durante dos dias en su gabinete mágico, y subiendo el tercero á la colina, permaneció en ella hasta la noche. A la madrugada descendió, y dijo á Aben-Habuz:

«Ya he terminado mi obra y he erigido sobre la cima de la montaña el palacio mas delicioso que el genio humano pudiera imaginar. Reune dentro todo lo que puede contribuir á la felicidad de la vida; salones magníficos, jardines sombríos y floridos, frescas fuentes y baños perfumados; en fin, la colina está trasformada en un verdadero paraiso, el cual, del mismo modo que el palacio

de Hiram, está protegido por un encanto que le hace invisible á todos aquellos que no sepan el secreto de su talisman.

«Basta, dijo Aben-Habuz lleno de alegría: mañana al amanecer subiremos á la colina, y tomaremos posesion de tan feliz morada.»

El monarca durmió poco aquella noche, y apenas la luz del sol comenzó á dorar los picachos de Sierra Nevada montó sobre su corcel, y seguido de una corta comitiva subió á la colina por un camino estrecho y escarpado. Marchaba á su lado la princesa sobre su blanco palafren cubierta de sus mas brillantes adornos, y llevando como siempre su lira al costado.

El astrólogo marchaba á pie, apoyándose sobre su baston, pues nunca se le habia visto montar á caballo.

Aben-Habuz miraba por todas partes á ver si podia descubrir las torres, los palacios y demas maravillas prometidas; mas nada podia divisar.

«En esto está, dijo el astrólogo, la seguridad misteriosa de este sitio. Nada se puede divisar sino despues de haber pasado la puerta encantada y tomado posesion del sitio en debida forma.»

En cuanto llegaron á la puerta detúvose el astrólogo, y enseñando al rey la mano y llave misteriosas que habia esculpido él mismo:

«Hé aqui, le dijo, los talismanes que guardan este lugar de delicias; mientras que esta mano no toque á la llave, ningun poder humano, ningun artificio mágico podrá triunfar del señor de esta colina.»

En tanto que Aben-Habuz contemplaba con la boca abierta el misterioso talisman, el palafren de la princesa, adelantándose á todos, se colocó debajo del arco que daba entrada á la torre.

«Hé aqui, dijo el astrólogo, la recompensa que me habiais prometido: el primer animal que entre por esas puertas mágicas con lo que lleve sobre sí.»

Sonrióse Aben-Habuz creyendo ser una chanza del astrólogo; pero cuando vió que hablaba seriamente, su barba gris tembló de indignacion.

«Hijo de Abou-Hagib, esclamó con gravedad, ¿qué quiere decir este equívoco? Lo que yo te he prometido era la primer bestia de carga que entrase bajo el arco. Toma la mula mas fuerte de mis caballerizas, cárgala de los objetos mas preciosos que halles en mi tesoro, y haz de ella el uso que mas estimes; mas por Alá te ruego que no lleves tus pensamientos hasta la posesora de mi corazon.

—¿Qué me importan tu oro y tus riquezas, contestó el astrólogo con desprecio, no soy poseedor del libro del sabio Salomon? ¿Todos los tesoros de la tierra no estan á mis órdenes? La princesa me pertenece de derecho; tu palabra real está comprometida, y yo la reclamo como mia.»

La princesa desde el alto de su palafren sonreia desdeñosamente al ver que dos viejos decrépitos se disputaban tan encarnizadamente la posesion de su belleza. La soberbia del monarca no conoció límites, y ciego de cólera esclamó:

«Oscuro hijo del Desierto, tú puedes ser sabio é ilustre, pero confiesa que yo soy tu rey, y no seas tan temerario que quieras meter la mano en la boca del leon.

—¡Tú mi señor, replicó el astrólogo; tú mi rey, el soberano de un palmo de tierra queria dar leyes á aquel que posee el libro de Salomon! Adios, Aben-Habuz; reina sobre ese pueblecillo, y recréate en el paraiso de los tontos, que yo voy á reirme á tus espensas en un paraiso mágico.»

Al decir estas palabras, tomó la brida del palafren de la princesa, é hiriendo la tierra con su baston desapareció con ella, no dejando ninguna señal por donde habian marchado.

Aben-Habuz permaneció algunos instantes mudo de sorpresa: en fin, volviendo en

sí, hizo trabajar á mil obreros para descubrir el sitio por donde habian desaparecido el mágico y la princesa. Estos trabajaron con anhelo, pero nada pudieron lograr; y en el sitio donde estaba la entrada del retiro del astrólogo, solo se encontró un peñasco duro como el diamante.

Despues de la desaparicion de Ibrahim, cesó el encanto de la veleta: el caballero de bronce permaneció inmóvil; la lanza vuelta hácia la colina, señalando el sitio en donde el astrólogo habia desaparecido, como para demostrar que alli se ocultaba el mayor enemigo del rey.

De vez en cuando se escuchaban sonidos como de una lira, y tambien se percibia el canto de una dama: un labrador refirió un dia á Aben-Habuz que la noche precedente habia visto por la rendija de una roca una magnífica sala en la cual estaba el astrólogo sentado en un magnífico divan y profundamente dormido mientras la princesa pulsaba su lira.

El rey buscó la roca señalada; mas nunca pudo hallarla: todas sus tentativas fueron tan infructuosas como las primeras; ningun poder humano podia dominar el encanto de la mano y de la llave; en la montaña donde los prometidos jardines debian de existir no se veia mas que soledad y aridez, sea que este Elíseo fuese invisible por efecto del encanto, ó bien que no fuese mas que una fábula del astrólogo. El mundo adoptó caritativamente esta version, llamando los unos á este sitio *la locura del rey*, y los otros *el paraiso de los tontos*.

Para colmo de las desdichas de Aben-Habuz, sus vecinos, advertidos de que habia perdido su poder, invadieron el territorio de Granada por todas partes, y el resto de su vida no fue mas que un tejido de guerras y desgracias.

Murió por fin: pasaron largos siglos, y la Alhambra se edificó sobre la montaña del astrólogo, realizando en parte las delicias fabulosas del jardin de Hiram. El arco encantado existe aun entero protegido por la mano y llave misteriosa, formando la *Puerta de la justicia*, principal entrada de la fortaleza. Preténdese que el viejo astrólogo existe aun bajo de este arco durmiendo sobre su divan y arrullado por los dulces sones de la lira de la princesa.

Muchas veces los inválidos que estan de centinela en esta puerta oyen dulces sonidos durante las noches de estío, y cediendo á su poderío soporífero se duermen tranquilamente en su puesto. La influencia narcótica de este sitio es tal, que aun durante el dia las centinelas estan casi siempre dormidas sobre los bancos de piedra del vestíbulo ó bajo los árboles vecinos. Todo esto, dicen las leyendas, debe perpetuarse de edad en edad: la princesa permanecerá cautiva del astrólogo, y el astrólogo sometido al mágico narcótico de la princesa hasta el dia del juicio, á menos que la mano cogiendo la fatal llave no destruya el encanto de la montaña.

# CAPITULO XVII.

## LA TORRE DE LAS INFANTAS.

Paseándome una noche por un estrecho desfiladero que separa el territorio de la fortaleza con el del Generalife, me sorprendió el efecto pintoresco de una torre esterior de la muralla de la Alhambra; su elevacion, mayor que la de los árboles, la permitia recibir la claridad del sol en su ocaso. Una ventana solitaria cerca de su cuna dominaba la quebrada en que me encontraba, y mientras permanecí mirando se aproximó á mí una jóven, cuya cabeza adornaban varias flores. Evidentemente pertenecia á una clase mas elevada que la de los habitantes ordinarios de las antiguas torres, y su aparicion inesperada y graciosa me recordó las bellezas cautivas de los cuentos de hadas.

Estas inspiraciones fantásticas se acrecieron mas y mas cuando supe que era la *Torre de las Infantas* la que tenia bajo de mi vista. Siguiendo la tradicion, esta torre es asi llamada porque servia de residencia á las hijas de los reyes moros. Yo la he visitado despues, y aun cuando no esté en uso el mostrarla á los estrangeros, su arquitectura interior me ha parecido de una elegancia tan notable como la de las demas partes del palacio. El salon del medio con su fuente de mármol, sus elevados arcos, su cúpula enriquecida de esculturas y los arabescos de estuco de una alcobita contigua al salon, son dignos de notarse á pesar que la mano del tiempo los haya deteriorado. Todos estos objetos confirman la idea de que estos muros fueron en otros tiempos el asilo de la belleza.

La viejecita que habita bajo la escalera de la Alhambra cuenta cosas sorprendentes sobre las tres princesas moras que su padre encerró en esta torre, y á las que no se permitia salir sino á caballo y de noche para dar un paseo por las montañas. Segun la buena vieja, véselas aun, cuando la luna está en su plenitud, correr á lo largo de las colinas montadas gallardamente sobre palafrenes, cuyos caparazones resplandecen de diamantes, pero que desaparecen al instante que se las dirige la palabra.

Antes de entrar en los detalles que me propongo dar sobre estas princesas, no tomará á mal el lector que le diga alguna cosa acerca de la linda dama que habita actualmente la torre. Dijéronme que era la nueva esposa de un anciano mayor de inválidos que, á pesar de su edad avanzada, no habia titubeado en unir su suerte á una jóven y fresca andaluza. ¡Pueda la Torre de las Infantas conservar el tesoro que le confia este anciano caballero mejor que no conservó las bellezas que fueron encerradas dentro de sus muros en tiempo de los moros, si es que se puede dar crédito á la historia que voy á referir!

# CAPITULO XVIII.

## HISTORIA DE TRES LINDAS PRINCESAS.

Habia en otro tiempo un rey en Granada llamado Mahomet, á quien sus súbditos apellidaron el *Haigari*, que quiere decir el Izquierdo. Los unos dicen que este sobrenombre lo habia adquirido por ser diestrísimo en ejecutar todas las cosas con la mano izquierda; pero otros pretenden que se le designaba asi porque todo lo hacia al revés, echando á perder los negocios en que se mezclaba. Lo que hay de cierto es que, sea torpeza ó sea desgracia, todo su reinado fue un tejido de desdichas. Arrojáronle tres veces de sus estados, y una de ellas tuvo que huirse al África disfrazado de pescador. Sin embargo, su valor igualaba á su aturdimiento, y supo siempre reconquistar su trono con un valor indomable: asi pues, en lugar de aprovecharse de las lecciones de la adversidad para ser prudente, no hizo mas que obstinarse contra ella confiado en la fuerza de su brazo izquierdo. Los males que atrajo sobre su pueblo y sobre sí mismo por este carácter estan consignados en los anales arábigos de Granada; pero la historia actual no trata mas que de su vida doméstica.

Un dia que Mahomet se paseaba á caballo seguido de su comitiva, alargóse hasta el pie de la montaña de Elvira, donde encontró una partida de caballos que regresaban del pais cristiano, á donde habian hecho una incursion. Conducian una larguísima fila de mulas cargadas de despojos y un gran número de prisioneros de ambos sexos, entre los cuales el rey distinguió una jóven ricamente vestida que derramaba amargas lágrimas y no queria escuchar las consoladoras palabras de una dueña.

Sorprendido el monarca al ver tanta belleza, preguntó al capitan de la tropa quién era aquella jóven, y este le respondió que era la hija del gobernador de un castillo situado en la frontera, el cual habian sorprendido y saqueado.

Mahomet señaló esta cautiva para que formase parte de la que le correspondia en el botin, y la hizo conducir á su harem situado en la Alhambra. Alli todo fue empleado para disipar su tristeza, y el rey, cada vez mas enamorado, quiso en fin partir su trono con ella y la ofreció su mano. La linda española rehusó al pronto sus ofertas en

atencion á que el rey era un infiel, un ene-

migo de su patria, y lo que es peor de todo, un viejo. El monarca, viendo que sus cuidados no obtenian suceso favorable, se decidió á poner de su parte la dueña que habia sido hecha prisionera al mismo tiempo. Esta muger era andaluza, pero su nombre de bautismo era desconocido, y solo existe en las leyendas árabes bajo el nombre de Kadiga, nombre que la conviene perfectamente. El rey moro, en cuanto tuvo con esta dueña una conferencia secreta, se persuadió por la fuerza de sus argumentos de que nada adelantaria sino por mediacion de la dueña.

«Señora, le dijo esta á la cautiva, ¿por qué ese llanto, por qué esa tristeza? ¿No vale mas ser dueña de este hermoso palacio que permanecer confinada en la fortaleza de vuestro padre? En cuanto á la falsa creencia de Mahomet, nada tiene que ver para el asunto, puesto que no es con su religion con la que os casais. El que sea un poco viejo es una cosa ventajosa, pues mas pronto quedareis viuda y libre de disponer de vos misma. En fin, estais en su poder, y habreis de ser reina ó esclava. ¿Cuánto mas ventojoso es vender las mercancías á buen precio que no vérselas arrebatar á viva fuerza?»

Los razonamientos de la discreta Kadiga no admitian réplica. La dama española enjugó sus lágrimas, se desposó con Mahomet el Izquierdo, y se conformó en la apariencia con la fe de su esposo. La dueña se convirtió igualmente tomando el nombre ya dicho de Kadiga, y le fue permitido permanecer junto á su señora, la que tuvo en ella siempre la mas alta confianza.

De allí á un año el rey moro fue padre de tres hermosas princesas que nacieron el mismo dia: él hubiera preferido un hijo; pero se consoló pensando que para un hombre de su edad era muy glorioso tener tres hijas gemelas.

Siguiendo el uso oriental, consultó los astrólogos sobre la predestinacion de sus hijas. Estos hicieron sus cálculos, y moviendo la cabeza dijeron al rey:

«Las hijas, gran señor, son una propiedad dificilísima de guardar; empero estas particularmente exigirán toda vuestra vigilancia cuando lleguen á la edad nubil: tenedlas constantemente á vuestro lado y no las confieis á persona alguna.»

Mahomet el Izquierdo pasaba por un hombre sabio entre sus cortesanos, y él mismo se miraba como tal. La prediccion de los astrólogos le hizo poquísima impresion, pues contaba tener gran vigilancia sobre sus hijas para desmentir completamente al destino.

Este triple nacimiento fue el último trofeo conyugal de Mahomet; la reina no tuvo mas hijos, y murió pocos años despues, dejándole encomendadas las tres niñas y la fidelidad de la discreta Kadiga.

Faltaban aun muchos años para que las princesas llegasen al terrible período designado por los astrólogos. Sin embargo, el astuto Mohamet se dijo á sí mismo:

«Cuantas mas precauciones tome, mas seguras estarán, y siempre es bueno hacer las cosas á tiempo.»

Determinó, pues, en consecuencia hacer educar á sus hijas en el castillo de Salobreña, magnífico palacio encajonado en medio de una fortaleza que domina las costas del Mediterráneo. Allí es donde los musulmanes retenian aquellas personas que les hacian alguna sombra, á las que sin embargo hacian gozar dentro de estos muros todos los placeres que el lujo puede proveer.

Las princesas habitaron en este sitio separadas del mundo, empero rodeadas de placeres, y servidas por multitud de esclavas, que satisfacian sus menores deseos. Tenian jardines deliciosos llenos de frutas y de flores rarísimas, y la vista del castillo se estendia por tres partes sobre una magnífica vega y por la cuarta sobre el mar.

En una morada tan bella, bajo un cielo tan puro y un clima tan templado, crecian con rapidez, y su belleza era cada vez mas encantadora, con la particularidad que aun cuando se las educaba de un modo igual, cada una demostraba carácter diverso. Sus nombres eran Zaida, Zoraida y Zulima.

Zaida, la mayor (porque existia entre ellas un órden de primogenitura fundado en tres minutos de diferencia que se habian llevado

al nacer unas de otras); Zaida, la mayor, como íbamos diciendo, era viva, petulante y se adelantaba siempre á sus hermanas, del mismo modo que lo habia hecho al nacer: su imaginacion se hallaba siempre ansiosa de objetos nuevos, y deseaba conocer el fondo de todas las cosas.

Zoraida tenia una pasion decidida por la belleza; pasion que la hacia estarse siempre mirando al espejo y amar escesivamente las flores y demas adornos de toda especie.

En cuanto á Zulima, la mas pequeña, era dulce, tímida y muy sencilla; lo que se notaba en la ternura escesiva que demostraba hácia los pájaros y demas avecillas, á quienes cuidaba con estrema minuciosidad. Todos sus placeres eran de una naturaleza tranquila, y su natural carácter la convidaba á esta clase de goces. Muchas veces pasaba horas enteras asomada á un balcon, los ojos fijos en el cielo estrellado de una hermosa noche, ó bien sobre las azuladas olas del mar iluminadas por la luz melancólica de la luna. En estos momentos el canto lejano de un pescador en la bahía, ó los dulces sones de una flauta morisca salidos de una barca que se deslizaba por las ondas, la sumergian en una especie de éstasis. Pero el choque de los elementos cuando se desencadenaban llenaban su alma de terror, y un solo trueno era suficiente para que se desmayase.

Asi pasaron los años de su infancia en la calma y la serenidad, velando sobre ellas siempre la discreta Kadiga con los mas costantes cuidados.

Ya hemos dicho que el castillo de Salobreña dominaba la costa; una de sus murallas esteriores seguia las sinuosidades de la colina hasta el pie de una roca que se internaba bajo las olas bullidoras. Una torrecita edificada sobre este promontorio encerraba un pabellon de recreo, cuyas ventanas, cubiertas de celosías, daban exactamente sobre el mar: aquí era donde las princesas acostumbraban pasar las horas abrasadoras del medio dia.

La curiosa Zaida estaba una tarde sentada en una de las ventanas del pabellon en tanto que sus hermanas dormian la siesta. Una galera que costeaba la ribera atrajo sus miradas, y vió que estaba llena de soldados: despertó á sus hermanas, y todas tres miraron tímidamente á través de las celosías, que impedian fuesen vistas, como el navío echó anclas al pie de la torre, y desembarcaron algunos soldados moros conduciendo varios castellanos prisioneros.

Entre estos se hallaban tres caballeros ricamente vestidos. Eran jóvenes, bien parecidos, y la dignidad de sus movimientos, aun cuando estaban cargados de cadenas y rodeados de enemigos, anunciaban la elevacion de sus almas; las princesas les consideraban respirando apenas con las muestras del mas vivo interés. Encerradas como habian estado desde la infancia en medio de sus mugeres, y no habiendo visto nunca mas hombres que los esclavos negros ó los pescadores groseros de la costa, nada tiene de particular que el aspecto de estos bizarros caballeros, que estaban en toda la fuerza de su juventud, despertase algunas emociones en su seno.

«¿Habeis visto jamás una figura mas noble que la del caballero de la banda encarnada, dijo á sus hermanas la hermosa Zaida, qué aire tan elevado, qué dignidad en su modo de andar? Cualquiera diria que en lugar de estar cautivo es un soberano rodeado de esclavos.

—Pero fijad la vista en el caballero de la banda verde, dijo á su turno Zoraida: ¡qué gracia! ¡qué elegancia! ¡qué vivacidad!»

La dulce Zulima no dijo nada, pero preferia en secreto al tercer caballero.

Siguieron con la vista á los prisioneros mientras las fue posible percibirlos, y despues que hubieron desaparecido se alejaron de la ventana dando profundos suspiros, y se arrojaron pensativas sobre sus otomanas.

La discreta Kadiga las encontró en este estado; y cuando la contaron lo que habian visto, el corazon de la dueña se conmovió á pesar de los hielos de la vejez.

«¡Pobres jóvenes! esclamó: su cautividad hará sin duda verter amargas lágrimas á mas de una linda castellana: ¡ay hijas mias! vosotras no sabeis cuántas cosas de-

jan en su pais que echarán de menos muchas veces: los saraos, las serenatas, los torneos ¡la galantería!»

Estas pocas palabras fueron suficientes para escitar la curiosidad de Zaida, que estuvo incansable en sus preguntas, hasta que hubo obtenido de la dueña una noticia exacta de las escenas que habia visto en los dias de su juventud. La bella Zoraida se volvió á mirar al espejo cuando la vieja habló de la belleza de las damas españolas, y la tierna Zulima sofocó un suspiro cuando oyó hablar de las serenatas.

Cada dia Zaida repetia sus preguntas, y la dueña tornaba á referir sus historias, que eran escuchadas de las tres doncellas con la mas viva curiosidad. Empero Kadiga llegó á conocer el daño que podian causar en ellas sus relaciones: hasta entonces habia mirado á las princesas como unas niñas; pero el tiempo habia desenvuelto insensiblemente sus encantos, y al presente eran tres lindas jóvenes casaderas las que tenia á la vista.

«Es urgente, dijo para sí la buena vieja, que el rey sepa el estado á que han llegado sus hijas, y voy sin mas tardanza á enviarle un mensajero.»

Mahomet el Izquierdo reposaba sobre un divan en una de las salas mas frescas de la Alhambra, cuando el mensajero de Salobreña fue introducido en su presencia, y lo cumplimentó de parte de la discreta Kadiga por el aniversario del nacimiento de sus hijas, remitiéndole al mismo tiempo un canastillo adornado de flores, y entre las cuales se veian colocados sobre hojas de parra un melocoton y dos albaricoques en el estado de madurez mas completo. El monarca, versado en el lenguaje oriental de las frutas y las flores, comprendió fácilmente el sentido de este lenguaje emblemático.

«Hénos aqui, dijo para sí el rey, que hemos llegado al término fatal designado por los astrólogos: mis hijas estan encerradas lejos de la vista de los hombres y bajo la custodia de la discreta Kadiga. Todo esto es muy bueno; pero no estan bajo mis ojos, segun los sabios me habian prescrito: preciso será que las traiga á mi lado y que no las confie á nadie mas que á mi misma persona; estas son sus propias palabras y debo obedecerlas.»

Hizo pues preparar una de las torres de la Alhambra para recibirlas, y marchó á la cabeza de un destacamento de sus guardias á fin de conducirlas él mismo al hogar paterno: ya hacia mas de tres años que el rey no las veia, y fue grande su sorpresa cuando vió el cambio que se habia producido en sus personas.

Durante este tiempo habian traspasado la línea que separa la niñez aturdida, ignorante é irreflexiva de la juventud que sabe pensar y avergonzarse. Esta transaccion de una edad á otra ofrece una diferencia tan brusca como la que hiere al viajero cuando avandona las llanuras monotonas de la Mancha para entrar en las voluptuosas campiñas andaluzas.

Zaida era alta, muy airosa, su mirada era viva y penetrante, y entró en el salon donde Mahomet las esperaba con un paso firme y magestuoso, hizo una profunda reverencia, mostrando mas bien el respeto que debia á su soberano que la ternura de una hija por su padre. Zoraida era de mediana talla, sus miradas eran seductoras, y sus movimientos llenos de gracia; presentóse con un adorno cuyo esquisito gusto la hacia parecer mas encantadora. Aproximóse al monarca sonriendo, le besó la mano, y le recitó unas estancias de un autor famoso en aquel tiempo, y que era muy del gusto de su padre. Zulima era mas pequeña que sus hermanas, y su belleza tenia un carácter de delicadeza que imploraba el apoyo y proteccion de la ternura. No parecia hecha para mandar como Zaida, para deslumbrar como Zoraida, pero sí para insinuarse dulcemente en el corazon de un hombre y hacer la felicidad de su vida. Acercóse temblando, y se preparaba á besar la mano de su padre; pero al ver una espresion de bondad paternal en el rostro del anciano, venciendo su paternal timidez se arrojó en sus brazos.

Mahomet el Izquierdo consideraba sus encantadoras hijas con un sentimiento mezclado de orgullo y de inquietud, pues aun cuando admiraba su belleza, las predicciones de

los astrólogos le daban mucho que pensar.

«Tres hijas, tres hijas, decia para sí: ¡qué dragon podrá guardar estos frutos, mas seductores que los del jardin de las Espérides!

Tuvo cuidado antes de su vuelta á Granada de enviar varios heraldos, que anunciaron el camino por donde debian pasar, á fin de que cerrasen todos sus puertas y ventanas cuando se aproximasen las princesas: tomadas estas precauciones, partió para Granada escoltado de una compañía de negros á caballo, cubiertos de armaduras brillantes, pero tan horribles, que daba espanto el verlos.

Las princesas marchaban al lado de su padre cuidadosamente envueltas en sus velos y montadas en blancos palafrenes cubiertos de caparazones de terciopelo bordados de oro y que llegaban hasta el suelo, los bocados y estribos eran de plata, y las bridas de seda bordadas de piedras preciosas. Llevaban tambien una prodigiosa multitud de campanillas de oro que formaban una armonía agradable, mientras los palafrenes avanzaban con un paso lento y mesurado. ¡Desgraciado cualquiera que hubiera permanecido en el camino despues de haber sido avisado por las campanillas! las guardias tenian órden de degollarlos sin piedad. Aproximábase la cabalgada á las puertas de la ciudad, cuando tropezó en los bordes del Genil con un convoy de prisioneros conducidos por una tropa de soldados moros, los cuales, no habiendo tenido tiempo de retirarse, se arrojaron la cara contra el suelo, ordenando á sus prisioneros hicieran la misma operacion; entre estos venian los tres caballeros que las princesas habian visto desde su pabellon, los cuales no entendieron ó no quisieron entender la órden que se les habia dado, y permanecieron de pie y los ojos fijos sobre el cortejo que se aproximaba.

Mahomet, ciego de cólera al ver esta trasgresion de sus órdenes, desenvainó su cimitarra, y metiendo espuelas al caballo se disponia á dar un tajo con todo el poder de su brazo, y que hubiera sido fatal á cualquiera de los caballeros; pero las princesas le rodearon pidiéndole gracia, y aun la misma Zoraida, á pesar de su timidez, se tornó elocuente para proteger su causa. Detúvose Mahomet con el brazo levantado, y el capitan de los guardias, arrojándose á sus pies, le dijo:

«Mire V. A. lo que va á hacer; un acto de esta naturaleza causaria un gran escándalo en el reino: estos cautivos son unos nobles caballeros castellanos que han caido prisioneros despues de haberse batido como leones, perteneciendo asimismo todos tres á esclarecidísimas familias, que darán por su rescate considerable cantidad.

—Basta, dijo el rey convencido por esta última razon: les perdonaré la vida; pero castigaré su audacia: que los lleven á Torres bermejas y sean alli dedicados á trabajos forzados.»

Mahomet cometia en este momento una de sus simplezas acostumbradas, pues habiéndose caido el velo de las princesas, quedó su belleza á la vista de todo el mundo, y prolongándose asi la conversacion, dejaba á sus encantos el tiempo de producir todo su efecto.

En los tiempos antiguos se enamoraban las gentes con mas rapidez que en la actualidad, de lo que dan fe todas las novelas: asi pues no es sorprendente que el corazon de los tres caballeros quedase súbitamente esclavo de las princesas, cuando ademas del encanto de su belleza se reunia el de la gratitud; pero lo mas singular es que cada uno se enamoró de diferente hermosura. Por lo que toca á aquellas, se encontraron mas inclinadas que nunca á los prisioneros, y conservaron religiosamente en su memoria lo que habian oido decir de su valor y linaje.

Púsose en marcha la comitiva, y las princesas siguieron al lado de su padre pensativas y silenciosas, mirando de cuando en cuando hácia atrás para ver los prisioneros que eran conducidos á Torres bermejas.

La morada que su padre las habia escogido reunia todo lo que el gusto mas delicado podia inventar: era una torre separada del resto del palacio, al que estaba unida únicamente por la almenada muralla que corona la colina; por la parte interior que daba á la fortaleza, un jardinito lleno de plantas exóticas se estendia al pie de la torre, y por la

otra parte se descubria la profunda quebradura que separa el territorio de la Alhambra del de Generalife. El interior de la torre estaba dividido en varias habitaciones adornadas de elegantes arabescos colocados al rededor de una gran sala, cuyo techo abovedado se elevaba á lo mas alto de la torre. Los adornos de esta magnífica sala eran bri-

llantísimos; una fuente de alabastro rodeada de floridos arbustos lanzaba un surtidor de agua cristalina que refrescaba toda la pieza y arrullaba dulcemente con el murmullo que formaba á su descenso. Jaulas de oro y plata que encerraban canoras avecillas cubiertas de variadas plumas pendian de los dorados artesones.

Habíase anunciado al rey que sus hijas pasaban en Salobreña una vida placidísima y que siempre estaban dispuestas á divertirse, por lo cual esperaba verlas contentas en su nueva morada. Pero su sorpresa fue grande al observar que estaban cada dia mas melancólicas, y que ninguno de los preciosos objetos que las rodeaban mitigaba su tristeza. El olor de las flores las causaba dolor de cabeza, el canto de los ruiseñores turbaba sus sueños, y el continuo murmullo de la fuente las impacientaba sobremanera.

El rey, que no era de los mas sufridos, se enfadaba seriamente algunas veces; pero luego reflexionaba que estando sus hijas en aquella edad en que el deseo de las mugeres se fija sobre cien objetos diferentes, trató de satisfacer en lo posible todos sus caprichos. Púsose en consecuencia á buscar las joyas mas preciosas y las mas variadas telas para tener el gusto de adornar con ellas á sus lindas hijas.

Pero todo fue tiempo perdido; las princesas languidecian visiblemente en medio de tantas delicias, del mismo modo que tres botones de rosa á los que el cierzo agosta en su tallo. El rey estaba desesperado, y como á causa de su escesivo amor propio no tomaba jamás consejos de nadie, se veia en la mayor perplejidad. «Los caprichos de tres mugeres son capaces, se decia á sí mismo, de volver loco al hombre mas sensato del mundo, por lo que voy por la primera vez de mi vida á demandar consejo á otro sobre el particular.»

La persona á quien se dirigió en tal apuro fue la esperimentada dueña, la discreta Kadiga.

«Kadiga, la dijo, te tengo por la mas discreta de todas las mugeres, y gracias á esta cualidad tan apreciable, te he confiado la educacion de mis tres hijas, porque los padres deben ser muy difíciles en la eleccion de las personas á quien dispensan semejante confianza. En esta inteligencia, quisiera valerme de tí para averiguar el mal secreto que mina la existencia de mis hijas; supuesto que conocido que sea, tal vez se halle algun medio para volverlas su alegría y buen aspecto.»

Kadiga prometió obedecer al rey, mucho mas cuando sabia mas á fondo el mal que áquejaba á las jóvenes princesas que ellas mismas: sin embargo, se apresuró á hablarlas, y trató de que la declarasen sus secretos.

«Hijas mias, las dijo, ¿cuál es la causa de ese aire abatido que observo en vosotras, esa sombría tristeza que os abruma en medio de los placeres de que estais rodeadas?»

Las princesas alzaron sus ojos al cielo, y se pusieron á exhalar melancólicos suspiros.

«¿Qué es lo que deseais? ¿Quereis que os compre el maravilloso papagayo que habla todos los idiomas y hace las delicias de Granada?

—De ningun modo, contestó Zaida; un pajarraco parlero que no hace mas que repetir palabras sin conexion, paciencia es menester para sufrir tal charlatanismo.

—¿Quereis sino que encargue un mono á

Gibraltar para que os entretenga con sus gestos y con sus graciosos saltos?

—Una mona, ¡qué horror! gritó Zoraida; hasta el nombre de tan ridículo animal me causa hastío.

—Vaya pues, sino haré venir el famoso cantor negro Casem, que acaba de llegar de Marruecos. Dicen que su voz es tan bella y sonora como la de una muger.

—Me asustan los negros, contestó Zulima, y por otra parte he perdido toda mi aficion á la música.

—¡Ay, hija mia! no diriais tal cosa si hubieras oido, replicó la vieja con socarronería, el canto de los tres caballeros que hallamos cuando venimos de Salobreña; pero Dios me perdone, queridas hijas: hé aquí que os habeis turbado. ¿Cuál puede ser la causa de vuestra agitacion?

—Nada, nada, buena Kadiga, continuad.

—Pues como os iba diciendo, al pasar ayer por junto á Torres bermejas ví á los tres caballeros que descansaban del trabajo; el uno de ellos tocaba una vihuela, y los otros dos cantaban á duo, pero de una manera tan agradable, que los centinelas estaban escuchándolos inmóviles como estatuas: Dios me perdone; pero al escuchar las canciones de mi pais natal me conmoví toda. ¿Mas quién no se compadeceria al ver unos jóvenes tan nobles y gallardos sufriendo las cadenas de la esclavitud?»

Aqui la buena vieja no pudo contener sus lágrimas.

«¿No podriais, buena Kadiga, proporcionarnos ver á esos caballeros? dijo Zaida.

—Me parece, continuó Zoraida, que un poco de música nos daria mucho placer.»

La tímida Zulima nada dijo; pero estrechó entre sus brazos á su aya.

«Dios nos libre, contestó esta sorprendida: ¿qué es lo que decís, hijas mias? ¡Si lo supiera vuestro padre nos haria empalar á todas cuatro! Muy cierto es que estos caballeros estan muy bien educados, y parecen de un carácter noble y pundonoroso; mas esto ¿qué importa? Al fin y al cabo son enemigos de vuestra patria y de vuestra religion, por todo lo cual debeis mirarlos con aversion.»

Los deseos de una muger jóven son dificilísimos de contrariar, y no hay obstáculo en todo el mundo que los pueda hacer variar de objeto. Las princesas rodearon á la dueña, la adularon y la suplicaron diciéndola que si las rehusaba semejante peticion las veria morir de dolor.

¿Qué podia hacer la pobre Kadiga en tal compromiso? Ciertamente era la anciana mas prudente y avisada que existia en el mundo.

Pero ¿habia de dejar morir á tres princesas niñas por solo una cancion? Por otra parte, á pesar de la larga estancia entre los moros, y su cambio de religion, siempre era española y cristiana en el fondo de su corazon. En consecuencia de esto se puso á pensar de qué modo podria satisfacer los deseos de las princesas.

Los cautivos encerrados en Torres bermejas estaban confiados á la custodia de un renegado apellidado Hussein Baba, de quien habia fama era bastante sensible al poder del oro. La dueña fue en su busca, le llamó aparte, y deslizándole una moneda de oro en la mano, le dijo:

«Hussein Baba, las tres princesas mis señoras que habitan esa torre necesitan distraccion. Han oido hablar del talento y habilidad de los tres caballeros castellanos, y desean tener la prueba. Estoy persuadida que teneis demasiado buen corazon para rehusarlas un placer tan inocente.

—Y mi cabeza seria puesta en un palo mañana sobre la puerta de la torre, pues tal seria mi recompensa si el rey llegase á descubrirlo.

—No tengais cuidado alguno; todo se hará con el mayor sigilo, y podeis estar seguro de que sereis recompensado con profusion.»

Acabado este razonamiento, apretó Kadiga la mano del renegado dejando en ella otra pieza de oro.

Este no pudo resistir á tanta elocuencia, y desde el otro dia por la mañana hizo trabajar á los prisioneros en el barranco sobre el cual daban las ventanas de las princesas. Al medio dia, en tanto que los demas cautivos dormian bajo los árboles, y que sus guardas parecian tambien sumidos en

el sueño, se sentaron sobre la yerba y cantaron un romance en español acompañándose con la vihuela.

El barranco era profundo y la torre muy elevada: sin embargo la voz se oia distintamente con la calma y el silencio del medio dia. Las princesas escuchaban desde el balcon. La dueña las habia enseñado la lengua española, y las tiernas palabras de la cancion hicieron palpitar sus corazones.

La discreta Kadiga, por el contrario, quedó estremamente escandalizada.

«¡Que Alá nos favorezca! esclamó: los atrevidos cantan una cancion amorosa dirigida á vosotras: voy á participárselo á su guarda á fin de que los castigue.

—¿Castigar unos caballeros tan gallardos por haber cantado tan deliciosamente?»

Las tres lindas princesas se horrorizaban solo de pensarlo. Por lo que á pesar de su virtuosa indignacion, la buena Kadiga, de suyo muy piadosa, se apaciguó fácilmente, tanto mas, cuanto veia que la música habia producido un efecto maravilloso, el hermoso sonrosado de sus mejillas habia vuelto á aparecer, y sus negros ojos lanzaban rayos de alegría, por lo cual no volvió á hablar nada del canto de los cautivos.

Apenas hubieron concluido, cuando Zoraida tomando un laud cantó con una voz dulce y temblorosa una estrofa, cuyo sentido es el siguiente:

«La rosa oculta entre sus hojas
estrecha complacida el canto del ruiseñor.»

Desde este dia los caballeros trabajaban siempre en el mismo sitio, y el prudente Hussein estaba cada vez mas indulgente y con mayores deseos de dormir. Durante algun tiempo los caballeros sostuvieron una vaga correspondencia con las jóvenes princesas por medio de romances y canciones populares, que contestándose en cierto modo unas á otras se comunicaban sus sentimientos, sirviéndose asimismo del lenguaje de las flores que les era familiar. Algunas veces tambien se aventuraban las jóvenes á asomarse al balcon cuando estaban seguras de no ser vistas por los guardias. Las dificultades de comunicarse aumentaban el atractivo y acrecian el amor, que cuanto mas leve es su punto de apoyo, tanto mas se obstina en aproximarse.

Entre tanto el maravilloso cambio que se notaba en el semblante de sus hijas sorprendia agradablemente al rey; mas nadie estaba mas satisfecha de este resultado que Kadiga, pues lo miraba como debido enteramente á su prudencia.

Al fin esta correspondencia telegráfica se suspendió repentinamente. Pasáronse muchos dias sin que los caballeros viniesen á trabajar al sitio acostumbrado. En vano las pobres reclusas estendian ansiosas la vista desde lo alto de la torre, y en vano cantaban dulcemente como los tiernos ruiseñores: los cristianos no parecian por ningun lado, y ni una sola voz las contestaba desde el centro de los bosques. La discreta Kadiga salió para tomar algunas informaciones y volvió á poco tiempo llena de turbacion.

«¡Ay hijas mias! esclamó, bien decia yo que todo esto no nos conduciria á nada bueno; pero os empeñasteis en vuestra idea, y al presente podeis colgar vuestros laudes de las ramas de un sauce. El dinero del rescate para los caballeros ha llegado y se preparan á marchar á su pais.»

Esta noticia llenó de desconsuelo el corazon de las lindas moras. La orgullosa Zaida temblaba de indignacion solo en pensar que la habia abandonado sin siquiera decirla adios. Zoraida se torcia los brazos de dolor y lloraba amargamente, y la tierna Zulima apo-

yada en su brazo sobre el antepecho del balcon regaba con sus lágrimas el sitio donde tantas veces habia visto sentados á los gallardos cristianos.

La compasiva Kadiga empleaba todos sus esfuerzos para consolarlas.

«Tened paciencia, hijas mias, estas desdichas os parecerán nada cuando os acostumbreis á ellas; asi es el mundo. Cuando tengais mi edad vereis como no se debe tener confianza alguna en los hombres. Apostaria mi cabeza á que estos caballeros tendrán sin duda alguna sus amores en Sevilla, y estarán deseando marchar para verlos y poder continuar en sus galanterías, sin volverse á acordar de las hermosas de la Alhambra. Con que asi, valor, hijas mias, y desterrad de vuestro corazon esos ingratos.»

Los consoladores discursos de Kadiga no sirvieron mas que para aumentar el dolor de las tristes doncellas, que permanecieron inconsolables por espacio de dos dias. El tercero por la mañana entró Kadiga en la habitacion de las princesas ardiendo de indignacion.

«¿Quién hubiera podido imaginar, esclamó, que existiese un mortal tan audaz que se hubiese atrevido á querer hacerme cómplice en una traicion? ¿Podreis creer, hijas mias, que los caballeros españoles han intentado que yo les falicitase el medio de poder sacaros de la torre y huir con ellos á Córdoba, donde se casarian con vosotras?»

Al proferir estas palabras la pobre muger se cubrió la cara con las manos, y dió libre curso á su dolor é indignacion. Las princesas palidecieron, y se miraban unas á otras guardando el mas profundo silencio.

En tanto Kadiga se agitaba sobre su asiento dando muestras del mas vivo dolor y esclamando:

«¿Para qué habré vivido tanto tiempo si me habia de ver así insultada siendo la mas fiel de las criadas?»

Al fin la mayor de las hermanas, aquella que tenia mas resolucion, se acercó á la dueña, y poniéndola una mano en el hombro la dijo:

«Supongamos, mi buena madre, que nosotras consintiésemos en seguir á esos caballeros: ¿seria esto cosa posible de ejecutar?»

La pobre vieja se calmó súbitamente, y alzando la cabeza contestó:

«No solo posible, sino posibilísimo. Los cristianos han logrado ya ganar al renegado capitan de la guardia, y han arreglado con él todo el plan. Pero ¡Dios mio! ¡engañar á vuestro padre! ¿vuestro padre, que ha depositado en mí toda su confianza? y al decir esto volvió á torcerse las manos en señal de desesperacion.

—Pero nuestro padre, dijo Zaida, no ha tenido confianza en nosotras, no se ha fiado mas que en las rejas y candados, teniéndonos continuamente cautivas.

—Eso es muy cierto, contestó Kadiga enjugando sus lágrimas. Os ha tratado con la mayor injusticia, obligándoos á pasar vuestra juventud abandonadas en esta antigua torre. ¡Pero huir de vuestra patria!

—Sí, nos iremos á la de nuestra madre, donde viviremos en libertad, teniendo cada una un marido jóven y gallardo, en vez de que aqui solo tenemos un padre viejo y fastidioso.

—Todo eso es ciertísimo, y no puedo menos de confesar que vuestro padre es algo tiránico. Pero ¡ay de mí! prosiguió volviendo á comenzar su llanto: ¿tendriais valor de dejarme aqui abandonada, yo que he cuidado de vuestra niñez, y sobre quien descargaria la cólera de vuestro padre?

—De ningun modo, mi buena Kadiga; ¿pero no podriais veniros con nosotras?

—Seguramente, hijas mias, y si os he de decir la verdad, al hablar de este asunto con Hussein, me ha prometido tener cuidado de mi persona si os queria acompañar en la huida. Pero pensadlo bien, hijas mias, reflexionadlo con madurez. ¿Os hallais determinadas á dejar la fe de vuestros padres?

—La religion cristiana era la de nuestra madre, replicó Zaida; yo estoy pronta á abrazarla, y me parece que mis hermanas se hallan con las mismas intenciones.

—¡Alabado sea Dios! esclamó Kadiga. Sí, esa era la religion en que vuestra madre fue educada, y en sus últimos momentos se ar-

repintió sinceramente de haberla abandonado. Yo la prometí cuidar de vuestras almas, y me alegro sobremanera de veros en el camino de la verdad. Tambien he nacido cristiana, y deseo volver á la fe de mis mayores. Hussein tambien lo es, y desea igualmente abjurar sus errores y reconciliarse con la iglesia. Los caballeros españoles se lo han prometido, y si queremos unirnos, nos establecerán de modo que pasemos nuestros dias con sosiego.»

En una palabra, la mas diestra y prudente de las mugeres se habia concertado con los caballeros para facilitar la fuga de las doncellas confiadas á su cuidado. La mayor consintió con gusto en seguir este plan, y su ejemplo, como de costumbre, fue seguido por sus otras dos hermanas. Verdad es que la mas pequeña titubeaba, y su alma dulce y tímida se arredraba delante del peligro, luchando en su corazon el amor con la piedad filial. Sin embargo cedió por fin, y con el pecho oprimido y los ojos llenos de lágrimas, se dispuso en silencio para huir con su amante.

La escarpada colina sobre que está situada la Alhambra se halla llena de pasadizos subterráneos que conducen desde la fortaleza á diversas partes de la ciudad, y algunas de ellas van á desembocar sobre las orillas del Genil.

Los reyes moros habian hecho construir estos subterráneos como medios útiles para poder huir en caso de una insurreccion repentina ó bien para salir ocultamente para algunas secretas empresas. Muchas estan enteramente cegadas; empero algunas de ellas existen aun á pesar de los poderosos esfuerzos del tiempo. Por uno de estos pasadizos debia el renegado conducir á las princesas fuera de las murallas, á donde las esperaban los castellanos con caballos para ganar la frontera.

La noche señalada para la fuga llegó por fin. La torre estaba cerrada como de costum-

bre, y todo dormia en el Alhambra. A la media noche la discreta Kadiga aproximó el oido á una ventana que daba al jardin. Hussein estaba ya debajo, é hizo la señal convenida: entonces la dueña ató al balcon una escala de cuerda por la cual descendió: Zaida y Zoraida la siguieron; pero cuando llegó el turno de Zulima, esta principió á vacilar. Muchas veces puso el pie sobre la escala, y otras tantas le retiró: cuanto mas se detenia, tanto mas redoblaba su miedo, dirigia sus tristes miradas á la estancia donde habia vivido tantos años como una avecilla en su jaula, pero siempre en seguridad. ¡Cuán grandes peligros tenia que arrostrar si se lanzaba al inmenso océano del mundo: acordábase de su amado y valiente español, y casi se determinaba á bajar; pero volvia á pensar en su padre, y se detenia en el instante. Imposible es describir la multitud de pensamientos distintos que agitaban el seno de esta fiel niña, tan tímida y tan ignorante en las cosas de esta vida.

En vano sus hermanas la suplicaban, la llamaba la dueña y blasfemaba el renegado de su tardanza al pie del balcon: tentada por la dulzura del pecado se iba á arrojar; pero se detenia al momento aterrorizada por la idea del peligro.

Cada momento que se desperdiciaba acrecentaba lo precario de su situacion. Un ruido de caballos se oyó á lo lejos.

«Las patrullas hacen su ronda, gritó Hussein, y si nos detenemos un solo momento mas somos perdidos; bajad, pues, princesa, ú os abandonamos á vuestra suerte.»

Zulima estuvo un instante perpleja; pero tomando en fin una resolucion desesperada, desató la escala y la arrojó al jardin.

«Todo se ha concluido, esclamó; al presente la huida me es imposible. Alá os guie y os bendiga, amadas hermanas.»

Zaida y Zoraida tenian el corazon desgarrado; no podian resolverse á dejar á su hermana en aquella situacion; los caballos se aproximaban, y el renegado, ciego de cólera, las obligó á entrar en el pasadizo subterráneo. Atravesaron casi arrastrando un laberinto creado en el centro de la montaña, y llegaron sin peligro á una puerta que daba fuera de los muros de la ciudad. Los caballeros españoles les esperaban disfrazados de soldados de la guardia, comandados por el renegado.

El amante de Zulima cayó en la mas horrible desesperacion cuando supo que aquella no habia querido salir de la torre; empero este no era tiempo á propósito para malgastarle en vanos lamentos, y habiendo colocado las princesas á la grupa de sus caballos y la discreta Kadiga en el del renegado, tomaron á galope tendido el camino de Córdoba.

No habian andado cien pasos, cuando oyeron las trompetas y añafiles que sonaban en la Alambra.

«Ya han descubierto nuestra fuga, gritó Hussein.

—Mas tenemos buenos caballos, la noche es oscura, y podemos escapar á sus pesquisas,» replicaron los caballeros.

Metieron efectivamente las espuelas y atravesaron la vega con la rapidez del rayo, llegando asi al pie de la montaña de Elvira, que se eleva como un promontorio en el centro de la llanura. El renegado se detuvo un momento á escuchar.

«Nadie nos sigue, dijo, y podemos pasar sin obstáculo los puertos de la montaña; pero en tanto que hablaba, una amarillenta luz apareció en la torre de la Alambra que servia para las señales.

—Todo es perdido, continuó este: esta señal va á esparcir la alarma por todas partes, y el único recurso que nos queda es la ligereza de nuestros corceles; marchemos, pues, y no esperemos se nos persiga por todas partes.»

Lanzáronse al través de los desfiladeros, y el ruido de sus caballos era repetido de roca en roca por los ecos de la montaña de Elvira; veian aparecer luces sucesivamente en todas las atalayas, comunicando de este modo la señal de su fuga.

«Adelante, adelante, gritaba el renegado blasfemando: al puente, ganemos el puente antes que la señal llegue á él.»

Doblaron de este modo el promontorio, y llegaron por fin á la vista del famoso puente

de los Abetos, que atraviesa un torrente que muchas veces ha sido teñido con la sangre de moros y cristianos.

Con gran confusion encontraron la torre del puente cubierta de luces que reflejaban sobre los cascos de los guerreros que le custodiaban. El renegado se alzó sobre los estribos, miró al rededor, é hizo señal á los caballeros que le siguiesen; alejóse del camino real, y bordeando un poco el torrente se entró en él con aire determinado: los castellanos advirtieron á las princesas que se agarrasen fuertemente, é imitaron á Hussein. Fueron arrebatados algun tiempo por la fuerza de la corriente, y al fin pudieron llegar á la orilla opuesta: entonces, enredándose en sendas poco frecuentadas, tuvieron la felicidad de llegar sanos y salvos á la antigua ciudad de Córdoba. Celebróse su llegada por grandes funciones, puesto que pertenecian á las principales familias del pais. Las bellas princesas fueron bautizadas, y se casaron en

seguida, gozando de una felicidad inalterable.

Con la prisa que hemos tenido para contar el fin de su fuga, nos hemos olvidado de decir lo que sucedió á la discreta Kadiga. Marchaba agarrada como un gato al cuerpo de Hussein y en las ancas de su caballo, mientras atravesaban la vega, gritando y gimiendo á cada paso con el temor de caerse. Pero cuando fueron á entrar en el

torrente, el terror de la dueña no conoció límites.

«No me apreteis tan fuertemente, la gritó Hussein: agarraos bien al cinturon, y nada temais.»

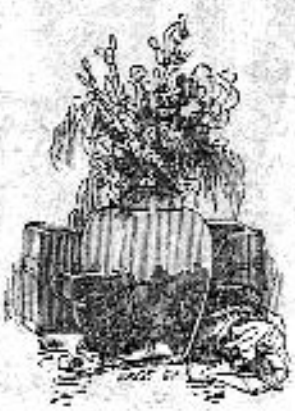
Agarróse efectivamente con las dos manos al cinturon que ceñia el macizo cuerpo del renegado; pero cuando este se detuvo en lo alto de la montaña para tomar aliento, hallaron todos que faltaba la dueña.

«¿Qué se ha hecho de Kadiga? preguntaron las princesas alarmadas.

—Dios lo sabe, contestó Hussein: desatóseme el cinturon cuando estábamos en medio del torrente, y como venia afianzada á él, la han arrastrado las aguas. Hágase la voluntad del Señor; pero siento haber perdido el cinturon, pues estaba todo bordado y era de gran valor.»

Habia poco tiempo que perder en vanas lágrimas; pero sin embargo las princesas lloraron amargamente la pérdida de su discreta consejera. Esta, á pesar de todo, no se ahogó como creyeron, puesto que un pescador cuyas redes estaban tendidas cerca de allí la sacó sana y salva maravillado de pesca tan sorprendente. ¿Cuál fue la suerte de Kadiga? Nada dice la historia; pero sí se asegura que con su discrecion ordinaria evitó el caer en lo sucesivo bajo el poder de Mahomet el Izquierdo.

Nada se sabe apenas de lo que hizo este prudente monarca cuando supo la huida de sus hijas y la traicion de la mas fiel de las dueñas. Era la primera vez que se habia fiado de los consejos de otro, y jamás volvió á incurrir en semejante falta: sin embargo, guardó cuidadosamente á su hija mas pequeña á pesar de la poca disposicion que habia mostrado para escaparse. Créese generalmente que la pobre princesa se arrepintió muchas veces de su timidez. Veíasela á menudo asomada á las almenas mirando tristemente el camino de Córdoba, y cantando al son de su laud dulcísimos romances en que deploraba la pérdida de su amante y quejándose de su vida solitaria. Murió jóven, y fue enterrada en un mausoleo bajo la misma torre, sirviendo su fin prematuro de fundamento á mas de una leyenda maravillosa.



# CAPITULO XIX.

## UNA VISITA A LA ALHAMBRA.

Tres meses van trascurridos desde que fijé mi residencia en la Alhambra, y en todo este tiempo la marcha de las estaciones ha producido sus efectos acostumbrados. A mi llegada en el mes de mayo los árboles tenian las hojas de color verde claro y trasparente: el granado no ofrecia aun á la vista sus corolas brillantes; los jardines del Genil y del Darro estaban llenos de flores; las montañas, cubiertas de plantas silvestres y arbustos floridos, formaban una corona de rosas á Granada, sobre las cuales infinidad de ruiseñores hacian oir sus gritos, no solo por la noche, sino por el dia.

El estío ha marchitado las rosas y hecho enmudecer los ruiseñores; á lo lejos se ve la llanura abrasada por el sol, aun cuando la ciudad esté rodeada por una campiña de un eterno verdor.

La Alhambra tiene habitaciones para todas las estaciones. La mas notable es el cuarto casi subterráneo de los baños, que conserva aun su estilo oriental, aun cuando esté ya marcado con el sello melancólico y triste de la decadencia. Se entra en esta habitacion por un pequeño patio antiguamente lleno de flores, y se encuentra una sala mediana, pero de arquitectura ligera y graciosa. Una pequeña galería, sostenida por columnas de marmol y arcos árabes, rodea la sala, en cuyo centro hay una fuente de alabastro con un surtidor. En los costados hay profundas alcobas con estrados, sobre los cuales los que se bañaban se recostaban muellemente en ricos almohadones, y asi gozaban del sueño voluptuoso que producia el perfume de las flores y la dulce música que se ejecutaba sobre las galerías. De esta sala se pasa á las habitaciones interiores mas frescas y mas solitarias, y en donde la luz penetra con dificultad por las estrechas ventanas practicadas en el artesonado. Aquel es el *Sancta Sanctorum* donde las bellas del

harem gozaban las delicias del baño. Una luz misteriosa alumbra aquellos sitios: los baños aun existen, pero algun tanto deteriorados, y todavía se ven algunos restos de su antigua elegancia. El silencio y la oscuridad de estos sitios han sido causa de que sean el retiro favorito de los murciélagos y buhos, que durante el dia se esconden en

los rincones mas oscuros: así es que cuando los curiosos vienen á turbar su soledad, vuelan como sombras fantásticas al través de estas salas medio alumbradas, cuyo abandono y desolacion aumentan en un grado estraordinario con su presencia.

En este elegante gabinete, donde se goza frescura y tranquilidad como en una gruta, pasaba las horas de mas calor, y no salia hasta la tarde para ir á bañarme, ó mas bien nadar en el gran estanque del patio principal, asi como me libraba del enervamiento que produce este clima abrasador.

Mis sueños de soberanía absoluta se han desvanecido. Un dia oí la esplosion de varias armas de fuego, repetida por los ecos de la fortaleza. Parecia como que la asaltaban. Salí de mi cuarto, y encontré á un anciano caballero con un gran número de criados que se habian alojado en la Sala de Embajadores. Era un conde que habia venido de su palacio de Granada á pasar algunos dias en la Alhambra para respirar un aire mas puro. Como era ó habia sido un cazador determinado, procuraba hacer apetito tirando desde los balcones á las golondrinas, y esta diversion era bien inocente en el fondo, porque á pesar de la prontitud con que sus criados le cargaban las escopetas y le facilitaban los medios de sostener un fuego bien nutrido, no puedo acusarle de la muerte de ninguno de estos pájaros. Parecia que estos por el contrario se divertian con este juego, y se burlaban de su poca destreza, pasando por los balcones, y elevando sus gritos cuando pasaban por delante de él.

La llegada del conde cambió en algun modo la situacion, pero me ofreció nuevos motivos para agradables meditaciones. Dividimos tácitamente el imperio entre los dos, del mismo modo que los últimos reyes de Granada; pero nuestra alianza fue mas constante y amistosa. Reinaba despóticamente sobre el Patio de los Leones y sus habitaciones adyacentes, y yo me reservé la pacífica posesion de los baños y el pequeño jardin de Lindaraja. Juntos comiamos bajo los pórticos del patio, cuyas fuentes refrescan el aire, donde los arroyos en suave murmullo corren por los canales practicados en los pavimentos de marmol.

Por la noche al rededor del caballero se formaba una tertulia compuesta de su familia. La condesa venia de la ciudad con una hija de diez y seis años, el gozo y el amor de sus padres. Algunos empleados suyos, su capellan, su procurador, su secretario, su administrador y varios dependientes de sus inmensas posesiones, todos le formaban una especie de corte dómestica, donde todos trataban de contribuir á su distraccion, pero sin sacrificar su propio placer y dignidad. Efectivamente, dígase lo que quiera del orgullo español, no se manifiesta en la vida social ó interior en ningun pueblo con las relaciones de parentesco mas tiernas, mas cordiales, y las del superior con su dependiente mas francas, mas honrosas. Bajo este punto de vista se encuentra aun en España, sobre todo en las provincias, mucha parte de la sencillez, tan apreciada de los tiempos antiguos.

El personaje mas interesante de este círculo de familia era la hija del conde, la hermosa Carmencita. Apenas salida de la infancia, su talle no se habia desarrollado; pero ya manifestaba la finura de su contorno, la muelle gracia particular á las mugeres de aquel reino. Sus ojos azules, su tez blanca y sonrosada, sus cabellos rubios como el oro, atractivos poco comunes en Andalucía, daban á su fisonomía una dulzura que contrastaba con la vivacidad brillante de la belleza española, pero que se aunaba perfectamente con el candor y la inocencia de aquella amable niña. No obstante poseia el talento despejado, la imaginacion veloz de sus hechiceras compatriotas; cantaba, bailaba, tocaba la guitarra y otros varios instrumentos con una gracia encantadora.

A los pocos dias de su instalacion en la Alhambra, el conde celebró su cumpleaños. En esta ocasion se reunieron todos los miembros de su familia y de su casa, juntamente con los empleados y algunos criados antiguos que habian venido de sus lejanas posesiones para ofrecerle sus votos y participar de la comida que dába con este motivo.

Las costumbres patriarcales que caracterizaban á los nobles españoles en tiempo de su opulencia; han decaido con esta, pero los grandes, y uno de ellos el conde, habiendo conservado sus antiguas posesiones hereditarias, conservan tambien una parte de los usos antiguos: asi es que sus tierras estan casi todas arruinadas por generaciones de servidores inútiles. Con este sistema de antigua magnificencia española, en el cual el orgullo y la bondad tenian partes iguales, un criado viejo no era despedido nunca; pero se convertia en una carga de la posesion por el resto de sus dias; y no solamente él, pero sus hijos y nietos, y muchas veces los parientes de ambos lados, se ingertaban gradualmente en la familia. A esta costumbre se debe los grandes palacios de la nobleza española, que tienen una apariencia singular de vana ostentacion cuando se les compara á la miseria de su mueblaje. En los dias felices de la España eran absolutamente necesarios para contener á todos aquellos que la hospitalidad y las costumbres patriarcales de sus poseedores reunia en torno suyo. El digno y apreciable conde, que tiene posesiones en casi todas las provincias del reino, me declaró en diferentes ocasiones á este intento que algunas de ellas con mucha dificultad bastaban para sostener las hordas de dependientes que sobre ellas gravitaban, y creian tener derecho á ser mantenidos gratuitamente porque sus abuelos lo habian sido de padres á hijos.

La fiesta doméstica del conde interrumpió la uniformidad habitual de la vida de la Alhambra. La alegría reinaba en aquellas salas donde pocos dias antes se sentia un silencio sepulcral, que en aquel momento habia desaparecido á los acentos melodiosos de la música. Todos se entregaban á cuantas diversiones podian crearse en las galerías y jardi-

nes. Los criados iban y venian, trayendo de la ciudad manjares y provisiones á la antigua cocina, en cuyo hogar ardia un fuego soberbio como en los dias de su antigua gloria, y que estaba lleno de cocineros y marmitones.

El festin, porque una comida española es literalmente un festin, fue servido en la hermosa sala llamada la *Sala de las dos Hermanas*. La mesa se cubrió de manjares, y la mas franca alegría reinó entre los convidados; porque aun cuando el español sea ordi-

riamente sóbrio, hace con todo honor á un banquete. Por lo que toca á mí, encontré un no sé qué de maravilloso en sentarme á la mesa en una de las salas reales de la Alhambra en un convite dado por el representante de uno de sus mas célebres conquistadores, porque el venerable conde, aunque poco guerrero por carácter, desciende en línea recta del Gran Capitan Gonzalo de Córdoba, y conserva preciosamente la espada de este ilustre guerrero en los archivos de su palacio en Granada.

Terminado el banquete, la compañía pasó á la Sala de Embajadores. Allí cada uno contribuyó segun sus medios á la diversion general: se cantó, se improvisó, se contaron cuentos, y se bailó al son de la guitarra, talisman irresistible para provocar la alegría española.

Pero la vida, el alma de esta reunion fue la hermosa y graciosa Cármen; representó varias escenas de comedias españolas con un talento dramático admirable, imitó á los cantantes italianos mas en moda del modo mas original y mas cómico, y con una voz escelente, remedó el lenguaje, las danzas y las baladas de los gitanos y aldeanos de las cercanías, y todo con una verdad y al mismo tiempo una gracia que encantaban. Pero el mejor atractivo de estas escenas es que se ejecutaban sin pretensiones, sin deseo de brillar. Esta niña parecia que ignoraba sus talentos, y no los manifestaba sino cuando la ocasion se presentaba, como un niño que quiere divertir á sus padres. Sin embargo, debe tener un espíritu de observacion muy fino y justo, pues que educada en el seno de su familia, no ha tenido muchas ocasiones de estudiar los diversos rasgos de los caractéres que copiaba con tanta perfeccion y sin estar preparada para ello, pues solo la alegría del momento la inspiraba. Es digno de notar con qué ternura y admiracion la miraban todas las personas de su casa. Los mismos criados no la llaman mas que la *niña*, nombre distintivo que tiene algo de singularmente tierno en el idioma español, sobre todo aplicado de este modo y en circunstancias análogas.

Nunca me acordaré de mi permanencia en la Alhambra sin pensar en la hermosa Carmencita jugando con la alegría inocente de su edad, en medio de aquellos pórticos, ó bien bailando al son de las morunas castañuelas, y mezclando los acentos argentinos de su voz con la música de las fuentes.

Con motivo de la fiesta del conde, se refirieron varios cuentos y leyendas divertidas y curiosas: la mayor parte se me han olvidado; pero entre las que me agradaron mas procuraré escoger algunas, cuya relacion podrá divertir al lector.

# CAPITULO XX.

## HISTORIA DEL PRINCIPE AHMED AL KAMED.

Habia antiguamente un rey de Granada que tenia un hijo único, nombrado Ahmed, á quien sus cortesanos dieron el sobrenombre de Al Kamed, es decir, *el Perfecto*, á causa de las señales indudables de superioridad que se percibieron en él desde su niñez. Las predicciones de los astrólogos estaban acordes en algun modo con sus opiniones lisonjeras, porque habian leido en los astros que el príncipe seria el mas feliz de los soberanos. Solo una nubecilla amenazaba su destino, y todavía era de color de rosa. La naturaleza le habia dotado de una inclinacion irresistible al amor, y esta pasion debia esponerle á grandes peligros. Con todo, si podia librarse de sus ataques hasta la edad de la madurez, estos peligros se desvanecerian, y su vida solo ofreceria una prosperidad no interrumpida.

Lleno de confianza con los consejos de los astrólogos, el rey tomó la prudente resolucion de educar al príncipe en un retiro absoluto, donde no podia ver un solo rostro femenino, donde la misma palabra *amor* no resonaria en sus oidos. En vista de esto, mandó construir sobre la colina que domina la Alhambra un palacio en medio de deliciosos jardines cercado de altas murallas.

Este mismo palacio es el que en el dia se conoce con el nombre de Generalife. El jóven Ahmed Al Kamed fué encerrado en aquel retiro bajo la tutela de Eben Bonabben, filósofo árabe, sabio profundo, pero feo y severo, que habia pasado la mayor parte de su vida en Egipto ocupado en el estudio de los geroglíficos y en pesquisas en los sepulcros de las pirámides. A los ojos de este sabio, tenia mas mérito una momia egipcia que la mas encantadora beldad viva. Se encargó á este digno ayo instruyese al príncipe en todas las ciencias, debiendo ignorar absolutamente lo que era amor.

«Emplead, le dijo el rey, cuantas precauciones juzgueis necesarias para lograrlo. Pero tened presente, Eben Bonabben, que si sabe la menor cosa sobre este objeto prohibido, pagareis con vuestra cabeza el olvido de mis órdenes.»

Una sonrisa forzada contrajo el rostro enjuto del sabio Bonabben á esta amenaza.

«V. M. puede estar tan tranquilo sobre su hijo, como yo lo estoy sobre mi cabeza: ¿creeis que un hombre como yo iria á dar lecciones de amor al príncipe?»

Bajo la custodia vigilante del filósofo, el príncipe creció, encerrado en aquellos jar-

dines y palacio. Su servidumbre se componia de esclavos negros y mudos de espantosas figuras, que no tenian ideas del amor, ó carecian de palabra para comunicarlas. Eben Bonabben se ocupaba sin cesar en formar el talento de su discípulo, en adornarlo con toda clase de conocimientos, sobre todo en las ciencias abstractas de los egipcios; pero el príncipe hacia pocos progresos en estas últimas, y su mentor se convenció pronto que no tenia aficion á la metafísica.

Sin embargo, su docilidad era estraña para un príncipe; siempre estaba pronto á seguir los consejos de los otros, y se dejaba guiar por el último que le aconsejaba. Ocultaba sus bostezos, y escuchaba con paciencia ejemplar las largas y sabias lecciones de Bonabben, que dejaban en su espíritu un conocimiento superficial de casi todas las ciencias. Ahmed llegó asi felizmente á sus veinte años, y podia pasar por un prodigio de ciencia; pero ignoraba totalmente el amor.

Por aquel tiempo hubo un cambio en las costumbres del príncipe. Abandonó completamente sus estudios, y pasaba los dias en los jardines cavilando cerca de las fuentes. Habia aprendido un poco de música, y pasaba una parte del dia cultivando este arte; ademas manifestaba inclinacion á la poesía. El sabio Eben Bonabben se alarmó de estos caprichos, y procuró distraerlo con un curso de álgebra; pero el príncipe se horrorizaba al oir hablar de cálculos.

«No me gusta el álgebra, decia, necesito otra cosa que hable á mi corazon.»

«Bien estamos, se dijo á sí mismo el filósofo meneando su cabeza calva; adios filosofía, el príncipe ha conocido que tiene un corazon.» Desde entonces redobló su vigilancia para con su alumno, y se apercibió pronto que su inclinacion natural á la ternura estaba pronta, y no esperaba mas que un objeto para manifestarse. Paseábase por el jardin sumido en un estupor cuya causa ignoraba. Otras veces parecia acometido de un sueño delicioso, ó bien tomando el laud, tocaba melancólicas sonatas, á poco tiempo lo arrojaba lejos de sí, y prorumpia en esclamaciones amorosas.

Esta disposicion á amar se fijó aun sobre los seres inanimados; tenia flores favoritas, á las cuales prodigaba sus mas tiernos cuidados: apasionóse de los árboles; uno sobre todos le inspiró el mas tierno afecto por sus formas graciosas, un follaje delicado y suavemente inclinado hácia tierra. Grababa su nombre en la corteza, suspendia en sus ramas guirnaldas, y cantaba canciones en loor suyo acompañándose con su laud.

El sabio Eben Bonabben concibió graves inquietudes al observar estos síntomas de escitacion en su discípulo. Le veia en el umbral de la ciencia prohibida; el indicio mas ligero podia descubrir el fatal secreto. Temblando por la seguridad del príncipe y por su propia cabeza, se apresuró á alejarle de las seducciones del jardin, y le confinó en la torre mas alta del Generalife. Contenia soberbias habitaciones, de donde se descubria la vista mas magnífica; pero su elevacion le separaba de aquella atmósfera perfumada, de aquellos bosques encantadores tan peligrosos para el demasiado susceptible Ahmed.

Sin embargo era preciso desterrarle esta melancolía, y ofrecerle alguna distraccion para alegrar su soledad. Ya estaban agotadas todas las ciencias bellas, y no queria oir hablar de la álgebra, ni nada por este género. Felizmente Eben Bonabben se acordó que habia antiguamente aprendido en Egipto el idioma de los pájaros. Un rabino judío se lo habia enseñado, y este lo habia heredado

en línea recta del mismo Salomon, que lo habia aprendido de la reina Saba. Al solo nombre de esta ciencia, los ojos del príncipe brillaron de gozo, y se aplicó con tanto esmero, que en poco tiempo estuvo tan instruido como su maestro.

La torre del Generalife dejó desde entonces de ser una soledad para Ahmed; á todas horas tenia con quien hablar. Su primer conocimiento de vecindad fue un halcon que anidaba en el hueco de una almena, y desde aquella altura se arrojaba sobre la presa que descubria á lo lejos. El príncipe encontró sin embargo poco placer en la sociedad de aquel pájaro, verdadero pirata del aire; su conversacion no se componia mas que de fanfarronadas sobre sus rapiñas, su valor y sus hazañas.

Ahmed trabó en seguida amistad con un buho grave y capaz, de cabeza voluminosa y ojos redondos y brillantes. Este pasaba todo el dia dormitando ó cavilando en un hueco de la muralla, y no salia mas que por la noche; tenia grandes pretensiones de sabio, soltaba de cuando en cuando palabras sobre la astrología, sobre la luna, y daba á entender que no ignoraba las ciencias ocultas; pero estaba entregado deplorablemente á la metafísica, y sus disertaciones eran mas fastidiosas y pesadas que las del sabio Eben Bonabben.

El príncipe hablaba tambien alguna vez con un murciélago que estaba todo el dia escondido en un oscuro agujero del techo, y solo salia al anochecer para dar algunas vueltas en chinelas y gorro de dormir, por decirlo asi. No tenia mas que conocimientos superficiales de todo; se burlaba de lo que ignoraba, ó de lo que sabia imperfectamente, y con nada se divertia.

Una golondrina completaba esta sociedad, y el príncipe desde luego se habia prendado de ella. Hablaba muy bien; pero chismosa y fatua, no estaba mucho tiempo en un mismo sitio, lo que imposilitaba tener una conversacion seguida con ella.

Estos eran los únicos compañeros con los cuales el príncipe pudo practicar la ciencia que habia nuevamente aprendido. La torre era demasiado elevada para que pudiesen frecuentarla otros pájaros: pronto se cansó de sus nuevos amigos, cuya conversacion, poco interesante para su talento, no decia nada á su corazon, y volvió á caer en su melancolía. De este modo se pasó el invierno: la primavera volvió con su corte de flores, con su céfiro embalsamado; feliz época en que vuelan los pájaros en parejas, y entre el follaje construyen sus nidos. De pronto, como si se hubiese dado la seña, se oyó en los jardines del Generalife un concierto de dulce melodía, que vino á resonar en los oidos del príncipe en la soledad de su torre. Todas las voces cantaban sobre el mismo tema: *Amor, amor, amor*. Esto es lo que oia proferir sobre todos los tonos. Escuchaba en silencio lleno de turbacion y perplejidad. «¿Qué cosa será amor, se decia, que parece ocupa á todo el mundo, y que me es enteramente desconocido?» Quiso sacar algunas luces de su amigo el halcon; pero el pájaro le contestó con aire burlon:

«Dirigíos á los vulgares y pacíficos pájaros de la tierra, que estan destinados á servir de pasto para nosotros, príncipes de los aires; ellos podrán responder á vuestras preguntas. Por lo que toca á mí, la guerra es mi oficio; los combates mis solas delicias; en una palabra, soy un guerrero totalmente indiferente á lo que se llama amor.»

El príncipe se separó de él con disgusto, y fue á buscar al buho en su escondite. «Este pájaro, se decia á sí mismo, es juicioso, reflexivo, y sin duda podrá darme las noticias que deseo.» Suplicó, pues, al buho le esplicase qué cosa era *amor*, que cantaban en en aquel momento todos los pájaros de los jardines.

A esta pregunta el buho se sorprendió, y se resintió. «Mis noches, contestó con un aire de dignidad ofendida, mis noches estan consagradas á descubrimientos científicos, y mis dias á repasar en mi celda todo lo que he aprendido en mis escursiones. Por lo que hace á los pájaros que cantan, y de los que me hablais, nunca me he parado á escucharles; los desprecio á ellos y á sus canciones. Yo nunca canto, loado sea Alá; soy

un filósofo totalmente estraño á lo que se llama amor.»

El príncipe se marchó á ver á su amigo el murciélago, que estaba colgado de las patas: le despertó, y le dirigió la misma pregunta. El murciélago, frunciendo las narices, tomó un aspecto serio y le contestó de mal humor:

«¿Por qué venís tan temprano á despertarme por una pregunta ociosa? Yo no salgo hasta el oscurecer, cuando estan durmiendo los otros pájaros, y nunca me meto en sus negocios. Gracias á Alá, ni me cuento entre las aves ni entre los cuadrúpedos; he descubierto los vicios de unos y otros, los aborrezco igualmente. En una palabra, soy misántropo, y enteramente ageno á lo que ellos llaman amor.»

Por último recurso el príncipe acudió á la golondrina, y la detuvo en el momento en que trazaba uno de sus círculos en la cima de la torre.

La golondrina, segun su costumbre, estaba muy ocupada, y apenas se tomó el trabajo de contestar.

«Os puedo asegurar que tengo tantas cosas á mi cargo de interés general, que nunca he empleado mucho tiempo en el asunto de que me hablais. Todos los dias tengo que hacer cien visitas, y otros tantos negocios importantes que examinar, que no me permiten ocuparme de esas frívolas canciones en torno de los nidos. Por último, soy cosmopolita, y desconozco el amor.»

El príncipe se quedó con sus dudas; pero escitó su curiosidad la dificultad que encontraba en satisfacerlas. Mientras que meditaba en este objeto misterioso, entró en la torre su anciano ayo; el príncipe se apresuró á salirle al encuentro, y le dijo:

«¡Oh sabio Eben Bonabben! tú me has revelado una gran parte de la sabiduría de la tierra; pero hay una cosa que ignoro completamente, y sobre la cual deseo vivamente instruirme.

—Que mi príncipe pregunte todo lo que guste; todos los conocimientos que posee la inteligencia de un servidor estan á su disposicion.

—Dime, pues, ¡oh tú, el mas profundo de los filósofos! ¿cuál es la naturaleza de esa cosa que se llama amor?»

El sabio Eben Bonabben quedó como herido de un rayo; tembló, palideció, y sintió que se le iba la cabeza de los hombros.

«¿Quién ha podido sugerir á mi príncipe tal pregunta? ¿dónde ha podido aprender esa vana palabra?»

El príncipe llevó á su ayo á una ventana y le dijo:

«Escucha, Eben Bonabben.»

El sabio escuchó: un ruiseñor escondido en un árbol cercano á la torre cantaba dirigiéndose á la rosa su adorada. De todos los arbustos, de todas las ramas floridas salian acentos melodiosos, y todos esplicaban el mismo pensamiento: *Amor, amor, amor* era el tema de todos los cantares.

«¡Alá Akbar! ¡Dios es grande! esclamó el sabio Bonabben. ¿Quién se atreveria á pretender ocultar este al hombre cuando los mismos pájaros conspiran para revelarlo?»

Entonces, volviéndose á Ahmed:

«¡Oh príncipe! le dijo juntando las manos: cerrad los oidos á esos cánticos peligrosos; desechad con horror ese funesto conocimiento. Sabed que ese amor es la causa de la mitad de los males que afligen á la humanidad. Él es el que fomenta la discordia y el odio entre sus hermanos y amigos, enciende la guerra, escita la traicion. Disgustos, tristeza, dias inquietos, noches sin sueño, hé ahí sus efectos. Marchita la flor, destruye el gozo de la juventud y trae consigo los males y pesares de una vejez prematura. Alá te conserve ¡oh príncipe! en la total y feliz ignorancia de eso que se llama amor.»

El sabio Eben Bonabben se dió prisa á salir, dejando al príncipe sumido en una perplejidad mas profunda que en la que estaba antes de su llegada. En vano trataba de desechar esta idea: le ocupaba á pesar suyo, y su imaginacion se fatigaba, se agotaba en vanas conjeturas. «Seguramente, decia, escuchando los dulces cantos de los pájaros: estos acentos nada tienen de triste, y solo parecen esplicar la ternura y el gozo. Si el amor causa tantas desgracias, tantos disgustos, ¿por qué estos pájaros no estan gi-

miendo en su soledad, ó bien destrozándose unos á otros en lugar de revolotear alegremente en los jardines ó de jugar juntos entre las flores?»

Una mañana soñaba, muellemente recostado en su cama, en este misterio inesplicable. Las ventanas estaban abiertas para poder respirar el aire embalsamado con el perfume de los naranjos del valle del Darro: el ruiseñor hacia oir á lo lejos su tema acostumbrado; mientras que el príncipe le escuchaba suspirando, oyó cerca de él el ruido de las alas de un pájaro. Un hermoso pichon perseguido por un alcon entró en su cuarto y cayó palpitante en el pavimento; el alcon, privado de su presa, voló á las montañas.

El príncipe cogió al pobre pájaro medio muerto; le besó y le abrigó en su seno. Cuando le hubo tranquilizado con sus caricias, le puso en una jaula de oro y le ofreció con sus manos las semillas mas puras y el agua mas cristalina. Sin embargo, el pichon se negaba á tomar alimento y estaba con la cabeza inclinada haciendo oir las quejas mas tristes.

«¿De qué te afliges, le decia Ahmed, no tienes todo lo que tu corazon puede desear?

—¡Ay! no, contestó el pichon: ¿no estoy separado de mi querida compañera, y justamente en la época feliz de la primavera, la estacion del amor?

—¡Del amor! contestó Ahmed: te suplico, mi hermoso pájaro, que me espliques lo que es el amor. ¿Podrás hacerlo?

—Yo lo creo, príncipe: el amor hace el tormento de uno solo, la felicidad de dos y la enemistad de tres. Es un hechizo tan poderoso, que atrae dos seres uno hácia otro y los une con la mas dulce simpatía; los hace felices juntos, pero muy miserables cuando estan separados. ¿No existe ningun ser con el cual estais ligado por un tierno afecto?

—Amo á mi viejo ayo Eben Bonabben mas que á ningun ser de los que conozco; pero á veces me parece fastidioso, y otras soy mas feliz ausente de él que presente.

—No hablo yo de esa especie de afecto, hablo del amor, el gran principio y el misterio de la vida, la felicidad encantadora de la juventud, las delicias tranquilas de la edad madura. Mira en torno tuyo, príncipe, y verás como todo está lleno de amor en esta hermosa estacion; todos los seres tienen cada uno su compañera; el mas pequeño pájaro canta para agradar á la que ama; la cucaracha, que apenas se distingue en la yerba, busca en ella á su amada, y esas mariposas que vuelan al rededor de la torre, y parecen jugar juntas, son felices por su mutua ternura. ¡Ay, príncipe! ¿será posible que hayas perdido los dias preciosos de tu juventud sin conocer el amor? ¿Ningun ser de sexo diferente al tuyo, ninguna bella princesa, ninguna hermosa dama en fin, ha cautivado tu corazon, hecho sentir en tu seno una dulce palpitacion, una mezcla de penas y tiernos deseos?

—Empiezo á comprender, dijo el príncipe suspirando, he sentido mas de una vez una turbacion semejante sin conocer la causa; ¿pero dónde encontrar un objeto tal como lo describes en esta espantosa soledad?»

La conversacion continuó por algun tiempo sobre el mismo asunto, y se completó la primera leccion de amor del príncipe.

«¡Ay de mí! dijo: si el amor es una felicidad tan grande, y la ausencia de lo que se ama una pena tan cruel, Alá me libre de turbar la alegría de dos amantes.»

Abrió la jaula, sacó el pichon, le acarició, le besó, le sacó á la ventana, y le dijo:

«Vete, feliz pájaro, goza con la amiga de tu corazon de los hermosos dias de tu juventud y de la dulce estacion de la primavera. ¿Qué derecho tengo á detenerte en esta triste cárcel, á donde nunca penetrará el amor?»

El pájaro batió sus alas para manifestar su alegría, formó un círculo en el aire, en seguida voló con direccion á los floridos bosquecillos del Darro, entre cuya espesura le perdió de vista el príncipe.

Ahmed se entregó despues de este acontecimiento á la mas amarga tristeza. El canto de los pájaros, que antes le hechizaba, ahora le disgustaba. ¡Amor! ¡amor! ¡Ay infeliz jóven, comprendia entonces el signi-

ficado de aquel tema tantas veces repetido!

Lanzó miradas llenas de resentimiento al sabio Bonabben cuando le volvió á ver.

«¿Por qué me has dejado en esta abyecta ignorancia? le dijo encolerizado. ¿Por qué no me has hecho conocer el gran misterio, el principio de la vida, que el mas vil insecto conoce? Toda la naturaleza se entrega en este momento á los mas dulces placeres. Todos los seres tienen su compañera. Ese amor era precisamente el que yo queria conocer. ¿Por qué soy el único que hay privado de estos dulces goces? ¿Por qué he pasado una gran parte de mi juventud en la ignorancia de la felicidad que puede dar?»

El sabio Bonabben conoció que toda reserva seria inútil, puesto que el príncipe habia ya adquirido la ciencia prohibida; le reveló, pues, las predicciones de los astrólogos, y las precauciones que se habian tomado para evitar las desgracias de que estaba amenazado.

«Ahora, príncipe, continuó, mi vida está en vuestras manos. Si el rey vuestro padre llega á saber que bajo mi custodia habeis sabido lo que es amor, soy perdido, porque he respondido con mi cabeza de vuestra ignorancia en este asunto.»

El príncipe era hombre de razon, y escuchó las advertencias de su ayo con tanta mas deferencia, cuanto que nada las combatia. Por otra parte, Ahmed tenia un verdadero afecto al sabio Bonabben, y como no conocia el amor mas que por teoría, consintió fácilmente en guardar en su seno todo lo que sabia antes que poner en peligro la cabeza del filósofo.

Sin embargo, su discrecion fue puesta pronto á una prueba mas fuerte. Pocos dias despues estaba cavilando tristemente recostado en las almenas, cuando el pichon que habia libertado apareció en el aire, y bajó á posarse familiarmente en su hombro.

El príncipe le estrechó contra su corazon.

«Dichoso pájaro, le dijo, que puedes volar asi de un estremo del mundo al otro: ¿qué paises has visitado desde que nos hemos separado?

—Vengo de un pais muy distante, príncipe; pero os traigo buenas noticias en recompensa de la hospitalidad que me habeis dado. Mi elevado vuelo me permite ver una gran estension, y un dia descubrí debajo de mí un jardin delicioso lleno de flores y frutas. Un arroyo cristalino serpenteaba en medio de sus bosquecillos. En el centro del jardin habia un palacio. Bajé á uno de sus árboles para descansar un poco, y ví cerca del arroyo que bañaba el pie del árbol una princesa en todo el brillo de la primera juventud, ro-

deada de criadas de su misma edad que la estaban adornando con flores tan frescas como ella, pero no tan hermosas. Sin embargo, una hermosura florece en aquella soledad oculta á todas las miradas, porque altas paredes rodean el jardin, y ningun mortal podria penetrar en su recinto. A la vista de aquella hermosa jóven tan sencilla y tan bella, que su ausencia del mundo ha dejado en toda su inocencia, he creido que era la destinada á inspirar el amor á mi querido Ahmed.»

Esta descripcion se grabó con caractéres de fuego en el corazon del sensible Ahmed. La vaga ternura que encerraba en su pecho hacia largo tiempo habia por fin encontrado un objeto, y la pasion que concibió por la princesa fue desde el primer instante muy violenta. Escribió una carta en la que esplicaba en términos muy tiernos su ardiente amor, su sincero afecto por la bella desconocida, y deploraba su cautividad, que le impedia ir á arrojarse á sus pies. Acompañó esta carta apasionada con unas estancias, en las que la ver-

dad de los sentimientos igualaba la delicadeza de los conceptos; porque ademas de haber nacido poeta, el amor le inspiraba en aquel momento. El sobre de esta carta decia: «A la bella desconocida del príncipe cautivo Ahmed.» Y despues de haberla perfumado con ambar y esencia de rosa, se la entregó al pichon.

«Vuela, le dijo, fiel mensajero. Atraviesa los montes y los valles; no te detengas en ninguna parte hasta dar esta carta á la señora de mi corazon.»

El pichon se elevó á una altura prodigiosa y partió como una flecha. Ahmed contó los dias que pasaron: cada mañana lo esperaba, pero en vano; ya le acusaba de ingrato, cuando una tarde vió venir á su fiel mensajero, que entró en su cuarto y cayó muerto á sus pies. La flecha de algun arquero cruel habia atravesado su pecho, y habia empleado el resto de fuerza y vida para cumplir su comision.

El príncipe se inclinaba llorando sobre el cuerpo de aquel mártir de la lealtad, cuando vió en su cuello un collar de perlas, del que pendia un retrato escondido bajo una ala. Esta miniatura esmaltada representaba una hermosa princesa en la flor de su edad. Sin duda era la belleza del jardin. ¿Pero quién era? ¿Dónde estaba? ¿Habria recibido su carta? ¿Le enviaria en cambio aquel retrato como aprobando su pasion?

La muerte del pichon desgraciadamente dejaba estas cosas en duda y oscuridad.

El príncipe miraba aquella miniatura y lloraba: la apretaba contra su corazon, la besaba, pasaba horas enteras contemplándola con melancólica ternura.

El príncipe tomó por fin una decisiva resolucion. «Huyamos de este palacio, que no es mas que una odiosa cárcel, y Peregrino de amor, vamos á buscar por el mundo á la princesa desconocida que reina en mi corazon.» De dia era inútil querer escaparse por estar muy vigilado; pero de noche la disciplina aflojaba, y era mas fácil. Con todo, no sabia cómo gobernarse, y se acordó del buho, que debia saber todos los caminos: con este motivo fue á buscarle á su escondrijo para consultarle. El buho, tomando un aire de proteccion, contestó al príncipe:

«Debeis saber que nosotros los buhos pertenecemos á una antigua y numerosa familia, todavía poderosa aunque abatida. Poseemos castillos y palacios en toda España; á cualquier sitio que vaya estoy seguro de encontrar un pariente, y como he viajado visitándolos, conozco el terreno á palmos.»

El príncipe se alegró de esta noticia y le confió su amor y su proyecto de fuga rogándole le sirviese de guia.

«¡Cómo! contestó el buho picado: ¿sirvo yo para intrigas amorosas? ¡Yo, cuyo tiempo está enteramente consagrado á la meditacion?

—No os enfadeis, augusto buho, dignaos dejar por un rato vuestras meditaciones para ayudarme á huir, y obtendreis lo que me pedís.

—Poseo todo lo que deseo: un filósofo necesita poco.

—Reflexionad con todo que mientras esteis aqui encerrado, el mundo ignora vuestro talento. Un dia vendrá en que seré soberano, y podré darte algun destino honroso, alguna dignidad en la que lucirás tu sobresaliente mérito.»

La filosofía del buho le hacia superior á las pequeñeces de la vida; pero le libraba de la ambicion. Las ofertas del príncipe le halagaron sobremanera, y desde luego consintió en ser su mentor y su guia en su peregrinacion.

Los proyectos de un amante, cuya pasion raya en delirio, no encuentran obstáculo de ninguna especie para llevar á efecto los planes que pueden conducirle al logro de sus deseos, y se ejecutan con la velocidad del rayo. El príncipe reunió sus diamantes, sus joyas, y las escondió entre sus vestidos para gastos del viaje. La noche siguiente por medio de una escala de cuerdas el príncipe se encontró libre en medio del campo.

Entonces consultó á su mentor sobre el camino que seguirian.

«Me parece, dijo el buho, que deberiamos ir á Sevilla. Cuando pasé por ella una noche ví una luz en una torre abandonada; me

acerqué, y ví un mágico árabe que estaba

en un laboratorio trabajando á la luz de la lámpara, y posado en su hombro un cuervo que habia traido de Egipto. Tengo gran intimidad con ese cuervo, y aun le debo el conocimiento de muchas cosas. El mágico ya ha muerto; pero él aun habita la torre, porque esos pájaros viven mucho. Os aconsejo trateis de verle; es adivino, brujo y entiende algo de magia negra, por cuya ciencia son famosos los de Egipto.»

El príncipe aprobó el consejo y se dirigieron á Sevilla. Para la comodidad de su compañero viajababan de noche, y el dia lo pasaban en cualquier gruta.

Por fin, un dia al amanecer llegaron á Sevilla, y el buho, que no gustaba de ruidos, se detuvo fuera de puertas y se quedó en el hueco de un árbol.

El príncipe entró en la ciudad, y pronto encontró la torre mágica; es la misma que hoy dia se conoce por la giralda de Sevilla. Subió hasta el último piso, y allí encontró al cuervo cabalístico descansando en un pie, con la cabeza inclinada, examinando con el único ojo que tenia un diagrama trazado en el suelo.

Ahmed se le acercó con respeto, y le dijo:

«Perdóname, anciano y sabio cuervo, si por un instante te interrumpo tus estudios; pero deseo con ardor que me indiques los medios para obtener el objeto de mi amor, y á eso he venido.

—Hablando claro, respondió el cuervo con una mirada significativa, lo que quieres es que te diga la buena ventura. Enséñame tus manos y te descifraré las líneas misteriosas de tu destino.

—Permíteme, no vengo aqui á saber los decretos del destino que Alá ha querido ocultar á los ojos de los mortales; soy un Peregrino de amor: solo pido un hilo para dirigirme por el laberinto del mundo hácia el objeto de mi peregrinacion.

—¿Y pueden faltarte objetos de esa especie en la amorosa Andalucía, sobre todo en la voluptuosa Sevilla?

—No es mi objeto tan frívolo, tan innoble como le supones. Las bellezas de esta tierra no son nada para mí: busco una bella desconocida, pero inocente y pura, el original de este retrato, y te ruego me ayudes con tu ciencia para ver si le encuentro.»

La gravedad del príncipe disgustó al cuervo, y le contestó:

«Todo lo que pertenece á la juventud, á la belleza, es estraño para mí. La vejez, la decrepitud, ese es mi elemento. Soy el heraldo del destino. Buscad otro que os dé noticias de la bella desconocida.»

—¿Dónde buscarlas sino entre los hijos de la sabiduría? He nacido para reinar; los astros que han presidido en mi nacimiento me obligan á emprender una aventura misteriosa, de la cual tal vez dependen los destinos de varios imperios.»

Cuando el cuervo oyó hablar de imperios, de destinos presididos por astros, mudó de tono y escuchó con mas atencion la historia del príncipe: cuando hubo concluido le dijo:

«Yo no puedo daros ninguna noticia, porque frecuento poco los jardines y gabinetes de las damas; pero id á Córdoba y buscad la palmera del gran Abderramen que está en el patio principal de la mezquita. Al pie de aquel árbol vereis un viajero que ha visitado todos los paises, todas las cortes, y las reinas y princesas le han colmado de favores. Sin duda alguna os dará noticias de lo que buscais.

—Mil gracias por tu consejo; á Dios, venerable brujo.

—¡A Dios, Peregrino de amor,» contestó el cuervo con tono seco, y se puso á calcular en su diagrama.

El príncipe salió de Sevilla, fue á buscar á su compañero el buho, que aun dormitaba en su árbol, y juntos se encaminaron á Córdoba. Llegados á sus puertas, el buho voló á una hendedura de la muralla, y el príncipe se dirigió á buscar la palmera de Abderramen plantada por él mismo. Sobrepujaba en altura á todos los árboles del patio.

Al pie del árbol habia un numeroso auditorio escuchando á uno que hablaba con mucha volubilidad.

«Ese debe ser, dijo Ahmed, el viajero que me dijo el cuervo.»

Mezclóse con los curiosos, y se sorprendió mucho viendo que el orador era un papagayo.

«¿Cómo es posible, dijo el príncipe á uno de los que estaban á su lado, que tantas personas juiciosas se diviertan con el charlatanismo de un pájaro semejante?

—No sabeis de quién hablais, le contestó: este papagayo desciende del famoso papagayo de Persia tan célebre por sus talentos en el arte de adivinar. Por donde ha viajado ha sido admirado como un prodigio de erudicion.

—Muy bien, dijo Ahmed, veo que habia juzgado mal: desearia hablar con él á solas.»

Solicitó una entrevista secreta, y ya empezaba á esponer el objeto de su peregrinacion, cuando el papagayo se echó á reir.

«Perdonad mi loca alegría, le dijo; pero la sola palabra *amor* me hace morir de risa.»

El príncipe, mortificado de aquella alegría, le dijo gravemente:

«¿ No es el amor el gran misterio de la naturaleza, el principio secreto de la vida, el lazo universal de la simpatía?

—¡Bagatela, pura bagatela! ¿Dónde has aprendido ese sentimentalismo? Créeme: ha pasado completamente la moda del amor, y ya no se habla de él entre las personas de talento ni de la buena sociedad.»

El príncipe suspiró acordándose del lenguaje enteramente diferente de su amigo el pichon, y continuó:

«Decidme, completo papagayo: vos, que habeis sido admitido por todas las bellas, ¿sabeis quién es el original de este retrato?»

El papagayo cogió el retrato con sus garras, lo miró, y esclamó:

«Hé aqui un hermoso rostro; pero ¡he visto tantos en mis viajes! Esperad..... sí..... Ahora me acuerdo de esas facciones, no me engaño: es la princesa Aldegunda: ¿cómo he podido olvidar á una de mis mejores amigas?

—La princesa Aldegunda, repitió el príncipe: ¿y dónde encontrarla?

—Poco á poco, es mas fácil encontrarla que obtenerla. Es hija única del rey cristiano de Toledo; debe vivir alejada del mundo hasta los diez y siete años, gracias á ciertos astrólogos. Imposible os seria verla, porque nadie se acerca al palacio donde está encerrada. Me admitió á su presencia para divertirla, y no he encontrado otra mas amable.

—Mi querido papagayo, un secreto: soy heredero de un imperio. Veo que sois un pájaro de talento, y que conoceis el mundo; ayudadme á conquistar el corazon de la princesa, y os ofrezco un destino distinguido en mi corte.

—Acepto gustoso; pero procurad sea un destino sin mucho trabajo, porque á nosotros los que tenemos talento nos horroriza el trabajo.»

Pronto quedaron conformes, salieron de Córdoba, y Ahmed presentó al buho su nuevo compañero de viaje, y los tres lo emprendieron. El príncipe habia creido que estos dos sabios congeniarian; pero se engañó: todo el dia lo pasaban disputando. Ahmed, ocupado en sus cosas, no se apercibia de aquella desunion. Caminando de este modo llegaron á la vista de Toledo, y entonces el buho empezó una disertacion sobre sus antigüedades: el papagayo le interrumpió diciéndole que aquellas antiguallas no merecian que se hablase de ellas, y que lo mas principal era el motivo por el que viajaban.

«Ved ahí, príncipe, continuó, el palacio de la princesa que buscais hace ya tanto tiempo.»

El príncipe dirigió la vista á donde le indicaba el papagayo, y vió en una llanura deliciosa un soberbio palacio que se elevaba en

medio de un magnífico jardin. La descripcion del pichon era cierta. Volvióse al papagayo, y le dijo:

«¡Oh el mas completo de los pájaros! puesto que la naturaleza te ha dado el don de la palabra, vuela al jardin, busca al ídolo de mi corazon, y dila que el príncipe Ahmed, Peregrino de amor guiado por las estrellas, viene buscándola y se halla á las orillas del Tajo.»

El papagayo, orgulloso con aquella embajada, voló á buscar á la princesa, y colocándose en una rama al lado de ella, la dijo:

«Enjuga tus lágrimas ¡oh bella princesa! Traigo consuelos para tu corazon.»

La princesa se sobrecogió al oir una voz tan cerca de ella; pero viendo un pájaro verde que la saludaba batiendo sus alas, le dijo:

«¡Ay! ¿qué consuelo puedes darme tú, que no eres mas que un papagayo?»

El papagayo, resentido de aquellas palabras, la contestó:

«He consolado á mas de una hermosa en mi tiempo; pero no hablemos mas de eso. Ahora vengo como embajador de un príncipe real. Sabe ¡oh princesa! que Ahmed Al Kamel, príncipe de Granada, acaba de llegar buscándote, y se halla en este momento acampado á orillas del Tajo.»

A estas palabras la princesa dió un salto de alegría.

«¡Oh el mas amable de los pájaros! benditas sean las noticias que traes. El dolor me mataba, y ya dudaba de la constancia del príncipe. Vuelve á su lado, y asegúrale que cada palabra de su carta está grabada en mi corazon. Dile que se prepare á probarme su amor por la fuerza de sus armas. Mañana en honor de mi cumpleaños mi padre celebra un torneo, en el que justarán varios príncipes, y mi mano será el premio del vencedor.»

El papagayo echó á volar, y volvió á buscar á Ahmed. El gozo de este fue grande. Habia encontrado por fin el original. Sin embargo, causábale inquietud aquel torneo y aquellos caballeros que se preparaban á disputarle la posesion de aquel objeto querido. Las riberas del Tajo resonaban ya con los sonidos de los clarines de los que iban llegando

El mismo astro que presidió al nacimiento de Ahmed habia presidido el de la princesa, y hasta los diez y siete años habia estado encerrada sin ver á nadie. La fama de su hermosura habia volado por todas partes, y eran varios los pretendientes.

Ahmed seguia sumido en su tristeza maldiciendo la educacion que habia recibido, pues ignoraba el manejo de una lanza y un caballo.

El buho acudió á su socorro esclamando como buen musulman:

«Alá Akbar ¡Dios es grande! Los mayores secretos estan en su mano. Sabe ¡oh príncipe! que en este reino lleno de encantos existe una caverna, en la que hay una mesa de hierro, sobre la cual se encuentran unas armas encantadas, á cuyo lado se halla un caballo ricamente enjaezado igualmente encantado; todo ello está escondido en esa caverna hace muchos siglos. Segun una tradicion, pertenecen á un mágico que se refugió en la caverna á la toma de Toledo por los cristianos, y murió en ella dejando su caballo y armadura encantados bajo un hechizo que solo podrá deshacer un musulman, y aun este solamente desde el amanecer hasta el medio dia.

—Basta: busquemos esa caverna sin pérdida de tiempo,» esclamó el príncipe.

Guiado por su docto mentor, Ahmed encontró la caverna. Una lámpara sepulcral que nunca se apagaba alumbraba aquella cueva. Sobre una mesa estaba la citada armadura, y á su lado el caballo árabe enjaezado como para un combate, pero inmóvil como una estatua: cuando Ahmed puso la mano en su cuello, dió con su pie en el suelo y relinchó con tal gozo y estruendo, que la caverna retembló. Provisto de este modo de armas y caballo, el príncipe no tuvo recelo de entrar en la liza.

Llegó por fin el dia fatal. El palenque estaba dispuesto en la vega de Toledo. Algunda se presentó á presidirle, y su hermosura admiró á todos los circunstantes. Todos la aclamaron y aplaudieron; y los príncipes que la pretendian solo por la fama de su hermosura sintieron centuplicar su valor.

La princesa parecia estar agitada, y su vista recorria todo el palenque como buscando á alguno. Los clarines iban á dar la señal del primer encuentro, cuando un heraldo anunció la llegada de un caballero estrangero, y el príncipe Ahmed entró en la lid. Su armadura era preciosísima, toda construida en Fez. Su aire noble, su talle elegante llamaron la atencion; y cuando lo anunciaron con el nombre del *Peregrino de amor*, todas las damas se interesaron por él.

Sin embargo, cuando se presentó para entrar en la arena le cerraron la barrera. Era preciso ser un príncipe para ser admitido: declaró su nombre y su rango; de nada servia: era mahometano, y no podia pretender una princesa cristiana.

Los príncipes sus competidores le rodearon mirándole con aire altivo y amenazador; y uno de ellos, notable por su talla hercúlea y sus modales insolentes, procuraba ridiculizarle por su mote de Peregrino de amor. El príncipe furioso desafió á su rival: tomaron campo, y partieron uno contra otro; pero al primer choque de la lanza encantada, el burlon, á pesar de su estatura gigantesca y su fuerza prodigiosa, cayó á tierra. Ahmed hubiera querido contenerse; pero se las habia con un caballo diabólico y armas encantadas: una vez puestas en accion, nadie podia sujetarlas. El caballo árabe se arrojó al grupo mas numeroso, y la lanza tiraba al suelo cuanto tocaba. El pacífico príncipe gemia interiormente de sus hazañas. El rey rabiaba al ver á sus huéspedes tan mal traidos. Mandó á sus guardias se apoderasen del que así le ultrajaba. Los guardias midieron tambien el suelo. El rey entonces tiró su manto, se vistió su armadura y bajó á liza para imponer respeto al estrangero con su magestad real. ¡Vana esperanza! la lanza y el caballo no conocian categorías. Con gran disgusto de Ahmed, fue llevado frente del rey, y dos segundos despues los talones reales iban por el aire y la corona rodaba en el polvo. En aquel momento el sol llegaba al meridiano; el encanto recobraba su poder; el caballo árabe echó á correr por la llanura, saltó la barrera, se arrojó al Tajo, pasóle á nado, y llevó al príncipe sin aliento y desesperado hasta la caverna. Ahmed se contempló feliz de salir sano y salvo de aquella aventura, y se sometió á los nuevos decretos del destino. Envió á sus dos amigos á adquirir noticias: el papagayo volvió diciendo que no se hablaba mas que de sus hazañas, y que le tenian por brujo. El buho contó lo que habia visto en estos términos:

«Volando por delante de una de las mas altas torres del palacio, ví á la bella princesa: estaba en su lecho rodeada de médicos y camaristas; pero se negaba á tomar los remedios que la ofrecian. Asi que salieron todos de su alcoba, sacó de su pecho una carta, y no hacia mas que leerla y besarla.»

Nuevos informes que tomó el príncipe confirmaron lo que habia dicho el buho. La princesa estaba encerrada en una torre y custodiada cuidadosamente. Una sombría melancolía se habia apoderado de ella, y nadie sabia la causa. Como los médicos no podian curar su enfermedad, el rey hizo proclamar por todo el reino que el que curase á la infanta recibiria en recompensa la joya mas preciosa de su tesoro.

Cuando el buho supo esta noticia esclamó:

«Alá Akbar, dichoso el que efectúe esta cura, si sabe solamente lo que debe escoger entre las alhajas de la corona.

—¿Cuál es tu pensamiento, venerable buho? preguntó el príncipe.

—Escuchadme ¡oh príncipe! y sabreis lo que he querido decir. Entre las alhajas del rey hay un cofre de zándalo, dentro del cual se conserva la alfombra de seda del trono del sabio Salomon, y que trajeron los judíos que se refugiaron en Toledo á la destruccion de Jerusalen.

—He oido hablar á mi ayo de las propiedades de ese talisman. Sin duda los cristianos ignoran su virtud: si consigo apoderarme de él, mi dicha es cierta.»

Al dia siguiente el príncipe se puso unos vestidos como un árabe del desierto; tiñó su cara y manos de color bronceado, y con un palo en la mano se marchó á Toledo, y presentándose á las puertas del palacio, se anunció como pretendiente á la recompensa ofrecida. Los guardias no querian recibirle. El rey oyó el tumulto, y mandó le presentasen aquel hombre.

«Poderoso rey, le dijo, soy un árabe beduino descendiente de una familia que tiene la virtud de deshacer los sortilejios, y por si tu hija está bajo la influencia de alguno, prometo por mi cabeza curarla.»

El rey, hombre de talento y que sabia los secretos de los árabes, le llevó al cuarto de la princesa. Las ventanas de esta habitacion daban sobre un terrado desde donde se descubria la ciudad de Toledo; pero estaban cerradas por órden de la princesa.

El príncipe se sentó en el terrado y tocó en su caramillo algunas sonatas árabes que habia aprendido de sus criados en el Generalife. La princesa estaba inmóvil, y los médicos que la asistian meneaban la cabeza y se sonreian con incredulidad y desprecio. Por fin el príncipe dejó su caramillo, y se puso á cantar los versos que habia enviado á la princesa.

La hermosa princesa reconoció los versos: una alegría repentina se apoderó de su corazon, levantó la cabeza, escuchó; sus ojos empezaron á llorar, y un vivo encarnado cubrió sus mejillas. De buena gana hubiera querido ver al cantor; pero el pudor se lo estorbaba. El rey comprendió lo que deseaba, y mandó entrar al cantor: los dos amantes fueron discretos: se contentaron con mirarse. El triunfo era completo: Aldegunda estaba curada.

Los médicos se miraban aturdidos. El rey miraba al beduino asombrado.

«Jóven maravilloso, quiero que seas mi primer médico; tu dulce melodía será mi remedio universal. Ahora recibe la recompensa debida: escoge la joya mas preciosa de mi tesoro.

—¡Oh rey! dijo Ahmed: el oro, la plâta y las piedras preciosas no me llaman la atencion; pero posees una reliquia, un cofre de zándalo que contiene una alfombra de seda: dame ese cofre, y estoy contento.»

Todos se sorprendieron de la modestia de la eleccion, y mas aun cuando habiendo traido el cofre, se sacó la alfombra de seda. Era de seda verde, cubierta con caractéres hebreos y caldeos. Todos se miraban sonriendo de la simpleza del jóven que lo habia escogido.

«Esta alfombra, dijo el príncipe, ha cubierto el trono de Salomon, el mas sabio de todos los monarcas; es digna de ser colocada bajo los pies de la hermosura.»

Hablando asi, desplegaba la alfombra en el terrado debajo de un sillon que habian traido para la princesa, y sentándose á sus pies continuó:

«¿Quién puede oponerse á los decretos

del destino? Las predicciones de los astrólogos se han cumplido. ¡Oh rey! hace mucho tiempo que tu hija y yo nos amamos: en vuestra presencia está el Peregrino de amor.»

Apenas pronunció estas palabras, la alfombra se elevó por los aires llevando al príncipe y á la princesa. El rey y los médicos se quedaron estupefactos con la boca abierta y fijos los ojos en los fugitivos, que fueron desapareciendo en el espacio.

El rey furioso llamó á su tesorero.

«¿Cómo has permitido que un infiel se apoderara de un talisman tan precioso?

—Señor, no sabíamos ni su virtud, ni lo que decian los caractéres inscritos en su cubierta. Si en efecto es la alfombra del rey Salomon, tiene el poder mágico de trasportar á su poseedor por los aires á donde quiera.»

El rey reunió un ejército formidable, y marchó sobre Granada. Su marcha fue larga y dificultosa. Acampó delante de Granada en la vega, y envió un heraldo para reclamar á su hija. El rey de Granada salió en persona con toda su corte á saludar al monarca toledano. Ahmed acababa de subir al trono por muerte de su padre, y la bella Aldegunda era su sultana.

El rey cristiano consintió en la union de su hija con Ahmed, cuando supo que esta princesa podria conservar su religion, porque aunque no era devoto, este artículo es un negocio de orgullo muy importante entre los príncipes. En lugar de batallas sangrientas hubo fiestas y regocijos; el anciano rey volvió á Toledo, y los jóvenes continuaron su reinado tan sabia como felizmente en la Alhambra.

Para completar mi narracion debo decir que el buho y el papagayo siguieron al príncipe á pequeñas jornadas.

Ahmed recompensó dignamente los servicios que ambos le habian prestado en su peregrinacion. Nombró al buho primer ministro, y al papagayo maestro de ceremonias. Inútil es decir que no hubo nunca reino mejor administrado ni corte mas exacta en la observancia de las reglas de etiqueta.

# CAPITULO XXI.

## LA HERENCIA DEL MORO.

En el recinto de la fortaleza de la Alhambra, sobre la grande esplanada que hay enfrente del palacio que se llama el Patio de las Cisternas, por causa de los algibes árabes practicados bajo su mole, hay un pozo en la roca muy profundo. El agua de este pozo es como la nieve, y de una trasparencia y pureza admirables: su fama es tal, que todos los paseos que van de Granada al fuerte estan llenos desde que amanece hasta bien entrada la noche de aguadores que vienen á llenar sus cántaros. Unos los llevan atravesados en un palo á la espalda y otros en borricos.

Las cisternas y fuentes han sido en todo tiempo, aun en los mas remotos, como se lee en la *Biblia*, la cita de las comadres del lugar en los paises cálidos. El pozo en cuestion es una especie de club perpetuo, donde desde por la mañana á la noche los inválidos, las viejas y todos los desocupados de la fortaleza vienen á adquirir y dar noticias. Los parroquianos se sientan en los bancos de piedra, resguardados por un toldo que hay encima del pozo, y se dan parte mutuamente de los chismes de la fortaleza, interrogan á los aguadores á medida que van llegando sobre los de la ciudad, y hacen comentarios y conjeturas sobre todo lo que ven y oyen. A todas horas del dia hay siempre alguna comadre habladora, alguna criada que olvida sus quehaceres, y se detiene con el cántaro en la mano á escuchar los acentos sin fin de estos novelistas.

Entre los aguadores que acudian antiguamente á este pozo, habia un hombrecillo de anchas espaldas, de piernas torcidas, llamado Pedro Gil, y por abreviatura Peregil. Inútil es decir que era gallego, porque en su cualidad de aguador no podia ser de otra parte. Parece en efecto que la naturaleza ha formado ciertas razas de hombres, como ciertas razas de caballos, para tal ó cual empleo. En Francia los limpiabotas son saboyanos, los albañiles lemosinos, los aguadores auvernieses, y los porteros de las casas grandes antes de la revolucion eran suizos. Cuando se usaban tontillos y polvos en la cabeza, la silla de manos de un elegante en Inglaterra no podian llevarla mas que irlandeses, acostumbrados á andar en sus pantanos. Consiguiente á esto en España, los mozos de cordel y aguadores son

todos robustos gallegos. Nadie dice envíeme V. un mozo de carga, sino envíeme V. un gallego.

Volviendo á mi historia, Peregil el gallego habia empezado el oficio con un solo cántaro que llevaba á cuestas; pero habia ido prosperando, y pudo al fin comprar un ayuda en la clase de animales correspondiente á la suya entre los hombres: era un borrico gris, de pelo largo y muy vigoroso. Sobre las aguaderas llevaba sus cántaros cubiertos de hojas de parra para librarlos del calor del sol.

En toda Granada no habia aguador mas activo, mas laborioso, mas alegre que Peregil: su sonora voz resonaba en las calles con este grito de verano, que resuena en todos los pueblos de España. «*¿Quién quiere agua?—agua mas fria que la nieve.*» Cuando daba un vaso de esta agua cristalina le acompañaba siempre con alguna gracia que hacia sonreir al parroquiano; y si era una muger bonita, ó alguna traviesa jóven, la mirada tierna y maliciosa y el requiebro que la dirigia le valian siempre algo. Por lo mismo, Peregil el gallego, era conocido en toda la ciudad por el mas político, el mas jovial y el mas feliz de los mortales. Sin embargo, aquel que canta mas alto, y que rie mas á menudo, no tiene siempre el corazon mas satisfecho. A pesar de su aire alegre, nuestro gallego no estaba libre de penas y disgustos. Tenia que mantener una numerosa familia: sus hijos vestidos de andrajos y hambrientos le pedian pan á gritos cuando entraba por las noches en su casa. Tenia su muger, pero esta no le ayudaba en nada. Habia sido la belleza de su pueblo antes de su casamiento, y era citada por la gracia con que bailaba el bolero y tocaba las castañuelas. Fiel á sus primeros gustos, la muger del honrado aguador gastaba el fruto del sudor de su marido en zarandajas, y los domingos y dias feriados (que en España son mas numerosos que los dias de trabajo) montaba en el asno para ir á las fiestas de los pueblos comarcanos. Para aumento de males, era un poco descuidada, le gustaba estarse hasta tarde en la cama, y mas que todo ir medio vestida á charlar con sus vecinas.

Pero aquel que regula el viento para la oveja esquilada, alivia el yugo del matrimonio para quien le soporta con sumision. Peregil sufria sus tribulaciones domésticas con tanta paciencia como el asno sus cántaros; y aunque algunas veces en secreto reflexionaba, nunca se arriesgaba á poner en cuestion las virtudes caseras de su descuidada esposa.

Amaba á sus hijos, los amaba como el buho ama á sus polluelos, porque veia en ellos reproducida su imágen. El mayor placer del honrado Peregil, cuando se desocupaba un domingo entre diez, y tenia algunos cuartos ahorrados para gastar, era llevarse todos sus hijos, unos en brazos, otros cogidos de su vestido, y otros á su lado, y hacerlos jugar y divertirse en los huertos en la vega, en tanto que su muger bailaba con sus amigas en las angosturas del Darro.

Era una noche de verano, y por lo avanzado de la hora se habian retirado todos los aguadores: aquel dia habia hecho un calor insufrible. Peregil, calculando con solicitud paternal que la claridad de la luna y lo apacible de la noche animaria á los habitantes de Granada á aprovecharse del fresco, y que tal vez encontraria parroquianos en los paseos, se dijo á sí mismo: otro viaje al pozo y ganaré algunos cuartos para gastarlos con los chicos el domingo. Hablando asi, subia con paso firme la alameda de la Alhambra, cantando y dando de vez en cuando un palo á su borrico, bien para llevar el compás, bien para sostener el valor del animal, porque en España los palos sirven de cebada á las bestias de carga.

Llegado al pozo, lo encontró solitario y desierto; no se veia un alma, escepto un estrangero vestido de moro, sentado en un banco á la luna. Peregil se detuvo, le miró con sorpresa, y hasta con temor; pero el moro le hizo señas que se acercase y le dijo:

«Estoy muy débil y enfermo, ayudadme á volver á la ciudad, os daré el doble de lo que pudieseis ganar vendiendo vuestra carga.»

El sensible corazon del aguador se conmovió al aspecto del estrangero, que parecia sufrir, y le respondió:

«Dios no permita que acepte ninguna re-

compensa ni ninguna gratificacion por hacer un acto de humanidad.»

Ayudó al moro á subir en su burro, y le llevó poco á poco á Granada. El pobre musulman estaba tan débil, que Peregil se veia obligado á sostenerle en el borrico para impedirle que se cayese al suelo. Cuando llegaron á las puertas de la ciudad, el aguador preguntó al estrangero á dónde queria que lo llevase.

«¡Ay de mi! dijo el moro con voz apagada, no tengo casa ni abrigo para descansar mi cuerpo: permitidme pasar esta noche en la vuestra, y sereis recompensado espléndidamente por esta molestia.»

El honrado Peregil se encontró con grande espanto encargado de aquel huésped infiel; pero era demasiado humano para rehusar un asilo por una noche á un viajero estraviado, y en el estado deplorable en que se encontraba el pobre moro: le llevó, pues, á su casa. Sus hijos, que habian salido, como de costumbre, con la boca abierta en cuanto habian oido los pasos del asno, huyeron espantados al ver el hombre del turbante, y se escondieron detrás de su madre. Esta se adelantó atrevidamente como una llueca se coloca delante de sus polluelos al acercarse un perro.

«¿Con qué compañía vienes á estas horas? esclamó. ¿Tienes gana de que nos visite la inquisicion?

—No te incomodes, muger, respondió el gallego. Es un pobre estrangero enfermo, sin amigos, sin asilo: ¿querrias tú dejarle perecer en la calle?»

La muger hubiera seguido en sus reconvenciones, porque aunque vivia en una choza, era muy delicada sobre lo que llamaba el honor de su casa; pero el aguador, mostrando por esta vez carácter, se negó á someterse al yugo. Ayudó á bajar al pobre musulman, tendió una estera y una zalea en el sitio mas fresco de la habitacion, y recostó á su huésped en esta cama, la única que su pobreza le permitia ofrecer.

Apenas el moro se acostó sobre aquel miserable lecho fue acometido de violentas convulsiones, á las que en vano procuró buscar remedio el bueno de Peregil: su ciencia y sus recursos se agotaron pronto, sin que se aliviase el enfermo. Sin embargo, se leia en sus ojos el mayor reconocimiento por los cuidados de su huésped, y en un intervalo de crísis le llamó á su lado, y hablándole en voz baja, le dijo:

«Conozco que se acerca mi muerte. Si efectivamente me muero, os lego esa caja como recompensa á vuestra caridad.»

Hablando así, entreabrió su albornoz, y le enseñó una cajita de zándalo pendiente de una correa.

«¡Dios quiera, amigo mio, dijo el gallego, que vivais muchos años para que goceis de vuestro tesoro, cualquiera que sea.»

El moro meneó la cabeza, cogió la cajita, y se preparaba á decir alguna cosa sobre este objeto; pero fue acometido de nuevas convulsiones, y á poco espiró.

La muger del aguador se desesperaba.

«Hé ahi, decia, el efecto de tu imbécil caridad, que nos espone siempre por servir á los demas. ¿Qué va á ser de nosotros con este cadáver en casa? Si se descubre, nos llevarán á la cárcel como asesinos, y si logramos salvar la vida, quedaremos arruinados para siempre por la justicia.»

El pobre Peregil no estaba menos inquieto, y casi se arrepentia de haber hecho aquella buena accion. Por fin tuvo un pensamiento.

«Aun no es de dia, se dijo: puedo llevar este cuerpo fuera de la ciudad y enterrarle en la arena á orillas del Genil. Nadie ha visto entrar al moro en mi casa, nadie sabrá su muerte.»

Dicho y hecho. La muger le ayudó á envolver el cuerpo del desgraciado musulman en la estera en que habia espirado: le colocaron atravesado en el asno, y Peregil se dirigió á orillas del rio.

La desgracia empero hizo que frente á casa del aguador viviese un barbero llamado Pedrillo Pedrugo, el mas curioso, el mas hablador y el mas chismoso de todos los barberos del mundo. Era un hombre alto y seco, nariz afilada, modales astutos é insinuantes. El famoso barbero de Sevilla no le escedia

en el conocimiento universal de los negocios agenos; y lo que entraba por sus oidos pasaba mas fácilmente por su boca que el agua por un cedazo. Los que le conocian decian que dormia con un ojo abierto y un oido descubierto, de modo que aun en su sueño podia ver y oir todo lo que pasaba en torno suyo. Lo cierto es que era la crónica escandalosa de Granada, y que los aficionados á saber aventuras frecuentaban su tienda, lo que le hacia tener mas parroquianos que sus compañeros.

Este maldito barbero oyó llegar á Peregil á una hora sospechosa, y las esclamaciones de la muger y de los hijos. Aplicó al instante

la vista á una rejilla por la cual miraba á todos los que llamaban á su puerta, y vió á Peregil ayudar á un hombre vestido de moro á entrar en su casa. Este acontecimiento le pareció tan estraño, que no durmió en toda la noche. Cada cinco minutos iba á acechar por la rendija, siguiendo los movimientos de la luz que veia brillar por las rendijas de la puerta de su vecino: por fin antes de amanecer vió salir á Peregil con su asno que llevaba una carga estraordinaria.

El barbero, agitado por la fiebre de la curiosidad, se vistió de prisa, y saliendo con silencio, siguió á lo lejos al aguador, le vió hacer un hoyo en la arena del Genil, y echar en él un bulto que parecia un cadáver.

El barbero volvió á su casa, y recorrió su tienda meneando todos los trastos impaciente porque amaneciese. Por fin, asi que los primeros rayos del sol tiñeron de púrpura el horizonte, se puso la vacía debajo del brazo, y se fue á casa del alcalde, su parroquiano diario.

El alcalde acababa de levantarse. Pedrillo Pedrugo le hizo sentar en una silla, le puso una tohalla debajo de la barba, colocó la vacía, y empezó á ablandar la barba con sus dedos y el agua caliente.

«¡Estrañas cosas! decia Pedrugo, que representaba á la vez el papel de barbero y el de novelista. ¡Cosa estraña! un robo, un asesinato, un entierro en la misma noche.

—¡Eh! cómo, ¿qué estais diciendo, Pedrillo? dijo el alcalde.

—Digo, continuó el barbero pasando el jabon por la cara del dignatario; digo que Peregil el gallego ha robado, ha asesinado á un moro mahometano y le ha enterrado esta bendita noche, ó mejor dicho, esta noche maldita.

—Pero ¿cómo sabeis todo eso?

—Paciencia, señor, todo lo sabreis, contestó el barbero cogiendo al alcalde por las narices y pasándole la navaja por la cara. Entonces le contó lo que habia visto, y continuando las dos operaciones á la vez, afeitaba la barba, lavaba la cara de su paciente y la enjugaba con una tohalla no muy limpia, robando, asesinando y enterrando al mismo tiempo al moro. »

El alcalde era uno de los mas déspotas y al mismo tiempo el mas codicioso y mas corruptible magistrado de Granada. Con todo, no se le podia reconvenir de que no hacia caso de la justicia, puesto que la vendia á peso de oro. En un instante reflexionó que en una causa de robo y muerte debia haber ricos despojos, que seria conveniente asegurar en legítimas manos. Cogiendo al culpable solo daba pasto para la horca, en lugar que cogiendo el botin se enriquecia el juez, y segun él, este era el principal objeto de la justicia. Con esta idea mandó venir á su fiel alguacil, gran bribon, delgado como un palo, y vestido, segun su clase, con el trage á la

tigua española, con el sombrero de tres picos, la chorrera bien planchada, la capita negra y todo el vestido raido del mismo color. Llevaba en la mano la varita blanca, insignia temible de su destino. Tal era el lebrel legal de raza vieja española que el alcalde soltó contra el desgraciado gallego; y tal era su actividad y olfato, que ya habia cogido á Peregil antes que este volviese á su casa con su asno, y le presentó á su juez.

El alcalde, lanzando una mirada terrible sobre el pobre, le dijo con una voz de trueno que hizo encorvar sus rodillas.

«Es inútil que niegues tu crímen: lo sé todo. La horca deberia ser el castigo de un delito como el tuyo; pero soy compasivo, y estoy dispuesto á oirte hablar en razon El hombre que has asesinado en tu casa era un moro, un infiel, un enemigo de nuestra religion. Sin duda le has quitado la vida en un acceso de celo religioso: por lo tanto seré indulgente; devuelve lo que le has robado, y no se llevará la causa adelante.»

El pobre aguador clamaba á todos los santos para que diesen testimonio de su inocencia. Desgraciadamente ninguno se apareció, y aun cuando lo hubiesen hecho, el alcalde hubiera recusado todo el calendario. El gallego refirió la historia del moro con toda la inocencia de su corazon, y sus palabras tenian el colorido de la verdad. Pero de nada servia esto.

«¿Te atreves á sostener que este musulman no tenia oro ni alhajas que hayan podido tentar tu codicia? le preguntó el juez.

—Es tan cierto, como que espero salvarme, contestó Peregil: aquel hombre no tenia mas que una cajita de zándalo que me dió en pago de mi asistencia.

—¡Una cajita de zándalo! dijo el juez con los ojos brillantes de gozo á la idea de las joyas preciosas que podria contener. ¿Dónde está esa cajita? ¿Dónde la has escondido?

—No se incomode vuesa merced, está en las aguaderas de mi burro, y está á la disposicion de vuesa merced.»

Apenas dijo esto, el alguacil salió como una flecha y volvió al instante con la misteriosa cajita. El alcalde la abrió con una mano trémula: todos le rodearon deseosos de contemplar los tesoros que se iban á descubrir; pero con gran sorpresa de todos, solo contenia un rollo de pergaminos escritos con caractéres arábigos y un cabo de bujía.

Cuando no hay nada que ganar en la conviccion de un culpable, la justicia, aun en España, es imparcial. El alcalde, despues de haber vuelto de su sorpresa, viendo que la causa no ofrecia ninguna clase de interés, escuchó sin prevencion las esplicaciones del aguador, que fueron confirmadas por el testimonio de su muger. Convencido de la inocencia del pobre hombre, el juez le absolvió de la acusacion, y le permitió ademas llevar la cajita y su contenido que el moro le habia dado como justa recompensa á su caridad; pero se quedó con el asno para gastos de justicia.

El desgraciado gallego se vió reducido á tener que llevar él mismo el cántaro del agua como al principio de su comercio.

Un dia que subia la colina jadeando por la fuerza del sol, le abandonó su buen humor acostumbrado.

«¡Maldito alcalde! esclamó: ¿cómo has tenido valor de privar á un pobre de su único medio de subsistencia, del mejor amigo que tenia en el mundo?»

Al llegar aqui, su sensible corazon se enterneció al recuerdo del compañero de sus trabajos.

«¡Ah burro de mis entrañas! dijo descansando su cántaro sobre una piedra y enjugando el sudor que bañaba su frente. ¡Ah burro de mi alma! Estoy seguro que te acuerdas de tu antiguo amo; estoy seguro que echas de menos tus cántaros. ¡Pobre animal!»

Para aumentar su afliccion, su muger le recibia siempre que volvia á su casa con reconvenciones y burlas; usaba ampliamente de la ventaja que le daba sobre él la circunstancia de haberle aconsejado todo lo que habia podido para estorbar el acto de hospitalidad que habia atraido sobre ellos tantas desgracias; y como muger hábil, no dejaba pasar ocasion de hacerle sentir la superioridad de su juicio. Si sus hijos carecian de algo, le decia con aire burlon:

«Acudid á vuestro padre, es heredero del rey Chico de la Alhambra; decidle que os socorra con el oro que ha sacado de la cajita del moro.»

Nunca ha sido castigado mas severamente un pobre mortal por haber hecho una buena accion. El desgraciado Peregil sufria en cuerpo y alma: sin embargo llevaba con paciencia los sarcasmos de su muger. Una noche de un dia en que habia trabajado muchísimo, como su muger le dirigiese las acostumbradas quejas, perdió la paciencia: con todo, no se atrevió á contestarla; pero viendo sobre una mesilla la cajita de zándalo con la tapa levantada, como si se estuviese burlando de él, la cogió y la tiró al suelo con rabia diciendo:

«¡Maldito sea el dia en que te ví por primera vez! ¡maldito el dia en que admití á tu amo en mi casa!»

Cuando la caja cayó al suelo se abrió del todo, y salió el rollo de pergaminos. Peregil lo miró en silencio: por fin, coordinando sus ideas, se dijo á sí mismo:

«¿Quién sabe si este escrito tendrá alguna importancia? Bien podria ser cuando el moro lo guardaba con tanto cuidado.»

Lo recogió del suelo, y al dia siguiente, al pasar pregonando su agua por las calles delante de la tienda de un moro de Tanger que vendia perfumes, entró en ella y le suplicó le esplicase lo que allí decia.

El moro leyó con atencion, se cogió la barba, y se sonrió.

«Este manuscrito, le dijo, es una fórmula de encanto para descubrir tesoros encantados y colocados bajo la proteccion de algun hechizo. Tiene tanto poder, que los mas fuertes cerrojos, las rejas mas dobles y hasta una roca de diamantes no podrian resistirle.

—¡Bah! dijo el gallego: ¿qué me importa eso? Ni soy brujo, ni sé dónde hay tesoros escondidos.»

Hablando asi se cargó su cántaro, dejó el pergamino en poder del moro, y se marchó á su comercio.

Sin embargo, la tarde de aquel mismo dia, mientras descansaba un rato cerca del pozo de la Alhambra, un corrillo de comadres conversaban contra su costumbre de aquella hora de cuentos y tradiciones antiguas y maravillosas. Todas estas mugeres, á cual mas pobre, se divertian en hablar de los tesoros que los moros habian dejado encantados en diversos sitios de la Alhambra; y todas ellas estaban conformes en creer que bajo la torre de los siete pisos habia enterrados cuantiosos tesoros.

Estos cuentos hicieron una impresion inusitada en la imaginacion del honrado Peregil, y cuando volvió á levantarse y se marchó, iba sumido en profundas reflexiones.

«¿Y por qué no puede haber tesoros enterrados bajo esa torre? ¿Y si el rollo de pergamino que he dejado en poder del moro pudiese facilitarme medios para encontrarlos?»

En el éstasis que le produjo esta idea por poco no se le cae el cántaro.

Toda la noche no hizo mas que dar vueltas en su cama sin poder dormir un instante, gozando en las risueñas ilusiones que afluian á su cerebro. Muy temprano se marchó á la tienda del moro, y le dijo lo que habia pensado.

«Vos podeis leer el árabe, continuó, vamos juntos á la torre, y probaremos la fuerza del encanto: si no sacamos nada, nos quedaremos como antes; si por el contrario, logramos algo, dividiremos entre los dos los tesoros que podamos descubrir.

—Poco á poco, dijo el musulman, este escrito no es suficiente por sí solo á producir el efecto deseado. Hay que leerlo á media noche, á la luz de una bujía, singularmente compuesta y preparada, cuyos ingredientes no puedo proporcionar. Sin esa bujía, el pergamino no sirve de nada.

—No paseis adelante, dijo el aguador: tengo en mi casa esa bujía; voy á traerla al instante.»

Corrió á su casa, y volvió con la bujía que habia hallado en la cajita de zándalo.

El moro la tocaba y la olia con atencion. Al fin dijo:

«Estos perfumes son raros y dispendiosos. Esta es justamente la especie de bujía especificada en el manuscrito. Mientras luzca, se abrirán las murallas mas fuertes, las mas

secretas cavernas. Pero ¡desgraciado del que se quedase un solo instante despues que se hubiera apagado, se quedaria encantado con el tesoro!»

Convinieron en probar el encanto aquella misma noche. Cerca de media noche, cuando todo estaba tranquilo, escepto los buhos y los murciélagos, subieron la colina de la Alhambra y se acercaron á aquella maciza torre rodeada de árboles, y que tan espantosa es por sus tradiciones formidables. A la luz de una linterna se introdujeron por entre las zarzas y las piedras que habian caido del edificio hasta la puerta de una cueva embovedada debajo de la torre. Con paso furtivo y trémulo bajaron los escalones cortados á pico en la roca. Estos escalones conducian á un cuarto húmedo y oscuro, de donde se iba por una segunda escalera á otra cueva mas profunda. De este modo bajaron cuatro pisos pertenecientes á otras tantas cuevas colocadas unas debajo de otras. Pero el suelo de la cuarta no ofrecia ninguna salida, y aunque segun la tradicion hubiese tres mas, las otras cuevas estaban cerradas por un poderoso encanto. El aire de esta última cueva era frio y húmedo, y olia fuertemente á tierra mojada: la luz apenas bastaba á disipar la oscuridad. Los dos se detuvieron un momento en inquieta espectativa. Al fin oyeron el reloj de la torre dar las doce: entonces encendieron la bujía que esparció un perfume de mirra, incienso y estoraque.

El moro leyó de prisa el manuscrito. Apenas habia concluido su lectura, cuando oyeron un ruido semejante á un trueno subterráneo. La tierra se conmovió, y abriéndose el suelo, les descubrió una escalera que bajaron temblando; y vieron á la luz de su linterna que estaban en una cueva, cuyas paredes se hallaban cubiertas de inscripciones árabes. En medio de la pieza habia un gran cofre guarnecido con siete fajas de acero y á cada esquina un moro encantado, armado de punta en blanco, inmóvil como una estatua. Delante del cofre habia varios jarrones llenos de oro, plata y piedras preciosas. Metieron en ellos sus brazos hasta el codo, y sacaron muchas monedas de oro, brazaletes y adornos del mismo metal, con algunos que otro collar de perlas de Oriente. Con todo temblaban y respiraban pavorosamente, llenando sus bolsillos de aquel rico botin, y de cuando en cuando miraban con recelo á los guerreros encantados que estaban sin movimiento, pero que los miraban con ojos fijos y amenazadores. De pronto como heridos de un terror pánico corrieron á la escalera, tropezaron uno con otro por subir mas de prisa, y con el susto tiraron y apagaron la bujía, en cuyo instante se cerró el suelo con un ruido espantoso.

Llenos de terror, no se detuvieron un instante hasta estar fuera de la torre y ver brillar sobre sus cabezas las estrellas. Entonces se sentaron sobre la yerba y partieron los despojos, contentándose por el presente con haber espumado los jarrones, pero prometiéndose volver otra noche para verles el fondo. Para asegurarse de su buena fe mutua, dividieron tambien el talisman: el uno guardó el pergamino, el otro la bujía; y los dos, con el corazon ligero y los bolsillos pesados, volvieron á Granada.

Al bajar la colina, el moro creyó dar un consejo al simple y buen aguador.

«Amigo Peregil, le dijo: este negocio debe quedar en el mas profundo secreto hasta que hayamos sacado todo el tesoro y le tengamos seguro. Si el alcalde sabe la mas mínima cosa somos perdidos.

—¡Y qué verdad es! contestó el gallego: lo he conocido á mi costa; pero contad con mi discrecion.

—Amigo Peregil, continuó el moro: sois un hombre discreto, y no dudo que sepais guardar un secreto; pero teneis muger.

—No sabrá nada de esto, dijo el aguador con tono resuelto.

—Basta; cuento con tu promesa.—

Nunca promesa fue mas positiva ni dada de mejor fe; ¿pero quién puede guardar un secreto á su muger? Seguramente no seria Peregil el aguador, el mas blando y mas tratable de los maridos. Al volver á su casa encontró á su muger enfadada.

«¡Vaya una conducta! esclamó desde que entró. Al fin vuelves despues de haber

andado hasta estas horas sabe Dios donde. Me estraña que no vengas con algun otro moro.» Dicho esto, se echó á llorar y golpeándose el pecho decia: «¡Desgraciada de mí, vaya una suerte! Mi casa arruinada, saqueada por los alguaciles: mi marido, que ya no piensa en ganar el sustento de su familia, y anda dia y noche con moros infieles. ¡Oh, hijos mios, hijos mios, qué será de nosotros! Pediremos limosna por las calles.»

El honrado Peregil se turbó tanto con el dolor de su muger que se echó á llorar tambien. Su corazon, tan cargado como sus bolsillos, necesitaba aligerarse. Sacó de estos últimos tres ó cuatro piezas de oro y las echó en el regazo de su muger. La pobre muger admirada no comprendia lo que significaba aquella lluvia de oro. Pero antes que volviese de su sorpresa, el gallego le enseñó una cadena de oro que hizo brillar á sus ojos: á esta vista dió un salto de gozo y esclamó:

«¡Santísima Vírgen, protegednos! ¿Qué has hecho, Peregil? ¿Habrás robado, asesinado?»

Apenas la pobre muger concibió esta sospecha, se convirtió en certidumbre. Su imaginacion le representó la cárcel y la horca en la que pereceria su marido, y el horror de este espectáculo la hizo caer sumergida en convulsiones.

¿Qué podia hacer el pobre? El solo medio de apaciguar á su muger y conjurar las fantasmas de su imaginacion era referirle la historia de su buena aventura. Con todo no lo hizo hasta haberle exigido el juramento solemne de guardar el mas profundo secreto sobre todo aquello.

Pintar el gozo que sintió seria imposible; abrazó á su marido, y por poco lo ahoga á fuerza de caricias.

«Ahora, muger, ¿qué dices de la herencia del moro? En adelante no me reconvendrás por haber ayudado á un semejante mio en la necesidad, pues ademas de que tenemos una obligacion de hacer lo que podamos para dulcificar las desgracias que aquejen á nuestros semejantes, es una obra de caridad que el Señor nos compensará, dándonos en premio un asilo en la morada de los buenos, segun nos lo manifiesta él mismo en los trabajos infinitamente mayores que padeció por nuestra redencion: asi lo espero.»

El buen gallego se acostó y durmió pacíficamente; pero no lo hizo asi su muger: vació los bolsillos sobre la estera, y pasó la noche contando las monedas de oro, probándose los collares, los pendientes y representándose la figura que haria el dia que le seria permitido gozar de todas aquellas riquezas.

Al siguiente dia el aguador tomó una joya de oro y la llevó á un platero del Zacatin, á quien propuso se la comprase, diciendo que la habia encontrado en las ruinas de la Alhambra. El platero bien conoció que la moneda era árabe y de oro muy fino; pero ofreció la tercera parte de su valor. El aguador quedó contento, y se dió prisa en comprar vestidos nuevos para todos los chicos, juguetes y provisiones para hacer una buena comida. Volvió á su casa, enseñó lo que llevaba, é hizo bailar á sus hijos en torno suyo, mientras él mismo hácia cabriolas en medio de ellos, estasiado en una felicidad paternal mas fácil de imaginar que de describir.

La muger del aguador guardó su secreto dia y medio. Todo este tiempo no hizo mas que ir de casa en casa con aire misterioso, con el corazon hinchado y pronto á reventar; pero al fin se calló. Es verdad que no pudo abstenerse de cierto aire orgulloso, de hacer comentarios sobre sus vestidos rotos, de hablar de comprar una basquiña nueva guarnecida con galones de oro, y una mantilla de encaje; hizo comprender ademas que su marido tenia intencion de abandonar su oficio, que no convenia á su salud; añadiendo que tenian pensado ir á pasar el verano en el campo para que sus hijos respirasen el aire puro de los montes, porque ciertamente no se podia vivir en la ciudad en aquella estacion abrasadora.

Las vecinas se miraban unas á otras al oir estas palabras, y creian que la pobre muger se habia vuelto loca. En cuanto se marchaba, todas se quedaban riendo.

Con todo, si se habia contenido fuera, en

su casa se desquitaba poniéndose y quitando todos los collares y pendientes, adornando su cabeza con una diadema de diamantes y paseándose por su cuarto, parándose de

cuando en cuando delante de un espejo roto para mirarse. En fin, llevada por su vanidad, no pudo resistir al deseo de asomarse á la ventana para gozar del efecto de sus adornos sobre los que pasasen.

La desgracia quiso que Pedrillo Pedrugo, el barbero chismoso, no tuviese nada que hacer, y estuviese sentado en su tienda. Hirió su vista inquisitorial el brillo de los diamantes, corrió á su rejilla, y reconoció á la muger del aguador con sus andrajos, adornada de alhajas como una princesa de Oriente el dia de su boda. No bien hizo un exacto inventario de todos estos adornos, corrió á casa del alcalde. En un momento fue comisionado el alguacil, y el desgraciado Peregil se halló segunda vez en presencia del juez.

—«Miserable, le dijo el alcalde furioso, ¿cómo te has atrevido á negar que el infiel que murió en tu casa no habia dejado mas que esta caja, mientras que tu muger está adornada con diamantes y perlas? ¡Infame, prepárate á devolver los despojos de tu desgraciada víctima, y á morir en la horca, que te reclama hace mucho tiempo!»

El aguador, completamente aterrado, cayó á los pies del magistrado, y le hizo una exacta relacion del modo maravilloso con que habia ganado su fortuna. El alguacil fue despachado para traer al moro que habia ayudado á Peregil á hacer el conjuro. El musulman llegó medio muerto de miedo de encontrarse entre las garras de las arpías legales. Al ver al aguador con la cabeza inclinada, el aire consternado y triste, no pudo dejar de apostrofarle en voz baja al pasar por su lado:

«Bruto, animal, ¿no te habia encargado que no hablases con tu muger?»

La declaracion del moro coincidia perfectamente con la de su asociado; pero sin embargo, el alcalde afectó no creerlo, y los amenazó con la cárcel y con averiguaciones rigurosas.

«Despacio, señor alcalde, dijo el musulman, que habia vuelto á cobrar su sangre fria: no dejemos escapar la fortuna cuando está en nuestras manos. Nadie mas que los que estamos aqui sabe este secreto; guardémosle mutuamente. La cueva contiene tesoros bastante preciosos para enriquecernos todos: consentid en partirlos como hermanos, y se descubrirán; rehusadlo, y la bóveda seguirá cerrada como siempre.»

El alcalde consultó algunos minutos con el alguacil aparte; y este sagaz y viejo zorro le dijo:

«Prometedlo todo hasta que tengais el tesoro en vuestras manos: entonces no dais parte de él, y si el gallego ó su cómplice se atreviesen á murmurar, los amenazais con la hoguera como brujos é infieles.»

El alcalde aprobó el consejo, se acercó al moro y con tono afable le dijo:

«Acabas de referir una historia estraordinaria: será verdadera; pero quiero y debo asegurarme por mí mismo. Esta misma noche repetirás el conjuro en mi presencia. Si en efecto existen esos tesoros, los dividiremos como amigos, y el secreto se quedará entre nosotros. Si me habeis engañado, no espereis perdon.»

El moro y el aguador aceptaron estas condiciones sin titubear, seguros como estaban que el resultado probaria la verdad de sus palabras.

A media noche salió sin hacer ruido el alcalde, acompañado del alguacil y del barbero, bien armados los tres. Llevaban al moro y al gallego como presos, y se habian provisto del asno del último para traer los tesoros que esperaban encontrar. Llegaron á la torre sin haber sido descubiertos, ataron el burro á una higuera, y bajaron hasta la cuarta cueva.

Sacaron el rollo de pergamino, y encendieron la bujía. El moro leyó la fórmula del conjuro: la tierra tembló como la vez primera, y se abrió, produciendo el ruido de un trueno, descubriendo la estrecha escalera. El alcalde, el alguacil y el barbero tuvieron miedo y no se atrevieron á bajar. El moro y el aguador bajaron á la cueva y encontraron los dos guerreros sentados, inmóviles y silenciosos como ya los habian visto. Cogieron dos grandes jarrones llenos de monedas de oro y alhajas, y el gallego los subió uno tras otro; y aunque era robusto y acostumbrado á cargar, se bamboleaba al peso, y declaró que cargando uno á cada lado de las aguaderas del burro seria lo que el animal podria llevar.

«Contentémonos con esto por ahora, dijo el moro. Tenemos en esos dos jarrones todas las riquezas que podemos llevar sin ser descubiertos, y que son suficientes para hacernos tan opulentos como podemos desearlo.

—¿Habeis dejado algunos tesoros en la cueva? preguntó el alcalde.

—Sí, contestó el moro, y el tesoro mas precioso es un cofre grande guarnecido de franjas de acero, lleno de perlas y piedras preciosas.

—Es preciso subir ese cofre sin remedio, dijo el avaro magistrado.

—Yo no vuelvo á bajar mas, dijo el moro enfadado. Un hombre juicioso debe contentarse con tener bastante; tener de mas es cosa superflua ó dañosa.

—Y yo, dijo el aguador, no añadiré un grano mas á la carga de mi burro.»

El alcalde, viendo que sus órdenes, sus amenazas, sus súplicas eran igualmente infructuosas, se volvió á sus dos acompañantes y les dijo:

«Ayudadme á subir ese cofre, y partiremos entre los tres su contenido.»

Hablando asi, bajaba los escalones, y el alguacil y el barbero le acompañaban, aunque con gran repugnancia.

No bien los vió el moro abajo, apagó la bujía encantada. La tierra se cerró con el mismo ruido y las mismas sacudidas, y los tres dignos personajes quedaron enterrados en su seno.

Entonces el musulman se dió prisa á subir las diferentes escaleras, y se detuvo cuando se halló al aire libre; el aguador le seguia.

«¿Qué has hecho, amigo? le dijo cuando hubo descansado. El alcalde y los otros se han quedado encerrados en la cueva.

—Así lo ha dispuesto Alá, contestó devotamente el moro.

—¿Y no tratarás de libertarlos?

—Alá me preserve, replicó el moro pasándose la mano por la barba. Está escrito en el libro del destino que estarán encantados hasta que algun aventurero futuro venga á librarlos deshaciendo su encanto. ¡Hágase la voluntad de Alá!»

Diciendo estas palabras, arrojó la bujía en lo mas espeso de los matorrales.

El mal no tenia remedio y el aguador no pensó mas que en volverse con el moro llevando su burro y su preciosa carga. El bueno de Peregil no pudo dejar por todo el camino de acariciar á su antiguo amigo, que se escapaba contra lo que habia esperado de las garras de la justicia. Difícil seria saber qué le causaba mas alegría, si el tesoro ó el borrico hallado.

Los dos asociados repartieron su botín amistosa y lo mas equitativamente, escepto que el moro, á quien su profesion le daba el gusto de las alhajas, procuró poner en su parte las perlas, diamantes y piedras preciosas, dando por ellas al aguador adornos de oro macizo cinco ó seis veces mas grandes, y con los que este se contentaba mucho. Sin embargo, cuidaron de ponerse ellos y sus fortunas al abrigo de cualquiera accidente, y marchar á pais estrangero. El moro volvió á África, á su ciudad natal.

Tetuan. El gallego, su muger, sus hijos y su asno tomaron el camino de Portugal. Allí, con los consejos y bajo la direccion de su cara y digna mitad, el aguador se hizo un

personaje de importancia, pues siguiendo

—Allá me preserve, replicó el moro, pasándose la mano por la barba. Está escrito en el libro del destino que estarán encantados hasta que algun aventurero futuro venga á libertarlos desencantando su encanto. ¡Hágase la voluntad de Alá!»

Diciendo estas palabras, arrojó la bolsa en

las advertencias de su muger, se vistió de caballero y cambió su nombre familiar de Peregil por el mas sonoro de D. Pedro Gil. Su progenitura creció, prosperó y produjo una generacion de hombres de bien, francos y alegres, pero bajitos y zambos. En cuanto á la señora de Gil, adornada con galones, bordados y encajes desde los pies á la cabeza, fue el modelo de la elegancia vulgar.

El alcalde y sus ayudantes quedaron encerrados bajo la grande torre de los siete pisos, y aun estarán allí probablemente. Si por casualidad llegasen á faltar en España barberos curiosos y chismosos, alguaciles bribones y avaros, ó alcaldes corruptibles, se podria ir á buscarlos; pero si esperan una coyuntura semejante para su libertad, se esponen seguramente á estar encantados hasta el dia del juicio.

# CAPITULO XXII.

## LA ROSA DE LA ALHAMBRA

## Ó

## EL PAGE Y EL HALCON.

Despues de la conquista de Granada por los Reyes Católicos, esta ciudad deliciosa fue por algun tiempo su residencia favorita; pero los terremotos sucesivos que destruyeron varias casas y conmovieron las viejas torres árabes hasta los cimientos la hicieron abandonar.

Muchos años se pasaron sin que Granada tuviese el honor de tener un huésped real. Los palacios de la nobleza estaban cerrados y silenciosos, y la Alhambra, lo mismo que una belleza que va pasando, estaba triste y desierta en medio de sus jardines solitarios. La Torre de las Infantas, antigua residencia de las tres bellas princesas moras, participaba del abandono general: las arañas cubrian las paredes con sus telas, los murciélagos se anidaban en los artesonados dorados de aquellos salones que habian sido hermoseados con la presencia de Zaida, Zoraida y Zulima. Con todo, esta torre habia sido abandonada por motivos diferentes y anteriores á aquellos que impedian habitar el resto del edificio. Algunas ideas supersticiosas se habian espareido por la vecindad. Se decia que el alma de la jóven Zulima, que habia perecido en la torre, se aparecia alguna vez á la luz de la luna sentada al lado de la fuente, ó gimiendo entre las almenas y que algunos al pasar cerca del arroyo habian oido á media noche los sonidos de su laud de plata.

Por fin la ciudad de Granada recibió todavía soberanos en sus muros. Todos saben que Felipe V fue el primer príncipe de la casa de Borbon que reinó en la Península, y que se casó de segundas nupcias con la hermosa Isabel de Parma: todos saben tambien por qué reunion de circunstancias un rey francés y una reina italiana ocuparon el trono de España. Se compuso y adornó la Alhambra con toda la posible diligencia para recibir estos soberanos ilustres. La llegada de la corte cambió totalmente el aspecto de aquel palacio por tanto tiempo solitario. El sonido de las trompetas y tambores, el ruido de los caballos en los patios y avenidas, las armas y banderas que se veian brillar en las almenas, recordaban el antiguo esplendor guerrero de la fortaleza. Una magnificencia de un género mas amable reinaba

en el interior de las habitaciones reales. Se oia en las vastas antecámaras el ruido de la seda de los vestidos, el paso ligero y circunspecto, el acento delicado y modulado de las damas y los cortesanos. Gran número de pa-

ges y camaristas paseaba por los jardines, y los sonidos de la música italiana salian por todas las ventanas.

Entre los que formaban el séquito de los soberanos, se distinguia un jóven caballero, llamado Ruiz Alarcon. Con decir que era uno de los pages favoritos de la reina, está hecho el elogio de sus prendas personales, porque la orgullosa Isabel no admitia en su servicio mas que aquellos que eran notables por las gracias, la belleza ó la elegancia en los modales. Este page tenia diez y ocho años, y su talle esbelto recordaba las formas del jóven Antinóo. Cuando se hallaba en presencia de la reina, era reservado y juicioso; pero en el fondo era un calavera, mimado por todas las damas, y su conocimiento del corazon femenino era superior á su edad.

Una mañana corria este page los bosques del Generalife, que dominan la Alhambra: para divertirse en su paseo habia cogido un halcon favorito de la reina, y viendo un pájaro posado en un árbol, soltó su halcon. El pájaro se elevó en los aires, se arrojó sobre su presa; pero se le escapó, y continuó su vuelo por encima de los bosquecillos, sin cuidarse del page que lo llamaba. Este último siguió con la vista al fugitivo en su vuelo caprichoso, y le vió bajar sobre las almenas de una torre esterior de la Alhambra, construida á la orilla de un riachuelo que separaba esta fortaleza del territorio del Generalife. Era la Torre de las Infantas.

El page bajó al arroyo y se acercó á la torre; pero no tenia entrada por aquella parte, y su altura prodigiosa hacia imposible su escalo: buscando, pues, una puerta, hizo un largo rodeo para llegar al lado de la torre que corresponde al interior de las murallas.

Delante de la torre habia un jardinito cercado de una empalizada cubierta de mirto: abrió la reja, y pasando por medio de los cuadros de rosales, se acercó á la puerta: estaba cerrada. Sin embargo, un agujero que habia en la pared le facilitó ver el interior. Vió una salita de arquitectura árabe, cuyas paredes estaban adornadas de esculturas y arabescos, y que en medio de las columnas esbeltas que habia en ella corria una fuente rodeada de rosales. En el centro de la sala habia una jaula suspendida que encerraba un pájaro; debajo de la jaula dormia un hermoso gato sobre un sillon, próximo á una mesa, en la que habia objetos pertenecientes á labores femeninas; cerca de la fuente habia un laud adornado de cintas.

Ruiz de Alarcon quedó altamente sorprendido al ver en una torre que creia deshabitada estos vestigios de elegancia femenina. Se acordó de los cuentos que circulaban sobre la Alhambra, y pensó que el gato dormido podria ser una princesa.

Llamó quedito á la puerta: un rostro hermoso como el de un ángel se asomó á una ventanita superior; pero inmediatamente se retiró. Aguardó esperando siempre que abririan la puerta; pero aguardó en vano. No se escuchaba el mas leve ruido en las habitaciones; todo estaba silencioso: ¿sus ojos le habian engañado? ¿ó bien esta hermosa aparicion era una hada que habitaba la torre? Llamó de nuevo y con mas fuerza. Un instante despues volvió á aparecer el hermoso rostro: era una jóven de quince años mas fresca que la rosa.

El page se quitó inmediatamente su sombrero con plumas, saludando con gracia, y pidió en los términos mas políticos se le permitiese subir á la torre para buscar su halcon estraviado.

«No me atrevo, señor, contestó la jóven ruborizándose: mi tia me lo ha prohibido.

—Os lo pido encarecidamente, hermosa jóven: ese pájaro es el favorito de la reina; no puedo volver al palacio si no me lo llevo.

—¿Sois, pues, un caballero de la corte?

—Sí, hermosa niña: perderia el favor de la reina y mi destino si no volviese con el halcon.

—¡Santa María! Justamente á los malos caballeros de esa corte es á quienes mi tia me ha encargado especialmente que cierre la puerta.

—Está muy bien hecho el cerrarla á los malos caballeros sin duda; pero yo no soy de esos: soy solo un pobre page, muy inocente, que se verá perdido, arruinado, si le negais lo que pide.»

El corazon de la jóven se conmovió de la afliccion del page: lástima era por cierto que causase su ruina por una falta tan ligera de complacencia. Ademas podia no ser del número de aquellos seres peligrosos que su tia le habia pintado como especie de caníbales, dispuestos á devorar las jóvenes imprudentes: ¡este era amable, modesto; tenia un aire tan cortés, tan respetuoso, con su sombrero en la mano! ¡su rostro era tan hermoso!

El astuto page conoció que la guarnicion pensaba capitular, y redobló sus ruegos en términos tan urgentes, que era superior á las fuerzas de una muger el resistirse. Asi, pues, la jóven guarda de la torre bajó y abrió la puerta con mano trémula.

Si el page se habia admirado á la simple vista de las hermosas facciones de la jóven, se quedó estático cuando todas estas bellezas se ofrecieron á su vista.

Su corpiño andaluz y su elegante basquiña dibujaban sus delicados contornos con una proporcion perfecta, manifestando no habian aun llegado á su total desarrollo. Sus negros y brillantes cabellos estaban divididos sobre su frente con escrupulosa exactitud. Una fresca rosa, segun la costumbre del pais, era todo el adorno de su peinado. El ardor del sol en aquel clima abrasador habia tostado ligeramente su tez; pero esto hacia resaltar mas el vivo sonrosado de sus mejillas y el brillo de sus hermosos y apacibles ojos.

Ruiz de Alarcon reparó en todo esto con una mirada, porque no habia que perder tiempo. Pronunció algunas palabras de agradecimiento, y subió corriendo la escalera de la torre, recogió el halcon, y volvió á bajar con él en el puño.

En esto la jóven se habia sentado al lado de la fuente, y procuraba devanar una madeja de seda; pero con su turbacion dejó caer el ovillo. El page le levantó al punto, y doblando una rodilla con galantería, lo presentó á la jóven: al alargar esta la mano para tomarle, imprimió en aquella hermosa

mano un beso mas ardiente que ninguno de los que habia impreso en la real mano de su soberana.

«¡Ave María, señor! esclamó la jóven ruborizándose de sorpresa y confusion, porque nunca habia recibido una galantería semejante.»

El modesto page pidió mil perdones, y le aseguró que era la costumbre de la corte para esplicar asi el mas profundo respeto.

La cólera de la jóven, si es que la habia tenido, se tranquilizó luego; pero siguió con su turbacion y agitada, y con los ojos bajos, ruborizándose cada vez mas y enredando la madeja que queria devanar.

El page conoció la confusion que reinaba en el campo enemigo: de buena gana se hubiera aprovechado; pero cuantas palabras iba á pronunciar espiraban en sus labios.

Sorprendido estaba al verse intimidado ante una inocente jóven de quince años, despues de haber figurado con tanta gracia y descoco en las tertulias de las damas mas esperimentadas de la corte.

La inocente jóven tenia en efecto en su pudor y en su inocencia defensores mas seguros que las puertas y cerrojos de su tia. Pero ¿qué corazon femenino resiste á las primeras emociones del amor? La inocente niña, con toda su inocencia, comprendió lo que los trémulos labios del page querian en vano esplicar; y su pecho palpitó cuando vió por primera vez un amante á sus pies.

Sin embargo, la timidez del page, aunque sincera, fue de corta duracion; y ya iba recobrando su confianza y serenidad acostumbradas, cuando se oyó una voz agria.

«¡Mi tia vuelve de misa! esclamó la jóven asustada. ¡Por Dios, señor, idos!

—No me voy si antes no me concedeis como una memoria vuestra esa rosa que adorna vuestros cabellos.»

Se apresuró á sacar la flor de entre sus negras trenzas, y dijo avergonzándose:

«Tomadla; pero marchaos, os lo suplico.»

El page tomó la rosa, la llenó de besos, como igualmente la hermosa mano que la daba, se puso el sombrero, y llevando en el puño el halcon, salvó en dos ó tres saltos el jardinito, llevándose consigo el corazon de Jacinta.

Cuando entró la buena de la tia en la torre, notó en la agitacion de su sobrina el desórden que reinaba en la habitacion: una palabra fue suficiente para esplicarla todo: un halcon habia perseguido á su presa hasta la sala.

«¡Dios nos ayude! un halcon volar hasta el interior de la torre. ¡Vióse nunca atrevimiento semejante! ¡Pues que el pájaro en la jaula no estará ya seguro!»

La vigilante Fredegunda era una dueña anciana y esperimentada. El terror y la desconfianza que le habia siempre inspirado lo que llamaba el sexo enemigo, se habian aumentado gradualmente por un largo celibato. Esto no nacia de que hubiese sufrido con los artificios de los hombres: la naturaleza la habia provisto de una defensa suficiente con la fealdad de su rostro; pero es sabido que las mugeres que menos tienen que temer estan mas dispuestas á velar sobre las vecinas, que estan mas espuestas á la seduccion.

Su sobrina era hija huérfana de un militar, se habia criado en un convento, y hacia poco habia venido á estar bajo la tutela de su tia. Semejante á una rosa que florece oculta en un matorral, vejetaba en el asilo solitario donde la guardaban los vigilantes cuidados de su tia: no hemos empleado esta comparacion por ornato, porque la temprana belleza de esta jóven habia llamado la atencion aun en su soledad, y todos los vecinos de aquellas cercanías, con el talento poético particular de los andaluces, la habian apellidado *la Rosa de la Alhambra*.

La tia redobló su vigilancia mientras estuvo la corte para librar á su sobrina de las uñas de los halcones, título que regalaba á todos los cortesanos, á causa de la prevencion que la animaba contra ellos, y quien ademas estaba íntimamente convencida de que con gran dificultad podria hallarse entre ellos otra cosa que seducciones para pervertir á las jóvenes, y se felicitaba del buen resultado de sus medidas. Por las noches solian oirse canciones acompañadas con la guitarra en los bosquecillos que circundan la torre, y esto causaba alguna inquietud á la buena tia; pero en estas ocasiones aconsejaba á su pupila que no diese oidos á estas músicas pérfidas, asegurándola que este era uno de los medios empleados por el sexo enemigo para engañar y perder á las jóvenes imprudentes; pero ¿qué puede hacer un sermon frio contra una serenata dada á la luz de la luna?

Por fin Felipe V, abreviando la jornada que debia pasar en Granada, partió con todo su séquito. La vigilante Fredegunda fue á ver salir la brillante comitiva por la puerta de la Justicia. Asi que perdió de vista el último estandarte, se volvió triunfante á la torre, satisfecha de verse libre en adelante de la vigilancia continua á que se habia visto con-

denada por la presencia de la corte. Sorprendida quedó al ver un hermoso caballo árabe atado á la puerta del jardin. Vió horrorizada por entre los rosales á un jóven ri-

camente vestido arrodillado á los pies de su sobrina. Al ruido que hizo se levantó este, pronunció un tierno á Dios, salvó ligeramente la distancia, saltó en su caballo, y se perdió de vista en un instante.

La sensible Jacinta, en su mortal afliccion, olvidó todo temor de desagradar á su tia, y echándola al cuello sus brazos prorumpió á llorar.

«¡Desgraciada de mí! decia sollozando, se ha marchado; no le veré mas.

—¡Se ha marchado! Pero ¿de quién hablas? ¿Quién es ese jóven que he visto á tus pies?

—Un page de la reina, querida tia, que ha venido á despedirse de mí.

—¡Un page de la reina, hija mia! dijo la vigilante Fredegunda con voz alterada. ¿Y cuándo y cómo has conocido á ese page?

—El dia que el halcon vino á la torre; era el alcon de la reina, y el page vino en su busca.

—¡Ah hija imprudente! sabe que los halcones mas peligrosos son estos pages libertinos, y precisamente hacen su presa en pájaros inocentes como tú.»

La tia al principio se irritó al saber que á despecho de la vigilancia que tanto habia encomiado, los jóvenes amantes habian seguido una tierna correspondencia á su misma vista; pero cuando conoció que la sencilla jóven, aunque espuesta, sin rejas ni cerrojos para protegerla á todos los artificios del sexo enemigo, habia salido pura de esta lucha terrible, se consoló creyendo que esta dicha era debida á las máximas prudentes y virtuosas que la habia inculcado.

Mientras que la tia hacia estas reflexiones como calmante á su orgullo ofendido, la sobrina recordaba para grabarlos en su corazon los juramentos y protestas de fidelidad tantas veces repetidos por el page. Pero ¿qué es el amor de un hombre errante? Un arroyo vagamundo que acaricia las flores de sus orillas, pasa y las deja bañadas de lágrimas.....

Los dias, las semanas, los meses, se pasaban sin que se recibiesen noticias del page. Las granadas maduraron, la vid dió su fruto, las lluvias de otoño bajaron convertidas en torrentes de los montes, la Sierra Nevada se cubrió con su capa blanca, y los vientos helados del invierno zumbaron en las desiertas salas de la Alhambra; no vino. La hermosa primavera volvió con sus cantos, con sus flores y su atmósfera embalsamada; las nieves se derritieron, y desaparecieron gradualmente, escepto en la cima de la sierra: no se volvió á oir hablar del page inconstante.

Entre tanto la infeliz Jacinta iba cada dia quedándose mas pálida y melancólica. Sus antiguas faenas, sus distracciones la fastidiaban; sus madejas de seda estaban embrolladas, su guitarra destemplada, abandonadas sus flores: ya no escuchaba los gorgeos de su pajarito; y sus ojos, antes tan brillantes y serenos, estaban cubiertos de lágrimas. Si hay algun retiro solitario propio para alimentar los tiernos pesares de una hermosa abandonada, es sin disputa la Alhambra, donde cada objeto parece hecho para inspirar amorosas ilusiones. Para dos amantes es un paraiso; pero ¡cuán triste es para una bella sola, y no solamente sola, pero abandonada!

«Desgraciada hija mia, decia la prudente, la inmaculada Fredegunda cuando veia á su sobrina en uno de sus accesos de tristeza: ¿no te habia advertido que te guardases de las astucias de esos hombres malos? Ademas ¿qué podias esperar de una familia orgullosa y ambiciosa, tú, pobre huérfana, descendiente de una casa pobre y abatida? Ten por seguro que aun cuando tu amante hubiese sido fiel, su padre, uno de los nobles mas orgullosos de la corte, se hubiera siempre opuesto á su enlace con una jóven oscura y sin fortuna como tú. Resígnate á tu suerte, y aparta de tu imaginacion semejante idea.»

Los consejos de la inmaculada Fredegunda no servian mas que para irritar los pesares de su sobrina; pero procuró ocultarlos á su tia. Una noche calurosa de estío se habia quedado hasta muy tarde, despues de retirarse su tia, en la sala de las fuentes, y sentada cerca de ella traia á la memoria sus amores: allí el page inconstante arrodillado á sus pies habia besado por primera vez su mano: allí le habia jurado repetidas veces serle fiel. El corazon de la pobre niña se hallaba oprimido de tristes y tiernos recuerdos, sus lágrimas corrian abundantemente y aumentaban el raudal de la fuente: de pronto el agua cristalina se agitó por grados, y empezó á hervir; á pocos instantes se elevó de entre sus ondas una hermosa figura de muger, vestida ricamente á lo moro.

Jacinta se sorprendió y atemorizó tanto, que salió de la sala y no se atrevió á volver á entrar. Al dia siguiente refirió á su tia lo que habia visto; pero la buena señora le dijo que eran visiones de su calenturienta imaginacion, ó tal vez que se habria quedado dormida al lado de la fuente y habria soñado.

«Te habrás acordado de la historia de las tres princesas moras que han habitado esta torre, y su recuerdo se ha confundido en tus sueños.

—¿Qué historia, tia mia? Jamás he oido hablar de ella.

—Por fuerza habrás oido hablar de las tres princesas Zaida, Zoraida y Zulima que el rey su padre tenia encerradas en esta torre y que consintieron en huir con tres caballeros cristianos. Las dos mayores ejecutaron su proyecto; pero la tercera no tuvo valor para efectuarlo, y dicen que murió en esta torre.

—Ahora me acuerdo de todo eso, dijo Jacinta. Me acuerdo haber llorado muchas veces pensando en la suerte de la amable Zulima.

—Y no sin motivo llorabas, porque su amante fue uno de tus abuelos. Por mucho tiempo estuvo inconsolable de la pérdida de su princesa mora; pero el tiempo mitigó su dolor, y se casó con una dama española, de cuya union desciendes.»

Jacinta reflexionó profundamente en estas palabras:

«Estoy segura, se decia á sí misma, que lo que he visto no es una vision de mi imaginacion. Si en efecto es el alma de Zoraida la que he visto vagar en la torre, ¿qué puedo temer de ella? Esta noche velaré al lado de la fuente: tal vez repita su visita.»

A la media noche, cuando todo estuvo tranquilo, vino á sentarse en la sala. A la primera campanada del reloj de la Alhambra la fuente se agitó como la víspera, empezó á hervir, y de sus ondas salió la dama mora. Era jóven y hermosa, sus vestidos brillaban con el oro y pedrería de que estaban cubiertos, y llevaba en su mano un laud de plata. Jacinta temblaba, y estaba próxima á desmayarse; pero la tranquilizó la voz dulce, al par que doliente, de la fantasma, y la espresion cariñosa de su rostro pálido y melancólico.

«Hija de los hombres, dijo, ¿qué causa produce tu afliccion? ¿Por qué turbas mi fuente con tus lágrimas? ¿Por qué interrumpes el silencio de la noche con tus suspiros y quejas?

—Lloro la perfidia de los hombres; me quejo de mi soledad y abandono.

—Ten ánimo; tus penas pueden concluir. En mí ves una princesa mora, que lo mismo que tú fue desgraciada en sus amores. Un caballero cristiano antepasado tuyo conquistó mi corazon, y debia llevarme á su patria y al seno de la iglesia cuya fe profesaba. Yo me habia convertido de corazon á esta fe; pero en el momento de huir no tu-

se valor, estuve algun tiempo indecisa. Para castigarme de esta culpa, Dios ha permitido á los espíritus malos ejerzan su poder sobre mí; y estoy encantada en esta torre y lo estaré hasta el momento en que una mano cristiana quiera romper el encanto. ¿Quieres acometer esta empresa?

—Si quiero, contestó la jóven trémula.

—Ven, pues, y nada temas. Mete la mano en la fuente, echa agua sobre mi cabeza y pronuncia las palabras del bautismo cristiano: asi se destruirá el encanto, y mi alma en pena encontrará descanso.»

La jóven se adelantó con paso trémulo; metió su mano en la fuente, sacó en su hueco agua y la echó sobre el pálido rostro de la fantasma.

Esta se sonrió con inefable benignidad, dejó caer su laud á los pies de Jacinta, cruzó sus blancas manos sobre su pecho, y se desvaneció en el aire como la lluvia formada por el caño de la fuente.

Jacinta salió de la sala llena de terror y espanto. No pudo dormir en toda la noche, y cuando al amanecer se despertó, despues de un sueño corto y agitado, creyó que aquella escena singular era un sueño que habia tenido. Al entrar en la sala vió la prueba de la verdad de aquella aventura en el laud de plata que brillaba á los rayos del sol naciente.

Corrió á ver á su tia y la contó lo que le habia sucedido. Como esta dudase, la obligó á que fuese á ver el laud como testimonio de la verdad de su historia. Si la buena señora conservaba aun alguna duda, se disipó cuando Jacinta tocó este instrumento, porque sacó sonidos tan dulces y armoniosos, que el corazon de la inmaculada Fredegunda, region perpetua de un invierno glacial, sintió una tierna conmocion. Solo una melodía sobrenatural podia producir tal efecto.

El poder estraordinario del laud se hizo cada dia mas evidente. Cualquiera que pasase cerca de la torre quedaba detenido como por un encanto, y estaba inmóvil en dulce éxtasis, sin atreverse apenas á respirar. Los pájaros de los jardines circunvecinos paraban sus gorgeos para escuchar aquella deliciosa melodía.

Pronto cundió la fama de aquel suceso. Los habitantes de Granada iban en gran número á la Alhambra para escuchar algunas notas de la música divina que se oia en las cercanías de la Torre de las Infantas.

Al fin la amable música salió de su retiro. Los ricos, los poderosos de la tierra trataban á porfia de festejarla y recibirla del modo mas honorífico, ó por mejor decir, disputaban entre sí quién poseeria los encantos del laud para atraer á su casa el enjambre de desocupados que eran de moda. La vigilante tia la acompañaba á todas partes, velando como un dragon á su lado, y teniendo á raya á los numerosos y apasionados admiradores que su melodía y belleza volvia locos. La fama de su armonía voló de ciudad en ciudad. Málaga, Sevilla, Córdoba esperimentaron á su vez la fuerza de este encanto: en toda Andalucía no se hablaba mas que de la hermosa música de la Alhambra. No es estraordinario produjese un efecto semejante en un pueblo tan sensible á la música y tan galante, cuando era tan hermosa y tañia un instrumento dotado de un poder mágico.

Mientras dominaba este furor musical en Andalucía, reinaban en la corte tristes manías. Sabido es que Felipe V fue un desgraciado hipocondriaco, sujeto á las mayores

rarezas. Ya se quedaba en la cama semanas enteras quejándose de males imaginarios:

ya queria absolutamente abdicar con gran disgusto de la reina, que no podia soportar la idea de descender del trono, y que sabia tener el cetro de su imbécil esposo con mano hábil y firme.

Para disipar los accesos de la hipocondría del rey, no se encontraba remedio mas eficaz que la música: por eso cuidaba la reina de tener en su corte los primeros talentos de este arte, y el célebre cantante Farinelli podia llamarse el primer médico de su magestad.

En la época de que hablamos, una manía mas estravagante que las demas se habia apoderado de la imaginacion del infeliz rey. Despues de un largo retiro por una enfermedad imaginaria, contra la cual se habian estrellado todos los esfuerzos músicos de Farinelli y los conciertos de la escogida orquesta de la corte, el monarca se figuró un dia que daba el último suspiro, y desde aquel momento se consideró como realmente muerto.

Esta manía hubiese sido muy inocente, y aun muy cómoda para la reina y los cortesanos, si el imaginario difunto hubiese querido permanecer en el reposo que conviene á un muerto; pero con gran sentimiento de todos, el rey insistia en que se celebrasen las ceremonias fúnebres convenientes en aquel caso: se enfadaba mucho de ver que no le enterraban, y reconvino vivamente á sus cortesanos por esta culpable é irreverente negligencia para con él. Embarazosa era la posicion. Desobedecer las órdenes formales del soberano era una cosa monstruosa, inaudita en aquella corte obsequiosa y ceremoniosa; por otra parte, obedecerle enterrándole vivo era un verdadero regicidio.

Estando afligidos con este suceso, oyó casualmente la reina hablar del menestral femenino que encantaba á los andaluces con su melodía, y se apresuró á mandarla venir á San Ildefonso, donde á la sazon se hallaba la corte.

Pocos dias despues, en el momento que su magestad se paseaba con sus damas en sus magníficos jardines, donde se habia procurado rivalizar con las bellezas magestuosas de Versalles, la célebre tocadora del laud le fue presentada. Isabel contempló algunos instantes la juventud, el aire sencillo y modesto de aquella criatura, con la que todos enloquecian. Vestia el trage pintoresco de su provincia, y llevaba en la mano su laud: de pie delante de la reina, estaba con los ojos bajos; pero la frescura de sus colores y su sencilla hermosura mostraban era la Rosa de la Alhambra.

Su tia, la vigilante Fredegunda, la acompañaba, y refirió su genealogía á la reina, que deseó saber todo lo que concernia á la interesante jóven. Si el solo aspecto de Jacinta habia prevenido en su favor á la orgullosa Isabel, la benevolencia de esta princesa se aumentó cuando supo que descendia de una familia noble, pero pobre, y que su padre habia muerto combatiendo lealmente por su rey.

«Si el poder de tu música iguala á lo que cuentan, dijo la reina, si consigues desterrar el humor sombrío que se ha apoderado de tu soberano, me encargo de tu fortuna, te colmaré de riquezas y honores.»

Impaciente por hacer la prueba, la reina llevó inmediatamente á la jóven á la cámara del maniático monarca.

Jacinta la siguió con los ojos bajos por entre los guardias, cortesanos y damas. Llegaron á un cuarto entapizado de negro. Las ventanas estaban herméticamente cerradas para que no penetrara la luz del dia: infinidad de velas de cera amarilla, encendidas y colocadas en candelabros de plata, esparcian una claridad lúgubre que permitia distinguir vagamente las figuras mudas é inmóviles de los asistentes al duelo, y á los cortesanos que andaban por la sala á pasos mesurados, y que procuraban arreglar sus rostros con el color de sus vestidos. Sobre un catafalco, en un féretro descubierto, yacia el muerto voluntario, las manos cruzadas sobre el pecho, y enseñando solo la punta de las narices.

La reina se adelantó en silencio, indicó á Jacinta un taburete en un rincon oscuro, y la hizo señas que se sentase y empezase.

Al principio tocó el laud con mano trémula; pero tranquilizándose gradualmente,

hizo oir sonidos de una melodía tan dulce, que todos los que los oian no podian creer procediesen de una simple mortal. El monarca, que ya se creia en el mundo de los espíritus, creyó era una música celestial. Varió sus temas, y uniendo al fin su voz al instrumento, cantó uno de los antiguos romances que pintan la gloria de la Alhambra y las hazañas de los árabes. Su alma entera se comunicó á su canto, porque los recuerdos de la Alhambra la traian á la memoria sus amores, sus desgracias. La estancia funeraria resonó con sus acentos vivificantes, penetraron hasta el entristecido corazon de Felipe: levantó la cabeza, miró en torno suyo; se sentó, sus ojos se reanimaron, y de pronto saltando del lecho mortuorio, pidió su espada y broquel.

El triunfo de la música, ó mas bien el del laud encantado, era completo. El diablo de la melancolía huyó, y se vió, por decirlo asi, resucitar un muerto. Se abrieron las ventanas; el brillante esplendor del sol español disipó las tinieblas de la sala mortuoria; todas las miradas buscaban á la amable encantadora: el laud se habia caido de sus manos, y ella misma hubiera caido desmayada á los pies de la reina si no la hubiese recibido en sus brazos y estrechado en su seno Ruiz de Alarcon.

La boda de esta dichosa pareja se celebró con gran magnificencia.

Pero detengámonos un instante: mis lectores me preguntarán cómo justificó Ruiz de Alarcon su largo olvido. La oposicion de un padre anciano, avaro y fanático en su nobleza, habia causado todo el mal: ademas los jóvenes que se aman sinceramente no estan mucho tiempo renidos, y la alegría de volverse á ver les hace olvidar pronto sus mutuas faltas.

¿Pero cómo su anciano padre, avaro y fanático en su nobleza, pudo consentir en su union?

Sus escrúpulos fueron fácilmente disipados con dos ó tres palabras de la reina, sobre todo cuando vió los favores de que colmaba á su hermosa favorita. Por otra parte, sabido es que el laud de Jacinta tenia un poder mágico, capaz de triunfar del corazon mas duro y del carácter mas obstinado.

¿Y qué se hizo del laud encantado?

¡Oh! eso es lo mas curioso de la historia y lo que prueba evidentemente su realidad. Este laud lo poseyó la familia de Alarcon; pero segun se asegura, Farinelli le robó por celos de artista. A la muerte de este cantante, cayó en poder de personas que ignorando su poder fundieron la plata, y emplearon sus cuerdas en encordar un violin viejo de Crémona. Estas cuerdas conservaron una parte de la virtud del instrumento, y la comunicaron á aquel en donde fueron puestas.

Dos palabras al oido, amigo lector; pero que se quede entre los dos. Este violin encanta aun á todo el mundo: ¡es el violin de Paganini! que por muerte de este ha pasado á manos de su discípulo Robbio.

# CAPITULO XXIII.

## EL VETERANO.

Entre las amistades originales que hice en mis escursiones en el recinto de la fortaleza, fue una de ellas un antiguo y valiente coronel de inválidos, que habitaba, anidado como un halcon, en lo alto de una de las torres árabes. Su historia, que le gusta referir, es un tejido de esas aventuras y desgracias que hacen la vida de la mayor parte de los españoles de marca, tan variada y singular como la de Gil Blas.

Pasó á América á la edad de catorce años, y cuenta, entre los acontecimientos mas notables y felices de su vida, sus entrevistas con el general Washington. Desde aquella época ha tomado parte en todas las guerras de su patria: puede dar una noticia exacta de todas las cárceles y calabozos de la Península; ha perdido una pierna, y está estropeado de todos sus dedos: en fin, se le puede mirar como un monumento vivo de las turbulencias de la España, pues que lleva sobre su persona las cicatrices de todas sus batallas y de todas sus revueltas, del mismo modo que estaba señalado por una cuchillada cada año el árbol de Robinson. La desgracia de este digno caballero es de haber mandado en Málaga en un tiempo de peligros y confusion, y haber sido nombrado general por los habitantes para protejerlos contra la invasion francesa. Esta circunstancia le ha dado tan justos derechos á reclamar la atencion y la justicia del gobierno, que me temo termine sus dias en la triste ocupacion de escribir ó hacer imprimir sus memorias. Para componerlas y darlas á luz, fatiga su cabeza, agota su bolsa y atormenta á sus amigos, que no pueden visitarle sin oir leer algunos de estos mortales documentos, de los cuales siempre tiene en el bolsillo una docena. Como este personaje hay una infinidad en España, y apenas se puede dar un paso sin encontrar algun mérito olvidado, maldiciendo en un rincon injusticias, reales ó imaginarias. Cuando un español tiene un pleito ó alguna reclamacion sobre perjuicios que cree le ha irrogado el gobierno, puede considerarse como empleado para el resto de sus dias.

Iba á menudo á visitarle á su habitacion, en la *Torre del Vino*. Su cuartito, arreglado con disciplina militar, dominaba sobre la vega: tres carabinas y un par de pistolas brillantes como el sol estaban colgadas en la pared, con un sable y un baston, y encima

de las armas habia dos sombreros de tres picos, uno para la parada y otro para diario. Una mesita, en la que habia media docena de libros, formaba su biblioteca, entre la cual se hallaba un tomito de máximas filosóficas, su lectura favorita: todos los dias le ojeaba y le meditaba, aplicándose cada máxima, por poco que tuviese alguna ligera idea de amargura é hiciese relacion á las injusticias del mundo.

Tal como le he pintado, tenia buen corazon y muy buena sociedad; y cuando olvidaba sus agravios y filosofía, tenia una conversacion agradable.

Me gustan estos antiguos militares, que han estado espuestos á tantos peligros y aventuras, que han tenido una vida tan trabajada; la relacion de sus anécdotas de campaña me ha interesado siempre.

En una de las visitas que le hice me contó algunos hechos curiosos relativos á un antiguo comandante del palacio que parece haber tenido con él conexiones singulares de carácter y fortuna. Estos hechos han sido corregidos y aumentados por las noticias que he adquirido, informándome de los inquilinos mas antiguos de la Alhambra, y sobre todo del padre de Mateo Jimenez, cuyo héroe favorito es el personaje que voy á presentar á mis lectores en las siguientes historietas.

# CAPITULO XXIV.

## EL GOBERNADOR Y EL SECRETARIO.

HACE muchos años que el gobierno de la Alhambra fue confiado una vez á un anciano caballero, que habiendo perdido un brazo en la guerra, era conocido generalmente con el nombre del *Gobernador manco*. Este veterano se gloriaba de su larga carrera militar: llevaba bigotes que le subian hasta los ojos, botas de montar y una espada toledana tan larga como una pica, y en cuya taza guardaba su pañuelo

Lo que mas le distinguia era su delicadeza sobre los puntos de etiqueta, y su firmeza en conservar sus privilegios y dignidades. Bajo su gobierno las prerogativas de la Alhambra, como sitio real, fueron severamente observadas. Solo á pocas personas y de cierto rango les permitia entrar en la fortaleza con armas de fuego ó con espada; y los que se presentaban á caballo se veian obligados á bajar de él delante de la puerta principal y llevarlo de la brida. Como la colina de la Alhambra se eleva en el centro de la ciudad de Granada, de la cual parece ser una escrescencia, debia ser en todo tiempo un motivo de disgusto para el capitan general que manda en todo aquel reino el tener así á la vista un pequeño puesto independiente de su autoridad y en medio de su jurisdiccion. En la ocasion presente este disgusto se hacia notar de un modo mas desagradable por efecto del carácter rígido y celosa suspicacia del anciano gobernador, que tomaba el cielo con las manos á la menor cuestion de autoridad ó jurisdiccion; y el modo de vivir de la gente sin conciencia que se habia poco á poco refugiado en el recinto del fuerte como á un sagrado, daba ocasion muchas veces á semejantes contestaciones.

En este estado de cosas, el capitan general y el gobernador estaban siempre de punta y en hostilidad; pero sobre todo el último, que se reconocia el mas inferior, se encontraba mas irritado y mas obstinado cuando se trataba de defender su dignidad, como el mas débil de dos reyes vecinos es siempre mas exigente sobre el punto de honor. El palacio del capitan general está situado en la Plaza Nueva, cercano á la colina de la Alhambra, y siempre está lleno de tropas, criados, funcionarios públicos, en fin, toda clase de personas atraidas por sus negocios, ó por hacer la corte á la primera autoridad del reino. Un bastion de la fortaleza domina la plaza, y el palacio está enfrente de este úl-

timo: sobre este bastion el gobernador acostumbraba pasearse vestido de gran uniforme, ceñida su espada toledana, y acechando á su rival como un halcon desde un árbol seco espía la presa que ansía devorar.

Siempre que iba á la ciudad iba de gran parada, á caballo, rodeado de sus guardias, ó bien en su coche de ceremonia, antiguo y pesado edificio español, de madera esculpida y cuero dorado, tirado por ocho mulas, y al rededor del cual marchaban criados y lacayos, mientras le precedian batidores. En estas ocasiones el digno gobernador se lisonjeaba escitar en todos aquellos que le contemplaban la admiracion y veneracion que creia eran debidas á un virey. Los burlones de la ciudad, sobre todo los que visitaban al capitan general, se reian de esta pompa en miniatura, y haciendo alusion al carácter de los súbditos de este potentado, le llamaban el rey de los pobres.

Uno de los motivos que mas disputas ocasionaba entre estos dos rivales era el derecho que reclamaba el gobernador de hacer pasar por la ciudad sin pagar derechos, ni sufrir registro, todas las cosas necesarias para su uso ó el de su guarnicion. Gradualmente este privilegio habia dado lugar á un contrabando escandaloso. Infinidad de contrabandistas habitaban las cabañas de la fortaleza y las cuevas de sus cercanías, y sus negocios prosperaban por medio de connivencia con los soldados de la guarnicion.

Estos abusos llamaron finalmente la atencion del capitan general. Consultó á su consejero legal, á su *fac totum*, un astuto escribano, que se alegraba con toda su alma siempre que podia molestar al viejo potentado de la Alhambra, y envolverlo en algun negocio litigioso.

Aconsejó al capitan general insistiese en el derecho de registrar cuantos géneros entrasen en la ciudad, y redactó una larga carta en la que establecia este derecho.

El Gobernador manco, soldado viejo que no sabia mas que marchar adelante, y cortar y romper las dificultades, aborrecia á los curiales mas que al demonio, y á este escribano mas que á todos juntos.

«¿Cómo, dijo, rizándose fieramente su bigote, el capitan general me lanza este hombre de pluma para embarazarme y confundirme con sus sutilezas? Pues bien: yo le haré ver que un soldado viejo no se deja llevar por los curiales.»

Tomó la pluma y escribió con mano torpe una carta muy breve, en la cual apoyaba simplemente su derecho de libre tránsito, y amenazaba á cualquier dependiente del resguardo que fuese osado á poner su profana mano sobre géneros protegidos por el pabellon sagrado de la Alhambra. Mientras esta cuestion se agitaba entre las dos autoridades, acontenció que una mula cargada de provisiones para la fortaleza se presentó á la puerta del Genil, por la cual era preciso pasar para atravesar la ciudad, y de alli subir á la colina. Este convoy era escoltado por cierto viejo, cabo de escuadra, gruñon, al par que valiente, que habia servido mucho tiempo á las órdenes del gobernador, y á quien este estimaba mucho por parecérsele y ser tan duro, tan inflexible como su hoja de Toledo. Al acercarse á la puerta de la ciudad, el cabo colocó el pabellon de la Alhambra sobre la albarda de la mula, y tomando él mismo una posicion perfectamente perpendicular, marchó adelante con la cabeza erguida, pero mirando á todos lados como un perro que pasa cerca de un enemigo y se prepara á recibirle.

«¿Quién va allá? dijo el centinela.

—Soldado de la Alhambra, contestó el cabo sin volver la cabeza.

—¿Qué llevais ahí?

—Víveres para la guarnicion.

—Adelante.»

El cabo continuó su camino seguido del convoy; mas apenas habia dado algunos pasos, una partida del resguardo se echó sobre él.

«Alto, gritó el gefe: para, arriero, y ábrenos tus fardos.»

El cabo se volvió, se puso en órden de batalla y les dijo:

«Respetad el pabellon de la Alhambra: estos objetos son para el gobernador.

—Nosotros nos burlamos completamente

del gobernador y de su pabellon. Arriero, párate he dicho.

—Entonces detened el convoy á vuestra

cuenta y riesgo, dijo, preparando su fusil: arriero, anda.»

El arriero dió un fuerte latigazo á la mula; el dependiente echó mano á la brida, y el cabo apuntándole disparó y lo dejó muerto.

Al instante se alborotó toda la calle. Prendieron al agresor, y despues de haber sufrido los puntapies y puñadas que el populacho español administra generalmente como rigores de la ley, fue cargado de cadenas y llevado á la cárcel pública. A sus compañeros se les permitió continuar su camino con el convoy despues de haberle registrado á su sabor.

El anciano gobernador dió un salto hasta el techo cuando supo el insulto hecho á su pabellon y cabo. Por algun tiempo desfogó su rabia paseándose por los salones de la Alhambra, y la evaporó en las almenas lanzando miradas furiosas sobre el palacio del capitan general. Cuando se calmó el primer ímpetu de su cólera, envió un mensajero pidiendo la entrega del cabo, pues como gobernador de aquel sitio le pertenecia de derecho el juzgar á aquellos á quienes mandaba. El capitan general auxiliado del escribano contestó una larga carta en la cual argüia á su favor diciendo que el delito se habia cometido en la ciudad y contra uno de sus oficiales civiles, lo que ponia al delincuente bajo su jurisdiccion. El gobernador respondió repitiendo simplemente su demanda, á la cual le contestó su rival por un alegato mas estenso y mas lleno de frases de derecho. El gobernador se acaloró y fue mas perentorio en sus exigencias, y el otro mas calmoso y prolijo en sus respuestas: al fin el viejo soldado rugia como un leon al verse enredado en las revueltas de este laberinto curial.

El escribano no perdia el tiempo en tanto, y mientras se divertia con el irascible gobernador, seguia con actividad la causa del cabo que estaba en un calabozo con grillos, y que no podia hablar con sus amigos mas que por una ventanilla enrejada.

Se presentaron contra el pobre infinidad de testigos y pruebas, cuyas declaraciones, segun los procedimientos españoles, manejadas por el diestro escribano, terminaron por confundir al pobre infeliz. Fue convencido de asesinato, y sentenciado á morir ahorcado.

En vano protestó desde la Alhambra el gobernador: sus quejas, sus amenazas fueron inútiles. El dia fatal se aproximó, y el cabo fue puesto en capilla.

Cuando el anciano gobernador vió las cosas en este estado, se decidió á tomar una parte activa en ellas: para este efecto pidió su coche de ceremonia, y bajó á la ciudad con toda su escolta y servidumbre: paró á la puerta de la casa del escribano, é hizo que le llamasen.

Sus ojos se inflamaron cuando vió acercarse á la portilla al astuto legista, cuya fisonomía descubria el triunfo interior.

«¿Qué es lo que acabo de saber? dijo el gobernador: me han dicho que ibais á ajusticiar á uno de mis soldados.

—Todo se ha hecho con arreglo á la ley y con sujecion á las mas estrictas fórmulas de la justicia, dijo el escribano con aire de suficiencia y frotándose las manos; puedo enseñar á V. E. las declaraciones escritas de

los testigos que han servido de base para la causa.

—Quiero verlas,» dijo el gobernador.

El escribano corrió á su despacho, encantado de tener una ocasion de hacer parada de su talento á costa del obstinado veterano.

Volvió cargado con un enorme legajo de

papeles, y empezó á leer una larga deposicion con la volubilidad ordinaria de los de su oficio. Al mismo tiempo un gran número de espectadores atraidos por la curiosidad se habian reunido en derredor, y escuchaban con la boca abierta.

«Amigo mio, dijo el gobernador al escribano, subid al coche y salid de entre ese gentío que me impide oiros.»

El escribano subió al coche: inmediatamente se cerró la portilla, el cochero sacudió el látigo, y mulas, coche, guardias, todo desapareció como un relámpago, dejando á todos estupefactos y atónitos.

El gobernador no se detuvo hasta que tuvo á su presa en uno de los mas profundos y seguros calabozos de la Alhambra.

Al momento envió un parlamentario proponiendo un cange de prisioneros, el cabo por el escribano. El orgullo del capitan general estaba herido: contestó con una negativa insultante, y mandó construir una horca de una altura prodigiosa en la Plaza Nueva para la ejecucion del cabo.

«¡Oh, oh! dijo el gobernador; lleva adelante el juego: veremos quién pierde.»

Inmediatamente mandó levantar una horca sobre la muralla que da enfrente de la plaza.

«Ahora, le decia en un mensaje al capitan general, cangead mi soldado cuando gusteis; pero estad seguro que en cuanto le vea colgado en la plaza, veis á vuestro escribano bailar en el aire.»

El capitan general fue inflexible. Las tropas se formaron, y el reo empezó á caminar al cadalso. Gran número de espectadores se habian reunido para presenciar la ejecucion. El gobernador en tanto se paseaba de gran uniforme sobre la muralla, y hacia sonar la campana en la torre para anunciar la muerte del escribano.

La esposa de este, atravesando el gentío, rodeada de sus hijos, fue á echarse á los pies del capitan general suplicándole no sacrificase la vida de su marido, el apoyo y amparo de sus numerosos hijos y de ella misma á un punto de orgullo.

«Bien conoceis al anciano Gobernador manco para dudar que cumplirá su amenaza si ahorcais al soldado.»

El capitan general se conmovió de los sollozos y súplicas de la muger é hijos. Envió al cabo á la Alhambra, escoltado de soldados y con su trage de reo, con el que llevaba erguida la cabeza. Se pidió al escribano, segun el convenio propuesto por el gobernador. Le sacaron del calabozo, y el que antes era tan orgulloso y arrogante, apareció mas muerto que vivo; su presuncion vana habia desaparecido: sus cabellos, segun cuentan, habian encanecido, y marchaba con la vista estraviada, la cabeza abatida como si hubiese sentido en su cuello el contacto de la cuerda fatal. El gobernador cruzó el único brazo que tenia, le miró un instante con fiera sonrisa, y le dijo:

«De hoy en adelante moderad vuestro celo por enviar gente á la horca, y no os creais seguro siempre porque tengais de vuestra parte la ley; pero sobre todo no os burleis otra vez de un soldado viejo.»

# CAPITULO XXV.

## EL GOBERNADOR MANCO Y EL SOLDADO.

En el tiempo que este gobernador de que hemos hablado tenia la Alhambra sobre un pie militar, se cansó un dia de las quejas que le dirigian continuamente sobre los habitantes de la fortaleza, que se habia efectivamente convertido en una guarida de vagamundos y contrabandistas, y mandó hacer una batida, no solamente en el fuerte, sino en todas las cuevas adyacentes, y purgó aquellos sitios de gente vagamunda, y cuyo modo de vivir era problemático. Hizo rondar ademas las avenidas

y senderos por patrullas, que tenian órden de arrestar á todas las personas sospechosas.

Una hermosa mañana de verano, una patrulla compuesta del antiguo cabo ya citado en el negocio del escribano, de un trompeta y dos soldados, descansaban á la sombra á los pies de la muralla del Generalife, en el camino del Monte del Sol: no hacia mucho tiempo que estaban allí, cuando oyeron los pasos de un caballo, y en seguida una voz varonil que entonaba un cántico antiguo de guerra.

No tardaron en ver á un hombre vigoroso, de tez tostada por el sol, y con un uniforme usado de infantería, conduciendo por la brida un soberbio caballo árabe enjaezado á la antigua usanza mora.

Sorprendidos al ver un soldado, á quien no conocian como compañero, bajar de aquel monte solitario con un caballo tan arrogante, se adelantó el cabo y le gritó:

«¿Quién vive?

—Amigo.

—¿Quién sois?

—Un pobre soldado que vuelve del ejército, trayendo por toda recompensa de sus servicios la cabeza rota y la bolsa vacía.»

Diciendo estas palabras se les habia acercado, y pudieron examinar su persona con cuidado: vieron que efectivamente tenia un vendaje en la cabeza, y que su barba, que empezaba á encanecer, junto con un movimiento de ojos bastante picaresco, le daba un aire de fiereza.

Despues de haber contestado á las preguntas de la patrulla, el soldado creyó tener derecho de preguntar á su vez:

«¿Me será permitido preguntaros qué ciudad es esa que veo al pie del monte?

—Buena pregunta, dijo el trompeta: ¿os burlais de nosotros? ¿Un hombre que anda por el Monte del Sol nos pregunta el nombre de la ciudad de Granada?

—¡Granada! ¡Santa Madre de Dios! ¿Es posible?

—Y muy posible, contestó el trompeta: y aquellas torres son las de la Alhambra.

—Hijo de un trompeta, no me burlo, dijo el soldado; pero si en efecto es la Alhambra la que veo, tengo cosas estraordinarias que revelar á su gobernador.

—Por eso no os apureis, dijo el cabo, porque en este momento os vamos á llevar á su presencia.»

Al mismo tiempo el trompeta echó mano á la brida del caballo, los dos soldados le cogieron cada uno por un brazo, y el cabo á la cabeza, dijo:

«De frente, marchen.»

Y se encaminaron á la Alhambra.

La vista del soldado andrajoso, y el hermoso caballo árabe conducido por la patrulla, atrajo la atencion de todos los desocupados de la fortaleza y de las comadres que se reunen al rededor de los pozos y fuentes todos los dias. El cabo que iba subiendo del pozo quedó suspendido, y la criada que lo subia se quedó con la boca abierta viendo pasar al cabo con su preso. Numeroso acompañamiento seguia á la patrulla á medida que se adelantaba.

Por todas partes se hacian señas, se miraban, se comunicaban las conjeturas, las suposiciones. Uno decia: «Es un desertor;» otros «un contrabandista, un bandolero.» En fin, hubo quien aseguró que era un capitan de ladrones que habia sido preso por el valiente cabo y su tropa.

«Bueno, bueno, decian las viejas: capitan ó no, que se libre si puede de la garra de nuestro gobernador: no tiene mas que una, pero buena.»

El Gobernador manco en tanto, sentado en una de las salas interiores de la Alhambra, tomaba su chocolate con su confesor, fraile francisco, de colorados mofletes. Una jóven de ojos negros, modestamente inclinados al suelo, hija de su ama de gobierno, les servia. La maledicencia afirmaba que esta jóven bonita, á pesar de su aire modesto, era una solemne bribona, que habia encontrado el lado débil del corazon de hierro del viejo gobernador, y le manejaba á su antojo; pero esto no pertenece á la historia: los negocios domésticos de estos grandes personajes no deben examinarse muy de cerca.

Cuando se dió parte al gobernador que un hombre sospechoso habia sido arrestado en el momento de rondar la fortaleza, y se encontraba en el patio esterior bajo la custodia del cabo esperando las órdenes de S. E., el corazon de este digno hombre se llenó de gozo y orgullo. Devolvió su jícara á la modesta jóven, pidió su espada de cazoleta y se la ciñó, se arregló los bigotes, se sentó en un sillon de respaldo, tomó un aire formidable, y mandó que compareciese el prisionero. El soldado compareció cogido y acompañado

del cabo. Conservaba siempre cierto aire de resolucion y firmeza, y correspondió á la mirada penetrante y escudriñadora del gobernador con un rostro burlon, que no agradó mucho al viejo y cosquilloso gefe.

«Acusado, le dijo despues de haberle considerado un momento en silencio: ¿qué teneis que decir en defensa vuestra? ¿quién sois?

—Un soldado que vuelve de la guerra y no trae de ella mas que heridas y contusiones.

—¡Un soldado!.... ya.... ¿y segun vuestro uniforme pareceis de infantería? Pero me han dicho que teneis un hermoso caballo árabe. ¿Sin duda le traeis del ejército, ademas de vuestras heridas y contusiones?

—Con permiso de V. E. tengo que decir cosas estraordinarias con respecto á ese caballo, cosas maravillosas, y que ademas interesan á la seguridad de la fortaleza, de la ciudad de Granada y aun del reino. Pero solo puedo confiarlas á V. E. en persona, ó en presencia de aquellos de su mayor confianza.»

El gobernador reflexionó un rato; despues mandó al cabo y á los soldados se retirasen á la parte esterior de la puerta, prontos á entrar á la menor señal.

«Este reverendo fraile, añadió, es mi confesor, no debeis tener dificultad en hablar; y esta jóven, y la designó con la cabeza, esta jóven tiene mucha prudencia y discrecion, y se le pueden confiar los mayores secretos.»

El soldado lanzó una mirada entre burlesca y galante á la jóven, y dijo:

«Consiento en hablar delante de ella.»

Cuando quedaron los cuatro solos, el soldado, con un estilo que parecia superior á su condicion, empezó como sigue:

«Obedeciendo á las órdenes de V. E., le diré que soy, como ya he declarado, un pobre soldado que me he encontrado en algunas famosas batallas; pero habiendo cumplido me licenciaron en Valladolid, y de alli marché á pie para venir á mi pueblo, que está en Andalucía. Ayer á puestas de sol por una vasta llanura de Castilla la Vieja....

—Alto ahí, dijo el gobernador: ¡cuidado con lo que decís! Castilla la Vieja está cien leguas de aqui.

—Ya lo sé, contestó el soldado sin desconcertarse; pero ya he prevenido á V. E. que tenia cosas estraordinarias que contarle; mas son tan verdaderas como estrañas, como lo verá si se digna escucharme con paciencia.

—Proseguid, acusado, dijo rizándose el bigote.

—Como decia, á puestas de sol, miré á todas partes para encontrar donde pasar la noche; pero hasta donde alcanzaba la vista no se veia ninguna habitacion. Me resigné á pasar la noche sobre el suelo con mi morral por cabecera; pero V. E. es soldado viejo y sabe que para el que ha hecho la guerra una noche toledana no es gran cosa.»

El gobernador bajó la cabeza afirmativamente, sacando el pañuelo de la cazoleta de su espada para espantar una mosca que volaba cerca de su cara.

«Para abreviar, continuó el soldado, anduve un poco mas, y llegué á un puentecillo sobre un riachuelo medio seco por los calores del estío; una torre mora que habia en una estremidad del puentecillo estaba medio arruinada por su parte superior; pero su bóveda inferior estaba bien conservada. «Hé aqui, me dije, una escelente habitacion:» bajé al arroyo, y apagué mi sed en su cristalina corriente. Entonces sacando una cebolla y algunos mendrugos que componian mis provisiones, me senté sobre una piedra y empecé á cenar, proponiéndome establecer mi cuartel en la bóveda, que para un soldado que vuelve de la guerra no es muy malo: V. E. mismo como soldado viejo será de mi opinion.

—Peor que eso he estado yo en mi tiempo, dijo el gobernador volviendo á poner el pañuelo en la cazoleta de su espada.

—Mientras que comia mis mendrugos tranquilamente, oí ruido en la bóveda: escuché atentamente; eran los pasos de un caballo. Al mismo instante salió un hombre por

una puerta practicada en la torre y cerca del arroyo. Llevaba de la brida un soberbio caballo: con dificultad distinguia sus facciones á la claridad de las estrellas; pero un hombre vagando entre las ruinas de una torre, en aquel lugar salvaje y solitario, debia infundir sospechas: podia ser tal vez un viajero como yo; pero podia ser un contrabandista ó bandolero: poco me importaba á la verdad. Gracias á Dios y á la pobreza, no tenia nada que perder: me quedé pues sentado comiendo tranquilamente.

«El hombre llevó el caballo al arroyo, y entonces le examiné á mi gusto. Con gran sorpresa mia ví que era un moro con coraza de acero bruñido: el caballo estaba enjaezado á la moruna con anchos estribos. Este animal llegó al arroyo conducido por su amo, como acabo de decir; metió la cabeza en el agua, y la tuvo tanto tiempo que creí iba á reventar.

«Camarada, dije al estrangero, vuestro caballo bebe bien. Es buena señal cuando un caballo mete la cabeza en el agua.

—Bien puede beber, dijo el estrangero, hablando en español con acento árabe; ha pasado un año justo desde que bebió la última vez.

—¡Por Santiago! esclamé yo, eso escede á los camellos que he visto en África. Pero teneis aire de militar: sentaos aqui y tomad parte en la cena de un soldado. A decir verdad no me pesaba encontrar un compañero en aquel desierto: asi es que no sentí repugnancia en asociarme momentáneamente con un infiel: ademas, como V. E. sabe muy bien, los soldados no somos muy escrupulosos sobre la religion de aquellos con quienes nos asociamos, y los militares de todos los paises son camaradas cuando se encuentran en tiempo de paz.»

El gobernador inclinó de nuevo la cabeza en señal de asentimiento.

«Como decia, pues, le invité á partir mi cena tal cual era, porque la hospitalidad mas comun no exigiria menos.

—No tengo tiempo para detenerme en comer ó beber, me dijo; tengo mucho que andar hasta que amanezca.

—¿Y á dónde bueno? le dije.

—A Andalucía.

—Ese es mi camino tambien; y puesto que no quereis deteneros para cenar conmigo, si me permitieseis montar á la grupa lo estimaria. Vuestro caballo me parece sufrirá ancas.

—Soy gustoso, dijo el moro.»

Ciertamente un hombre político, un militar no podia contestar de otro modo, sobre todo despues de haberle ofrecido la mitad de mi cena. Montó á caballo y me coloqué detrás de él.

«Teneos firme, me dijo; mi caballo va como el viento.

—No tengais cuidado por mí.»

Y hé aqui que empezamos á andar. El caballo iba á buen paso: á poco tomó el trote largo, siguió el galope, y despues emprendió la carrera á toda brida; parecia que lo llevaba el diablo. Los montes, los árboles, las casas, huian á nuestra vista.

«¿Qué ciudad es aquella? pregunté á mi compañero.

—Segovia, me dijo;» y apenas acababa de pronunciar esta palabra, ya las torres de Segovia habian desaparecido á nuestra vista. Subimos los caminos escarpados de los puertos de Guadarrama, y bajamos por el lado del Escorial. Pasamos por delante de las puertas de Madrid, y atravesamos las llanuras de la Mancha, siempre con la misma rapidez. De este modo corrimos por valles, colinas, y pasamos por delante de castillos y ciudades, donde todo descansaba en el mas profundo sueño.

«Por fin, para abreviar mi historia, y no abusar de la paciencia de V. E., el moro detuvo de pronto á su caballo en la cima de una colina.

«Ya hemos llegado al término de nuestro viaje.»

Miré á todas partes, y no ví rastro de habitacion; solo la entrada de una caverna. Mientras que examinaba aquel sitio, llegó una multitud de hombres vestidos de moros, unos á caballo, otros á pie, y todas parecian los traia el viento: todos se precipitaron á la entrada de la caverna, como abejas en una

colmena. Antes que hubiese podido hacer una pregunta, mi compañero picó espuela á su caballo y se confundió con los demas. Caminamos por un paso estrecho y tortuoso que bajaba hasta el fondo de la montaña. Todo el tiempo que duró nuestra marcha brilló una luz que cada vez se hacia mayor, como si fuesen los primeros rayos del sol; pero no podia distinguir lo que era. Por último llegó á ser tan brillante, que me permitió ver los objetos que me rodeaban. Ví á derecha é izquierda del camino grandes cuevas, que parecian á las salas de un arsenal. En unas habia broqueles, sables, lanzas, cascos, corazas; en otras máquinas de guerra de todas clases.

¡Cuán agradable vista hubiera sido para un viejo soldado como V. E. aquellas salas con tantas armas. Ademas en otras salas habia una multitud de caballos con sus ginetes formados en escuadrones, armados de punta en blanco, la lanza en ristre y las banderas desplegadas como si fueran á entrar en batalla; pero estaban inmóviles como estatuas. En otras salas habia grupos de guerreros dormidos al lado de sus caballos, y pelotones de infantería prontos á entrar en filas, todos vestidos á la antigua usanza mora.

Por fin, para terminar mi historia y no fastidiar á V. E., entramos en una inmensa caverna, ó mas bien un palacio cuyas paredes estaban incrustadas de oro y plata, záfiros, diamantes y toda clase de piedras preciosas. Un rey moro estaba sentado en el fondo sobre un trono de oro rodeado de caballeros y de una guardia de negros africanos sable en mano.

Todos los que llegaban, que se podian contar á miles, pasaban por delante del trono haciendo señal de homenaje. Unos estaban magníficamente vestidos con trages de una blancura brillante y cubiertos de diamantes, otros llevaban armaduras riquísimas, y otros tambien llevaban vestidos rotos y sucios, ó cubiertos de armaduras tomadas de orin.

Hasta entonces habia guardado un profundo silencio, porque V. E. sabe muy bien que un soldado no debe hacer preguntas indiscretas; pero ya no me pude contener mas tiempo.

—Camarada, hazme el favor de esplicarme todo esto, le dije.

—Es un misterio grande y terrible, me contestó. Sabe ¡oh cristiano! que aqui estás viendo á Boabdil, el último rey de Granada, con su corte y su ejército.

—¿Qué estás diciendo? Boadil y su corte han sido arrojados de este pais hace algunos siglos, y todos han muerto en África.

—Eso es lo que dicen vuestras crónicas, que mienten. Pero sabe que Boabdil y los guerreros que combatieron hasta lo último por la defensa de Granada fueron encerrados en el seno de esta montaña, que la domina, por un poderoso encanto. En cuanto al rey y al ejército que salió de la ciudad entregándola al enemigo, no eran mas que fantasmas ó demonios que Alá permitió tomasen aquella forma para engañar á los Reyes Católicos. Aun te diré mas: toda la España está encantada; no existe en toda ella una cueva en los montes, una atalaya aislada en los llanos, un castillo arruinado en las colinas, que no sea la habitacion de algun guerrero que duerme bajo la tierra, ó bajo sus bóvedas, hasta que hayan expiado los pecados por los que Alá ha permitido que este imperio pasase á poder de los infieles. Una vez al año, la víspera de san Juan, todos se libran de la fuerza del encanto desde puestas del sol hasta que sale, y pueden ofrecer á su soberano su homenaje. Esta multitud que has visto entrar en la caverna se compone de guerreros musulmanes que vienen de donde estan encantados por toda España. Ya has visto esta tarde la torre del puente en Castilla la Vieja, donde he pasado los siglos que van trascurridos, y en la cual deberé encontrarme al alba. Los batallones y escuadrones que has visto armados de punta en blanco pertenecen á la guarnicion de Granada. Está escrito en el libro del destino que asi que el encanto se destruya, Boabdil bajará de la montaña á la cabeza de su ejército y conquistará su trono en la Alhambra y su dominio sobre Granada; despues, reuniendo en torno

suyo los guerreros encantados de toda España, someterá la Península entera, y la pondrá bajo el yugo musulman.

—¿Y cuándo sucederá eso? le dije.

—Alá lo sabe. Habiamos creido que estaba ya cerca el dia de nuestra libertad; pero un vigilante é intrépido soldado, muy conocido bajo el nombre del Gobernador *manco*, manda al presente en la Alhambra; y mientras este viejo guerrero vigile los puestos avanzados, y esté pronto á rechazar la primera irrupcion de los montes, mucho me temo que Boabdil y sus tropas se vean obligados á descansar tranquilamente sobre sus armas.»

Al oir esto el gobernador se revolvió en su silla, requirió su espada y rizó su bigote.

Para concluir mi historia y no fatigar á V. E., le diré que el moro, despues de haberme dado estas esplicaciones, bajó del caballo.

«Quédate aqui un rato, me dijo, y guarda mi caballo mientras voy á saludar al rey Boabdil.»

Hablando asi, se perdió en el gentío que se agolpaba al rededor del trono.

«¿Qué hago? me pregunté á mí mismo: ¿debo esperar la vuelta de este infiel para que me lleve en su caballo fantástico sabe Dios dónde? ¿me debo aprovechar de su ausencia para tocar retirada y salir de la compañía de estos aparecidos? Un soldado pronto toma su resolucion, como lo sabe muy bien V. E. El caballo pertenecia á un enemigo de la fe y de la patria, y segun las leyes de la guerra, era de buena presa. Asi, pues, pasando de la grupa á la silla, hice volver el caballo, clavé los anchos estribos moros en los hijares del mismo, y subí mas que á paso la cuesta que habiamos bajado: todo esto acaeció con la velocidad del rayo, y ni el pensamiento pudo pararse en hacer otras esquisitas observaciones sobre mil objetos que se presentaron á mi vista en la rápida carrera.

Al pasar por delante de las cuevas, en las cuales estaban todos aquellos moros inmóviles, me pareció oir un sordo murmullo de voces y ruido de armas. Apliqué á mi caballo segunda vez las espuelas, y echó á correr. Entonces oí á mis espaldas ruido como

de caballos desbocados, y al instante me alcanzaron y me pasaron en tropel confuso; arrastrado en medio de aquella turba, fuí llevado hasta la salida de la caverna, donde ví millones de sombras desaparecer á mi vista en todas direcciones.

Con el tumulto y la confusion de aquella escena, caí al suelo privado de sentido; y cuando volví en mí, me encontré sobre la cima de una colina y el caballo árabe á mi lado, porque al caer mi brazo se habia enredado en las bridas, lo que, á mi parecer, impidió al animal ir á encontrar á su amo á Castilla la Vieja.

V. E. puede fácilmente juzgar de mi sorpresa, cuando mirando en torno mio, descubrí aloes, naranjos y otros atributos de las provincias meridionales, y al pie de la colina una gran ciudad con sus torres, palacios y una hermosa catedral.

Bajé de la colina con precaucion, llevando por la brida á mi caballo, porque no me atrevia á montarlo de miedo que me jugase alguna mala pasada. Cuando ya iba bajando me encontró vuestra patrulla, por la cual supe que estaba á las puertas de Granada y en la jurisdiccion de la Alhambra, la fortaleza del temible Gobernador *manco*, el terror de todos los moros encantados. Cuando me informaron de todo esto, me determiné á presentarme á V. E. para referirle todo

cuanto habia visto, y los peligros que le amenazaban. Instruido ya V. E., puede tomar las medidas que juzgue convenientes para salvar la fortaleza y el reino de este ejército intestino que acecha el momento de atacar desde el centro de la tierra.

—Y decidme, amigo, le dijo el gobernador, vos que os habeis encontrado en mas de una campaña, ¿qué me aconsejariais que hiciese?

—No está bien que un pobre soldado como yo, que nunca ha salido de sus filas, diga su opinion, y menos la proponga á un militar como V. E., dijo con un aire modesto el soldado; pero puesto que me manda diga mi pensamiento, me parece que haria tapiar escrupulosamente todas las bocas del monte, pero con solidez, á fin de cerrar todas las salidas á Boabdil y á su ejército, que se quedarian asi bloqueados en sus subterráneos. Ademas, si este buen padre, continuó, saludando al fraile y santiguándose devotamente; si este buen padre quisiera consagrar las tapias con su bendicion, colocando la imágen de la cruz y algunas reliquias ó imágenes de santos, creo que se podria desafiar el poder de todos los encantos de estos infieles.

—Eso seria de mucho efecto, sin duda, dijo el fraile.»

El gobernador cogió con su brazo único el puño de su buena espada de Toledo, y mirando fijamente al soldado, meneando la cabeza con aire de incredulidad, le dijo:

«Amigo, ¿creeis engañarme con vuestro cuento del monte y del moro encantado? Cuidado con vuestro pellejo, acusado, ni una palabra mas sobre todo esto. Podeis ser un soldado viejo; pero os las habeis con un soldado tan instruido como vos en las estratagemas de la guerra, y á quien es dificil engañar. ¡Hola! guardias, que se pongan á este hombre grillos y esposas.»

La modesta jóven hubiera de buena gana intercedido en favor del prisionero; pero el gobernador la impuso silencio con una mirada.

Mientras que los guardias se apoderaban del soldado para cumplir las órdenes del gobernador, uno de ellos tocó una cosa dura y pesada en un bolsillo de su uniforme; lo sacó, y vió que era una gran bolsa de cuero que parecia bien provista. Cogiéndola por el fondo, vació su contenido sobre la mesa del gobernador, y nunca mochila de filibustero arrojó cosas tan espléndidas: collares, sortijas de gran valor, rosarios de perlas, cruces de brillantes y una profusion de monedas antiguas de oro, todo salió mezclado resonando sobre la mesa, y aun algunas cayeron rodando por la sala. Por un momento quedaron todos suspensos, cada uno se apresuró en seguida á recoger los brillantes fugitivos. El gobernador solo, poseido de toda su gravedad española, conservó su dignidad, aunque sus ojos no se separaron de aquella escena hasta que la última moneda y alhaja fueron colocados en la bolsa.

El franciscano no tenia tan tranquilo su rostro, estaba como la grana, y sus ojos brillaban como relámpagos á la vista de las cruces y rosarios.

«¡Miserable sacrílego! esclamó: ¿de qué iglesia ó convento has robado esas alhajas? ¿A qué santuarios has robado esas reliquias?

—Yo no he robado ninguna iglesia ó convento, padre: esos efectos, sacrílegos ó no, han debido ser robados en tiempos antiguos por el moro de que os he hablado. Os lo iba á decir cuando he sido interrumpido; cuando tomé posesion del caballo de aquel encantado, desaté del arzon de la silla una bolsa que contenia probablemente lo que el infiel habria robado en sus espediciones cuando los moros saqueaban nuestro pais.

—Está bien, dijo el gobernador: ahora arreglaos como mejor os parezca para tomar alojamiento en la Torre bermeja, que no está bajo el poder de ningun encanto mágico, pero en la cual estareis tan bien guardado, como vuestros moros encantados en sus cuevas.

—V. E. hará lo que tenga por conveniente, dijo con frialdad el prisionero: de todos modos estaré agradecido por alojarme en la fortaleza. Un soldado que ha hecho la guerra como V. E. lo sabe muy bien, no se incomoda por su alojamiento, y con cualquier co-

sa se contenta. Con tal que sea un cuartito y mis ranchos estoy contento. Solamente suplico á V. E. vele sobre su fortaleza con tanto cuidado como sobre su pobre prisionero y servidor, y no eche en olvido el aviso que me he atrevido á darle sobre tapiar las salidas de las cavernas.»

Asi se terminó aquella escena. El prisionero fue conducido á la Torre bermeja, el caballo árabe á las caballerizas de S. E., y la bolsa depositada en su arca. Sobre este último artículo el franciscano opuso algunas objeciones, manifestando que las reliquias y cruces eran evidentemente despojos sacrílegos, y debian ser entregados á la iglesia. Sin embargo, como el gobernador no quiso admitir estas pretensiones, y que era soberano absoluto en la Alhambra, el fraile no agrió mas la discusion; pero resolvió en secreto informar del caso á los dignatarios diocesanos.

Para esplicar estas prontas y rígidas medidas del Gobernador manco, es preciso saber que por aquel tiempo las Alpujarras estaban infestadas de ladrones, capitaneados por un gefe intrépido llamado Manuel Borasco. Este bandolero saqueaba las cercanías y entraba en Granada disfrazado, y se instruia de la salida de algun convoy de géneros ó viajeros, que luego robaba en los sitios á propósito del camino. Estas hazañas reiteradas llamaron por fin la atencion del gobierno, y los comandantes militares de todos los puestos recibieron la órden de examinar á todos los pasajeros sospechosos que caminasen por aquellos lugares. El Gobernador manco ejecutó con un celo eficaz esta órden, con el objeto de borrar la mala fama que tenia su fortaleza, que pasaba en lo general por el refugio de todo aquel que era perseguido por la justicia: en esta ocasion creyó estaba en sus manos el terrible capitan de la partida de bandoleros.

No tardó en divulgarse la aventura en la Alhambra y fuera de ella, y fue el pasto de todas las conversaciones. Se contaba que el famoso ladron Manuel Borasco habia caido en poder del Gobernador manco, quien le habia encerrado en un calabozo de la Torre bermeja. Todos los que habian sido robados por este bandido vinieron á reconocerlo. Sabido es que las Torres bermejas estan en una colina paralela á la en que está la Alhambra, pero fuera de su recinto. Ninguna muralla esterior impide el acercarse:

por lo tanto se colocó una centínela delante de la torre donde estaba el preso, y cuya ventana, guarnecida de gruesas barras de hierro, caia sobre una pequeña esplanada. Allí iban los habitantes de Granada á contemplarle, como hubieran contemplado á una hiena feroz rugiendo en su jaula. Sin embargo, nadie reconocia en él á Manuel Borasco: este bandido formidable era notable por la fiereza de su fisonomía, y no tenia el rostro burlon del soldado. No solamente los de Granada, sino de todo el reino, acudieron á verlo, y ninguno le reconoció. Entonces hubo dudas sobre la veracidad de la historia que habia contado. Varios viejos habian oido contar á sus padres que Boabdil y su ejército estaban encantados en aquel monte: un gran número de personas fue al Monte del Sol, ó mejor dicho de Santa Elena, para encontrar la caverna descrita por el soldado. Vieron aquel pozo oscuro que hay en el monte, cuya profundidad se ignora, y que en aquel tiempo, lo mismo que en el dia, se cree es la entrada del palacio de Boabdil.

Insensiblemente el soldado se fue ganando la voluntad del pueblo. El bandolero montaraz no es mirado con desprecio en España como en otros paises; es un personaje caballeresco á los ojos del pueblo. Ademas existe en este mismo pueblo cierta disposicion á vituperar los actos de la autoridad, especialmente las medidas rigorosas: de esto resultó que no tardaron en murmurar del Gobernador manco, y en considerar al cautivo de la torre como un mártir.

El soldado ademas era un hombre de buen humor, tenia una chanzoneta para cada hombre que iba á verle, y un requiebro para cada muchacha. Se habia procurado una guitarra, y cantaba acompañándose con ella romances antiguos, sentado á la ventana, lo que agradaba infinito á las vecinas que se reunian de noche en la esplanada para bailar al son de su guitarra. Como se habia quitado su barba encrespada, su rostro tostado del sol no causaba horror á las jóvenes; y la modesta doncella del gobernador confesó tambien que su mirada maligna era irresistible. Esta sensible jóven habia manifestado desde su primera entrevista una tierna simpatía por sus desgracias, y despues de haber vanamente tratado de mitigar el rigor del gobernador, se habia ocupado en suavizar los efectos. Todos los dias llevaba al preso algun plato de la comida del gobernador ó alguna botella de rico Valdepeñas ó escelente Málaga.

Mientras esta traicion inocente ocurria en la ciudadela, el mismo viejo gobernador estaba amenazado de otra mas seria por sus enemigos esteriores. Las circunstancias de la bolsa llena de oro y alhajas, encontrada sobre el cuerpo de un supuesto ladron, habia sido referida en Granada muy exageradamente. Al punto el capitan general, el antiguo rival del gobernador, formuló una demanda de jurisdiccion territorial. Pretendia, que habiendo sido preso el reo fuera del recinto de la Alhambra, de derecho le pertenecia á él. En su consecuencia reclamó su persona y los despojos ópimos hallados sobre él. Al mismo tiempo el fraile habia informado á la inquisicion de las cruces, rosarios y reliquias contenidas en la bolsa, y esta reclamó por su parte al acusado, como culpable de sacrilegio, y sostenia que los objetos que habia robado pertenecian de derecho á la iglesia y su cuerpo á la hoguera. Las contestaciones se acaloraron entre estos grandes personajes, y el Gobernador manco, rabioso, juró que antes de entregar su cautivo le haria ahorcar de una torre de la Alhambra como espia cogido en su término.

El capitan general amenazó enviar un destacamento á sacar al preso de la Torre bermeja y traerlo á Granada: la inquisicion tambien queria enviar los familiares del santo oficio para el mismo objeto. El gobernador sospechó algo, y decia:

«Que vengan, los espero á pie firme, encontrarán lo que buscan. Mucho necesita madrugar el que quiera sorprender á un soldado viejo.»

Dió sus órdenes en consecuencia de esto para que el preso al rayar el dia fuese trasladado á la cárcel interior de la Alhambra.

«Hija mia, dijo á su modesta doncella, despiértame mañana antes que canten los gallos para que pueda en persona presenciar la ejecucion de mis órdenes.»

Amaneció: los gallos cantaron; pero nadie vino á despertar al gobernador. El sol doraba ya la cima de los montes, é iluminaba las almenas cuando el soldado viejo fue despertado de sus sueños matutinos por su fiel cabo de escuadra, que se acercó á su cama con el terror retratado en su semblante.

«Se ha marchado, se ha escapado, decia el veterano casi sin aliento.

—¿Quién se ha escapado?

—El soldado, el bandido, el diablo tal vez, porque su calabozo está vacío, pero la puerta está muy bien cerrada, y nadie sabe cómo ha podido escaparse.

—¿Quién es el último que le vió anoche?

—Vuestra doncella, que le llevó la cena.

—Que venga al momento.»

Pero hé aqui otro motivo de consternacion: el cuarto de la modesta doncella de los ojos bajos estaba vacío, y se conocia en su cama que no se habia acostado.

Era evidente que se habia escapado con el preso, porque se recordó que hacia algunos dias tenian largas conversaciones.

Este último golpe hirió al gobernador en el lugar mas sensible de su corazon; pero apenas tuvo tiempo de reflexionar en aquella desgracia: otra mayor vino á distraer su atencion. Al entrar en su gabinete vió que su caja habia sido abierta, y que habia desaparecido la bolsa del soldado en compañía de dos sacos de doblones.

Dificil era acertar hácia dónde se habrian escapado los fugitivos, ni el camino que habrian seguido. Al fin un viejo que vivia en una choza en el camino de la sierra declaró que un poco antes de amanecer habia oido el ruido del galope de un caballo que subia el monte; habia mirado por la ventana, y habia distinguido un hombre montado llevando á las ancas una muger.

«Que vean en las caballerizas si falta un caballo,» dijo el gobernador.

Fueron á verlo, y solo faltaba el árabe: en su lugar habia un cayado grueso atado al pesebre, y con este letrero:

*«Regalo de un soldado viejo al Gobernador manco.»*

# CAPITULO XXVI.

## LAS DOS ESTATUAS.

En una de las habitaciones de la Alhambra vivia antiguamente un hombrecillo muy alegre llamado Lope Sanchez que trabajaba en los jardines, y cantaba todo el dia como una cigarra. Era la vida, el alma de la fortaleza. Concluida su tarea, se sentaba en uno de los bancos de piedra de la esplanada, tocaba la guitarra y cantaba los largos romances del Cid, Bernardo del Carpio, Hernando del Pulgar y otros héroes españoles para divertir á los inválidos; otras veces tocaba el bolero y fandango para que bailasen las muchachas.

Como la mayor parte de los hombres bajos, Lope Sanchez se habia casado con una muger alta y robusta que hubiera podido llevarle en el bolsillo; pero en contradiccion con los pobres, en lugar de tener una docena de chiquillos, no tenia mas que una niña. Sanchica, asi se llamaba, tenia doce años y unos hermosos ojos negros. Era tan alegre como su padre, cuya delicia era, jugaba á su lado cuando trabajaba en los jardines, bailaba cuando este tocaba la guitarra á la sombra, y corria cómo un cervatillo por los bosquecillos, avenidas y salones desiertos de la Alhambra.

Era la víspera de san Juan, y por la noche todos los habitantes de la Alhambra, hombres, mugeres y niños, subieron al Monte del Sol que domina el Generalife para pasar la velada sobre su cima terraplenada. La luna clara y brillante comunicaba á los montes una luz plateada; la ciudad con sus torres y campanarios yacia en la sombra, y la vega parecia el reino de las brujas por la infinidad de luces que se veian brillar por entre sus bosquecillos. En la cima de la colina mas alta se habia encendido una gran hoguera segun una antigua costumbre que viene de los moros.

La noche se pasaba con alegría bailando al son de la guitarra de Lope Sanchez, que nunca estaba mas contento que cuando asistia á alguna fiesta. Mientras duró el baile, Sanchica y sus compañeras se divertian en jugar en las ruinas de una torre mora que hay en el monte. Cogiendo piedrecillas en un hoyo, encontró una manecita, preciosamente esculpida de azabache, con los dedos cerrados y el pulgar pegado á ellos. Regocijada con su encuentro, la niña corrió á enseñarlo á su madre. Al instante se formaron mil conjeturas, mil suposiciones sobre este objeto, que varios miraban con cierta desconfianza supersticiosa. «Tirad eso, decia uno; eso viene de los moros, y podeis estar segura que hay algun encanto, algun maleficio oculto.—¡Qué disparate! decia otro: mejor es llevárselo á los joyeros del Zacatin, que darán algo por ello.» En medio de la discusion un inválido que habia servido en África, y cuyo rostro estaba tan tostado como el de un árabe, se aproximó; examinó

la mano con aire inteligente y dijo: «He visto juguetes como este entre los berberiscos, tienen gran virtud para librar del mal de ojo y de toda clase de sortilegios y encantamientos. Amigo Sanchez, os doy la enhorabuena: es un signo de felicidad para vuestra hija.»

A estas palabras, la muger de Lope Sanchez ató la manecita de azabache á una cinta y la colocó en el cuello de su hija.

La vista de este talisman recordó todas las tradiciones maravillosas sobre los moros, cosa que agrada sobremanera en España. Abandonaron el baile, y se sentaron en el suelo formando corros para escuchar los cuentos que los mas ancianos referian. Algunos de estos cuentos versaban sobre las maravillas de este mismo monte sobre el cual se encontraban. Efectivamente es el mas famoso de todos por las fantasmas y los fenómenos sobrenaturales. Una vieja que parecia gitana describió detenidamente el palacio subterráneo donde Boabdil y su corte estan encantados en medio del monte.

«Entre estas ruinas que veis, dijo enseñando los restos de murallas y montones de piedra en un sitio algo distante, entre estas ruinas hay un pozo profundo y oscuro que llega hasta el centro del monte. Aunque me dieran todo el dinero que hay en Granada no quisiera mirar el fondo del pozo. Un pobre pastor de la Alhambra, que guardaba sus cabras en estos sitios, bajó una vez para sacar un cabritillo que se habia caido; salió pálido y asustado, y hablaba de las cosas estraordinarias que habia visto, de modo que todos le tomaban por loco. No hizo mas que delirar por muchos dias con las fantasmas moras que le habian perseguido por aquellas cavernas, y nadie podia persuadirle á que llevase las cabras á pastar al monte. En fin, un dia fue, y el pobre pastor no volvió. Sus vecinos encontraron las cabras paciendo entre las ruinas, y su capa y sombrero al lado del pozo, y ya nadie volvió á saber de él.»

Sanchica escuchaba esta conseja con tal atencion, que no se atrevia á respirar para no perder ni una palabra. Curiosa por naturaleza, deseó vivamente ver este pozo peligroso, y para conseguirlo se separó de sus compañeras. Buscó las ruinas, y despues de haber vagado algun tiempo, llegó á una especie de estanque cerca de la cima de una colina por la parte escarpada que limita el valle del Darro. Sanchica se animó á atrepar á la barandilla de este estanque, y dirigió su vista al fondo. Vió que estaba negro, lo que daba idea de su profundidad. A esta vista se sobrecogió, se retiró asustada, volvió segunda vez á mirarle, y se retiró, repitió tercera vez esta operacion: el mismo horror que sentia, cada vez la causaba un placer delicioso. En fin, cogió una piedra y la arrojó al estanque. Al principio no produjo el menor ruido: de repente chocó sobre la punta de una roca, y rebotó en seguida entre las piedras con un ruido semejante al trueno; luego parecia que caia en el agua, pero á una gran distancia; despues no se oyó nada.

Sin embargo, este silencio fue de corta duracion. Parecia que se escuchaba un ligero ruido en el fondo de este abismo parecido al zumbido de las abejas: este ruido fue aumentándose por grados, y se convirtió en voces confusas mezcladas con ruido de armas, sonido de trompetas y clarines como de un ejército que se preparase á entrar en batalla, en el centro del monte.

Atemorizada de este estruendo, huyó despavorida á buscar á sus padres y compañeras. Todo habia desaparecido. Las hogueras apagadas lanzaban sus últimos resplandores. Las que habian estado encendidas en las colinas cercanas y en la llanura se habian estinguido: la naturaleza entera estaba sumida en un profundo sueño. Sanchica llamó á sus padres y á algunas de sus amigas por su nombre; pero nadie la contestó.

Bajó rápidamente la colina siguiendo las murallas del Generalife, y llegó á la avenida de la Alhambra. Allí descansó sobre un banco para tomar alimento. El reloj de la torre de la fortaleza daba las doce. Todo en torno suyo permanecia mudo; solo se oia el murmullo de un arroyo que corria bajo los árboles. La dulzura de la atmósfera la convidaba al sueño; pero pronto llamó su atencion

una luz que brillaba á alguna distancia: ¿cuál seria su sorpresa al ver bajar del monte una gran cabalgata de guerreros moros, unos armados de lanzas y escudos, otros de cimitarras y hachas, y los rayos de la luna se reflejaban sobre sus corazas bruñidas? Los caballos caracoleaban con orgullo, y tascaban los frenos llenos de espuma: pero el ruido de sus pies no se oia, como si los tuviesen forrados de fieltro, y sus ginetes estaban pálidos como la muerte. En medio de ellos se venia una hermosa dama con una corona en la cabeza y las trenzas rubias de sus cabellos tejidas de perlas. La mantilla de su palafren era de terciopelo carmesí, recamado de oro, y caia hasta la tierra. Sin embargo parecia que la hermosa dama se hallaba afligida, porque llevaba los ojos inclinados al suelo.

Detrás de ella llevaba un numeroso séquito de cortesanos, vestidos magníficamente con trages y turbantes de diferentes colores: traian en su centro al rey Boabdil el Chico, montado sobre un caballo que llevaba un manto real cubierto de diamantes y su corona resplandeciente de brillantes. Sanchica le reconoció por su barba rubia, y por su semejanza con el retrato de este príncipe que habia visto muchas veces en la galería del Generalife.

Contemplaba pasmada y admirada esta pompa real á medida que pasaba por entre los árboles; y aunque persuadida de que estos príncipes, esta corte y aquel ejército eran seres sobrenaturales, presa de encantadores, los miraba sin temor por el efecto del talisman que pendia de su cuello, y cuyo poder ignoraba.

Asi que todos hubieron pasado se levantó y los siguió, y observó que se encaminaban á la gran puerta de la Justicia, que se encontraba abierta. Los viejos inválidos, de centinela en aquel puesto, estaban tendidos en los bancos, sumergidos en un sueño profundo, y al parecer mágico; la cabalgata fantasmagórica atravesó la puerta sin ruido, banderas desplegadas, y como en triunfo. Ya se preparaba á seguirlos, cuando vió una abertura practicada en el pavimento del atrio, que parecia conducir hasta los cimientos de la torre; entró en ella, y se atrevió á bajar hasta el fondo, viendo unos escalones cortados á pico en la roca, y de trecho en trecho un pasadizo embovedado, iluminado con una lámpara de plata que despedia un olor agradable: arriesgóse á bajar toda la escalera, y se encontró en un gran salon, practicado en el centro de la tierra, ricamente amueblado al estilo moro, y alumbrado por lámparas de plata y cristal de roca. En medio del salon, un anciano de

larga barba blanca y tez morena, recostado en un sillon, estaba durmiendo, y el báculo que tenia entre sus manos parecia que á cada instante iba á escapársele de ellas. A corta distancia se veia una hermosa dama vestida á la antigua española, con una corona de pedrería en la cabeza, y tocando una lira de plata con dulce melodía. Al ver esto, Sanchica se acordó de la princesa goda encantada en aquel monte por un viejo mágico árabe, á quien adormecia por el poder mágico de su música.

La dama manifestó gran sorpresa al verla en aquella sala encantada, y la dijo:

«Estamos en la víspera de san Juan.

—Sí, contestó Sanchica.

—Entonces puede suspenderse el hechizo por esta noche. Ven, hija mia, nada temas. Soy cristiana como tú, aunque esté detenida aqui por la fuerza de un encanto. Toca mis cadenas con el talisman que veo pen-

diente de tu cuello, y por algunas horas me quedaré libre.»

Hablando asi, abria su túnica y enseñaba á Sanchica una ancha faja de oro que sujetaba su talle, y una cadena del mismo metal, con la cual estaba sujeta al pavimento.

La niña, sin vacilar, aplicó la manecita de azabache á la faja de oro, y la cadena cayó inmediatamente al suelo. Al ruido que hizo se despertó el anciano, y ya se restregaba los ojos cuando la dama recorrió con sus ligeros dedos las cuerdas de la lira, y volvió á caer en su profundo letargo, meneando la cabeza á un lado y otro.

«Ahora, dijo la dama, toca ese báculo con la mano de azabache.»

La niña obedeció: el báculo se escapó de las manos del anciano, y volvió á aletargarse en su sillon. La dama acercó la lira á la cabeza del mágico, y haciendo vibrar sus cuerdas al oido del anciano, esclamó:

«¡Oh poderoso espíritu de la armonía! ten encadenados sus sentidos hasta la aurora. Ahora, sígueme, hija mia, y verás la Alhambra tal cual estaba en sus dias de gloria, porque posees un talisman que domina todos los encantos.»

Sanchica siguió á la dama en silencio Pasaron de la sala subterránea á la puerta de la Justicia, y desde alli al patio de las Cisternas. Esta grande esplanada estaba cubierta de soldados moros de caballería é infantería, formados en batalla y banderas desplegadas. Las guardias del rey estaban á la puerta, y dos filas de negros etíopes se hallaban con la cimitarra desenvainada. Ninguno pronunciaba la mas mínima palabra, y Sanchica pasó por delante de ellos sin recelo alguno con su guia. Cuando entraron en el palacio, en el cual se habia criado, se aumentó su sorpresa. La luna esparcia sobre las salas una luz casi tan brillante como la del dia, y los objetos presentaban otro aspecto diferente del que ofrecian ordinariamente. En lugar de las telarañas que cubrian las paredes, se veian las colgaduras de damasco; los dorados y arabescos habian recobrado su brillantez y frescura. Sillones y otros muebles cuajados de perlas adornaban los salones, tanto tiempo abandonados, y todas las fuentes corrian.

Por efecto del mismo encanto, en las cocinas reinaba la misma actividad: cocineros

fantásticos preparaban sombras de manjares, condimentaban fantasmas de pollos y perdices. Los criados iban y venian llevando platos de plata cubiertos de esquisitas viandas. El patio de los Leones estaba lleno de soldados, cortesanos y alfaquis, como en los dias felices de los árabes. En la sala del Juicio estaba Boabdil sentado sobre su trono, y tenia por una noche la sombra de un cetro. A pesar del movimiento continuo de esta multitud, no se oia el sonido de una voz, ni el ruido de un paso. Nada interrumpia el silencio de la noche, escepto la caida de las aguas en las fuentes. Sanchica seguia los pasos de su guia sin esperimentar el menor temor, pero muda de admiracion: por fin, despues de haber recorrido todo el palacio, llegaron á una puerta que daba á una bóveda debajo de la Torre de Comares. A cada lado de la puerta se veia una estatua de alabastro figurando una ninfa. Las cabezas de las dos estatuas estaban de lado, y parecia miraban un mismo punto en el interior de la bóveda. La dama encantada se detuvo, y haciendo señas á la niña que se acercase, la dijo:

«En este sitio hay un tesoro escondido que quiero descubrirte para premiar tu confianza y tu valor. Estas discretas estatuas velan sobre este tesoro que un rey moro puso en tiempos antiguos bajo su custodia.

Dí á tu padre que cave la tierra en el sitio á donde se dirige la vista de estas estatuas, y encontrará lo que le hará mas rico que ningun habitante de Granada. Sin embargo, solo tus inocentes manos podrán con la ayuda del talisman sacar el tesoro. Encarga á tu padre que use de él con prudencia, y que destine una parte á hacer decir misas para que me vea pronto libre de este profano encantamiento.»

Asi que hubo concluido de hablar, llevó á la niña al jardin de Lindaraja, contiguo á la bóveda de las estatuas. Los rayos de la luna reflejaban en las aguas de la fuente solitaria, y esparcian una luz suave sobre los limoneros y naranjos. La hermosa dama cogió una rama de mirto, é hizo una guirnalda, que colocó sobre la cabeza de la niña.

«Esto te recordará, dijo, el secreto que te he descubierto, y servirá al mismo tiempo para probar la verdad de mi revelacion. Mi hora ha llegado: es preciso que vuelva al salon encantado. No me sigas, podria sucederte alguna desgracia. A Dios: acuérdate de lo que te he dicho, y no olvides las misas para mi libertad.»

Hablando asi, la dama entraba por un corredor oscuro que va á parar al pie de la Torre de Comares y desapareció.

Un gallo cantó en una cabaña de las próximas á la Alhambra; una claridad pálida asomó por encima de los montes hácia el Oriente: un ligero vientecillo sopló; un sonido semejante al de las hojas secas en otoño se oyó en los patios y corredores, y las puertas se cerraron unas tras otras con estrépito.

Sanchica volvió á las salas que habia dejado hacia pocos instantes llenas de aquella multitud de sombras, pero Boabdil y su séquito fantástico, todo habia desaparecido. La luna seguia iluminando aquellos salones desiertos y despojados de su esplendor efímero. Las hendeduras, las telas de arañas habian vuelto á aparecer sobre las paredes; los murciélagos revoloteaban á la ambigua luz de la noche que se acababa, y las ranas cantaban en los estanques.

Sanchica se apresuró á subir la escalera de la humilde habitacion de su familia. La puerta estaba abierta como de costumbre, porque Lope Sanchez era demasiado pobre para necesitar cerrojos ó barras. La niña sin hacer ruido se metió en su cama, y poniendo la guirnalda de mirto debajo de la almohada, se durmió profundamente.

Cuando la familia se despertó, Sanchica refirió á su padre lo que le habia sucedido. Lope Sanchez la trató de visionaria, y la dijo que habia soñado, y se burló de su credulidad. Se marchó á trabajar; pero á poco que estaba en los jardines, vió llegar á su hija corriendo y esclamando:

«¡Padre, padre, ved la guirnalda de mirto que la dama encantada me puso en la cabeza!»

Lope Sanchez miró y quedó atónito, porque el tronco del mirto era de oro puro y cada hoja era una hermosa esmeralda. Como entendia poco de piedras preciosas, ignoraba el valor de la guirnalda; pero sabia bastante para estar seguro que era de gran precio y de materiales mas positivos que aquellos de que se componen los sueños. Su primer cuidado fue encargar á su hija el secreto mas absoluto sobre todo aquello: por este lado sin embargo podia estar tranquilo, porque tenia una discrecion superior á su edad y sexo.

Se apresuró á ir á la bóveda en la cual estaban las dos ninfas de alabastro. Vió que sus cabezas estaban vueltas efectivamente hácia el interior del vestíbulo y su vista fija en un mismo punto. Lope Sanchez admiró mucho esta invencion para guardar un secreto. Tiró una línea desde los ojos de las estatuas al punto de la muralla á donde miraban y se retiró.

Sin embargo, todo el dia Lope Sanchez estuvo distraido y caviloso. No podia estar mucho tiempo sin ir á ver á lo menos desde lejos las estatuas, y temia que se descubriese el secreto. Cada paso que escuchaba acercarse á aquel sitio le hacia temblar. Hubiera dado lo que le hubieran pedido porque las ninfas volviesen la cabeza en otra direccion, olvidando que hacia muchos siglos que asi la tenian, sin que nadie hubiese adivinado que miraban un tesoro.

«¡Que el cielo las confunda, van á descubrirlo todo! decia: vaya un medio de que se han valido para guardar un secreto.» Asi que escuchaba acercarse á alguno, se escapaba receloso de despertar algunas sospechas rondando al rededor de aquel sitio misterioso: pasado algun rato volvia poco á poco á examinar de lejos si cada cosa estaba en su sitio; pero la vista de las estatuas escitaba de nuevo su indignacion.

«Siempre mirando, siempre mirando á donde no deberian mirar. ¡Malditas estatuas! no desmentirán su sexo: no teniendo lenguas para hablar, se sirven de sus ojos para el mismo efecto.»

Por fin, con gran placer, vió terminar aquel dia eterno. El ruido de los pasos no se escuchaba en las salas de la Alhambra; el último visitante acababa de atravesar el umbral de la puerta principal, cuyos cerrojos se habian corrido, y el murciélago, el buho y la rana empezaban sus tareas nocturnas en aquel palacio desierto.

Lope Sanchez con todo esperó entrase mas la noche antes de aventurarse á ir con su tierna hija á la sala de las dos ninfas. Las encontró mirando misteriosamente como siempre el depósito.

«Con vuestro permiso, hermosas damas, dijo Lope Sanchez poniéndose en medio de ellas, voy á libertaros del secreto de que sois depositarias dos ó tres siglos.»

Se puso á trabajar en el sitio señalado en la pared, y pronto descubrió un hueco en el cual habia dos jarrones de porcelana. En vano procuró sacarlos de su escondite, estaban inmóviles: entonces la niña se acercó y los tocó con sus manos inocentes; al instante el jardinero los estrajo de su nicho, y encontró con gran alegría que estaban llenos de oro, de alhajas y piedras preciosas. Antes que amaneciera los llevaron al cuarto de Lope, que dejó las estatuas que los custodiaban con la vista fija en el hueco vacío.

Ya tenemos al honrado Sanchez hecho un hombre rico; pero las riquezas, como sucede siempre, trajeron consigo los disgustos que hasta entonces habia ignorado. ¿Cómo se gobernaria para tener segura su fortuna? ¿Cómo podria solamente gozar de ella sin escitar sospechas? Por la primera vez en su vida conoció el miedo á los ladrones. Entonces reparó cuán poco segura era su habitacion, y se puso á componer puertas y ventanas: sin embargo, á pesar de estas precauciones, le fue imposible dormir tranquilo. Su alegría le abandonó del todo; se acabaron las gracias, las canciones; sus vecinos no le conocian, y se convirtió en el ser mas triste y mas desgraciado de la Alhambra. Todos notaron este cambio repentino, y le compadecieron; pero se alejaron de él suponiendo que estaba á punto de caer en la mas profunda miseria, y podria encontrarse en el caso de pedir algun socorro.

La muger de Lope Sanchez participaba de su congoja; pero tenia consuelos espirituales. Nos hemos olvidado de decir que el honrado jardinero, siendo un hombrecillo bastante inconsiderado, su prudente esposa acostumbraba consultar en todos los negocios graves á su confesor Fr. Simon, del convento de padres franciscos de la Alhambra. Fr. Simon era un fraile robusto, de anchas espaldas, de cabeza redonda, que confesaba á la mitad de las matronas de la vecindad, sin contar que era muy venerado en varios monasterios de religiosas, donde sus consuelos espirituales eran pagados con escelentes dulces, con delicados bizcochos, fabricados por sus hijas de confesion, que los acompañaban con los mas esquisitos vinos y licores, reconocidos como estomacales para despues de los ayunos y vigilias.

Fr. Simon no ejercia sin fatiga sus diversas funciones. Su grasiento cutis brillaba al sol de medio dia cuando subia la colina de la Alhambra. Sin embargo, por mas que se achicharraba, como suele decirse, bajo los hábitos, la austeridad de su órden le impedia desatar el cordon que ceñia su túnica de lana. Los hombres saludaban con respeto este espejo de piedad, y hasta los perros que olfateaban de lejos el olor de santidad que esparcian sus hábitos, le saludaban al pasar con sus ladridos.

Tal era Fr. Simon, el consejero espiri-

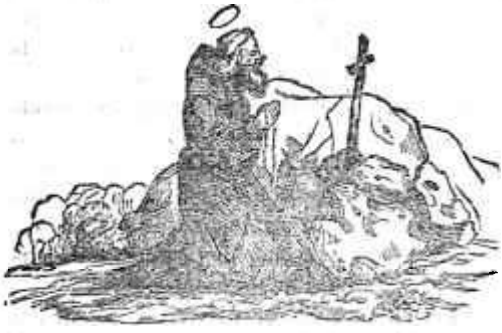
tual de la jardinera; y como el confesor de una muger de su clase es por lo general su confidente, este supo bien pronto por su penitente el secreto del tesoro.

El franciscano abrió ojos y boca al escuchar esta relacion, y se santiguó lo menos doce veces. Despues de algunos momentos de reflexion esclamó:

«Hija de mi alma, sabe que tu marido ha cometido un doble pecado contra el rey y contra la iglesia. El tesoro, del que se ha apoderado, habiendo sido hallado en los dominios reales, pertenecia al rey; pero como se compone de objetos que provienen de infieles, y que ha sido, por decirlo asi, sustraido de las garras de Satanás, debe ser consagrado á la iglesia. Con todo, las cosas podrán arreglarse: tráeme la guirnalda de mirto.»

Cuando el buen padre la vió, brillaron sus ojos mas que de costumbre al observar el tamaño y la belleza de las esmeraldas.

«Como esta guirnalda, dijo, es el primer fruto del descubrimiento, es conveniente que se emplee en objetos piadosos. Será



ofrecida como un ex-voto á san Francisco, y suspendida delante de su imágen en nuestro convento, y pediré esta noche misma á este gran santo conceda á vuestro marido la pacífica posesion de su fortuna.»

La muger quedó satisfecha de hacer la paz con el cielo bajo condiciones tan razonables, y el fraile, escondiendo la guirnalda debajo de sus hábitos, se encaminó con paso lento y mesurado á su convento.

Cuando volvió Lope Sanchez á su casa, su muger le contó lo que acababa de pasar. Se enfadó seriamente, tanto mas, cuanto que la devocion de su muger le parecia ya hacia mucho tiempo escesiva, y que las visitas frecuentes del fraile no le gustaban mucho.

«¡Muger! ¿qué has hecho? tu indiscrecion puede perdernos.

—¡Pues qué! ¿querrias impedirme descargar mi conciencia en el seno de mi confesor?

—No, muger, confiesa tus pecados siempre que quieras; pero por lo que toca á ese tesoro, si es un pecado, yo le he cometido, y te juro que mi conciencia está tranquila.»

Las quejas y reconvenciones eran inútiles; el secreto estaba descubierto, y era tan imposible recogerlo, como las gotas de agua derramadas en la arena. La sola esperanza estaba cifrada en la discrecion del fraile.

Al siguiente dia Lope Sanchez estaba en el jardin, cuando llamaron quedito á la puerta, y Fr. Simon entró con aire humilde y modesto, diciendo:

«Hija mia, he rogado á san Francisco con ardor, y ha escuchado mis oraciones: á media noche este santo se me ha aparecido en sueños; pero tenia el rostro irritado.

—¿Cómo te atreves á pedirme que disponga del tesoro de los gentiles, me dijo, cuando ves la pobreza de mi capilla? Ve á casa de Lope Sanchez, pide en mi nombre una parte del oro árabe para proveer mi altar con dos hermosos candeleros, y que goce en paz del resto.»

Al oir al fraile referir su vision, la buena muger se santiguó con terror; y cuando acabó de hablar, corrió al sitio secreto donde Lope habia guardado su tesoro, llenó de monedas de oro una gran bolsa de cuero, y se la dió al fraile: el agradecido padre le dió en cambio tantas bendiciones á ella y á su posteridad capaces de enriquecerla, si el cielo las confirmaba; despues, guardando la bolsa en su manga, cruzó las manos sobre su pecho, y salió con aire compungido.

Asi que Lope Sanchez hubo sabido este segundo donativo á la iglesia, le faltó poco para volverse loco.

«¡Desgraciado de mí! esclamó: ¿qué va á ser de nosotros? Seré robado, arruinado, reducido en fin á la mendicidad.»

Con mucha dificultad pudo apaciguarle su muger recordándole las inmensas riquezas que le quedaban, y cuán moderado se habia manifestado san Francisco contentándose con tan poca cosa.

Desgraciadamente el padre Simon tenia una parentela dilatada que socorrer, sin contar una media docena de niños huérfanos de cuya educacion se habia encargado. Reiteró, pues, sus visitas, y pidió en cada una de ellas para santo Domingo, san Andrés y Santiago. Desesperado Lope Sanchez, conoció que si no huia del santo fraile, no se veria libre de sus ofrendas á todos los santos del Calendario, y determinó marcharse la noche siguiente con el resto del tesoro á otra parte del reino.

Compró para este efecto una mula arrogante, y la escondió en una cueva oscura debajo de la torre de los siete pisos, precisamente en el sitio de donde el Velludo ó la fantasma del caballo sin cabeza sale á media noche para correr las calles de Granada, perseguido por la trahilla de perros. Lope Sanchez tenia poca fe en aquella historia; pero se aprovechó del terror que inspiraba para ocultar su fuga, sabiendo muy bien que nadie se acercaria á lo que se llamaba la caballeriza del espectro. Por el dia envió á su muger é hija á un pueblo distante de la vega con órden de que le esperasen en el: asi que anocheció llevó su tesoro á la cueva, le cargó sobre la mula, la cogió de la brida, y bajó de la colina con precaucion en medio de la oscuridad.

El honrado Lope habia tomado sus medidas con el mayor secreto, y no se habia confiado á nadie, escepto á su cara mitad: sin embargo, sea por alguna revelacion milagrosa, sea por otra causa, Fr. Simon lo supo. El fraile, al ver que se escapaba su querido tesoro, resolvió sacar aun algo, ó quedarse con todo, si era posible, en beneficio de la iglesia y de san Francisco. Con esta intencion, asi que las campanas tocaron las ánimas, y que todo quedó tranquilo en la Alhambra, salió de su convento sin hacer ruido, y bajando por la puerta de la Justicia, se ocultó en uno de los bosquecillos de rosales y laureles que adornan la alameda. Alli estuvo contando cada cuarto de hora que daba el reloj del palacio, y aplicando el oido á los gritos lúgubres de los buhos y á los ladridos lejanos de los perros de los gitanos que habitan en las cuevas.

Al fin oyó los pasos de un caballo, y distinguió al través de la oscuridad profunda, producida por la sombra de los árboles, un caballo que bajaba por la alameda. El robusto fraile se gozaba de antemano de la broma que iba á jugar al honrado Lope. Se habia encogido como un gato que acecha un raton, remangó sus hábitos, y se apretó el cordon; y saliendo de pronto del bosquecillo, echó una mano al cuello de la bestia, la otra en la grupa, dió un salto que hubiera hecho honor al mejor picador, y se encontró montado.

«¡Ah! ¡ah! dijo el reverendo: veremos quién lleva el gato al agua.»

Apenas habia dicho estas palabras, cuando la pretendida mula empezó á tirar coces, á encabritarse, y partió á gran galope. En vano se esforzaba el padre en detenerla. Saltaba de peña en peña, de bosque en bosque; los hábitos del franciscano estaban hechos pedazos, y volaban por el aire; su rapada cabeza recibió mas de un golpe en las ramas de los árboles, y su rostro mas de un arañazo de los espinos y zarzales: para colmo de terror, vió que una trahilla de seis perros le seguia ahullando, y conoció, aunque tarde, que estaba montado sobre el Velludo.

Corrieron una posta endiablada por la alameda, la Plaza Nueva, el Zacatin y Vivarrambla. Nunca cazadores ni lebreles hicieron una corrida tan desesperada, un ruido tan infernal. Vanamente el fraile invocó todos los santos del paraiso, y hasta la santísima Vírgen: cada nombre sagrado que pronunciaba hacia el efecto de un espolazo sobre el Velludo, y le hacia saltar á la altura de los tejados: toda la noche anduvo el desdichado Fr. Simon, á pesar de sus es-

fuerzos, corriendo por toda Granada, magullado horriblemente y destrozado todo su cuerpo, que da lastima referirlo. Por último se oyó el canto matutino de un gallo, y á aquel sonido el espectro volvió pies atrás y tomó el camino de la torre. Atravesó otra vez la Plaza de Vivarrambla, el Zacatin, la Plaza Nueva, y la alameda de las Fuentes, los seis perros no cesaban de ladrar, de ahullar y morder los talones del aterrado fraile. Los primeros rayos de la aurora asomaban ya cuando llegaron á la torre. Llegados allí, la fantasma dió un bote que arrojó al fraile á una distancia prodigiosa, se metió en la cueva oscura con la trahilla infernal, y el mas profundo silencio sucedió á sus horribles clamores.

Un labrador que iba al rayar el alba á su trabajo, encontró al padre Simon tendido en el suelo, bajo una higuera, al pie de la torre, pero tan maltratado y aporreado, que ni podia moverse ni hablar. Fue llevado á su celda con todo el cuidado imaginable, y corrieron voces que habia sido atacado é insultado por unos ladrones. Pasaron muchos dias antes que pudiese recobrar el uso de sus miembros: sin embargo se consolaba pensando que si la mula cargada del tesoro se le habia escapado, habia sacado á lo menos una parte muy regular de los despojos de los infieles. Su primer cuidado en cuanto se levantó fue buscar debajo de los colchones donde lo habia escondido la guirnalda de mirto y la bolsa de cuero. ¿Cuál seria su dolor al ver que la guirnalda se habia convertido en una rama de mirto seco, y que la bolsa de cuero solo contenia arena y piedras?

Fr. Simon, á pesar de su disgusto, tuvo valor para callarse por no esponerse á la burla de todos y al castigo que le hubiera impuesto su superior si hubiese penetrado el secreto de su aventura. Solo muchos años despues y en su lecho de muerte fue cuando reveló á su confesor la carrera nocturna que habia dado sobre el Velludo.

Por mucho tiempo no se supo nada de Lope Sanchez, despues de su desaparicion de la Alhambra. Su memoria era apreciada como la de un compañero de broma, y todos temian que la tristeza que habia manifestado antes de su marcha misteriosa no la causase la miseria. Pasados algunos años, un inválido amigo suyo, que se encontraba en Málaga, fue atropellado, y faltó poco para ser reventado por un coche tirado por cuatro caballos. El carruaje se detuvo: un caballero anciano, lujosamente vestido, bajó de él para socorrer en persona al pobre soldado. ¿Cuál seria la admiracion de este cuando reconoció en aquel caballero tan elegante á su antiguo amigo de la Alhambra, á Lope Sanchez, que en aquel mismo momento iba á celebrar el casamiento de su hija Sanchica con uno de los grandes del reino?

Toda la familia estaba reunida en la carroza. Allí estaba la señora de Sanchez, que habia engordado monstruosamente, con la

cabeza llena de plumas, el cuello, los brazos y todos los dedos llenos de alhajas de gran precio; sus adornos recordaban los de la reina de Saba. Sanchica, hecha ya una muger, hubiera podido pasar por una duquesa, y aun por una princesa, por sus gracias y belleza. El futuro estaba á su lado: era un hombrecillo flaco á la verdad; pero esto era una prueba de la nobleza de su sangre: un legítimo grande de España no tiene generalmente mas que cuatro pies y medio de alto. Esta boda habia sido arreglada por la madre.

Las riquezas no habian corrompido el corazon del bueno de Sanchez: cuidó á su antiguo camarada en su casa por espacio de

muchos dias; le festejó como un rey, le llevó al teatro y á los toros en cuanto pudo salir, y le mandó llevar á su depósito, dándole un gran bolsillo lleno de oro para él y otro para que lo distribuyese entre sus amigos pobres de la Alhambra.

Lope dijo siempre que un hermano muy rico que habia muerto en América le habia dejado una mina de cobre; pero las comadres de la Alhambra afirmaban que todas sus riquezas le provenian de haber descubierto el secreto guardado por las ninfas de alabastro. Se ha notado que estas dos estatuas tan discretas han seguido mirando hasta el dia el mismo sitio de la pared, y siempre con el mismo aire misterioso; lo que hace suponer á muchos que aun queda algun tesoro escondido digno de la curiosidad de los emprendedores. Sin embargo, otros muchos, y en particular las mugeres, consideran á estas figuras con una estrema veneracion, como testimonios de que las mugeres pueden guardar un secreto.

# CAPITULO XXVII.

## MAHOMET ABOU ALAHMAR.

Despues de haber entretenido al lector con las maravillosas leyendas de la Alhambra, me creo obligado á presentarle algunos hechos de su historia, ó mas bien la de los dos príncipes á los que el mundo debe este monumento de la magnificencia oriental. Para recoger estos hechos he descendido de la region de la imaginacion, donde cada objeto toma una tinta poética, y he llevado mis pesquisas en medio de los empolvados libros de la antigua biblioteca de los jesuitas en la universidad. Este tesoro de erudicion, antiguamente tan célebre, no es mas que su sombra: los franceses cuando ocuparon á Granada lo saquearon á su sabor, llevándose los manuscritos mas raros y preciosos. No obstante, aun se encuentran entre los voluminosos escritos de polémica jesuítica varias obras de literatura española muy curiosas, pero sobre todo un gran número de esas antiguas crónicas encuadernadas en pergamino, á las cuales profeso una veneracion particular.

He pasado horas deliciosas en esta vieja biblioteca, seguro de que nadie vendria á interrumpirme; y escudriñando en los armarios, cuyas llaves me daban por una rara complacencia, porque estos santuarios de la ciencia encierran objetos capaces de tentar al estudiante ansioso de poseer conocimientos incógnitos al vulgo. En estas visitas he anotado algunas particularidades sobre los personajes que acabo de citar.

Los moros de Granada han mirado siempre la Alhambra como una obra maravillosa, y creian segun sus tradiciones que el rey su fundador habia sido muy sabio en la magia, ó al menos en la alquimia, por cuyo medio reunió las sumas inmensas necesarias para la construccion de este edificio. Una relacion compendiada del reinado de este príncipe esplicará los secretos de su opulencia.

El nombre de este monarca, segun se ve escrito en las paredes de algunas salas de la Alhambra, era Abou Abdallah, es decir, el padre de Abdallah; pero en las historias árabes de Granada siempre es llamado Mahomet Abou Alahmar; es decir, Mahomet hijo de Alahmar, y muchas veces por abreviatura Abou Alahmar.

Nació en Arjona (Jaen) el año 591 de la egira y 1192 de la era cristiana, de la noble familia de los Ben Nasar, ó hijos de Nasar. Sus padres no escasearon ni gastos ni cuidados para hacerle digno del rango á que sus riquezas y la nobleza de su familia le

permitian aspirar. Los sarracenos de España estaban muy adelantados en la civilizacion, y en todas las ciudades principales se podia encontrar instituciones capaces de educar á los jóvenes llamados por su nacimiento á obtener los empleos públicos. Cuando Abou Alahmar llegó á edad competente, fue nombrado gobernador de Jaen, en cuyo destino se hizo amar del pueblo por su justicia y bondad. Algunos años despues el imperio musulman en España se dividió en bandos, y varias ciudades aclamaron por rey á Mahomet Alahmar. Emprendedor y ambicioso, se aprovechó de esta ocasion para desplegar sus talentos con gloria; recorrió los pueblos sublevados y fue recibido en todos con aclamaciones de júbilo. El año 1238 entró en Granada en medio de los aplausos entusiastas del pueblo; fue proclamado rey, y llegó á ser pronto el gefe de los mahometanos en España, y fue el primero de la ilustre familia de los Ben Nasar que haya ceñido corona. Su reinado fue una larga serie de felicidades para sus súbditos. Dió el gobierno de las ciudades á los hombres mas distinguidos por su prudencia y valor, y que eran mas estimados del pueblo. Organizó una policía vigilante, estableció reglas severas para la administracion de las leyes. El pobre, el oprimido eran admitidos en audiencia, y él mismo velaba para que la proteccion de la ley á que eran acreedores les fuese concedida. Fundó hospitales para enfermos, ciegos y ancianos, y los visitaba con frecuencia, no con pompa, sino de improviso; de modo que se informaba por sí mismo si los administradores de estos establecimientos cumplian sus órdenes benéficas. Instituyó escuelas que inspeccionaba del mismo modo. Mandó construir carnicerías y panaderías públicas, donde el pueblo encontraba los comestibles de primera necesidad á precios arreglados, y no podia ser engañado acerca de su calidad. Trajo abundantes cañerías de agua á la ciudad, y construyó baños, fuentes, como asimismo acueductos y canales para regar la vega. De este modo la prosperidad reinó en la ciudad, los comerciantes traian á sus almacenes los géneros de todos los paises.

Mientras que Mahomet gobernaba su hermoso reino con tanta sabiduría como felicidad, fue de pronto amenazado por los horrores de la guerra. En aquel tiempo los cristianos, aprovechándose de las discordias y divisiones del imperio mahometano, conquistaban rápidamente sus antiguos dominios. Jaime el Conquistador habia tomado á Valencia, y Fernando el Santo llevaba sus armas victoriosas sobre la Andalucía. Sitió la ciudad de Jaen, y juró no levantar el campo hasta tomar posesion de aquella plaza. Mahomet Abou Alahmar conoció la impotencia de sus medios de resistencia contra un rey de Castilla. Tomando una resolucion pronta, se fue secretamente al campo de los cristianos, y se presentó al rey Fernando.

«Ved aqui, le dijo á Mahomet, rey de Granada. Me entrego á vuestra lealtad, é imploro vuestra proteccion. Aceptad cuanto poseo, y recibidme como vasallo de vuestra corona.»

Hablando asi, dobló una rodilla y besó la mano del rey en señal de homenaje.

El rey Fernando, conmovido de esta prueba de confianza, no quiso ser vencido en generosidad. Levantó á su rival, le abrazó como un amigo, rehusó sus tesoros, pero le aceptó como vasallo, y le dejó la soberanía de sus estados, bajo las condiciones de pagarle un tributo anual, de asistir á las Cortes como uno de los nobles de Castilla, y de acompañarle en la guerra con un número determinado de caballeros cuando fuese requerido.

Mahomet no tardó mucho tiempo en ser llamado á cumplir la última y mas dura de estas condiciones, y ayudó á Fernando en su famoso sitio de Sevilla. El rey moro salió de Granada con 500 caballeros, que no tenian igual en el mundo en la destreza de manejar la lanza y guiar un caballo. ¡Qué humillacion para estos guerreros tener que batir á sus hermanos! Pero la promesa de su soberano era sagrada y debia cumplirse.

Mahomet tuvo la deplorable ventaja de contribuir con su valor personal á esta conquista tan importante para los cristianos; pero tuvo el honor mas apreciable de ob-

tener de Fernando un trato mas humano para los vencidos que lo que permitian las costumbres de aquella época en la guerra. Despues que la célebre Sevilla se rindió el año 1248 al rey de Castilla, Mahomet volvió lleno de tristeza é inquietud á sus estados. Veia á las claras los males que amenazaban á los musulmanes, y muchas veces repetia en momentos angustiosos: «*¡Qué angosta y miserable seria nuestra vida si no fuera tan dilatada y espaciosa nuestra esperanza!*»

Cuando el triste vencedor se acercó á Granada, el pueblo salió con deseos impacientes de verle, porque le amaba como á su bienhechor. Habian levantado arcos triunfales por la carrera en honor de sus hazañas, y por donde pasaba le saludaban con el nombre de el Ghalid, el victorioso. Mahomet esclamó cuando oyó esta aclamacion: *Wa la ghalib ila Aláh*. Dios solo es victorioso. Desde entonces adoptó esta sentencia por divisa, la hizo grabar en su blason en banda trasversal, y sus descendientes la conservaron siempre.

Mahomet habia comprado la paz sometiéndose al yugo cristiano; pero sabia que elementos heterogéneos no podian estar mucho tiempo unidos, y que los motivos de hostilidad entre los musulmanes y los antiguos poseedores de la Península eran muy grandes y muy inveterados para poder esperar una larga tregua. Obrando, pues, con arreglo al antiguo adagio. «Armate aun en tiempo de paz; arrópate aun en verano, se aprovechó del intervalo de tranquilidad de que disfrutaba para fortificar sus ciudades, llenar sus parques de armas y máquinas; protegió todas las artes útiles que dan á las naciones riquezas y poder efectivo. Concedió privilegios y recompensas á los mejores artistas, se ocupó en mejorar la cria de caballos y otros animales domésticos, favoreció la agricultura, y aumentó la fertilidad natural del terreno por canales de riego, que hacian florecer sus hermosos valles como si fueran jardines. Fundó tambien manufacturas de seda y animó los progresos de ellas; y los tejidos de Granada sobrepujaron bien pronto á los de Siria por la belleza y finura. Hizo esplotar minas de oro y plata descubiertas en las altas montañas del reino, y fue el primer rey de Granada que hizo acuñar moneda de oro y plata con su busto, cuyos cuños estaban grabados por hábiles artistas.

Hácia mediados del siglo XIII, y poco tiempo despues de su vuelta de Sevilla, emprendió Mahomet Alahmar la construccion del soberbio palacio de la Alhambra, inspeccionando los trabajos en persona, y confundiéndose con los artistas y peones de las obras.

Este príncipe tan grande, tan magnífico en sus empresas y monumentos, era simple y modesto en su vida privada. Sus vestidos eran estremadamente sencillos, y en nada se diferenciaban de los de sus vasallos. En su harem habia un pequeño número de bellezas, y las visitaba rara vez; pero las rodeaba con todas las seducciones de la opulencia y la grandeza. Sus mugeres pertenecian á las primeras familias del reino; las trataba como amigas, como compañeras amables, y lo que es mas estraño, consiguió hacerlas vivir como amigas unas con otras. Pasaba la mayor parte del dia en sus jardines, especialmente en los de la Alhambra, que habia enriquecido con plantas raras y bellísimas flores; alli se divertia en leer ó hacer que le leyeran historias, y en estos momentos de descanso instruia á sus hijos, cuya educacion habia confiado á hombres ilustrados y sabios.

Como se habia sometido leal y voluntariamente á reconocer á Fernando por su señor y soberano, y á pagarle un tributo, fue fiel á su compromiso, y dió repetidas pruebas de su afecto y lealtad al rey de Castilla en diferentes ocasiones. Cuando Fernando murió en Sevilla el año 1254, Mahomet, para dar una prueba inequívoca de lo mucho que habia apreciado á este príncipe, y el gran sentimiento que le causara la infausta noticia de la muerte de dicho soberano, envió algunos embajadores á su sucesor Alfonso X con un séquito compuesto de cien caballeros moros de casas ilustres que

debian custodiar el féretro del rey durante las ceremonias fúnebres. Esta manifestacion de respeto fue repetida mientras vivió el rey moro á cada aniversario de la muerte de san Fernando, y se veia en aquella época llegar á Sevilla cien nobles caballeros que ocupaban su puesto con sus cirios encendidos en la suntuosa catedral al rededor del catafalco del ilustre difunto.

Mahomet Abou Alahmar conservó sus facultades intelectuales hasta una edad avanzada. A los setenta y nueve años se puso á la cabeza de su ejército para rechazar una invasion. Al salir de Granada, uno de los adalides ó gefe rompió accidentalmente su lanza contra el arco de la puerta. Los consejeros del rey, alarmados con esta circunstancia, que consideraban de mal agüero, suplicaron al monarca volviese á palacio: sus ruegos fueron vanos: insistió, y segun las crónicas, el presagio fatal se cumplió antes del medio dia. Mahomet, atacado de una enfermedad repentina, estuvo á punto de caer de su caballo. Se le colocó en una litera; pero los accidentes se agravaron tanto, que fue preciso levantar una tienda en la vega, á donde fue llevado. Sus médicos estaban consternados, y no sabian qué remedios administrarle. Al cabo de algunas horas murió vomitando sangre en medio de horribles convulsiones. El infante D. Felipe, hermano de Alfonso X, estaba á su lado cuando espiró. Su cuerpo embalsamado fue puesto en un féretro de plata y enterrado en un soberbio

mausoleo de marmol construido en la Alhambra, en medio de los sollozos y lamentos de sus súbditos, que le lloraban como á un padre.

Tal fue el príncipe ilustre y patriota que fundó la Alhambra, y cuyo nombre se encuentra en sus adornos mas preciosos. La memoria de este rey despierta en la imaginacion de aquellos que pisan los salones de aquel palacio, antiguamente testigo de su gloria, las ideas mas elevadas. Se dice que á pesar de la grandeza de sus empresas, y los enormes gastos que exigian, sus arcas siempre estaban llenas; y esta contradiccion aparente dió márgen para suponer que estaba versado en la magia y poseia el secreto de cambiar en oro los mas viles metales. Pero si se observa su política, se adivinará fácilmente por qué magia simple y natural llenaba su tesoro.

# CAPITULO XXVIII.

## YUSEF ABUL HAGIG.

Debajo de la habitacion del gobernador de la Alhambra está la mezquita donde los reyes moros cumplian sus devociones, y aunque al presente esté consagrada como capilla católica, se ven aun señales de su orígen musulman, tal como columnas árabes con capiteles dorados, una galería con celosías que servia para las mugeres del harem, y las armas de los reyes mahometanos de Granada mezcladas por todas partes con las de los reyes de Castilla.

En este lugar consagrado murió el ilustre Yusef Abul Hagig, el gran príncipe que concluyó la Alhambra, y que mereció por sus virtudes y talentos una fama casi igual á la del magnánimo fundador de este palacio. Con placer indecible sacó de la oscuridad el nombre de este soberano de esta nacion perdida y casi olvidada, que dominó en el Mediodia de la España con tanta gloria, y llegó á un grado tan superior de civilizacion, mientras que el resto de la Europa estaba aun sumida en la barbarie.

Yusef Abul Hagig, ó como se escribe comunmente Haxis, subió al trono de Granada el año 1333. Sus cualidades morales y físicas ofrecian la perspectiva de un reino próspero y glorioso. Unia á una belleza notable una fuerza prodigiosa. Segun las crónicas árabes, tenia la barba de un color muy claro, por cuya causa la teñia de negro, dejándola crecer hasta una longitud magestuosa para aumentar la dignidad de su aspecto. Su memoria prodigiosa le habia facilitado el adquirir toda clase de conocimientos: era tenido por el mejor poeta de su siglo, y sus modales eran corteses y afables. Yusef tenia el valor propio de las almas elevadas; pero su talento cultivado y la dulzura de su carácter le hacian mas propio para brillar en la paz que en los combates, en los que siempre fue desgraciado. Cuando se veia obligado á tomar las armas, su bondad natural encontraba ocasiones de manifestarse aun en medio de los horrores de la guerra. Prohibia toda crueldad inútil, recomendaba la clemencia para con los vencidos, protegia á las mugeres, á los niños y á los sacerdotes. Una de sus empresas mas desgraciadas fue su liga con el rey de Marruecos contra los reyes de Castilla y Portugal. Yusef fue derrotado con su aliado en la memorable batalla del Salado, que dió un golpe mortal al poder musulman.

Despues de este revés, Yusef obtuvo una larga tregua, y se consagró durante este in-

tervalo de reposo á instruir á su pueblo y perfeccionar sus costumbres. Para este fin estableció en cada pueblo una escuela dirigida por un sistema de educacion simple y uniforme. Mandó que toda aldea que contase doce casas tuviese una mezquita, é hizo cesar los abusos que se habian introducido en las ceremonias religiosas, en las fiestas públicas y diversiones populares. Llamó su atencion la policía de las ciudades, en las que estableció rondas por las noches; pero lo que mas escitó su celo fue el terminar los edificios principiados en tiempo de sus antecesores y mandar elevar otros. La Alhambra, fundada por el escelente Abou Alhamar, se concluyó entonces. Yusef hizo edificar la hermosa puerta de la Justicia, que sirve de entrada á la fortaleza, y adornar varias salas y patios del palacio, como lo prueban las inscripciones en que se encuentra el nombre de este príncipe. El alcázar ó ciudadela de Málaga, que en la actualidad solo es un monton de ruinas, y cuya arquitectura interior desplegaba sin duda tanta elegancia y riqueza como en la Alhambra, se le debe á él tambien.

El carácter de un soberano se refleja siempre en sus contemporáneos. Los nobles de Granada, á imitacion de su rey Yusef, adornaron á esta ciudad con magníficos palacios, cuyos palos, adornados con pavimentos de mosaicos, estaban llenos de esculturas delicadas, pinturas brillantes y ricos dorados. Aun se encuentran vestigios de estos adornos, y sus colores vivos tienen su primera frescura. La mayor parte de las casas tenian fuentes con juegos de agua y elegantes torrecillas de madera ó piedra, curiosamente adornadas y cubiertas de chapas de metal que brillaban al sol. Tal era el gusto refinado que dominaba entonces en aquel pueblo, y que dió márgen á esta bella comparacion de un autor árabe: «Granada en tiempo de Yusef (dice este escritor) era un vaso de plata lleno de esmeraldas y jacintos.»

Una anécdota sola dará á conocer la generosidad de este príncipe escelente. La larga tregua que habia seguido á la batalla del Salado habia terminado, y Yusef hizo cuanto pudo para prolongarla; pero en vano. Su enemigo mortal Alfonso XI, rey de Castilla, empezó la guerra con fuerzas imponentes y puso sitio á Gibraltar. Yusef empuñó las armas con repugnancia, y acababa de enviar tropas á los sitiadores, cuando, en medio de su angustia, supo que el rey Alfonso habia muerto atacado de la peste. En lugar de abandonarse en esta ocasion á la alegría, Yusef se acordó de las grandes cualidades del difunto, y se llenó de una noble y profunda tristeza:

«¡Ah! dijo: el mundo ha perdido uno de sus mejores príncipes, un soberano que sabia apreciar el mérito en sus amigos y enemigos.»

Las crónicas españolas afirman este testimonio de su magnanimidad: segun ellas, los caballeros moros, participando de los sentimientos de su rey, llevaron luto por la muerte del rey Alfonso. Los mismos moros de Gibraltar, á quienes sitiaba, cuando supieron que el monarca enemigo habia muerto en su campo, convinieron entre sí en no hacer ninguna salida contra los cristianos. El dia en que estos levantaron el campo, y marchó el ejército llevándose los restos de Alfonso, los moros salieron en gran número de Gibraltar, y vieron pasar esta pompa fúnebre con el mas profundo y silencioso respeto. La misma deferencia fue observada para con el difunto por todos los gefes moros de las fronteras, que permitieron á la comitiva fúnebre pasar con toda seguridad desde Gibraltar á Sevilla (1).

Yusef no sobrevivió mucho tiempo al enemigo, cuya pérdida habia sentido tan generosamente. El año 1334, mientras oraba en la mezquita real de la Alhambra, vino un loco y le atacó de improviso, clavándole un

(1) «Y los moros que estaban en la villa y castillo de Gibraltar, despues que supieron que el rey D. Alonso era muerto, ordenaron entre sí que ninguno non fuese osado de facer ningun movimiento contra los Christianos, ni mover pelear contra ellos; esto vieron todos quedos, y decian entre ellos que aquel dia muriera un noble rey y gran príncipe del mundo.»

puñal en un costado. A los gritos del rey acudieron sus guardias y cortesanos, y le encontraron bañado en su sangre y con las convulsiones de la muerte. Fue llevado á su cuarto, donde espiró á pocos minutos. El asesino fue descuartizado, y sus restos quemados públicamente para satisfacer el furor del pueblo, que presenció este horroroso espectáculo con una tranquilidad y satisfaccion increibles; tal era el cariño que al difunto monarca profesaban y el encono que habia despertado en todos los ánimos la alevosía de aquel mal vasallo que habia teñido sus manos con la sangre noble de un monarca tan benéfico.

El cuerpo de este príncipe fue puesto en un soberbio mausoleo de marmol blanco, sobre el cual un largo epitafio escrito en letras de oro sobre un fondo azul presentaba esta enumeracion enfática de sus bellas cualidades.

«AQUI YACE UN REY, UN MÁRTIR, DE SANGRE ILUSTRE, AFABLE, SABIO, VIRTUOSO, FAMOSO POR SUS PRENDAS FÍSICAS Y MORALES, CUYA CLEMENCIA, PIEDAD Y BENEFICENCIA ERAN ALABADAS EN TODO EL REINO DE GRANADA. FUE UN GRAN PRÍNCIPE, UN GUERRERO CÉLEBRE, UNA TAJANTE CIMITARRA DE LOS MUSULMANES, UN VALIENTE PORTAESTANDARTE ENTRE LOS MAS PODEROSOS MONARCAS, ETC.»

La mezquita en que resonaron los últimos gritos de Yusef existe aun; pero el monumento que recordaba sus virtudes ha desaparecido hace mucho tiempo. Su nombre solo queda inscrito en los adornos de la Alhambra, y su memoria se conservará mientras dure el célebre edificio que se glorió en hermosear.